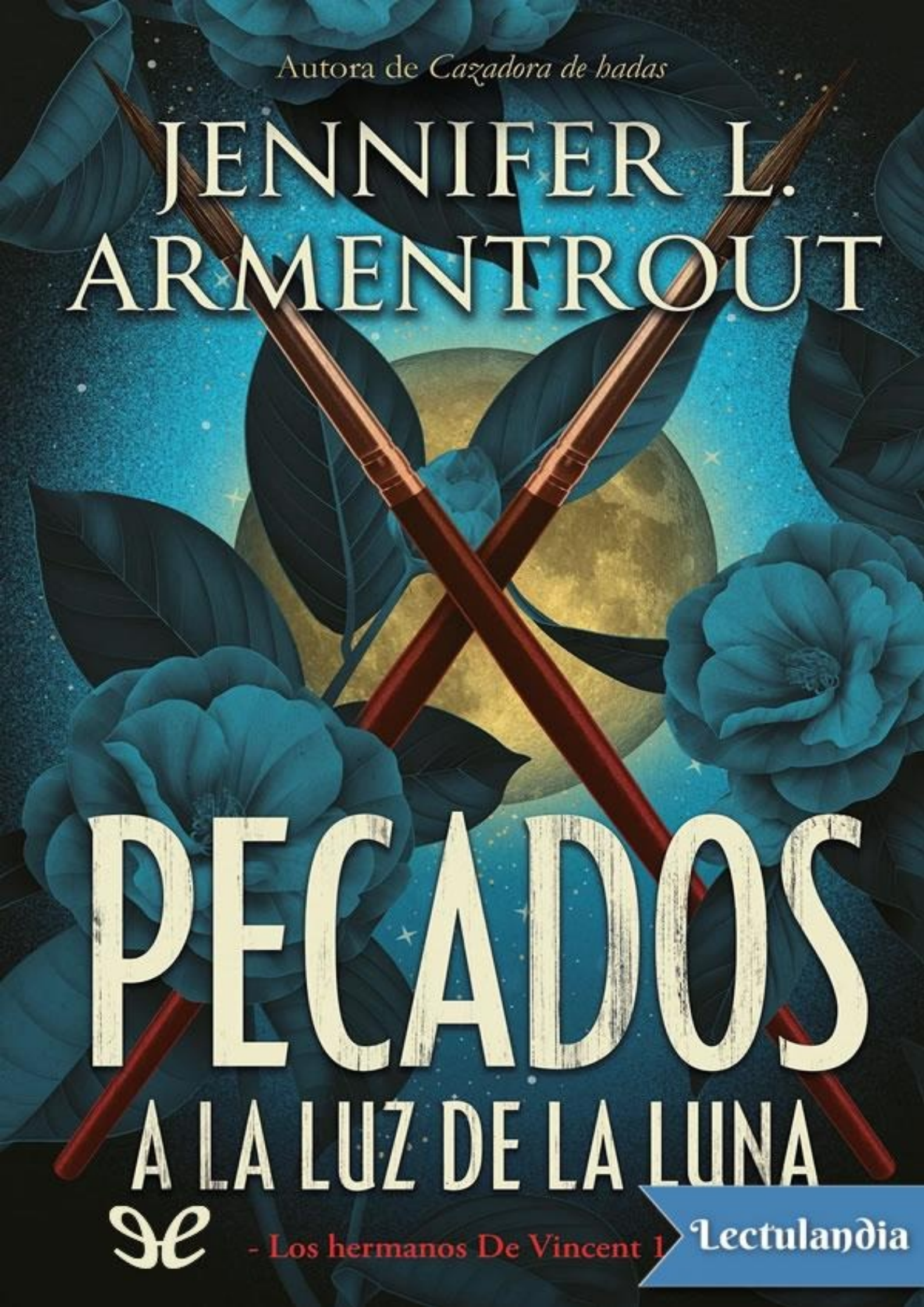

Autora de *Cazadora de hadas*
JENNIFER L. ARMENTROUT
PECADOS
A LA LUZ DE LA LUNA
- Los hermanos De Vincent 1
Lectulandia

Julia Hughes nunca se había arriesgado en la vida hasta que aprendió una dolorosa lección. Ahora quiere volver a empezar de cero con un trabajo lejos de su hogar al servicio de los hermanos de Vincent, dueños de una inmensa fortuna… y de una oscura reputación. El nuevo trabajo de Julia consistirá en cuidar de la única hermana del clan que, tras ser hallada en extrañas circunstancias, está en una condición física y mental que nadie puede comprender. Julia no puede permitirse distracciones, pero una presencia amenazante en la mansión y la constante tentación que supone tener al atractivo Lucian de Vincent cerca no son cosas fáciles de ignorar.

Lucian es el hermano más joven, el más salvaje e impredecible. Es el eterno soltero de la familia, conocido por sus aventuras dentro y fuera del dormitorio. Y ahora desea a Julia. Hay algo especial en ella, algo que le hace querer abrirse y desnudar sus sentimientos. Pero hay secretos que es mejor dejar enterrados, junto con un pasado que no solo podría acabar con la familia entera, sino que también podría destruir a Julia.

Jennifer L. Armentrout

Pecados a la luz de la luna

Los hermanos De Vicent - 1

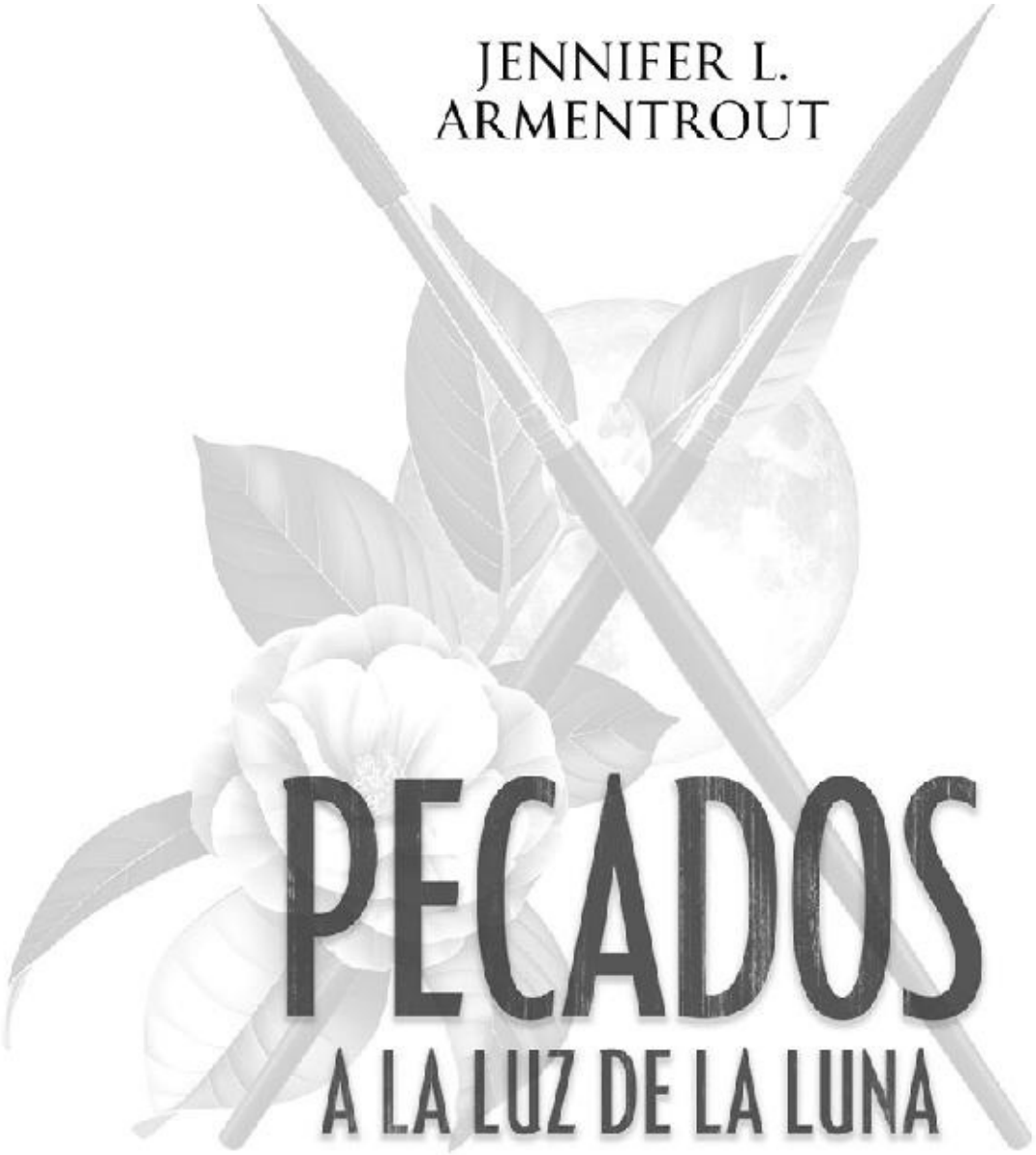
ePub r1.0
Titivillus 21-11-2021

Título original: *Moonlight Sins*
Jennifer L. Armentrout, 2018
Traducción: Eva Pérez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para todos los lectores que han escogido este libro.
Gracias.

JENNIFER L.
ARMENTROUT



PECADOS

A LA LUZ DE LA LUNA

1

—¿Es cierto eso que dicen de las mujeres que vienen aquí? —Las uñas pintadas de un rojo resplandeciente recorrieron el estómago de Lucian de Vincent y le sacaron la camisa por la cintura—. ¿Que se vuelven locas?

Lucian enarcó una ceja.

—Porque ahora mismo siento que estoy perdiendo la cabeza. Que estoy fuera de control. Llevo tanto tiempo deseándote… —Los labios del mismo color que las uñas rozaron el pelo más corto alrededor de su oreja—. Pero tú nunca te fijaste en mí. Hasta esta noche.

—Eso no es cierto —dijo él con voz cansada mientras alcanzaba la botella de Old Rip. Se había fijado en ella en más de una ocasión. Hasta podía habérsela comido con los ojos un par de veces. Con esa melena rubia y el cuerpo de infarto embutido en un vestido tan escotado, por supuesto que se había fijado en ella, al igual que la mitad de los clientes del Red Stallion. ¡Joder! Seguramente el noventa por ciento de ellos, tanto mujeres como hombres, habían mirado en su dirección más de una vez, y ella lo sabía.

—Pero siempre estabas pendiente de otras cosas —continuó ella. Lucian casi pudo oír el mohín que formaron esos preciosos labios rojos.

Se sirvió un poco del burbon de veinte años, intentando recordar en cuántas mujeres más podía haber estado pendiente. Las posibilidades eran ilimitadas, pero nunca se centraba en nadie en particular. En realidad, tampoco estaba prestando atención a la mujer que tenía detrás de él, ni siquiera cuando presionó contra su espalda lo que, sin duda, tenían que ser unos pechos espectaculares y deslizó una mano debajo de su camisa. El gemido gutural que dejó escapar ella mientras le acariciaba los abdominales tampoco tuvo ningún efecto en él.

Hubo un tiempo en el que solo necesitaba una sonrisa de complicidad y una voz sensual para tener una erección capaz de taladrar una pared. Incluso se había follado a mujeres y se había perdido en ellas por menos que eso.

¿Pero ahora?

Ahora no tanto.

Sus pequeños dientes afilados le mordieron el lóbulo de la oreja mientras deslizaba la mano hacia abajo y movía sus dedos ágiles en el cinturón.

—¿Pero sabes qué, Lucian?

—¿Qué? —Se llevó el vaso bajo y pesado a los labios y se bebió el potente líquido de un trago sin pestañear. El burbon se deslizó por su garganta y le calentó el estómago mientras miraba el cuadro que había sobre la barra. No era de los mejores que había allí, pero esas llamas tenían algo que le gustaba. Le recordaban al ardiente descenso a la locura.

Ella le desabrochó el cinturón.

—Voy a asegurarme de que no vuelvas a pensar en nadie más.

—¿En serio…? —Se detuvo y frunció el ceño, buceando en su memoria.

¡Mierda!

Se había olvidado de su nombre.

¿Cómo coño se llamaba esa mujer? Las llamas púrpuras y rojas del lienzo no iban a darle la respuesta. Respiró hondo y estuvo a punto de ahogarse con su perfume dulzón. Sintió como si le hubieran vomitado un montón de fresas en la boca.

El botón de sus pantalones se soltó y el sonido amortiguado de la cremallera bajando resonó en la espaciosa habitación. Un segundo después, la mano de ella descendió por la cintura de los *boxers*, hasta el lugar donde descansaba su pene.

Y entonces detuvo la mano en seco. Parecía haber dejado de respirar.

—¿Lucian? —preguntó ella con tono sugestivo. Sus cálidos dedos se cerraron en torno a su miembro medio erecto.

La obvia falta de interés de su cuerpo hizo que Lucian torciera el labio disgustado. ¿Qué le pasaba? Tenía a una mujer impresionante tocándole el pene y él estaba tan excitado como un colegial en una habitación llena de monjas.

Estaba… ¡Joder! Solo estaba aburrido. Aburrido de ella, aburrido de sí mismo, aburrido de todo. En circunstancias normales, esa mujer era su tipo. Habría pasado un buen rato con ella y no la habría vuelto a ver jamás. Nunca se acostaba dos veces con la misma mujer, porque si lo hacía, corría el riesgo de crear un hábito, y luego a uno le costaba mucho romper los hábitos. Además de que alguien siempre acababa albergando sentimientos, y nunca era él. Pero se había… hastiado de todo eso.

La sensación de estar harto, de no importarle nada, llevaba persiguiéndole desde hacía un par de meses, asfixiando casi todas las facetas de su vida. La

inquietud se había metido bajo su piel y se había extendido por sus venas como la maldita hiedra que se había apoderado de la fachada de la casa.

Había empezado a sentir esa incomodidad mucho antes de que todo se pusiera del revés.

Ella deslizó su otra mano debajo de la camisa mientras apretaba su agarre alrededor de su sexo.

—Voy a tener que esforzarme para ganarme esta verga, ¿verdad?

Lucian casi se rio.

¡Joder!

Teniendo en cuenta el rumbo de sus pensamientos, iba a tener que esforzarse mucho. Dejó el vaso en la barra, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, intentando que su mente estuviera en paz. Por suerte, la mujer estaba callada mientras lo estimulaba con la mano.

Necesitaba eso más que nunca. Un orgasmo sin preocupaciones. Y ella… ¿Clare? ¿Clara? Estaba bastante seguro de que empezaba por «C»… Bueno, daba igual, ella sabía lo que estaba haciendo. Su miembro se iba endureciendo cada vez más, pero su cabeza… Sí, su cabeza no estaba centrada en eso.

¿Pero desde cuándo necesitaba que su cabeza estuviera centrada en eso?

Cambió de posición para darle más margen de maniobra y tanteó con la mano hasta alcanzar la botella de wiski de varios miles de dólares. Esa noche quería perderse en el alcohol, sentir que estaba vivo de verdad. Lo que tampoco era muy diferente del resto de las noches, pero hoy le hacía más falta, porque mañana tenía que encargarse de algo muy importante.

Aunque ahora no tenía por qué pensar en eso. Lo único que necesitaba en ese momento era sentir esa mano, esa boca y tal vez…

El sonido apenas perceptible de unos pasos en la planta de arriba hizo que abriera los ojos de golpe. Ladeó la cabeza, pensando que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero ahí estaban. No le cabía la menor duda de que eran pasos.

¿Pero qué cojones? Bajó la mano y agarró la muñeca de la mujer para detenerla; algo que a ella no le hizo ninguna gracia, porque empezó a masturbarle con más ahínco. Así que tuvo que apretar un poco más para inmovilizarla.

—¿Lucian? —preguntó con tono confundido.

No respondió. Estaba demasiado ocupado intentando prestar atención a cualquier sonido. Era imposible que hubiera oído aquello. Las habitaciones de arriba estaban vacías. Allí no podía haber nadie moviéndose.

Los miembros del personal no dormían allí. Se negaban a quedarse en la mansión de Vincent en cuanto caía la noche.

Silencio.

Era muy probable que se lo hubiera imaginado. Seguramente gracias al burbon.

¡Dios! Puede que estuviera perdiendo la cabeza.

Después de sacar la mano de ella de sus pantalones, se dio la vuelta y la miró. Mientras contemplaba su cara respingona pensó que en realidad era muy guapa, pero hacía mucho tiempo que había descubierto que la belleza era un regalo caprichoso. La mayoría de las veces solo era superficial, y en la mitad de los casos ni siquiera era natural, sino fruto de los diestros dedos de los cirujanos.

Rodeó su nuca con los dedos y se preguntó dónde terminaría su belleza y empezaría su parte más fea. Presionó el pulgar en su pulso y este se aceleró.

La vio entreabrir los labios mientras bajaba las espesas pestañas, ocultando los iris del mismo color que el de la mayoría de los nativos de Luisiana. Se apostaba lo que fuera a que en su casa guardaba una o dos coronas, junto con unas cuantas bandas que la declaraban una de las tantas caras bonitas que el sur tenía en su seno.

Cuando empezó a bajar la cabeza hacia ella, su teléfono sonó sobre la barra. Se separó de ella de inmediato y se dio la vuelta, sin importarle el murmullo de decepción que la oyó soltar. Le sorprendió ver el nombre de su hermano en la pantalla. Era tarde, seguro que el hijo pródigo ya estaba en la cama, en algún lugar de esa misma casa. Y Dev ni siquiera estaría con su prometida, follando toda la noche como se imaginaba que haría cualquier pareja normal y feliz.

Aunque, por otro lado, le costaba horrores imaginarse a la inmaculada Sabrina teniendo sexo.

Se decían muchas cosas de los hombres y las mujeres de la familia De Vincent. Una de ellas parecía una mentira absoluta. Por lo visto, un día su tatarabuela afirmó que cuando un varón De Vincent se enamoraba, lo hacía rápido y perdidamente, con locura y sin medias tintas.

Una tontería enorme.

El único de ellos que se había enamorado había sido su hermano Gabe, y mira cómo había terminado. Como un completo desastre.

—¿Qué? —respondió mientras alcanzaba la botella de nuevo.

—Tienes que venir al despacho de papá ahora mismo —le ordenó Dev.

Alzó ambas cejas al oír que su hermano colgaba sin más. Era una petición de lo más interesante. Se metió el teléfono en el bolsillo, se abrochó los pantalones, se quitó el cinturón y lo lanzó sobre el sofá que tenía al lado.

—Quédate aquí.

—¿Qué? ¿Me dejas así? —Habló como si ningún hombre hubiera osado alejarse de ella en cuanto le ponía la mano en el pene.

La miró con una sonrisa y abrió la puerta que conducía a la galería de la segunda planta.

—Sí. Y seguirás aquí cuando vuelva.

Su respuesta la dejó boquiabierta, pero salió al aire fresco de todos modos. Sabía que, a pesar de su enfado, le esperaría.

Atravesó la galería, tomó la escalera cerrada y salió por el almacén de la planta principal a la que daba. El mausoleo que tenían por casa apenas estaba iluminado a esas horas y reinaba el silencio. Sus pies descalzos pisaron el suelo de baldosas que enseguida pasó a ser de madera.

Tardó un par de minutos en llegar al despacho, ya que estaba al otro lado del ala derecha, lejos de las miradas curiosas de todo aquel que visitaba la casa De Vincent. Incluso tenía su propia puerta y camino de entrada.

Lawrence, su padre, se había asegurado de garantizar su privacidad hasta límites extremos.

Fue aminorando el paso a medida que se acercaba a las puertas cerradas. No tenía idea de qué le podía estar esperando en aquel despacho, pero sabía que su hermano no le llamaría en plena noche por una nimiedad, así que se preparó para cualquier eventualidad.

Las pesadas puertas de roble se abrieron silenciosamente. Cuando entró en la habitación bien iluminada se detuvo en seco.

—¿Pero qué…?

Dos piernas se balanceaban ligeramente; los mocasines de piel de cocodrilo de Brooks Brothers colgaban a metro y algo del suelo. Había un pequeño charco debajo. El hedor nauseabundo que flotaba en la habitación le dijo lo que era.

—Por esto te he llamado —dijo Dev desde algún lugar de la estancia con tono neutro.

Lucian miró hacia arriba, a lo largo de los pantalones oscuros que estaban mojados en la parte interior de los muslos, la camisa torcida de cachemir azul a medio meter, las manos y los brazos laxos a los lados, los hombros caídos y el cuello doblado en un ángulo antinatural…, sin duda, por el cinturón que lo rodeaba.

Un cinturón que estaba atado al ventilador de techo importado de la India que habían instalado hacía poco más de un mes. Cada vez que el cuerpo se balanceaba, el aparato emitía un *tictac* similar al de un reloj de pie.

—¡Dios bendito! —gruñó Lucian, con las manos a los costados mientras echaba un vistazo rápido al despacho.

El charco de orina se iba extendiendo hacia la antigua alfombra persa beis y dorada.

Si su madre hubiera estado viva se habría llevado la mano a su collar de perlas horrorizada.

Al pensarlo, esbozó una sonrisa irónica. Echaba de menos a su madre todos y cada uno de los días desde que lo había dejado, a él y al resto, aquella húmeda y sofocante noche de tormenta. A su madre siempre le habían gustado las cosas bellas, atemporales e inmaculadas. Por triste que fuera, no era de extrañar que se hubiera ido de este mundo de esa forma.

Preocupado por esos pensamientos más que por la muerte que impregnaba el despacho, fue a la derecha y se dejó caer en un sillón de cuero. El mismo en el que se había sentado durante horas y horas de niño, con la espalda recta, escuchando en silencio las múltiples razones por las que era una decepción. Ahora estaba más repantingado, con los muslos separados. No necesitaba un espejo para saber que llevaba el pelo rubio (a diferencia del de sus hermanos, que era oscuro) despeinado como si una docena de manos se hubieran deslizado entre sus mechones. Tampoco tuvo que respirar muy hondo para captar el maldito aroma afrutado que se adhería a su ropa.

Si Lawrence le hubiera visto con ese aspecto, habría torcido los labios como si estuviera oliendo algo profundamente desagradable. Pero teniendo en cuenta que ahora estaba colgado del ventilador de techo como un trozo de carne en el gancho de un carnicero, jamás volvería a mirarle de ese modo.

—¿Ha llamado alguien a la policía? —preguntó. Tamborileó con los dedos en el brazo del sillón.

—Eso espero —repuso Gabriel arrastrando las palabras. Su otro hermano estaba apoyado en el aparador de roble de cerezo recién pulido. Las copas de cristal chocaban unas con otras. Los decantadores de brandi y wiski apenas se movían.

Gabe, al que todo el mundo consideraba el más normal de los hermanos De Vincent, todavía parecía medio dormido. Solo llevaba un par de pantalones de chándal y se frotaba la mandíbula mientras observaba el balanceo de las piernas. Se le veía demacrado y pálido.

No obstante, aquellos que sostenían esa opinión, no conocían al auténtico Gabriel.

—He llamado a Troy —respondió Dev con gravedad desde el lugar en el que se encontraba, al otro lado del despacho. Tenía todo el aspecto que un hijo mayor, el hijo que ahora era el cabeza de la dinastía De Vincent, siempre debía tener. Pelo oscuro peinado a la perfección, mandíbula afeitada y ni una sola arruga en los pantalones de lino con los que dormía. Conociéndolo, seguro que los había planchado antes de venir.

—Le he contado lo que ha pasado —continuó Dev—. Viene de camino.

Lucian lo miró.

—¿Te lo encontraste tú?

—No podía dormir. Me levanté y bajé aquí. Cuando vi que la luz estaba encendida, entré y me lo encontré así. —Dev se cruzó de brazos—. ¿Cuándo llegaste a casa, Lucian?

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Solo responde a la pregunta.

Lucian esbozó una lenta sonrisa de comprensión.

—¿Crees que he tenido algo que ver con el estado en el que se encuentra nuestro querido padre?

Devlin no dijo nada. Solo esperó. Aunque eso era muy típico de Dev. Era silencioso y frío, como una tumba recién cavada. Nada que ver con él. Absolutamente *nada*. Fue Gabe el que lo miró como si estuviera tratando de discernir la verdad.

Lucian puso los ojos en blanco.

—Ni siquiera sé si estaba despierto cuando llegué a casa. Usé mi propia entrada y, hasta que me llamaste, estaba pasando un buen rato, entretenido con otro tipo de actividades.

—No te estoy acusando de nada —respondió Dev con el mismo tono que había usado cientos de veces cuando eran niños.

—Pues eso no es lo que parecía. —Aquello no era normal. Su padre estaba colgando del ventilador de techo, con un cinturón de cuero de seiscientos dólares al cuello, ¿y Dev le preguntaba por su paradero? Detuvo el tamborileo en el brazo del sillón. Ahí fue cuando se dio cuenta de una mancha roja en la punta. Metió los dedos hacia dentro—. ¿Y dónde estabais vosotros?

Dev alzó las cejas.

Gabe apartó la mirada.

Lucian movió la cabeza y se rio entre dientes.

—Mirad, no soy ningún forense experto, pero todo apunta a que se ahorcó.

—Es una muerte no intencionada —señaló Gabe. Lucian se preguntó en qué serie criminal habría aprendido ese término—. Aun así, la policía querrá investigarla. Sobre todo porque no parece que haya dejado ninguna carta o nota. —Señaló con la barbilla el escritorio—. Aunque también es cierto que ninguno de nosotros se ha puesto a buscar nada. ¡Mierda! No me lo puedo creer.

Lucian volvió a mirar el cuerpo de su padre. Sí, él tampoco se lo creía.

—¿Has llamado a Troy? —Se centró en Dev—. Seguro que se alegra muchísimo. ¡Joder! Deberíamos estar celebrándolo.

—¿Es que no tienes ni un ápice de decencia? —escupió Dev.

—¿De verdad me estás haciendo esa pregunta? ¿Por *nuestro* padre?

Dev apretó la mandíbula. Fue el único indicio de emoción que mostró.

—¿Te haces una idea de lo que va a decir la gente sobre esto?

—Mírame a la cara. ¿Hay algo en mi expresión que te haya llevado a creer que me puede llegar a interesar lo que piense la gente? —inquirió en voz baja—. ¿O que me ha interesado alguna vez?

—Puede que no te importe, pero lo último que necesita nuestra familia es que la vuelvan a arrastrar por el fango.

Había un montón de cosas que su familia no necesitaba, pero una mancha más en su ya mancillada reputación era el menor de sus males.

—Quizá nuestro padre debería habérselo pensado mejor antes de… —Se detuvo e hizo un gesto con la barbilla hacia el lugar donde colgaba el cuerpo sin vida de su progenitor.

Dev apretó los labios y Lucian supo que su hermano tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no responderle. Aunque también era cierto que tenía años de experiencia a la hora de ignorar sus pullas.

Dev no dijo nada. Se limitó a rodear las piernas de su padre y salió del despacho, cerrando la puerta detrás de él con sigilo.

—¿Ha sido por algo que he dicho? —ironizó Lucian, enarcando una ceja.

Gabe le lanzó una mirada cansada.

—¿Por qué lo haces?

Se encogió de hombros, mostrando indiferencia.

—¿Por qué no?

—Ya sabes cómo se pone.

El caso era que *sí* lo sabía. ¿Pero lo sabía Gabe? Creía que no. Seguramente porque Gabe no quería ver cómo reaccionaba su hermano mayor

cuando se resquebrajaba esa fachada de autocontrol que siempre procuraba mantener aunque fuera lo más mínimo.

Gabe volvió a mirar esas malditas piernas antes de preguntar con tono sombrío:

—¿De verdad crees que nuestro padre hizo esto?

—Eso parece —replicó él mientras se concentraba en las espantosas manos pálidas congeladas en el tiempo.

—Hay pocas cosas que me hubieran sorprendido de él, ¿pero ahorcarse? —Gabe se pasó una mano por el pelo—. No es su… estilo.

Estuvo de acuerdo. No era propio de Lawrence hacerles un favor como ese y dejarlos en paz.

—Tal vez sea la maldición.

—¿Lo dices en serio? —Gabe soltó una palabrota por lo bajo—. Estás empezando a hablar como Livie.

Lucian volvió a sonreír cuando pensó en su ama de llaves. La señora Olivia Besson era como una segunda madre para todos ellos, tan parte de esa casa como las paredes y los techos, pero era tan supersticiosa como los marineros en una noche de tormenta. Su sonrisa se desvaneció como los últimos vestigios de un sueño.

Un pesado silencio cayó entre ellos mientras ambos contemplaban a su padre. Al final, fue Gabe el que lo rompió:

—Me desperté antes de que Dev me llamara. Creí oír a alguien en la planta de arriba —dijo en un susurro, casi como si temiera que le escucharan.

Lucian contuvo la respiración.

—Fui allí, pero… —Gabe tomó una profunda bocanada de aire que hizo que se le hinchara el pecho—. ¿Recuerdas lo que tenías pensado hacer mañana? Pues ya no va a ser posible.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió con una risa de sorpresa—. No puedes salir del estado el día después de la muerte de nuestro padre.

Lucian no veía dónde estaba el problema.

—Dev se va a poner hecho una furia.

—Dev ni siquiera sabe lo que voy a hacer —replicó él—. Lo más probable es que ni se entere de que me he ido. Regresaré a la mañana siguiente.

—Lucian…

—Es importante que lo haga. Lo sabes. No confío en que Dev elija a la persona adecuada. Ni de coña voy a hacerme a un lado y dejar que se

encargue él solo de esto. —Su tono no dio lugar a discusiones—. Dev puede pensar que él es el que está al mando, pero yo también tendré voz en este asunto.

Gabe soltó un suspiro cansado. Después de un momento dijo:

—Será mejor que te asegures de que tu *invitada* entienda lo importante que es no decir una palabra de lo que ha pasado aquí.

—Por supuesto —murmuró él, levantándose perezosamente de su silla. No le sorprendió que su hermano supiera que había llevado a una mujer allí.

Esa casa tenía ojos y oídos.

Gabe se dirigió hacia la puerta.

—Voy a intentar encontrar a Dev.

Lucian observó a su hermano marcharse y luego se volvió hacia el cadáver de su padre, buscando algo en su corazón, lo que fuera. La conmoción que había sentido al entrar en ese despacho se había desvanecido antes incluso de que terminara de materializarse. El hombre que lo había criado colgaba sin vida de un ventilador de techo y no sentía ni un ápice de tristeza en su interior. Veintiocho años viviendo bajo el yugo de ese hombre y no le embargaba ninguna emoción. Ni siquiera alivio. Solo un abismo de nada.

Volvió a mirar al techo.

¿De verdad se había ahorcado Lawrence de Vincent? El patriarca de la familia era más de enterrarlos a todos por puro rencor.

Pero si no lo había hecho, eso significaba que alguien lo había matado y había intentado que pareciera un suicidio. No era algo imposible. Habían pasado cosas peores. Pensó en los pasos que había oído. No podía ser…

Cerró un instante los ojos y maldijo en voz baja. Iba a ser una noche larga y no precisamente divertida. Y el día siguiente sería todavía más largo. Antes de salir de la habitación, se agachó y levantó el borde de la alfombra persa para enrollarla y que no le alcanzara el charco que se extendía por el suelo.

2

Lucian se apresuró a subir las escaleras en penumbra, de dos en dos y hasta de tres en tres, pero no fue directamente a su habitación. Continuó por el tercer tramo y cruzó una pasarela para llegar a un pasillo cerrado. Los apliques de la pared iluminaban de forma tenue su camino, arrojando la luz suficiente para ver medio metro por delante de él.

Pasó por delante de varias puertas cerradas que daban a habitaciones que llevaban años sin abrirse; estancias a las que el personal de la casa se negaba a entrar por razones que escapaban a su comprensión. Al llegar al final del pasillo se detuvo. Mientras miraba la puerta de un tono casi blanco, sintió que todos los músculos de su espalda se tensaban.

Asió la manija y la notó fría bajo su palma. La puerta se abrió, deslizándose silenciosamente sobre la moqueta. El aroma a rosas le dio la bienvenida. Había una luz encendida en la habitación. Una de esas pequeñas lámparas de cabecera que ofrecían una iluminación tenue. La figura que yacía en la enorme cama, cuyos postes estaban hechos a mano, parecía increíblemente frágil y menuda. Nada que ver con la persona que había sido en el pasado.

—¿Maddie? —susurró con una voz que, incluso a él, le sonó áspera.

No hubo ningún movimiento en la cama. Ningún sonido. Nada que indicara que estaba despierta o que era consciente de su presencia. Sintió una opresión en el pecho; el tipo de opresión que no podían aliviar ni el alcohol ni el sexo.

Era imposible que los pasos que había oído fueran de ella.

Se quedó mirando la cama un momento y luego se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Una vez fuera, se frotó la cara y volvió a cruzar la pasarela y bajar una planta. Pasó por delante de la habitación de invitados vacía que había en la esquina diagonal a la suya.

Mientras abría la puerta de su dormitorio, un tipo de tensión diferente se filtró por sus músculos. Entró y se detuvo en seco.

Su invitada se levantó del sofá, completamente desnuda salvo por un par de tacones de aguja negros. ¡Oh, joder! La recorrió con la mirada, siguiendo su mano de uñas rojas que se deslizaba entre sus pechos y continuaba bajando hasta sumergirse en sus muslos.

—Estabas tardando demasiado —dijo ella. Cuando Lucian la miró a la cara la vio morderse el labio inferior—. Así que he empezado sin ti.

Desde luego parecía una forma estupenda de pasar el tiempo.

A una parte de él le habría encantado cerrar la puerta con el pie y olvidarse del lío que lo esperaba en la primera planta. Después de todo era un hombre, y tenía a una mujer muy atractiva desnuda, masturbándose delante de él, pero…

¡Mierda!

No podía permitirse el lujo de darse ese homenaje, por muy delicioso que fuera.

Así que se centró en su nariz, pensando que era el lugar más seguro en el que enfocar la mirada.

—Cariño, detesto tener que hacer esto…

Se abalanzó sobre él como una tigresa en plena selva, saltando literalmente medio metro o más.

A pesar de la conmoción que aquello le produjo, tuvo los reflejos suficientes para atraparla. No iba a dejarla caer al suelo. Era un imbécil, pero no tanto.

Unas piernas largas le rodearon las caderas y unas manos cálidas le enmarcaron las mejillas. Antes de que le diera tiempo a recuperar el aliento, pegó la boca a la de él y le metió la lengua tal y como le hubiera gustado que él hiciera entre sus muslos.

Por lo visto, también había disfrutado de la botella de burbon.

Podía saborearlo en su boca.

La agarró por las delgadas caderas, se la quitó de encima y la dejó de pie.

—¡Jesús! —gruñó él, retrocediendo un paso—. ¿Hacías atletismo en la Universidad?

Ella intentó acercarse de nuevo, pero frunció el ceño al ver que él la esquivaba y se agachaba a recoger su escasa ropa interior. Cuando Lucian tomó su vestido preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Por mucho que me haya gustado tu entusiasta bienvenida, vas a tener que marcharte. —Le tendió la ropa.

La mujer bajó los brazos a los costados.

—¿Qué?

Hizo acopio de la paciencia que en circunstancias normales no tenía y tomó una profunda y prolongada bocanada de aire.

—Lo siento, cariño, pero tienes que irte. Ha pasado algo.

Ella miró en dirección a la puerta que tenía a su espalda. Como uno de sus hermanos estuviera allí…

—¿Qué ha pasado? —quiso saber ella.

—Nada que sea de tu incumbencia. —Al ver que ella permanecía impasible después de tenderle la ropa por segunda vez, la arrojó sobre el sofá que había detrás de ella—. Mira, en serio que lo siento, pero necesito que te vayas ahora mismo.

Ella lo miró boquiabierta y siguió sin hacer nada para recuperar su ropa.

—No puedes estar pidiéndome que me vaya.

¿Acaso no hablaban el mismo idioma?

—Sea lo que sea, puedo esperar…

—No, no puedes esperar, y no tengo tiempo para esto —la interrumpió él, endureciendo el tono.

Ella lo miró fijamente un instante antes de apretar los labios.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Menuda mierda! —Su tono ahora era más agudo. Lucian se dio cuenta de que estaba recibiendo la respuesta a la pregunta que se había hecho antes. Su belleza solo era superficial—. Me traes aquí, me pones cachonda, ¿y me das la patada?

—¿Que te pongo cachonda? —Se rio—. Mujer, pero si apenas te he tocado.

—No estamos hablando de eso.

—Puedes recoger tus cosas o no. Salir como Dios te trajo al mundo o ponerte la puta ropa. Me da exactamente igual. —Pasó delante de ella, finalizando la conversación—. Pero tengo la sensación de que al conductor que te está esperando no le hará mucha gracia que te sientes en su coche con el trasero desnudo.

La vio ponerse roja mientras se acercaba a la barra.

—Seguro que ni siquiera sabes cómo me llamo.

¡Mierda!

Se sirvió un trago, sabiendo que la situación iba a ir cuesta abajo y sin frenos.

—Me llamo Cindy, gilipollas —espetó ella.

Se bebió el burbon, contento por saber que había estado a punto de adivinar su nombre. Cuando terminó, se dio la vuelta y la miró.

Cindy estaba subiéndose el diminuto tanga negro por los muslos.

—¿Tienes idea de cuántos hombres morirían por ser tú en este preciso instante?

—Seguro que una lista interminable —replicó él con sequedad.

Cindy recogió el vestido del sofá y lo fulminó con la mirada.

—¡Oh, sí! Pareces de lo más sincero. —La prenda se deslizó por su cabeza—. No sabes quién soy, ¿verdad?

—Sé perfectamente quién eres.

—No sabías cómo me llamaba, así que lo dudo. —Recuperó el bolso de la mesa y se colocó la melena rubia sobre el hombro—. Pero te vas a enterar de quién soy en cuanto…

Jadeó sorprendida. Lucian se había movido más rápido de lo que se imaginaba y ahora volvía a sujetarla de la nuca, como había hecho antes.

—Solo porque no recordara tu nombre no significa que no sepa quién eres.

—¿Ah, sí? —susurró, bajando las pestañas.

—Eres una niña rica que está acostumbrada a conseguir todo lo que quiere de su papá. No entiendes lo que significa la palabra «no» y tienes un instinto de supervivencia que brilla por su ausencia.

—¿Y tú eres distinto? —Se inclinó y se humedeció el labio inferior—. Porque parece que estás definiéndote a ti mismo.

Lucian bajó la cabeza, sosteniendo su mirada velada mientras la agarraba con más fuerza de la nuca.

—Si crees eso es porque no sabes una mierda de mi vida. No hay nada que puedas hacerme a mí o a mi familia que no te lo pueda devolver por triplicado, así que guárdate tus bonitas amenazas para ti misma.

Cindy apoyó una mano en su pecho mientras cerraba los ojos.

—¿Seguro que quieres que me vaya?

¡Por Dios! Aquello la estaba excitando.

Bajó la mano hastiado, dejando que se tambaleara hacia atrás.

—No has estado aquí. No has estado cerca de esta casa esta noche. Y si le cuentas a alguien lo más mínimo sobre esto, te arruinaré. —Hizo una pausa para cerciorarse de que tenía toda su atención—. Y antes de que digas lo que sea que tienes en la punta de la lengua, quiero que te pares a pensar un momento en quién soy y en lo que puedo hacerte.

Después de eso, Cindy debió de entender cuál era la situación, cerró la boca y no le dio el menor problema.

En cuanto la dejó cómodamente instalada en el coche que estaba esperando en la parte trasera de la casa, Lucian se reunió con sus hermanos en el salón principal.

—Has tardado mucho —dijo Dev, mirándolo de arriba abajo—. ¿Y ni siquiera has podido ponerte un par de zapatos o meterte la camisa en los pantalones?

Lucian entrecerró los ojos mientras pasaba por delante de su hermano.

—No sé si sabes que son casi las cinco de la madrugada. Dudo mucho que alguien vaya a fijarse en lo que llevo puesto.

—Lucian tiene razón —comentó Gabe desde el sofá en el que estaba sentado, haciendo de intermediario, como siempre—. Es muy tarde… o muy temprano. La ropa da igual.

Dev ladeó la cabeza.

—¿Has ido a verla?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Está igual que siempre.

Gabe se metió un mechón detrás de la oreja. Llevaba el pelo largo, casi le llegaba al hombro. A su padre no le gustaba nada que se lo dejara crecer tanto, decía que parecía un vago.

—¿Qué vamos a hacer si se ponen a registrar la casa y la encuentran? Ni siquiera Troy sabe que está aquí.

—No tienen ningún motivo para registrar la casa —respondió Dev—. Como tampoco Troy tiene que saber que ella está aquí. Ya tenemos bastante con…

—¿Con qué tenemos bastante? —lo cortó Lucian. La ira encendió su sangre del mismo modo que lo haría una cerilla con un charco de gasolina—. ¿Con que esté aquí? ¿Con que esté viva?

—Iba a decir que ya tenemos bastante con haber financiado casi la totalidad de la nueva clínica que el doctor Flores lleva queriendo construir desde hace cinco años para asegurarnos de que mantenga la discreción que requiere este asunto. —Dev hablaba con voz neutra. Inexpresiva. Carente de emoción—. Y que quién sabe cuánto dinero… —No terminó la frase, ya que se puso a mirar la entrada un momento antes de que llamaran a la puerta.

Su hermano tenía una habilidad extraordinaria para saber cuándo alguien ajeno a la familia estaba cerca. Era algo bastante espeluznante.

Se sentó al lado de Gabe mientras Dev salía de la habitación. Levantó las manos y se frotó la cara.

—¡Joder!

—Sí. —Fue lo único que repuso Gabe.

Dev regresó al cabo de un rato, seguido por el detective Troy LeMere, que, por el aspecto que tenía, debían de haberle despertado cuando estaba en la cama, feliz con su nueva esposa. Traía los pantalones beis tan arrugados como el cerebro de Lucian y una cazadora que no ocultaba el arma que colgaba en su cadera.

Conocieron a Troy durante un verano que pasaron en casa por las vacaciones que tenían en el internado donde estudiaban todo el año. Solían escabullirse de la propiedad e ir a jugar a una cancha que había a unos pocos kilómetros. Allí coincidieron con Troy y enseguida entablaron una fuerte amistad, a pesar de que no podían provenir de entornos más diferentes.

Una amistad que molestó a su padre hasta que el detective entró en la academia de policía. Entonces, su progenitor empezó a ver las ventajas de explotar una relación de ese tipo.

A veces Lucian se preguntaba si ese no era el motivo por el que Dev seguía siendo amigo de Troy.

—¿Pero qué ha pasado, tíos? —preguntó Troy, pasándose la mano por el pelo oscuro casi rapado. Nada de pésames. Los conocía demasiado bien para eso—. He venido todo el camino pensando que me estabais tomando el pelo.

—¿Por qué íbamos a bromear con algo así? —inquirió Dev—. Y a estas horas.

Lucian puso los ojos en blanco mientras Gabe mascullaba por lo bajo algo parecido a un «no me jodas».

Troy estaba acostumbrado a las formas de Dev, de modo que le ignoró.

—¿Entonces se ha ahorcado?

—Sí, en su despacho. —Dev se hizo a un lado—. Puedes venir y verlo con tus propios ojos. Te enseño por dónde es.

Troy se abstuvo de comentarle que sabía perfectamente dónde estaba el despacho, pero al pasar al lado de Lucian le miró y él le respondió negando ligeramente con la cabeza.

Gabe soltó un profundo suspiro y se levantó mientras desaparecían por el pasillo que conducía al despacho.

—Será mejor que me cambie antes de que Dev se dé cuenta de que todavía no me he puesto una camiseta.

Lucian resopló.

—Seguro que se ha dado cuenta, lo que pasa es que criticarte no es su pasatiempo favorito.

—Cierto, pero lo haré de todos modos.

Mientras veía a su hermano salir de la habitación, se apoyó sobre los cojines y pasó el brazo por la parte posterior del sofá. Troy y Dev no tardaron más de cinco minutos en regresar.

Dev se colocó delante de una de las muchas chimeneas que nunca se encendían, con los brazos cruzados y una expresión tan estoica como la de una estatua. Troy parecía más alterado, o eso mostraba su rostro de piel oscura. Se sentó en el apoyabrazos de un sillón que había cerca.

—Voy a tener que llamar a los forenses, pero vamos a intentar que no haya mucha gente de por medio.

—Te lo agradecería —dijo Dev.

El detective lo miró un instante antes de continuar:

—Antes de que venga todo el mundo y esto se convierta en un circo, contadme qué ha pasado de verdad.

—¿A qué te refieres? —Dev frunció el ceño—. Ya te he contado todo. No podía dormir, me levanté, vi que había una luz encendida y me lo encontré así.

—¿Me estás diciendo en serio que crees que este hombre se suicidó? —preguntó Troy con escepticismo—. Conozco a tu padre. Ese cabrón sería capaz de sobrevivir a una bomba atómica solo para…

—No sigas —le advirtió Dev, molesto.

Troy entrecerró los ojos.

Lucian decidió intervenir antes de que la conversación se caldeara más, como la mayoría de las conversaciones con Dev. Aunque el enfado siempre venía del mismo lado.

—¿Cómo no va a ser lo que parece?

Su amigo le lanzó una mirada cargada de significado.

—¿Y tú dónde estabas?

—En el Red Stallion. Volví a casa creo que sobre las dos. —No hizo ninguna alusión a su invitada. No hacía falta meterla en eso—. Bajé cuando Dev me llamó.

—¿Y Gabe? —Troy miró a su alrededor—. ¿Dónde ha ido?

—A ponerse un poco más de ropa —respondió Lucian, inclinándose hacia delante y apoyando las rodillas en los codos—. Debería bajar en breve. De todos modos te estamos diciendo la verdad, Troy. Lo encontramos así.

El detective miró el móvil que llevaba enganchado a la cintura y volvió a prestar atención a los dos hermanos.

—Mirad, sabéis que podéis confiar en mí. Cuando llegue el forense no se limitará a descolgarlo y meterlo en una bolsa. Va a examinar el cadáver.

—Lo sé —señaló Dev, de nuevo con voz inexpresiva—. Últimamente nuestro padre estaba… estaba teniendo algunos problemas, sobre todo con lo que está pasando con nuestro tío. No sabía cómo lidiar con ello. Ya sabes la importancia que le daba a la imagen.

Interesante.

Lucian miró a su hermano. Sí, era cierto que su tío, un ilustre senador, se había visto envuelto en un truculento escándalo relacionado con la desaparición de una pasante… o dos, pero a su padre no parecía haberle importado mucho. Lo que sí le había vuelto loco era el asunto de la persona que ahora estaba en la tercera planta, pero eso tenía más sentido.

—¿Habéis mirado las cámaras de seguridad? —preguntó Troy.

—Las de fuera no mostraron nada sospechoso. Ninguna ida o venida, salvo Lucian entrando —respondió Dev—. Las de dentro hace años que dejaron de funcionar.

Troy enarcó ambas cejas.

—Bueno, eso sí que parece sospechoso.

—Dice la verdad —indicó Lucian—. Da igual las veces que hayamos llamado a un técnico para que revise el sistema, siempre falla. Por lo visto se debe a algún tipo de interferencia. Pasa lo mismo cuando alguien intenta usar una cámara normal dentro. Lo único que parece funcionar son las cámaras de los móviles.

Troy frunció el ceño y los miró como si estuviera deseando decirles lo descabellada que parecía aquella explicación, pero Lucian no se estaba quedando con él. El vídeo se interrumpía constantemente y ningún técnico había podido encontrar el motivo. Por supuesto que el personal había llegado a su propia conclusión (una conclusión sobrenatural); de hecho, esa era una de las muchas razones por la que algunos empleados no se sentían cómodos en la casa.

—A tu padre le preocupaba más lo que la gente pensara de su familia que su familia en sí —dijo Troy después de unos segundos. Ahí Dev no podía objetar nada porque era verdad—. Va a haber preguntas, Dev. ¿Cuánto valen las refinerías de petróleo, las propiedades inmobiliarias y las industrias De Vincent? ¿Miles de millones? ¿Quién va a heredarlo todo?

—Gabe y yo —respondió Dev sin dudarlo—. O eso es lo que mi padre dispuso en su testamento. No creo que lo haya cambiado.

Troy hizo un gesto con la barbilla hacia Lucian.

—¿Y tú?

Lucian se echó a reír.

—Hace mucho tiempo que mi padre me excluyó del negocio familiar. Pero no te preocupes por mí. Me las arreglo muy bien por mi cuenta.

—Estupendo. Ahora dormiré mejor por las noches. —Troy volvió a centrarse en Dev—. Lo que quiero decir es que la gente va a hacer preguntas. Esto terminará saliendo a la luz.

—Por supuesto que va a salir. —Dev enarcó una ceja—. Y lo que se sabrá es que murió por causas naturales.

Troy abrió los ojos de par en par y sofocó una carcajada.

—¿Estás de coña?

—¿Tiene aspecto de estar de coña? —replicó Lucian con sequedad.

—Sí, puedo mover algunos hilos, pero esto es demasiado gordo. —Troy negó con la cabeza—. El forense no va a certificar un suicidio como una muerte natural.

Dev volvió a enarcar una ceja.

—Te sorprendería lo que la gente puede llegar a hacer.

Troy miró a Dev estupefacto. Parecía estar a punto de propinarle una colleja.

—En realidad, ya no me sorprende casi nada, Devlin.

—Entendemos que tienes un trabajo que hacer —intervino Lucian, ignorando la mirada de advertencia que le lanzó su hermano de repente—. Y no queremos que te metas en ningún problema. Podemos hacer frente a… a cualquier cosa que la gente diga o piense.

—Es bueno saberlo, ya que algunos de nosotros no vamos a heredar un negocio de miles de millones de dólares —repuso Troy con aspereza mientras clavaba la mirada en Dev—. ¡Qué suerte que tenéis!

Entonces Dev hizo algo inusual; algo que Lucian llevaba mucho tiempo sin ver.

El Diablo sonrió.

Lucian esperaba en el salón mientras el amanecer se imponía a la oscuridad. Casi todos los que entraban y salían del despacho de su padre lo hacían en silencio, y los pocos que hablaban lo hacían entre murmullos. Fuera no había

luces rojas y azules parpadeantes. El interrogatorio al que les sometieron fue escueto. Dev seguía con Troy; seguro que para asegurarse de que se contara la historia que él quería que saliera a la luz.

Cuando llegó el equipo forense, Lucian alzó la vista de la chimenea de piedra que había estado mirando todo el tiempo. Se fijó en las palabras «Médico Forense» escritas en el polo negro de uno de los hombres que llevaba la camilla.

Le recordó a otra noche que tuvo un final similar.

En realidad le recordó a un montón de noches.

Oyó a una mujer soltar un grito. Se puso de pie y se volvió hacia la puerta. La señora Besson estaba allí, aferrándose al brazo de su marido. Ambos estaban pálidos.

—¿Qué ha pasado?

Fue hacia ellos a toda prisa, agarró a Richard del hombro y llevó a la pareja hacia una de las muchas salas de estar que no usaban, lejos del salón y del despacho.

—Lucian, ¿qué ha pasado? —preguntó Richard, clavando sus ojos marrones en él.

Lucian giró los hombros. No sabía cómo darles la noticia. Seguro que no iban a derramar muchas lágrimas por la muerte de Lawrence, pero era su jefe y una parte importante de sus vidas.

—Se ha producido un incidente.

Richard deslizó un brazo alrededor de la cintura de su esposa mientras ella se pasaba la mano por su moño de pelo gris.

—Hijo, tengo el presentimiento de que eso es un eufemismo tan grande como esta casa.

—Y que lo digas. —Lucian apretó el hombro de Richard y miró hacia la puerta. Livie era su ama de llaves, se encargaba de los empleados que entraban y salían a lo largo del día y de todas sus necesidades. Su marido era una especie de mayordomo y hombre para todo. La pareja llevaba con ellos desde que tenía uso de razón y, a pesar de la opinión que tenían sobre la casa y los terrenos, eran personas de total confianza. Cuando uno trabajaba para los De Vincent, no podía ser de otra forma. En realidad, los hermanos los consideraban parte de su familia, ya que les habían ayudado y prestado más atención que sus propios padres. Su hija, Nicolette, había pasado casi toda su infancia en esa casa. Había sido como una segunda hermana para todos ellos. Por desgracia, hacía mucho tiempo que no la veía; desde que se fue a la

Universidad—. Lawrence se ha ahorcado en el despacho —dijo después de un rato.

Livie cerró los ojos, haciendo que las arrugas que tenía en las esquinas de sus ojos se hicieran más pronunciadas, y murmuró algo parecido a una oración. Su marido se limitó a mirar fijamente a Lucian y a preguntar:

—¿Es verdad eso?

—Eso es lo que parece.

La cara con la que Richard lo miró no dejó lugar a dudas. Era la misma que había puesto Troy. En realidad, en el fondo todos estaban pensando lo mismo. De repente se sintió agotado y se pasó una mano por el pelo.

—Lucian —le llamó Gabe desde el pasillo con la mandíbula apretada—. Tenemos que hablar.

Rodeó a la pareja.

—Si necesitáis tomaros algún día de descanso…

—No —dijo Livie, con sus ojos marrones abiertos de par en par—. Estamos bien. Nos quedaremos a vuestro lado, muchachos.

Lucian esbozó una sonrisa cansada.

—Gracias. —Lo decía de corazón—. Si yo fuera vosotros, me mantendría alejado del despacho de mi padre por el momento.

Richard asintió.

—¿Sigue en pie lo de mañana?

—Necesito hacerlo.

—Lo sé. —Richard le dio una palmada en la espalda y sonrió de forma adusta—. Cuidaré el fuerte todo lo que pueda.

Agarró la mano del hombre mayor, le dio un suave apretón y salió de la estancia. Mientras se acercaba a Gabe, se dio cuenta de que Troy los estaba esperando en el pasillo. No vio a Dev.

—¿De verdad quiero saber lo que tenéis que decirme?

Gabe negó con la cabeza.

—Probablemente, no.

Troy mantuvo un tono de voz bajo mientras hablaban.

—Cuando bajaron el cuerpo del ventilador, le quitaron el cinturón. Seguro que no lo visteis porque estaba colgado y por el propio cinturón, pero…

Miró a su hermano y un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Pero qué?

—Tenía marcas en el cuello. —Troy respiró hondo—. Alrededor de la zona donde estaba el cinturón. Eso significa dos cosas: o que una vez colgado,

se arrepintió e intentó salvarse, o que él no fue el que se puso ese cinturón alrededor del cuello.

3

—¿Por qué me abandonas? —gritó Anna. Golpeó un tacón sobre el suelo e hizo un puchero mientras su bebida azul brillante se derramaba del borde de su vaso—. ¿Quién va a escuchar ahora mis quejas sobre mis malvados vecinos o cómo cosifico a los representantes farmacéuticos que están como un tren?

Julia Hughes se rio al oír a su compañera de trabajo; bueno, su excompañera de trabajo desde hacía dos horas. Estaba con varias enfermeras y personal del centro en el que trabajaba, a pocas manzanas de allí, celebrando una pequeña fiesta de despedida que se estaba convirtiendo en una competición por quién tendría la peor resaca por la mañana.

Julia apostaba por Anna.

—Tienes a Susan. Le encanta que le cuentes tus desventuras y también le gusta babear por los representantes.

—A todo el mundo le gusta babear por los representantes, pero tú eres la única soltera de nuestra planta. Me gustaba vivir a través de ti, imaginándome que salías con ellos y luego tenías el tipo de sexo sucio y salvaje que apenas te deja caminar al día siguiente.

Julia casi se atragantó con el champán, así que bajó la copa.

Anna sonrió de oreja a oreja y dio un buen trago a su bebida.

—No puedo intentar liar a Susan con uno de ellos.

—Mejor para ella. Ese tipo de citas nunca termina bien —le recordó Julia. O eran mortalmente aburridas o al final no había fuegos artificiales. No había un término medio… y mucho menos la parte del sexo que te dejaba necesitando un Tylenol al día siguiente.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa redonda y alta. La música *rock* cada vez estaba más fuerte y el grupo de compañeros se había dispersado por el bar. Se habían terminado la tarta que alguien había llevado a los pocos minutos de sacarla.

—Os voy a echar de menos —confesó. Tomó una profunda bocanada de aire que hizo que le escocieran los ojos.

—No me puedo creer que de verdad estés haciendo esto. —Anna se inclinó sobre ella con un suspiro.

Si era sincera, a una parte de ella también le costaba creer que había renunciado a un trabajo estable para aceptar un empleo como enfermera a domicilio en otro estado, que ni siquiera estaba en la misma franja horaria que la suya. Había sido una decisión tan impropia de ella, que sus padres pensaron que estaba sufriendo una crisis de la mediana edad… con diez años de antelación.

En realidad esa decisión había nacido después de beberse una botella entera de vino ella sola, acompañada de una sensación de desesperación, de una ardiente y casi absorbente necesidad de hacer algo, cualquier cosa, que implicara un cambio en su vida. Después, prácticamente se olvidó de la solicitud que había enviado a la agencia, por lo que no se esperaba en absoluto la llamada que había recibido hacía una semana. Había un trabajo en Luisiana, a domicilio, y le ofrecían un salario que la había dejado muda de asombro.

La primera reacción que tuvo fue rechazar la oferta, pero al final no escuchó esa absurda voz en su interior que la mantuvo despierta hasta altas horas de la noche y que hacía que cada paso que daba en su vida fuera demasiado comedido y que nunca se arriesgara a nada. Así que, después de firmar una tonelada de papeles, incluidas un montón de cláusulas de confidencialidad y no divulgación que la agencia le aseguró que eran comunes en determinadas situaciones, hoy había llegado el día en el que había tenido que decir adiós a la residencia geriátrica en la que llevaba trabajando los últimos tres años. Lo que significaba que hoy también era el último día de normalidad para ella, porque había hecho lo impensable.

Bueno, al menos para la Julia que llevaba tanto tiempo viviendo con miedo.

No con miedo a nada en particular, sino a todo lo que había fuera. Había tenido miedo a dejar su casa para ir a la Universidad, a terminar sus estudios y aceptar su primer trabajo de verdad. Tenía miedo a volar, a conducir por la autopista. Le había asustado tener esa primera cita años atrás; una decisión que terminó convirtiéndose en una de las peores que había tomado en la vida. Y le había aterrorizado dejar a la persona que la había ido socavando día a día.

Tener miedo no significaba que no se esforzara por intentar superarlo, pero al hacerlo, solía analizarlo todo y pensar demasiado cada decisión que

tomaba. En esas circunstancias, las cosas eran más difíciles, pero los logros que conseguía también eran mucho más importantes.

Se negaba a seguir viviendo así, como si tuviera setenta años y hubiera enterrado al amor de su vida hacía tres años, en vez de haberse divorciado de él, que era lo que realmente había sucedido. Esos últimos tres años había tenido la impresión de que se había dado por vencida, de que solo se dejaba llevar por la rutina.

Pero eso se había acabado.

Ya había enviado la mayor parte de su ropa a su nuevo lugar de residencia y mañana tomaría un avión.

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo Anna, apoyando su cuerpo en el de ella—. Voy a echarte muchísimo de menos, pero estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias —logró decir, conteniendo las lágrimas.

Anna y ella se habían hecho muy amigas. Sabía todo lo que le había pasado con su ex y lo importante que era para ella dar ese paso.

Anna le dio un beso en la mejilla y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las diez, pero tengo que estar temprano en el aeropuerto.

—Pero no tienes que trabajar en el primer turno de mañana. ¿Sabes lo que eso significa? —Se enderezó y empujó la copa de Julia hacia su boca—. Que ha llegado la hora de beber y emborracharnos antes de que terminemos llorando en un rincón como dos perdedoras. Porque no queremos eso, ¿verdad?

—Nadie quiere eso. —Sonrió y se puso manos a la obra. Bueno, más o menos. Julia no era de beber mucho, sobre todo porque no le gustaba la idea de perder el control. En casa se limitaba al vino. Así que se terminó el champán, y cuando llevaba la mitad de la segunda copa, estaba un poco achispada.

Otras enfermeras se acercaron a su mesa y Anna se fue a echar una partida de dardos en la otra punta de la barra. Julia intentó seguirla, pero conforme avanzaba la noche, había más gente. Veía a la menuda rubia de vez en cuando, así como al hombre con el que estaba jugando. Era alto, pero cualquiera que estuviera al lado de Anna lo era. Cuando alzó el brazo para lanzar el dardo, la camisa oscura se pegó a sus amplios hombros y, a pesar de la distancia, se dio cuenta de que tenía unos bíceps considerables.

Quienquiera que fuera, tenía una buena espalda.

Movió la cabeza y volvió a prestar atención a las personas que la rodeaban. Anna estaba casada; felizmente casada, era extrovertida por

naturaleza y hacía amigos por todas partes.

Sus compañeros estaban hablando de los nuevos propietarios que se habían hecho cargo del centro a principios de año. Todos ellos habían estado muy inquietos, sin saber qué pasaría a largo plazo. Obviamente ella ya no tenía que preocuparse más, pero le aliviaba saber que a todos les iría bien y que los nuevos jefes parecían saber lo que hacían.

Como nunca había trabajado como enfermera a domicilio y tampoco tenía la menor idea de si volvería a hacerlo cuando terminara su nuevo empleo, no sabía qué esperar de los jefes que tendría a partir de ahora. Tenía que responder ante la agencia que la había contratado, pero también ante la familia para la que trabajaría.

Mientras jugueteaba con el pie de la copa, se obligó a dejar de pensar en lo que sucedería al día siguiente. Estaba nerviosa, lo que era comprensible, pero no podía permitirse volverse loca de preocupación. Si lo hacía, le daría un ataque de pánico y empezaría a arrepentirse de su decisión. Y en ese momento, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás…

—¡Julia! —canturreó Anna un segundo antes de agarrarla del brazo—. *Tengo* que presentarte a alguien.

¡Oh, Dios mío!

Normalmente, cuando Anna quería presentarle a alguien, siempre se trataba de algún tipo excéntrico que acababa de conocer y con el que Julia no quería interactuar. Reprimió un quejido, se volvió despacio y casi se le cayó la copa cuando pasó del rostro sonrojado y emocionado de su amiga al del hombre que estaba junto a ella.

Abrió los ojos de par en par mientras miraba al desconocido. ¡Virgen santa…! Fue como si su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito, vaciándolo de cualquier pensamiento coherente. Era el hombre con el que Anna había estado jugando a los dardos. Lo sabía porque llevaba la misma camisa oscura, que resultó ser un suéter térmico con las mangas subidas hasta los codos, y porque era alto. Y no solo porque estaba al lado de un duendecillo enloquecido, sino porque debía de ser unos treinta centímetros más alto que ella, y Julia no era una mujer baja.

Ese hombre, quienquiera que fuera, era totalmente espectacular.

Desprendía un aire duro. Tenía unos pómulos altos y anchos y unos labios bien formados, con un arco de cupido perfecto. Una barba de tres días le cubría una mandíbula que parecía haber sido tallada en mármol. Su pelo castaño dorado era ondulado en la parte superior de la cabeza y lo llevaba corto a los lados. Seguro que bajo la luz del día era tan rubio como el de

Anna. No hacía falta tener mucha imaginación para saber que debajo de ese suéter y los vaqueros oscuros, se escondía un cuerpo tan impresionante como su cara.

En cuanto a aquellos ojos enmarcados en unas pestañas increíblemente largas, eran de una mezcla de azul y verde que le recordaba al verano y a los cálidos océanos.

En ese momento la estaba mirando, con los hombros en una postura relajada, pero Julia tuvo la sensación de que era como un depredador, listo para atacar en cualquier momento.

¿Anna se había encontrado con ese maravilloso espécimen de virilidad en los tableros de dardos? Iba a tener que pasar más tiempo allí, si ese era el tipo de hombre que una podía…

—Julia… Jules…, este es… —Anna la miró con un brillo de entusiasmo en los ojos azules mientras se volvía hacia el hombre más atractivo que había visto en su vida—. Lo siento. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

¿De verdad se había olvidado Anna de su nombre? Ella estaba convencida de que, en cuanto lo oyera, quedaría grabado a fuego en su cerebro.

Entonces él le sonrió y tocó cada parte de su cuerpo: desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies, sobre todo en todos los lugares del centro. Era una de esas sonrisas torcidas, con la comisura izquierda más levantada que la derecha, capaz de hacer que una se derritiera al instante.

—Taylor.

¡Oh, Dios mío!

¡Qué voz!

Grave y suave, con un ligero acento. ¿Tal vez sureño? No lo sabía, pero a ella no le habría importado que hubiera seguido hablando *una y otra vez*.

—¡Taylor! Eso es. —Anna sonreía como un gato que acabara de comerse una habitación entera de canarios—. Bueno, pues esta es la encantadora y muy soltera Julia de la que te he estado hablando.

¿En serio acababa de decir eso? ¿«Muy soltera»? ¿Estaba ya Anna borracha? ¿Es que no se había dado cuenta del aspecto que tenía ese hombre? No es que ella fuera un cardo. Tenía, como su madre solía decir, rasgos simétricos. Una cara armoniosa. Y su pelo llamaba la atención a un montón de gente. Mucho. Algunos incluso querían tocarlo, lo que a ella le parecía de lo más raro. Era espeso y ondulado y lo tenía largo, por debajo del pecho. En ese momento lo llevaba recogido en un moño suelto. Al terminar el turno, solo le había dado tiempo a cambiarse de ropa. De modo que sí, *sabía* que no era fea, pero no era ninguna modelo, y desde luego no el tipo de mujer con la

que cualquiera se imaginaría a Taylor: altas o bajas, pero delgadas y con curvas en los lugares correctos. El cuerpo de Julia había pasado de moda antes de que ella naciera.

—Hola. —Taylor alargó la mano en su dirección—. Encantado de conocerte.

Bajó la mirada de su cara a su mano y luego volvió a mirarle a los ojos. Su sonrisa torcida se fue ampliando mientras esperaba a que ella reaccionara y dejara de mirarlo como una idiota. Logró salir del estupor y se las arregló para levantar la mano.

—Lo mismo digo.

Sus dedos se cerraron en torno a los de ella con firmeza.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Sí —respondió Anna por ella—. Por supuesto que puedes invitarla a una copa.

Iba a matar a su amiga.

Taylor se mordió el labio inferior.

—¿Qué te apetece?

Mientras murmuraba el nombre de una bebida que ni siquiera sabía si había probado antes, se dio cuenta de que él todavía le sujetaba la mano.

Taylor se acercó a ella y bajó la cabeza hasta que sus labios casi le rozaron la oreja. Cuando habló, su aliento le hizo cosquillas en el pelo, enviando una miríada de escalofríos a lo largo de su columna.

—No salgas corriendo.

Se quedó sin aliento.

—No lo haré.

—¿Me lo prometes? —Le dio un suave apretón en la mano.

—Te lo prometo —respondió ella.

—Bien. —Él se irguió, retrocedió un paso y la miró a los ojos un instante —. Vuelvo enseguida.

Solo entonces le soltó la mano.

Completamente aturdida, lo vio darse la vuelta e ir hacia la barra, mientras la gente le abría paso como si fuera una especie de deidad. En sus veintisiete años de vida, nunca había estado frente a nadie tan atractivo.

—¡Oh, Dios mío! Creo que acabo de tener un orgasmo solo viendo eso — dijo Anna.

Julia miró a su amiga con los ojos todavía como platos.

Anna se puso a aplaudir y a saltar como una niña pequeña.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó—. Parece recién salido del catálogo «Haz que tu fantasía sexual se haga realidad».

Anna soltó una risita.

—Estaba pidiéndome otro vaso, de agua, que quede claro, y me preguntó si jugaba a los dardos. Obviamente le dije que sí. Tenía que hacerlo porque necesitaba comprobar que era de carne y hueso.

La entendía perfectamente. A ella también le costaba creer que pudiera existir un hombre así.

—El caso es que me puse a jugar una partida con él. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —Miró por encima de la cabeza de su amiga. Taylor seguía en la barra.

Anna volvió a agarrarla del brazo.

—Preguntó por ti, Julia.

—*¿Qué?*

Anna asintió para confirmárselo.

—Quería saber quién era la mujer tan guapa con la que había estado hablando antes, y esa eres tú. No había hablado con nadie más. Por eso me pidió jugar a los dardos. Me utilizó para llegar hasta ti. —Sonrió de oreja a oreja—. Pero no me importa. ¿Sabes por qué?

Julia apenas podía asimilar lo que estaba pasando.

—¿Por qué?

—Porque le interesas y esta es tu última noche aquí, así que irás donde él te diga y harás lo que quiera hacer. Lo que sea. —Se acercó a ella y bajó la voz—. Incluso sexo anal. Porque hasta yo le dejaría. ¡Claro que sí!

—¡Por Dios! —se rio Julia—. Estás como una cabra. Ni siquiera lo conozco…

—¡Pero qué cándida eres! —dijo Anna. Julia frunció el ceño—. No hace falta que lo conozcas para acostarte con él. Es un hombre guapo. ¡Está tan bueno que ni siquiera parece de este mundo! Y cuando estábamos jugando a los dardos no hacía más que mirarte.

¿En serio?

—Esto no me puede estar pasando a mí.

—Pues es real, Julia. Sé que llevas mucho tiempo en dique seco (demasiado) y que tu ex era un imbécil, pero ya va siendo hora de que despliegues tus alas deseosas de sexo y vueles libre, nena. Este hombre, este pedazo de hombre es…

—Para. —El corazón le dio un brinco mientras veía a Taylor acercarse hacia ellas—. Ya viene.

Anna se calló al instante, pero la miró dejando claro que nunca la perdonaría si hacía algo para fastidiar aquella oportunidad. Aunque a ella no le dio tiempo a pensar en nada de aquello porque Taylor ya estaba pasando por delante de su amiga para entregarle una bebida que olía a fruta.

—Me alegra ver que sigues donde te dejé —comentó él, apoyándose en la mesa—. Me preocupaba que quisieras salir corriendo.

—No —repuso ella. Miró a Anna en busca de ayuda.

—Sí —replicó él, sonriendo.

¿Qué se suponía que tenía que decir ahora? ¿O hacer? Menos mal que se había cambiado de ropa y llevaba un bonito vestido negro con cintura imperio y mangas hasta el codo. Lo tenía desde hacía tiempo, pero con él siempre se sentía guapa. ¡Qué lástima no haber sido un poco más previsora y haberse puesto otra cosa que no fueran las bragas de algodón con *calaveras*!

¡Por Dios!

¿Qué hacía pensando en esas cosas?

Ese hombre no le estaba viendo las bragas con calaveras.

Vio a Anna retirándose despacio y dejándolos solos. Tomó un sorbo de su bebida y pensó en una respuesta que no la hiciera parecer medio tonta.

—¿Por qué te imaginaste eso?

Fue lo mejor que se le ocurrió.

—¿Te soy sincero? —Bajó las pestañas, ocultando esos ojos impresionantes—. Parecías algo asustada.

Volvió a ponerse roja.

—¿Tanto se nota?

—¿Entonces tienes miedo? —inquirió él antes de llevarse la botella de cerveza a los labios.

Por imposible que pareciera, se sonrojó aún más.

—Yo no lo llamaría miedo. Solo… me sorprendió.

—No entiendo por qué te sorprendería. —Tomó un sorbo—. Me fijé en ti desde el momento en el que entré. Y estoy seguro de que no fui el único. Eres absolutamente preciosa.

Muy bien.

Ese tío era bueno, *muy* bueno. Por la forma como lo dijo, parecía verdad. Los halagos no solían funcionar en ella, ¿pero viniendo de él? Cabía la posibilidad de que surtieran efecto.

—Eso ha sido muy amable por tu parte —dijo. Después dio un buen trago a lo que fuera que había pedido.

—No estoy siendo amable, solo digo la verdad. —Se inclinó hacia ella y dejó la cerveza en la mesa—. Tu amiga me ha dicho que sois enfermeras.

Julia asintió con la cabeza. Tenía que beber con calma, ya que se había dado cuenta de que la bebida llevaba alcohol.

—Sí. Trabajamos en una residencia geriátrica cerca de aquí. Bueno, trabajaba. Hoy ha sido mi último día.

—Sí, algo me ha comentado. Que esto era una pequeña fiesta de despedida.

—Sí. —Dio *un* sorbo a su bebida—. Me voy de la ciudad, y del estado, mañana mismo.

—¿En serio? ¿A dónde vas? —preguntó con interés.

Estuvo a punto de responder que a Luisiana, pero se contuvo en el último segundo. No solo porque no conocía a Taylor Estoy Demasiado Cañón Para Ser Real, sino porque el acuerdo de confidencialidad que había firmado era muy estricto. Las únicas personas que sabían la ciudad y el estado donde iba a ir eran sus padres. A Anna solo le había dicho que estaba en Luisiana.

—He encontrado un trabajo en el sur —respondió al cabo de unos segundos, aunque enseguida cambió de tema—. ¿Y qué hay de ti? ¿Vives por aquí?

Él tomó su botella y negó con la cabeza.

—Estoy en la ciudad por trabajo. Haciendo algunas investigaciones.

—¿Investigaciones?

¿Trabajaría en el campo sanitario o era periodista? ¿Quizás algún tipo de escritor?

Lo vio beber un trago de cerveza.

—¿Siempre te has dedicado a la asistencia geriátrica?

—No. Cuando terminé la Universidad trabajé en las urgencias de un hospital —respondió, mirando hacia atrás. No veía a Anna—. Estuve allí dos o tres años.

—¡Vaya! Tuvo que ser intenso.

—A veces. Hay noches en las que lo único que tienes son dolores de estómago. En ocasiones hay algo grave detrás, pero normalmente solo son gastroenteritis o algo que ha comido el paciente y que le ha sentado mal. Otras noches, en cambio, la cosa se complica más.

Su mirada le recorría la cara de una forma que parecía consumirla, dejándola sin aliento cuando volvió a clavar la vista en sus ojos.

—¿Por qué lo dejaste?

Tragó saliva y dio otro sorbo a su bebida. No podía decirle que cuando dejó a su marido también se despidió de su trabajo y se marchó del lugar en el que vivían. Algo que no impidió que Adam intentara ponerse en contacto con ella cada dos meses, como un reloj. Aquello solo terminó cuando cambió de número y no se lo dio a ninguno de los amigos que tenían en común. En el fondo, sabía que acabaría enterándose de que se iba y se volvería loco, porque así era él. Al pensar en aquello se le contrajo el estómago.

¡Mierda! Vaya una manera de aguarse la fiesta.

Se olvidó de todo lo relacionado con Adam.

—Quería hacer algo diferente y estar más cerca de mi familia.

—¿La familia es importante para ti?

—Sí. Soy hija única, así que me malcriaron. —Al oír su risa se le volvió a contraer el estómago. Pero esta vez fue una sensación diferente porque era un sonido grave y *agradable*. Fue como estar en la cima de una montaña rusa, instantes antes de caer—. De acuerdo, no me malcriaron, pero estoy muy unida a mis padres. Son buenas personas.

—Tienes suerte. No hay mucha gente que pueda decir lo mismo.

—¿Qué me dices de ti?

—No estoy en ese grupo de gente.

—¡Oh! —Parpadeó—. Lo siento.

Taylor ladeó la cabeza mientras la observaba con atención.

—Parece que lo dices en serio.

—¿Quizá porque lo digo en serio? —sugirió ella.

—¿Sueles sentir empatía por personas que no conoces de nada?

—Por supuesto. Todo el mundo debería hacerlo. —Se apartó un poco cuando alguien pasó por delante de su mesa, haciendo que la cartera donde llevaba el móvil se le clavara en la cadera—. O eso es lo que creo.

—Estoy de acuerdo.

—Me alegra oír eso porque…

No pudo seguir. Taylor acababa de estirar la mano para sujetar un mechón de pelo que se le había soltado del moño, y le había rozado la mejilla con la palma antes de colocárselo detrás de la oreja. Y lo único que ella fue capaz de hacer fue entreabrir los labios y soltar un suspiro.

—Ya está, arreglado —dijo, bajando la mano y acariciándole el cuello con los dedos—. Aunque seguro que tu pelo es espectacular suelto.

Tenía las mejillas en llamas. No sabía cómo responder, no cuando esos dedos todavía se deslizaban por su cuello, rozándolo como si fuera un susurro.

—¿Siempre quisiste ser enfermera?

Tardó varios instantes en responder.

—Cuando era pequeña quería ser veterinaria, como mi padre, pero no podía soportar la idea de tener que sacrificar a un animal.

—Sí, eso tiene que ser duro. Yo tampoco podría.

—¿Tienes alguna mascota? —Se sintió un poco tonta al preguntarle aquello. Era tan absurdo como preguntar cuál era su equipo favorito. Esperaba que la conversación no fuera por esos derroteros, porque no era muy aficionada a los deportes.

—No. No suelo estar mucho en casa. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero me gustaría tener una algún día. Siempre he soñado con tener un refugio de animales. —Volvió a reírse, aunque esta vez se sintió un poco cohibida. No sabía por qué le estaba contando aquello—. Ya sabes, cuando me toque la lotería y no sepa qué hacer con todos esos millones de dólares.

Taylor sonrió.

—¿Así que en eso te gastarías tus millones?

—Sí. ¿Para qué otra cosa necesitaría el dinero?

Si era sincera, también tenía una obsesión con los bolsos de diseño que no podía permitirse, pero él no tenía por qué saberlo.

—¿Qué tipo de animales te gustaría rescatar?

—Todos.

—¿También peces de colores?

—Si necesitan que los rescaten, sí —respondió, sonriendo.

Él se acercó aún más.

—¿Y serpientes?

—También. Incluso roedores. Toda vida es preciosa.

Taylor alzó ambas cejas.

—De acuerdo. ¿Entonces eres vegana, creyente o practicas aikido?

Ella hizo un gesto de negación con una risita.

—No, oí algo parecido en *The Walking Dead*. Lo siento. Me gusta la carne, no soy muy religiosa y no soy tan profunda.

Taylor se echó a reír y ella tuvo que reprimir otro suspiro. Tenía una risa muy agradable.

—¡Mierda! Bueno, me alegra saber esas tres cosas.

Miró a la barra. Seguía sin poder encontrar a Anna entre toda esa multitud. ¿Dónde se había metido?

—¿Te gusta trabajar en el área asistencial? —preguntó.

Cuando Julia volvió a prestarle atención, le miró los labios. En ese momento no pudo evitar imaginárselos contra los suyos o en otras partes de su anatomía.

Su temperatura corporal subió unos cuantos grados. ¡Dios! No podía recordar la última vez que tuvo una reacción tan visceral con alguien que ni siquiera la había tocado. Solo había estado con Adam, y aunque el sexo con él había estado bien, no se le aceleraba el pulso de esa forma cuando se imaginaba acostándose con él.

—¿Señorita Hughes? —sonrió él.

Respiró hondo. Si quería controlar sus hormonas, sería mejor que dejara de beber ya mismo.

—Sí, me gusta.

—¿Por qué?

Pues sí que tenía preguntas. Dejó la copa en la mesa.

—Al principio, entré por casualidad. Cuando me mudé de nuevo aquí, fue uno de los primeros anuncios que vi —reconoció, pasando un dedo por el borde del vaso—. Y solo envié la solicitud.

—Tiene que ser duro. —Se volvió hacia la mesa, apoyó los codos en la superficie y se inclinó hacia delante—. Supongo que hay un montón de pacientes que no responden a los estímulos, ¿verdad? ¿Seguro que hay un término para definirlos?

—Algunos de ellos sí, pero hay diferentes niveles. —Alzó la mirada y se dio cuenta de que él seguía mirándola de la misma manera que cuando habían empezado a hablar. Con intensidad. Como si estuviera pendiente de todas y cada una de sus palabras. Prestándole toda su atención—. Hay pacientes que solo necesitan que les ayudes con sus tareas diarias. Otros están ahí…, pero no del todo.

Él asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué fue lo que hizo que quisieras seguir trabajando allí?

Era una pregunta difícil de responder.

—Creo que tuvo que ver mucho con el hecho de que algunos pacientes no tienen a nadie más. Eso no quiere decir que su familia no se preocupe o no esté allí, pero mucha gente no sabe cómo tratar a alguien tan enfermo. Esas personas necesitan a alguien que sepa lo que hace, ¿entiendes? Aunque alguien no responda o no pueda comunicarse, eso no significa que no puedan oírte. Que no estén ahí pensando…

—¿Alguno de tus pacientes no puede comunicarse pero puede oírte?

—Sí. Hay diferentes patologías. Hay síndromes que pueden encerrar al que lo sufre dentro de su propio cuerpo. Hasta hay investigaciones que apoyan la teoría de que las personas que están sumidas en algunos tipos de coma pueden oír lo que sucede a su alrededor —explicó ella—. Otros no, pero todos ellos necesitan a alguien que… simplemente esté dispuesto a cuidar de ellos. —Se sonrojó un poco, tal vez se estaba poniendo un poco cursi.

—¿Y eso es lo que haces? ¿Cuidarlos y preocuparte por ellos?

Sí. A veces más de lo que debería. En ese trabajo era difícil dejar a un lado los sentimientos. Todavía le costaba superar la muerte de los pacientes.

—Sí.

Él la observó detenidamente durante un momento y luego una enorme sonrisa le iluminó el rostro. Fue absolutamente deslumbrante. Una que no tendría nada que envidiar a las de los anuncios de pasta de dientes.

—Bueno, si te soy sincero, jamás he visto a ninguna enfermera que se pareciera a ti cada vez que he ido al médico. —Le guiñó un ojo. Un gesto que también le sentaba de maravilla—. Lo que seguramente haya sido algo bueno, porque si no me habría inventado un sinfín de excusas para ir allí.

Soltó una risa de incredulidad mientras se volvía hacia él.

—¡Anda ya!

—No. Te lo digo en serio. Habría empezado con un dolor de estómago y luego me habría dado un golpe en uno o dos dedos y habría fingido alguna rotura.

Volvió a reírse y negó con la cabeza.

—Eso es que tienes un buen seguro médico.

—Más o menos. —No sabía cómo había pasado, pero ahora lo tenía más cerca. Apenas los separaban treinta centímetros—. Voy a confesarte algo. ¿Estás lista?

—Supongo que sí. —Agarró con fuerza su copa. El corazón estaba a punto de salírsele del pecho. ¿Qué le iría a decir?

Taylor hizo lo mismo que antes: bajó la cabeza hasta que tuvo la boca casi pegada a su oreja. A Julia se le puso la piel de gallina mientras captaba su aroma a colonia especiada y jabón, una combinación sorprendentemente embriagadora.

—Llevo todo el tiempo que hemos estado aquí hablando, preguntándome cómo sabrán esos bonitos labios que tienes.

El corazón le dio un vuelco mientras su cerebro intentaba asimilar que había dicho eso de verdad.

—Y eso no es lo único que me gustaría probar.

¡Cielo santo!

La abandonó cualquier pensamiento coherente.

Él se retiró solo unos centímetros, para que sus bocas estuvieran de frente y sus respiraciones se entremezclaran.

—¿Estoy siendo demasiado directo?

Sí.

No.

Julia negó con la cabeza. Ya no controlaba sus movimientos.

—Me alegro. —Taylor dio un paso atrás con una media sonrisa.

En ese momento, el teléfono le vibró contra el estómago y se sobresaltó.

—Perdona —susurró nerviosa. Agradeció la distracción, ya que cada fibra de su ser estaba centrada en la idea de que él probara sus labios y todo lo demás.

Luchó por sacar el teléfono de la cartera. La pantalla seguía encendida por el mensaje de texto. Era de Anna. Tuvo que mirarlo dos veces porque no estaba segura de haberlo leído correctamente.

> No quería interrumpiros. Me voy a casa con mi marido. Consigue que el tío bueno te eche un polvo… o dos. ¡Te quiero!

—¡Mierda! —murmuró para sí. Iba a matar a Anna.

—Eso no ha sonado muy bien.

Julia negó ligeramente con la cabeza. No sabía si reírse o maldecir.

—No es nada.

—No es lo que parecía. —Él le dio un suave golpe con el brazo.

Soltó un resoplido y volvió a guardar el teléfono en la cartera.

—¿Te acuerdas de mi amiga Anna? ¿Con la que estabas jugando a los dardos? Me ha dejado tirada.

—A ver si lo adivino… ¿Era la que iba a llevarte a casa? —Volvió a bajar la barbilla e inclinarse sobre ella, pegando el brazo al suyo.

—Sí. —Julia no se movió.

Taylor esbozó otra vez esa sonrisa torcida.

—Puedo llevarte yo. Solo he bebido esto.

Volvió a mirarlo mientras la parte baja de su estómago se contraía de nuevo. ¿Llevarla a casa? ¿Planeaba también… saborearla? Vale. Tenía que dejar de pensar en eso.

—Gracias, pero no hace falta. Puedo pedir un taxi o…

—O dejar que te lleve a casa. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que quería tu brillante amiga al dejarte aquí para que te las arreglaras por ti misma? —

Estiró un brazo y le dio unos golpecitos con el dedo en el dorso de la mano—. O al menos eso es lo que espero, porque es lo que tengo ganas de hacer.

Julia lo miró con la boca entreabierta.

—De verdad que me encantaría llevarte a casa, Julia. —Deslizó ese mismo dedo por su muñeca y ascendió hasta llegar a la manga de su vestido —. Me apetece mucho pasar más tiempo contigo.

Mientras lo miraba a los ojos, sintió que se le desbocaba el corazón. Volvió a perderse en él. Sabía que lo que le estaba ofreciendo no era solo llevarla a casa, y eso era precisamente lo que había hecho que el palpitar de su pecho se desplazara hacia una zona más baja. Su cuerpo ardía de excitación.

—Di que sí. —El dedo bajó por su antebrazo, trazando un círculo alrededor del hueso de su muñeca.

Se le secó la boca. En circunstancias normales, lo último que habría hecho sería decir que sí, pero en su interior una vocecita empezó a gritarle que aceptara, que actuara de manera diferente.

Que hiciera lo que Anna le había sugerido: desplegar sus alas deseosas de sexo y volar un poco. ¿Sería capaz de hacerlo?

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, su boca y su lengua se adelantaron y dijeron que sí por ella.

4

Lo iba a hacer.

Aquello estaba pasando de verdad.

Y eso fue lo único en lo que había podido pensar durante el corto (demasiado corto) trayecto hasta su apartamento. Taylor había conducido un coche de alquiler (o eso esperaba, porque estaba demasiado limpio como para pertenecer a un ser humano con alma), y había estado hablando todo el rato, demostrando que estaba a gusto con lo que estaba a punto de suceder.

Tan cómodo que, a mitad de camino hacia su edificio de apartamentos, había puesto una mano sobre la de ella para que dejara de juguetear con el dobladillo de su vestido. No le había hecho ningún comentario al respecto, solo estrechó con sus cálidos dedos los de ella y le dio un apretón.

Que le agarrara la mano fue una sensación muy agradable y le recordó a las primeras citas y esa dulce anticipación a *todo* lo que estaba por llegar. Pero aquello no era una cita. Era una aventura de una noche; una aventura con un hombre que parecía recién salido de la gran pantalla.

Mientras cruzaban el aparcamiento y subían las escaleras, se dio cuenta de que él se estaba esforzando por andar despacio, a pesar de sus largas piernas. Iba a su lado, con una mano apoyada en la parte baja de su espalda. A ella, sin embargo, le temblaban las manos.

Literalmente.

Podía contar con los dedos de las manos las veces que había estado tan nerviosa en su vida, tan excitada. Sus emociones se entrelazaban, formando un nudo que le oprimía el pecho.

En la puerta, falló al meter la llave en la cerradura, golpeándola en el metal.

—Yo me encargo —se ofreció Taylor. Le quitó con facilidad la llave de los dedos casi entumecidos. Vio cómo metía la llave sin problemas, pero no la giró—. ¿Julia?

Ella tomó una rápida bocanada de aire y lo miró.

—¿Sí?

Taylor clavó los ojos en los de ella.

—No tengo por qué girar esta llave. Puedes hacerlo tú y nos despedimos aquí. O puedo abrir esta puerta, me dejas entrar y entre los dos hacemos que esta noche merezca la pena. Tú decides.

Ella decidía.

Por supuesto.

Deseaba aquello, quería lo que podía suceder detrás de esa puerta cerrada, pero nunca había hecho algo así. Jamás. Solo había estado con su ex. Se habían casado jóvenes, cuando todavía estaban en la Universidad, y ella nunca había tenido aventuras de una sola noche, ni oportunidades para experimentar el sexo ocasional. No porque no quisiera hacerlo después del divorcio, sino porque tampoco se había parado a pensarlo demasiado y nunca se había abierto a la posibilidad.

Para ella, el sexo… el sexo era algo importante.

Tampoco tenía mucha experiencia. Y no hacía falta ser ninguna estrella del porno para darse cuenta de que Taylor era un experto en esas lides.

Era consciente de que no podía competir con él.

Pero no quería despedirse. No quería dejar que se marchara, porque sabía que nunca volvería a verle. Al día siguiente viajaría a otro estado y él se iría adonde quiera que fuera. No tendrían una segunda oportunidad… y no quería que esa noche, ni ese hombre, formaran parte de su larga lista de arrepentimientos.

De modo que recobró la compostura, rodeó la mano de él con la suya y giró la llave.

—Me gustaría que entraras conmigo.

El pecho de Taylor se expandió bajó su suéter oscuro.

—Me has alegrado la noche.

Julia esbozó una leve sonrisa mientras abría la puerta y se hacía a un lado.

—La mayoría de mis cosas están en cajas, salvo los muebles, por supuesto. —Señaló el sofá y cerró la puerta—. Los muebles los llevaremos a un almacén.

Taylor avanzó unos pasos y contempló el apartamento. No había mucho que enseñar. Un salón y una pequeña zona de comedor frente a la cocina.

—Mi padre se encargará de eso porque los de la mudanza no podían venir hasta el fin de semana —explicó, pasando por delante de él—. El baño está al final del pasillo. —Dejó la cartera sobre la isla de la cocina y empezó a volverse hacia él. ¿Tenía tiempo para cambiarse la ropa interior y ponerse algo más sexi? Había enviado la mayor parte de su ropa a su nueva dirección,

pero quizá podía encontrar algo más bonito en la maleta—. No tengo mucha bebida que ofrecerte, pero estoy segura de que…

Dejó de hablar cuando se encontró con los ojos de Taylor. Lo vio llevarse las manos al cuello de su suéter y después, sin mediar palabra, se lo quitó, arrojó la prenda a la parte trasera del sofá y bajó los brazos.

—¡Oh…! —susurró, comiéndoselo con los ojos—. ¡Oh, Dios…!

Taylor era magnífico.

Tenía la piel bronceada; lo sabía porque en ese momento le estaba mostrando una buena porción de ella, desde los anchos hombros, hasta los fascinantes surcos de las caderas y esa vena protuberante que desaparecía bajo sus vaqueros. Los músculos del pecho y los bíceps estaban perfectamente definidos. En cuanto a su estómago…, aunque no era demasiado musculoso, lucía su buena tableta de abdominales.

Se dio cuenta de que era la primera vez que veía una en persona.

Cuando consiguió (no sin esfuerzo) volver a mirarle a la cara, vio que volvía a esbozar esa media sonrisa tan característica de él.

—Te va a parecer un cliché, pero me alegro de que te guste lo que ves.

—¿Y a quién no le gustaría esto? —preguntó ella con genuina curiosidad.

Su sonrisa se ensanchó.

—No lo sé. Ahora lo único que me importa es que te guste a ti.

—Siempre sabes decir lo adecuado en el momento justo, ¿verdad?

—En realidad, no —respondió, yendo hacia ella. Se movía como un felino al acecho—. Solo soy sincero.

—¿En serio? —Ella retrocedió, chocando con la isla.

—En serio.

Se paró frente a ella, abrasándola con la mirada. A Julia le ardía la piel y fue incapaz de respirar durante un instante.

—Si quieres, puedes tocarme —dijo él—. Ojalá quieras.

Julia asintió. O al menos eso pensó que había hecho, porque Taylor estiró el brazo, enroscó los dedos alrededor de su muñeca y guio su mano hasta su pecho, dejándola allí. Ella contuvo el aliento.

Luego le acarició el brazo, bajando hasta la manga de su vestido. Julia disfrutó de la calidez de su piel, embriagada mientras él le movía la mano sobre los músculos de su pecho.

—¿Cómo? —preguntó antes de poder detener las palabras.

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo qué?

¡Dios! ¿En qué habría estado pensando? Sentía un hormigueo en la mano mientras doblaba los dedos sobre su piel.

—¿Cómo… cómo hemos terminado aquí?

—Bueno —Taylor arrastró la palabra, acercando una mano hacia la de ella—, salimos del bar, nos metimos en el coche y conduje hasta aquí, pero supongo que no te refieres a eso.

—Supones bien.

El bajó la cabeza y apoyó la frente en la de ella.

—Estamos aquí porque te vi y quise conocerte mejor. Y eso fue lo que hice. Y a medida que hablaba contigo quise conocerte *de verdad*. —Taylor empezó a mover su mano de nuevo. Las yemas de los dedos de Julia rozaron el cinturón de él—. Y así es como llegamos aquí.

Cerró los ojos, sintiendo un profundo aleteo en su pecho.

—¿Y no viste a ninguna otra mujer a la que hubieras preferido conocer mejor?

Taylor le acarició la frente con la suya y frotó la nariz contra la de ella.

—Vi otras mujeres. —Hizo una pausa. Julia echó la cabeza a un lado mientras la boca de él se deslizaba sobre su mejilla—. Mujeres a las que, en circunstancias normales, habría querido conocer mejor. Mujeres que no se parecen a ti.

Julia se puso tensa y abrió los ojos de golpe.

—¡Vaya! Ahora puede que te hayas pasado de sincero.

—No ha sido ningún insulto —dijo él, colocando su otra mano en la nuca de ella—. Confía en mí.

—Yo… no sé qué decir —reconoció ella.

La risa ronca de Taylor hizo que se estremeciera.

—¿Tal vez porque no hace falta que digas nada?

—Tal vez.

Taylor volvió a moverse. Sintió su aliento justo debajo de la oreja, y luego sus labios. La besó en el punto donde le palpitaba el pulso y se lo mordisqueó antes de lamérselo para aliviar el dolor. Un gemido ascendió por su garganta.

Una oleada de calor le recorrió las venas, enviando una descarga de puro deseo que casi hizo que le fallaran las piernas. Y entonces él volvió a guiar su mano hacia abajo, más allá del cinturón.

Julia jadeó.

¡Oh, Señor! Podía sentirlo, duro y grueso debajo de los vaqueros. Uno no tenía una erección de ese tamaño si no estaba interesado en la otra persona.

Puede que no fuera el tipo de mujer que a él solía gustarle, pero era evidente que ella lo excitaba.

Taylor se apartó un poco.

—¿Lo sientes?

Ella asintió, incapaz de hablar.

—¿Entonces entiendes cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué estoy aquí? —preguntó—. Estoy duro por ti. No por ninguna otra mujer del bar. —Empujó aún más su mano contra su erección, haciendo que estrechara los dedos alrededor de su miembro—. Todo esto es por ti.

Se puso completamente roja.

Taylor se detuvo y bajó la vista hacia ella. Primero la miró sorprendido, pero inmediatamente después la comprensión atravesó su rostro.

—No has hecho esto nunca, ¿verdad? —Retiró la mano de Julia de su pene y volvió a llevarla hasta sus pectorales—. ¿Acostarte con alguien a quien no conoces?

Ella negó con la cabeza, mientras se preguntaba si su cara no terminaría ardiendo de verdad.

—No.

—Entiendo. —Se mordió el labio inferior y le pasó un dedo por el cuello —. Eres una buena chica. Me gusta.

Ella lo miró a los ojos. Su corazón pugnaba por escapar de su pecho.

—¿Pero sabes lo que me gusta todavía más? —Volvió a bajar la cabeza y le acarició la mejilla con los labios mientras le susurraba—: Que sé que en tu interior se esconde una chica muy mala que se muere de ganas por salir y divertirse.

Había un montón de posibilidades de que aquello sucediera, porque era cierto que estaba deseando hacerlo.

Taylor cerró los ojos un instante y luego volvió a clavar su intensa mirada en ella.

—Voy a hacer algo que te va a gustar mucho, mucho. ¿De acuerdo?

Julia iba a sufrir un infarto.

—De acuerdo.

Él la miró con una leve sonrisa en los labios. Y después, sin previo aviso, la agarró de los brazos y le dio la vuelta. Julia jadeó sorprendida cuando sintió su duro cuerpo contra su espalda.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, él pegó la boca a su cuello, trazó un camino de ardientes besos y le soltó los brazos. Julia tenía los ojos abiertos de par en par, mirando las puertas de madera oscura de los armarios

de la cocina, mientras notaba sus grandes manos subiendo hasta sus pechos. Comenzó a acariciárselos, haciendo que se le hincharan y se le endurecieran los pezones hasta el punto del dolor. Echó las caderas hacia atrás, frotándose contra él. Cuando oyó el ronco gruñido que escapó de la boca de Taylor, se mordió el labio inferior.

¡Cielo santo! Jamás había oído a un hombre emitir un sonido similar. No de ese modo. Como si tuviera la intención de devorarla.

Sus manos seguían moviéndose, a lo largo de sus costados, por las caderas. Sus dedos le engancharon el dobladillo de la falda del vestido, subiéndola. Después se deslizaron sobre la piel desnuda de la parte exterior de sus muslos mientras le mordisqueaba y lamía el cuello.

El corazón le palpitaba desaforado cuando Taylor apartó la boca y se agachó detrás de ella. Al principio no tenía idea de lo que estaba haciendo. Empezó a volverse hacia él, pero se detuvo cuando él le agarró de las braguitas y se las bajó.

¡Oh, Dios mío!

—Quítatelas —le ordenó.

Su voz ronca resonó en el tranquilo apartamento.

Julia obedeció, apoyando una mano en la encimera para mantener el equilibrio mientras levantaba una pierna y luego la otra. En cuestión de segundos, las bragas quedaron olvidadas en el suelo y él se había vuelto a erguir, acariciando sus piernas con las manos. De nuevo notaba su musculoso estómago en la espalda. Colocó una mano en su cadera y la otra en el cuello de su vestido.

—¿Te molestaría si te rompo el vestido? —preguntó él.

—No mucho.

—Perfecto —murmuró él, agarrando la parte delantera de la prenda.

Julia tembló.

Apenas podía respirar. Todo su cuerpo reaccionó al sonido del tejido desgarrado. Bajó la vista cuando una corriente de aire frío le rozó el pecho. Su sujetador había quedado expuesto entre el material rasgado. Menos mal que era bonito; uno de encaje negro que le hacía un escote increíble.

Y a él también pareció gustarle lo que vio por encima de su hombro.

—¡Joder, Julia, tienes unos pechos preciosos! —Soltó el vestido y la tela se abrió aún más—. Tú eres preciosa.

Apoyó la cabeza en el pecho de él mientras Taylor deslizaba la mano bajo la copa de su sujetador. Observó con los ojos entrecerrados cómo apartaba la copa a un lado, desnudando un pecho.

El gruñido que soltó volvió a enviar otra oleada de lujuria a través de su cuerpo.

—¿Estás mirando?

Ella no respondió.

—¿Julia?

Se humedeció los labios.

—Sí.

—Bien. —Cerró los dedos alrededor de su seno—. No quiero que te pierdas ni un segundo de lo que voy a hacerte.

Imposible perdérselo.

Fue incapaz de mirar hacia otro lado mientras arrastraba el pulgar por la aureola rosada y después sobre el pezón. Esta vez no pudo reprimir el gemido; un gemido que terminó transformándose en su nombre. Cuando pasó a dedicar su atención al otro pecho, Julia estaba más allá de la razón. Hizo lo mismo con el otro seno, retirando la tela del sujetador para revelar su piel desnuda.

Le rodeó la cintura con el brazo y esta vez le tocó el anhelante pezón con los dedos. Lo tomó entre el pulgar y el índice e hizo algo que la hizo temblar de la cabeza a los pies y que una ráfaga de calor húmedo se extendiera entre sus muslos.

—¡Oh, Dios! —jadeó.

—Mmm. —Volvió a deslizar la boca a lo largo de la piel de su cuello—. Eso te ha gustado.

No hizo falta que lo confirmara, porque él ya lo sabía. Lo hizo de nuevo. Esta vez, Julia arqueó las caderas por reflejo y un ansia completamente diferente se apoderó de ella. Taylor debió de darse cuenta, porque usó uno de sus fuertes muslos para separarle las piernas. Cuando notó sus dedos deslizándose por su cadera hasta el interior de su muslo se tensó.

—Estás conteniendo la respiración —le susurró él al oído.

¡Oh! Sí que lo estaba.

—Eres adorable.

Taylor le rozó la entrepierna con los nudillos, provocándole un temblor por todo el cuerpo. Luego sintió una ligera caricia, de atrás hacia delante, tentándola, atormentándola.

—Estás muy mojada, señorita Hughes.

Lejos de sentirse avergonzada o escandalizada por la crudeza de sus palabras, solo pudo gemir algo parecido a un asentimiento.

—Vamos a tener que hacer algo al respecto. —Su pulgar entró en acción, trazando círculos en el punto más sensible—. ¿Qué te parece?

Aunque estaba jadeando en busca de aliento, logró que su lengua funcionara.

—Creo… que sí.

Taylor la recompensó presionando su clítoris. Julia gritó y se arqueó contra él, que cerró la mano sobre su vulva mientras la empujaba contra su pecho. ¡Oh, Señor, aquello era tan excitante! Sentía su erección en la parte baja de la espalda y ella estaba empapada y sofocada.

Justo cuando sus dientes le atraparon el lóbulo de la oreja, deslizó un dedo dentro de ella. A ella se le escapó una especie de sonido estrangulado. Una mano se movió sobre su seno, mientras la otra la penetraba muy despacio.

El corazón le latía con fuerza. Estaba pasmada por la facilidad con la que había tomado el control de su cuerpo solo con las *manos* y los *dedos*. Pero lo que más la impactaba era la celeridad con la que ella se había dejado llevar, lo rápido que había dejado de pensar.

Se movió contra él, agarrándole ambas muñecas para que no se alejara de ella. Taylor le introdujo otro dedo y gruñó. Los primeros signos del clímax se acumulaban en su interior. Aumentó el ritmo de sus caderas.

—Eso es. —Su voz fue un cálido susurro contra su oreja—. Monta mis dedos.

Aquellas pecaminosas palabras dispararon su latido y la acariciaron con la misma profundidad que sus manos. Cerró los ojos, frotándose contra él, que aceleró el movimiento de los dedos mientras inclinaba la barbilla y enterraba la boca en su cuello.

La tensión formó una vorágine en su interior que crecía y crecía hasta llegar al punto de ruptura.

—¡Oh, Dios! No puedo… —Tiró de su mano.

—Claro que puedes. —Él continuó moviendo los dedos, sin atender su súplica—. Córrete.

Era demasiado fuerte, demasiado intenso. No podía escapar de ese furor enloquecedor que la estaba consumiendo. Su cuerpo ardía, la lava fluía en su sangre, y justo cuando pensaba que sufriría una combustión espontánea, Taylor curvó los dedos y la tensión estalló.

—Eso es —susurró él con voz ronca y espesa.

—¡Oh…! ¡Oh, Dios mío! —gritó.

Todo su ser se estremeció mientras alcanzaba el clímax. Fue como si su flujo sanguíneo hubiera contenido un relámpago y este hubiera explotado

todas sus terminaciones nerviosas.

Una agonía de lo más dulce la desgarró, dispersando sus pensamientos hasta desvanecerse poco a poco. Segundos después, saciada, aunque todavía conmocionada, se desplomó contra su pecho y trató de recuperar la respiración. Si él no la hubiera tenido sujeta por la cintura, seguramente se habría caído al suelo.

Ladeó la cabeza y se quedó quieta durante unos instantes, percibiendo en su espalda el latido del corazón de Taylor. Todavía tenía los dedos de él en su interior y cuando empezó a sacarlos, sintió otra profunda sacudida.

Tragó saliva.

—Ha sido… asombroso.

Taylor no dijo nada mientras le daba un beso en el cuello y sacaba la mano de debajo de su vestido. Luego volvió a quedarse quieto y ella sintió de nuevo su erección contra la parte baja de la espalda. Al darse cuenta de que todavía le esperaba más se sintió abrumada. Si había conseguido llevarla al cielo solo con los dedos, ¿qué le haría con *eso*?

¡Por Dios!

Iba a matarla de la forma más deliciosa posible.

Pero entonces sucedió algo muy extraño. Taylor le colocó el sujetador en su lugar y luego le dio la vuelta. Julia abrió los ojos y encontró esa mirada azul verdosa tan peculiar clavada en ella.

—¿Taylor?

Él alzó las manos y le acunó las mejillas. Después le pasó el pulgar por el labio inferior mientras estudiaba su rostro. Se inclinó hacia delante y su cálido aliento siguió el mismo sendero que su mirada, acariciándole las mejillas y los ojos antes de posarse en sus labios.

Por fin iba a besarla. La anticipación volvió a despertar su cuerpo. Cerró los ojos. Si la besaba como la había tocado se derretiría ahí mismo.

—Gracias —dijo él.

Frunció el ceño. ¿Le estaba dando las gracias? Luego la besó… en la frente.

Julia abrió los ojos al instante.

Ahí estaba otra vez esa sonrisa torcida. Taylor se quedó mirándola durante unos segundos. Ella no entendía lo que estaba pasando. Entonces se inclinó hacia su oído y le susurró algo que no debió de oír bien porque no tenía ningún sentido.

Después la soltó, se apartó de ella y la miró una última vez. Y Julia se quedó de pie mientras le veía abrir la puerta y salir de su apartamento.

Se había ido.

Su cerebro todavía estaba recuperándose de un orgasmo asombroso y lo único que pudo hacer fue quedarse allí parada y mirar fijamente el espacio que él había ocupado instantes antes. Taylor se había ido sin…, bueno, sin correrse. Y se había marchado sin intercambiarse sus números de teléfono o darle un beso. Pero no sin despedirse.

De hecho, Julia creyó haberle oído susurrarle un «hasta pronto» en la oreja, pero aquello no tenía sentido. Ninguno. Seguro que le había dicho algo más, pero su mente estaba demasiado aturdida para entenderlo. Aunque tampoco podía culparse por eso, porque…

Un momento.

Había mencionado su apellido. Más de una vez.

Se apoyó sobre la encimera con los ojos entrecerrados. A menos que Anna se lo hubiera dicho, ¿cómo lo sabía?

5

Lo de anoche no fue un error.

No había parado de repetirse eso desde que se levantó al rayar el alba y condujo hasta el aeropuerto después de despedirse de sus padres. Tampoco mientras tomaba el avión y dormitaba durante el vuelo bastante rápido. La noche anterior había sido diferente a lo que estaba acostumbrada y había terminado de una forma un poco rara, pero no había sido ningún error. No sabía por qué se había marchado después de provocarle un orgasmo sin recibir otro a cambio, pero no iba a estresarse por eso, porque su neurótico cerebro se las apañaría para retorcerlo de tal modo que terminaría sintiéndose mal.

Y lo que ese hombre guapísimo le había hecho era demasiado… demasiado asombroso para mancillarlo de cualquier modo.

Antes de subir al avión, había mandado un mensaje a Anna para contarle lo ocurrido. Para disgusto de su amiga, no entró en detalles, pero le preguntó si le había dicho cuál era su apellido. Cuando aterrizó, le estaba esperando la respuesta.

Anna no recordaba habérselo mencionado.

Era algo de lo más extraño, pero en ese momento no estaba para obsesionarse con esos menesteres. Sus padres, sin embargo, sí estaban preocupados. Esa mañana había tenido la sensación de que creían que se había equivocado. ¿Quién sabía? Puede que estuviera cometiendo un tremendo error al aceptar un empleo como enfermera a domicilio en un estado a miles de kilómetros. Desde luego era la locura más grande que había cometido en su vida.

Bueno, la de la noche anterior se le acercaba bastante.

Lo más lejos que había viajado en su vida de su Chambersburg natal había sido el breve vuelo que había tomado a Cleveland junto a su ex, Adam, hacía cinco años, para visitar a su familia política. Aceptar un trabajo que requería que se mudara, aunque fuera de forma temporal, a una pequeña localidad de

la que nunca había oído hablar cerca de Nueva Orleans era justo lo contrario a lo que solía hacer en su vida.

Una localidad que ni siquiera tenía un nombre normal. ¿LaPlace? Negó ligeramente con la cabeza mientras iba por la escalera mecánica que daba a la cinta de recogida del equipaje, donde, según el señor Besson, la estaría esperando el conductor que la llevaría a la casa. El señor Besson se había negado en redondo a que alquilara un coche. Por lo visto, era bastante complicado llegar a la casa, incluso con un GPS.

Un dato de lo más reconfortante.

Menos mal que la agencia que la había contratado había investigado al señor Besson, si no habría tenido miedo de estar a punto de entregarse en bandeja de plata a un asesino en serie.

Respiró hondo. El aire de allí tenía un olor a humedad que parecía impregnar cada rincón del aeropuerto. Bueno, vale, todavía estaba un poco preocupada. Había creído entender que había que ir hasta el *bayou*, que como había descubierto hacía poco, no era lo mismo que el pantano. ¿Quién lo habría adivinado?

Con la mano todavía agarrando la manija de la maleta de cabina que tenía desde siempre, se colocó un mechón de pelo castaño detrás de la oreja mientras se fijaba en los grupos de personas amontonadas en las cintas de equipaje.

Al llegar al final, se colocó a un lado y tragó con fuerza. Sintió un aleteo de nervios en la boca del estómago. Miró a los hombres de traje oscuro que sostenían carteles de identificación y se dijo a sí misma que ya era demasiado tarde para preguntarse si estaba cometiendo un error.

Había dejado un trabajo estable en una residencia geriátrica.

Había dado por finalizado el contrato de arrendamiento con el propietario de su apartamento.

Había vendido su coche y transferido el dinero a una cuenta de ahorros que se negaba a tocar porque el señor Besson le había asegurado que en su nuevo empleo le proporcionarían un vehículo que podría usar durante el tiempo que estuviera con ellos.

No, ya no había vuelta atrás. Lo que en el fondo era algo bueno, porque tenía que marcharse. Algo que Anna había entendido, pero que su madre se negaba a ver. Y algo que nunca quiso que su padre descubriera.

El aleteo cesó mientras el estómago se le contraía de verdad. No quería pensar en Adam. No en ese momento. Y esperaba que nunca más.

Tiró del dobladillo de la blusa suelta de color rosa pálido que llevaba y empezó a caminar hacia la cinta del equipaje, pero se detuvo en seco por algo que le había llamado la atención. La incredulidad se apoderó de ella mientras se fijaba en el «JULIA HUGHES» escrito en la pantalla de uno de esos iPads enormes que costaban un riñón.

El joven que la esperaba iba vestido como si fuera a escoltar a un diplomático a una reunión importante. Llevaba un traje negro hecho a medida y unos zapatos que resplandecían más que un diamante. Era imposible que ese fuera su conductor. Seguro que se trataba de un error…

—¿Señorita Hughes? —preguntó el hombre. Se metió el iPad debajo del brazo y se acercó a ella mirando su maleta—. ¿Este es el único equipaje que trae?

¿Cómo la había reconocido? Incómoda, miró a su alrededor sin saber qué o a quién estaba buscando.

—Sí. Sí…, es lo único que traigo. Ya envié…

—La mayoría de sus pertenencias —terminó él por ella, lo que no la tranquilizó mucho—. Soy Brett y hoy seré su chófer. ¿Me permite?

Julia parpadeó sin responder.

Él le sonrió y alargó la mano para hacerse con su maleta, que ella soltó sin oponer mucha resistencia.

—¿Necesita ir al baño antes de que salgamos? Nos queda una hora de viaje.

—Sí. Quiero decir, no, estoy bien —se corrigió ella, ruborizándose—. Lo siento. Estoy un poco confundida. Ha sido una mañana muy larga.

—La entiendo. —Esbozó una rápida aunque cálida sonrisa—. Sígame.

Y eso fue lo que hizo: seguir al enérgico joven, que dejó atrás las cintas del equipaje. Menos mal que llevaba zapatos planos en vez de tacón. Como no había sabido muy bien qué ponerse para su primer encuentro con sus nuevos jefes, había optado por el único par de pantalones negros que aún le quedaban bien sin sentir que le cortaban la circulación. Aunque para el vuelo habría preferido llevar unos *leggins*.

Cuando salieron al aparcamiento, los recibió el aire caliente y pegajoso.

—¡Vaya! —dijo, sujetando la correa de su bolso—. Es un poco sofocante.

—Y esto no es nada. Ya verá cuando llegue el verano de verdad —replicó Brett, sacándose las llaves del bolsillo del pantalón—. Estará deseando bajar de los veinticinco grados.

Julia se había informado bien sobre el famoso clima cálido y la humedad de Nueva Orleans. Como no había nada en su cuerpo que fuera pequeño, no

solía pasar frío cuando estaban a diez grados, como le pasaba a su padre, que era delgado como un palillo. Ella tenía un poco más de relleno. Bueno, puede que más de un poco, y ninguna dieta o ejercicio había logrado cambiar el tamaño de sus caderas o muslos, así que se resignó a lo inevitable: allí terminaría derritiéndose como la bruja de *El mago de Oz*.

Vio unos faros encenderse y a Brett detenerse detrás de…

¿Eso era un Mercedes?

Julia se quedó sin habla ante el elegante sedán negro. ¿Pero qué…? Jamás había estado dentro de un coche como ese. Se quedó mirando tanto tiempo el vehículo, que costaba más que los ahorros de toda su vida, que no se dio cuenta de que Brett había ido a la parte trasera del automóvil y le había abierto la puerta.

—¿Señorita Hughes?

Sintiéndose como una soberana imbécil, corrió hacia el coche y se metió en el asiento trasero. Seguro que no con la elegancia que requería un Mercedes, pero sí con la fluidez necesaria para no hacer del todo el ridículo.

Y luego miró el interior con cara de boba, luchando con todas sus fuerzas por no acariciar lo que seguramente era un tejido de primera clase. El coche olía como siempre se había imaginado que olería uno nuevo, a una mezcla de pino y cuero.

Todo aquello le pareció de lo más surrealista.

Brett se colocó detrás del volante y el motor se puso en marcha. Segundos después, salían del aparcamiento y Julia pegó la cara contra la ventana de cristales tintados mientras tomaban una autopista de la que solo había oído hablar en las noticias.

Era la primera vez que alguien que no fuera su familia o amigos la llevaba en coche. El silencio la hizo sentir tan incómoda que se retorció los dedos.

—Entonces… mmm… ¿suele conducir a menudo para el señor Besson?

Brett se rio por lo bajo.

—No mucho, ¡gracias a Dios!

Julia abrió los ojos.

—Normalmente él y su esposa se encargan de hacer sus cosas ellos solos y no tengo que llevarlos. Mi padre sí los lleva, pero hoy tenía otro compromiso —explicó él—. Nuestras familias llevan trabajando juntas durante…, ¡uf!…, generaciones.

¿Durante generaciones? Se recostó contra el asiento y cruzó las manos en su regazo. Tenía que ser algún tipo de tradición sureña o algo así.

—Estudio en la Universidad de Loyola, así que un poco de dinero extra nunca viene mal. —Se situó en el carril de adelantamiento.

—¡Ah! ¿Y qué estás estudiando?

—Administración de empresas, pero puede que cambie. Solo llevo dos años y todavía no he dado muchas de las asignaturas principales.

Continuaron hablando mientras la cabeza de Julia iba a mil por hora. No sabía mucho sobre el señor Besson, salvo el estado en el que se encontraba su paciente y el salario que iba a recibir (bastante superior al promedio por ese tipo de trabajo). En honor a la verdad, había enviado la solicitud medio borracha, después de haberse bebido una botella de vino y comerse casi un paquete entero de bombones, durante una de esas noches en las que su voz interior no dejaba de atosigarla, impidiendo que conciliara el sueño. En ningún momento se imaginó que podría conseguir una entrevista de trabajo, ni mucho menos una oferta de empleo. Así que cuando la agencia la llamó dos días después para concertar una entrevista telefónica con el señor Besson, estuvo a punto de caerse al suelo.

Era una enfermera titulada que había trabajado un tiempo en un hospital, pero que durante los dos últimos años se había centrado en la asistencia a ancianos con necesidades. Sin duda tenía que haber enfermeros con más experiencia, pero al final se habían decidido por ella y allí estaba, subida a un Mercedes con un chófer que la estaba llevando a Dios sabía dónde.

Si terminaba muerta, al menos habría tenido el placer de marcar esa casilla en la lista de deseos que nunca había escrito.

Se retorció en su asiento. Todo había sucedido demasiado rápido. Apenas había pasado una semana y media desde la noche en que envió la solicitud bajo los efectos del alcohol. Era la primera vez que tomaba una decisión tan importante en tan poco tiempo.

No hay vuelta atrás.

No debía olvidarse de eso.

Brett había tenido razón sobre la duración del trayecto. Aproximadamente una hora más tarde, unos pocos kilómetros después de salir de la autopista, tomó una carretera que no estaba señalizada. Con curiosidad, se asomó por la ventana y se quedó fascinada al instante. Altos robles se alineaban sobre el ancho camino pavimentado. El tipo de árboles centenarios, que debían de llevar allí siglos, antes incluso de que los hombres poblaran la zona. Musgo español colgaba de sus ramas, creando un dosel de sombra que dudaba que los rayos de sol más brillantes pudieran penetrar.

La carretera se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los árboles dieron paso a unas colinas verdes y Brett continuó conduciendo hasta que el camino volvió a llenarse de árboles y llegaron a una enorme puerta unida a un pequeño edificio que parecía estar vacío.

¿Se trataría de alguna urbanización privada? No lo sabía, pero la puerta se abrió en cuanto Brett tocó algo en el parasol. Se pusieron en marcha de nuevo y subieron lentamente por un camino sinuoso. Entonces la vio: una casa gigantesca.

Con la boca abierta, se inclinó entre los asientos delanteros y observó todo con ojos como platos.

En realidad no podía llamarse «casa». Era más bien una mansión o un complejo de edificios similar a las antiguas plantaciones que había visto por Internet, pero actualizada al siglo XXI y un poco más allá.

La parte principal tenía tres plantas y estaba flanqueada por dos anexos que parecían tener otras dos plantas. Todos ellos estaban conectados por balcones y pasarelas en cada nivel. Desde el coche pudo ver los múltiples ventiladores de techo girando perezosamente.

La parte frontal de la casa estaba rodeada por grandes columnas que continuaban a lo largo de toda la estructura. Tuvo la impresión de que se las encontraría por toda la vivienda. Los postigos eran negros y de las barandillas de hierro forjado de la segunda y tercera planta colgaban flores de diferentes colores. Pero había algo más fuera de lo común.

Toda la casa estaba cubierta de enredaderas.

No entendía cómo era posible algo así en una vivienda que debían de haber renovado en la última década. Aunque tampoco sabía lo rápido que crecían las enredaderas, pero no había ni un solo metro cuadrado de fachada que no estuviera cubierto por hojas verdes.

¿De dónde venían las enredaderas? La casa estaba rodeada por grandes robles, pero no podía ver lo que había detrás. ¿Cómo podían crecer de ese modo? No parecía muy normal. Sin embargo, añadían belleza a la vivienda, dándole una apariencia casi ancestral.

—¿Seguro que esta es la casa? —preguntó.

Brett la miró por el espejo retrovisor y se rio.

—Eso espero, porque si no las cosas se pondrían bastante incómodas.

Sabía que estaba bromeando, pero no pudo evitar sorprenderse.

—Es… es posible que se trate de un error. No me dio la impresión de que el señor Besson viviera en un lugar como este.

Brett le lanzó una mirada cómplice mientras disminuía la velocidad en el camino de entrada circular, pasando por delante de un todoterreno negro y otro coche de lujo en el que nunca se había montado.

—Lo entenderá todo cuando se reúna con el señor De Vincent.

—¿El señor De Vincent? Siempre he hablado con un señor Besson —dijo agarrándose al reposacabezas del asiento. Su mente iba a toda velocidad. El apellido De Vincent le sonaba de algo. Lo tenía en la punta de la lengua—. Disculpe, pero ¿de quién es esta casa?

Durante un instante, creyó que Brett no iba a contestarle, pero al final lo hizo:

—Esta es la residencia principal de la familia De Vincent. La familia para la que va a trabajar. —El joven detuvo el coche y se volvió hacia ella—. Ha estado hablando con el señor Besson porque los De Vincent son… digamos que muy celosos de su intimidad y les gusta que sus asuntos personales se lleven con un cierto nivel de discreción.

Había firmado un montón de cláusulas de confidencialidad que la obligaban a guardar silencio sobre la familia y su paciente a riesgo de pagar una multa considerable, pero la agencia que la había contratado le había asegurado que era un trámite común. La mayoría de las familias que podían permitirse contratar una enfermera a domicilio tenían una imagen que proteger. Además, a ella…

Y entonces se dio cuenta.

Se quedó conmocionada cuando supo por qué le sonaba tanto el apellido De Vincent.

¡Oh, Dios! Sabía perfectamente quiénes eran los De Vincent.

Todo el mundo lo sabía.

Se quedó petrificada en el asiento trasero, agarrándose al reposacabezas con tanta fuerza que le dolieron los nudillos. Los De Vincent eran una de las familias más ricas de Estados Unidos. Pero de esos ricos que tenían el dinero por castigo. Una cantidad de dinero que ni Julia ni el noventa y nueve coma nueve por ciento de la población podía llegar a imaginar.

Y esa no era la única razón por la que había oído hablar de ellos. No era muy asidua a las revistas del corazón, pero de vez en cuando compraba alguna en el supermercado por curiosidad. Y en ellas siempre había una breve reseña sobre alguno de los hermanos, casi siempre del mayor.

Ahora que lo pensaba.

Soltó el reposacabezas, tomó su bolso del asiento de al lado y sacó la revista enrollada que había comprado en el aeropuerto de Filadelfia. Pasó las

páginas y encontró el artículo que había leído antes.

«El soltero más codiciado de nuestros días a punto de casarse
con una heredera».

No había prestado mucha atención al texto, porque en lo que más se había fijado había sido en la foto del hermano mayor, Devlin, y su prometida. ¿Quién podía culparla? Él era un hombre de pelo oscuro impresionante y ella una auténtica belleza rubia y delgada; la típica pareja que solo se veía en las fotos de revistas o en el cine.

Se le aceleró el pulso. Aquello no era real. Era imposible.

Los De Vincent eran conocidos como «los Kennedy del sur» y formaban parte de la *realeza* estadounidense, o al menos así es como se referían a ellos los tabloides cuando hablaban de sus vínculos con la política y los escándalos en los que se habían visto envueltos. De hecho eran más conocidos por estos últimos que por los primeros, sobre todo por los hijos… ¿Qué apodos les habían puesto? Si no recordaba mal, eran tres. Los apodos eran un poco morbosos y raros. Les llamaban así por su comportamiento extravagante, casi increíble. El corazón se le subió a la garganta. Sí, ahora lo recordaba.

Lucifer.

Demonio.

Diablo.

6

Lucian bostezó ostensiblemente y se pasó la mano por el pelo antes de apoyarla en el muslo, mientras Troy miraba a Dev desde el otro lado del escritorio.

Por supuesto que no estaban en el despacho de su padre.

Livie había llamado a un servicio de limpieza profesional para que se ocupara de ello tan pronto como la policía les permitió entrar en la habitación. Cuando Lucian llegó a casa temprano esa misma mañana, había desaparecido cualquier rastro del incidente. Un día completo después, el despacho de Lawrence se agregaría a la lista de habitaciones que nunca se abrían, como si pudieran cerrar y sellar lo que allí había pasado y olvidarlo junto con el resto de malos recuerdos.

A partir de ese momento, los asuntos de negocios se gestionarían desde el despacho que Dev había instalado en la segunda planta años antes, en una habitación de la esquina que daba al ahora desatendido jardín de rosas que su madre solía cuidar.

El único que faltaba en aquella reunión improvisada era Gabe, pero se había ido poco después de que Lucian llegara. Lo más probable es que estuviera en su almacén. Dudaba de que lo volvieran a ver el resto del día.

Y él estaba allí solo por una razón, que no tenía nada que ver con la presencia de Troy o con su difunto padre. Estaba esperando, con bastante impaciencia, una llegada muy importante.

No tenía idea de lo que iba a pasar, pero por primera vez en Dios sabía cuánto, estaba realmente ansioso ante la expectativa. Sabía a qué hora había aterrizado el avión, de modo que tenía que estar al caer.

En las últimas veinticuatro horas se había enfrentado a un montón de novedades.

—Tienes un aspecto horrible —señaló Troy, mirando en la dirección en la que estaba sentado.

Lucian alzó un hombro. ¿Qué podía decir? La noche anterior no había dormido mucho.

—Creo que ambos sabéis por qué estoy aquí —comenzó Troy—. Y soy consciente de que ahora mismo tenéis que lidiar con un montón de cosas, pero no podía esperar más.

Dev se recostó en su silla de cuero y se cruzó de brazos.

—Entiendo, pero no ha cambiado nada de lo que hablamos la noche del incidente.

Lucian cerró los ojos y se acomodó en su asiento mientras se frotaba las cejas con los dedos índice. Por muy amigo que fuera de Troy, necesitaba que se fuera ya.

—Sí, bueno, el problema es que mi jefe está obsesionado con este asunto y está metiendo mucha presión en la investigación. Puede que tenga algo que ver con el ejército de abogados que se presentó en la comisaría a las pocas horas de que encontrarais el cuerpo de vuestro padre. —Dio unos golpecitos en el escritorio reluciente y pulcramente ordenado—. Y creo que dijo algo así como: «Quizá los De Vincent gobiernen el mundo, pero no mi departamento».

—Interesante —replicó Dev de una forma que contradecía sus palabras.

—Este caso no va a quedar olvidado en ningún cajón.

—El jefe puede pensar lo que quiera, pero creo que está bastante claro lo que pasó. —Dev agarró su vaso—. Nuestro padre se ahorcó con…

—Tenía marcas de arañazos en el cuello, como si hubiera intentado quitarse el cinturón —le interrumpió Troy—. Y eso es un poco sospechoso. No digo que no se arrepintiera en el último momento, pero no parece muy probable. Hoy le harán la autopsia. No estoy sugiriendo que vaya a revelar nada; seguro que nos deja con más preguntas que respuestas. Y eso para el jefe será como recibir un regalo de Navidad antes de tiempo.

Dev bebió un sorbo de su bebida, luego bajó el vaso e inclinó ligeramente la muñeca. El líquido ámbar empezó a arremolinarse.

—Si te digo la verdad, no sé qué decir al respecto.

—Por supuesto que no —masculló el detective con sequedad—. Estoy tratando de ayudaros.

—Lo sabemos —dijo Lucian, lanzando a su hermano una mirada de advertencia.

—¿En serio? —preguntó Troy sin apartar los ojos de Dev—. Necesito saberlo todo para estar preparado ante cualquier eventualidad.

—Ya lo sabes todo —repuso Dev con tranquilidad.

La irritación empezó a encrespar a Lucian. Troy no sabía absolutamente nada. Y, sin embargo, por lealtad a él y a sus hermanos, estaba dispuesto a

llegar hasta límites en los que podía poner en riesgo su placa. Y Dev estaba sentado detrás de su escritorio como si le diera igual.

Troy tampoco sabía quién estaba en la planta de arriba. Dev había hecho lo imposible para que nadie se enterara. El único motivo por el que Lucian había cooperado era porque encontraba la alternativa inaceptable.

Richard apareció en el umbral de la puerta con el sigilo de un fantasma. La forma como le miró le dijo que por fin había llegado lo que estaba esperando. Se incorporó, notando cómo desaparecía cualquier rastro de cansancio.

—Siento interrumpiros —señaló Richard, con las manos detrás de la espalda—, pero tienes una reunión a la que no puedes llegar tarde, Devlin.

—Lo siento, Troy, tengo que irme. Igual que mi hermano. —Dev se levantó y se colocó los puños de la camisa—. ¿Podemos posponer esto para más tarde?

Troy se quedó sentado unos segundos antes de ponerse de pie y negar con la cabeza.

—No esperéis que el problema desaparezca por sí solo —les advirtió, mirando a ambos—. Esto no va a ser tan fácil como de costumbre.

Dev inclinó la barbilla.

—Por supuesto.

Su amigo se dio la vuelta y empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo cuando llegó al lado de Lucian.

—Asegúrate de que el cabezota de tu hermano entienda lo serio que puede llegar a ponerse esto.

Lucian asintió, aunque sospechaba que Dev ya lo sabía.

—Os veo luego —farfulló el detective.

Richard acompañó a Troy hasta la salida para asegurarse de que no terminara donde no querían que estuviera. Lucian estaba a medio camino de la puerta cuando Dev lo detuvo.

—¿Dónde estuviste ayer?

Alzó un hombro con gesto despreocupado.

—En ninguna parte.

—Creo que «en ninguna parte» fue un lugar que era completamente innecesario. —Dev rodeó el escritorio—. ¿Te paraste a pensar en la imagen que diste? ¡Te largaste la mañana siguiente al trágico suicidio de tu padre!

Lucian sonrió con suficiencia.

—No creo que nadie esperara menos de mí.

—¿Y eso es algo de lo que estar orgulloso?

—Me gusta creer que sí.

Dev suspiró mientras terminaba de arreglarse los puños.

—Esto sigue sin hacerme demasiada gracia.

La tensión se deslizó a lo largo de su cuello mientras lo miraba a la cara. Sabía exactamente a lo que se refería su hermano.

—No te hace gracia *nada*. ¿Por qué esto iba a ser diferente?

Dev se cruzó de brazos.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Meter a una desconocida en nuestra casa después de lo que ha pasado? Es peligroso.

—Tomamos esa decisión antes de que sucediera lo de nuestro padre. —Se enfrentó a él, mirando a los ojos a su hermano mayor—. Pero voy a preguntarte por qué es tan peligroso, Dev. ¿Estás escondiendo algo y te preocupa que alguien lo descubra?

Dev no se inmutó lo más mínimo.

—Sabes muy bien a lo que me refiero.

Lucian lo entendió perfectamente, sin necesidad de que su hermano entrara en detalles.

—¿No dijiste que a nuestro padre le estaba costando lidiar con el escándalo en el que se había visto involucrado nuestro tío? —le recordó.

Dev se quedó callado.

Lucian cerró las manos en sendos puños.

—*Si* Lawrence no se suicidó, es imposible que ella tenga nada que ver con su muerte. Ya has visto el estado en el que se encuentra. Oíste lo que nos dijo el médico. Solo Dios sabe dónde ha estado y por todo lo que ha tenido que pasar, ¿y lo único que te preocupa es lo que la gente pueda pensar de nuestra familia?

—No tienes idea de lo que me preocupa, pero déjame explicarte algo. Sí, me importa lo que piense la gente porque ¿cómo crees que van a reaccionar Troy o ese maldito jefe de policía cuando se den cuenta de que ha vuelto y que lo ha hecho poco antes de que nuestro padre muriera en extrañas circunstancias?

Lucian negó con la cabeza sin apartar la mirada.

—No finjas que estás preocupado por ella. Te conozco. No es nuestra hermana a la que estás intentando proteger.

—¿Me conoces? —Los ojos azul verdosos de Dev, del mismo color que los suyos, brillaron con intensidad—. ¿En serio crees que me conoces? ¿Que no estoy tratando de protegerla?

Lucian curvó los labios en una sonrisa sardónica.

—Es verdad, lo siento. Vamos a obviar que querías meterla en un hospital a miles de kilómetros. Encerrarla y olvidarte de ella.

A Dev le palpitó uno de los músculos de la mandíbula. El primer signo de emoción real del que dio muestra.

—Si hubiera querido encerrarla y olvidarme de ella, eso es precisamente lo que habría hecho.

Lucian nunca se lo habría permitido.

—¿De qué tienes miedo? Has investigado a esa enfermera, ¿verdad? —Aunque Dev no le había dicho nada, sabía que era imposible que su hermano la dejara poner un pie allí sin saberlo todo de ella—. Seguro que hasta sabes lo que cenó hace un mes. Tienes un informe completo de ella.

—Sí —respondió entre dientes.

Lucian se acercó tanto que sus zapatos rozaron los caros mocasines que llevaba Dev, muy parecidos a los que tenía su padre la noche en que lo encontraron colgando del ventilador.

—Entonces voy a preguntártelo una vez más: ¿de qué tienes miedo?

Dev le sostuvo la mirada.

—Muchachos —los llamó Richard—, vuestra invitada os está esperando.

La tensión que ambos emanaban llenó cada centímetro de la habitación. Ninguno de los dos se movió durante un buen rato. Dev fue el primero en apartarse y hablar.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —Hizo una pausa—. ¿Nadie a quien follarte?

Lucian esbozó una sonrisa casi cruel.

—No, ahora mismo no.

—¡Qué lástima! —Devlin lo rodeó.

Ni de coña iba a permitir que su hermano llegara a esa habitación primero y que hablara con ella a solas. ¿Quién sabía lo que podía contar de su hermana?

Maddie necesitaba a una persona compasiva. A alguien con paciencia que intentara ayudarla a recuperarse de verdad, mientras ellos trataban de averiguar qué le había pasado. No iba a dejar que Dev arruinara sus esperanzas.

Sobre todo después de descubrir (para su sorpresa) que su hermano había contratado a una persona con todas esas cualidades.

—¿Dónde la has llevado? —preguntó.

—Está esperando en la sala de estar de abajo —respondió Richard.

Como su hermano solo caminaba a un ritmo tranquilo y sin perder las formas, no tuvo ningún problema en adelantarlos a él y a Richard y bajó las escaleras antes de que el mayor de los De Vincent llegara a la parte superior de estas.

Se movió a grandes zancadas, con sus ridículamente caros Stefano Bemer pisando en silencio los suelos de madera, mientras se dirigía a la misma sala de estar donde había comunicado la noticia del fallecimiento de su padre a Richard y a Livie. Cuando llegó a la entrada con forma de arco se detuvo en seco antes de acceder a la estancia.

Durante un momento, en el espacio de un solo segundo, supo que habría un antes y un después de aquella entrevista. Había experimentado una sensación similar el día anterior, cuando entró en aquel pequeño bar sin nombre y se fijó en la enfermera que Dev había contratado.

Ahora, sintió como si volviera a verla por primera vez.

Lucian no sabía qué había esperado encontrar cuando posó los ojos en la señorita Julia Hughes. ¿Alguien mayor? ¿De aspecto maternal? Pero se quedó tan conmocionado como el día anterior.

Sentada en el borde de un sofá estilo victoriano, sin ser consciente de que la estaba observando, estaba la mujer a la que había masturbado hacía menos de doce horas.

¡Joder, era preciosa!

Tenía una belleza que no se veía a menudo, de otra época.

Llevaba el pelo castaño oscuro recogido en un pulcro moño, salvo por un mechón que le caía sobre la mejilla. El mismo que le había colocado detrás de la oreja el día anterior. Se moría de ganas por verle el pelo suelto, por confirmar si sus sospechas eran ciertas. Sabía, simplemente lo sabía, que era espeso y largo.

Tenía una cara con la forma de un corazón perfecto. Delicadas cejas perfilaban unos ojos del cálido color del wiski. Nariz respingona y unos pómulos altos que eran aún más bonitos cuando se sonrojaban. En cuanto a su boca… ¡Jesús! Su boca era una obra de arte. Poseía unos labios exuberantes que ningún hombre podría tener una vida plena sin saborearlos, sin experimentar sus caricias en su propia boca o alrededor de su miembro.

Sí, se le estaba yendo la cabeza.

Y eso que todavía no los había probado.

Al igual que la primera vez que la vio, se imaginó su rostro en un lienzo. No sería fácil pintarlo. Sabía que esa cara transmitía un montón de

emociones, y nunca era fácil reflejar las emociones en la pintura. Incluso le costaría capturar la forma en que fruncía el ceño levemente.

Sería un desafío.

Un *honor*.

A pesar de que estaba sentada rígida en el borde de ese sofá, visiblemente incómoda, sabía que tenía un cuerpo de ensueño. Voluptuosa, suave y sedosa en todos los lugares que quería explorar.

Mientras la miraba, un zumbido resonó en sus venas, un calor que lo consumió de dentro hacia fuera. Las llamas amenazaban con devorarlo por completo. Menuda forma de morir.

La señorita Julia Hughes había resultado ser una sorpresa muy, muy agradable. A diferencia de su hermano, a él le gustaba tomar el asunto en sus manos. En vez de contratar a un detective, él mismo había hecho el trabajo de campo. El propósito de su viaje a Pensilvania había sido conocerla en persona, ya que no había encontrado nada de ella en internet. Fue hasta su lugar de trabajo con la excusa de querer informarse sobre las condiciones de la residencia para ingresar a un miembro de su familia. Lo único que tuvo que hacer fue sonreír y soltar algunos cumplidos para que su antiguo jefe hablara.

Era una empleada modelo.

Muy querida por los pacientes y sus compañeros de trabajo.

Todos iban a echarla de menos.

Y ahí fue cuando oyó a la alegre rubia comentar lo de la fiesta de despedida. Tuvo suerte de estar en el lugar y en el momento adecuados, sin que nadie se percatara de su presencia. Así que fue a ese bar con la intención de entablar una conversación con ella y obtener una primera impresión. De verdad que era lo único que había tenido en mente.

Pero entonces la vio.

Luego habló con ella.

Y la deseó.

Fue vagamente consciente de que su hermano se le acercaba. Sabía que tenía que dejar de mirarla, pero no podía. No quería.

—Lucian —le advirtió Dev en voz baja.

Ignoró a su hermano mientras se acercaba un poco más. La noche anterior, cuando la vio por primera vez, había reaccionado de una manera completamente primitiva, y hacía mucho tiempo que no le sucedía nada parecido. Demasiado tiempo.

—Lo digo en serio —dijo Dev con un tono bajo que mostraba claramente su irritación—. Ni siquiera lo pienses.

Deseó que su hermano se callara para poder mirar embobado a su enfermera sin que nadie lo molestara.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—¿De verdad me estás preguntando eso? —le desafió Dev en un susurro —. En esta vida solo te interesan dos cosas. Y una de ellas es joderte las pocas neuronas que te quedan.

Lucian lo miró y arqueó una ceja porque no podía rebatirle aquello.

—Y ya que pareces conocerme mejor que yo mismo, dime, ¿cuál es la otra?

Su hermano frunció el ceño.

—La razón por la que ella está aquí.

—Cierto —murmuró. Tampoco podía discutirle eso.

Pero cuando volvió a dirigir su atención a la enfermera, que Dios le ayudara porque su hermana fue lo último en lo que pensó.

Lucian quería pintarla.

Y no recordaba la última vez que le había pasado aquello. Había dejado de sentir ese abrumador impulso hacía muchos años, pero ahora le picaban los dedos.

Por primera vez desde…, bueno, desde siempre, miró a una mujer y se detuvo a pensar en lo que su tatarabuela había dicho sobre los hombres de la familia De Vincent. Quizá lo que en realidad quiso decir era que enseguida caían rendidos a la lujuria, de forma irremediable y sin vacilación alguna.

Porque sí, en ese momento sentía un deseo irrefrenable por esa mujer. Dejar su apartamento la noche anterior había sido uno de los actos más locos e incongruentes que había cometido en su vida.

—Lucian —repitió Dev—. Quiero que la dejes en paz.

—Demasiado tarde —replicó él.

Dev se puso rígido mientras lo miraba. Y entonces abrió los ojos como si acabara de percatarse de algo.

—¿Dónde estuviste ayer?

Lucian le guiñó un ojo y se puso en marcha, dejando a su hermano y a sus preocupaciones en el pasillo, que era donde debían estar.

La señorita Hughes se sobresaltó al oír el sonido de sus pasos y por fin, *por fin*, alzó la barbilla y esas espesas pestañas. Vio que sus ojos se abrían de par en par y la confusión que brilló en ellos cuando lo reconoció. Cuando esos labios perfectos y aterciopelados se separaron en una suave inhalación, sintió el ligero suspiro directamente en su entrepierna.

Fue superior a él.

Se inclinó hacia ella con una floritura que habría sido la envidia de cualquier aristócrata y le estrechó la mano.

Julia miró su mano con sus cálidos ojos marrones antes de volver a centrarse en su rostro. El rubor de sus mejillas se intensificó, extendiéndose al resto de su cara. Negó ligeramente con la cabeza, con una expresión que delataba la incredulidad que debía de estar sintiendo.

Como si estuviera en un túnel, oyó la voz de su hermano repetir su nombre, esta vez más cerca y con un tono más admonitorio. Pero no le importó. Al fin y al cabo, todo esto era por culpa de Dev, porque ¿en qué coño había estado pensando al contratarla? Desde luego que no se quejaba pero, ¿en serio?, ¿acaso no vio ninguna foto de ella mientras la investigaba y no se le ocurrió que no era una buena idea?

Ahora ya era demasiado tarde.

Porque sabía que podría haberla tenido anoche.

Porque todavía la deseaba.

Y porque Lucian siempre, siempre, conseguía lo que quería.

Aquello no podía ser real.

Eso fue lo que pensó Julia mientras vio a Taylor inclinarse delante de ella. Sí, seguro que estaba soñando. Puede que todavía siguiera durmiendo en su apartamento. O quizá se había caído en el aeropuerto y se había dado un golpe en la cabeza. Era imposible que Taylor estuviera allí.

En medio de la conmoción, apenas se dio cuenta de que él le estaba agarrando la mano.

—¿Señorita Hughes? —dijo con esa misma voz profunda que la había hecho temblar la noche anterior.

Se le secó la boca.

—Permítame que me presente —continuó él, arrastrando las palabras. Torció los labios de una forma que insinuó todo tipo de problemas.

Julia parpadeó despacio. ¿Pero qué narices estaba diciendo? Sabía quién era. Lo había conocido ayer, *íntimamente*. Pero aquello no respondía a por qué estaba allí.

Abrió la boca y tomó una profunda bocanada de aire que no la ayudó a tranquilizarse. Hizo el ademán de levantarse, pero se dio cuenta de que sus piernas no se movían. El oxígeno le quemó los pulmones mientras lo miraba fijamente. Aquello era surrealista. Había conocido a Taylor en Pensilvania.

Había sido el tío macizo del bar. No podía estar parado frente a ella a miles de kilómetros de distancia.

—Quizá deberías respirar —sugirió él en voz lo bastante baja para que solo lo oyera ella.

Cuando empezó a ver borroso, hizo lo que él le decía e inhaló hondo.

—Eso está mejor. —Y después agregó en voz alta—: Soy Lucian *Taylor* de Vincent.

¡Virgen santa! ¿Él era Lucian de Vincent?

¿Cómo no lo había reconocido la noche anterior? Aunque también tenía que alegar a su favor que no recordaba la última vez que había visto una foto suya en las revistas y que jamás de los jamases se habría podido imaginar que se lo encontraría en un bar en medio de la nada. Pero ahí estaba, el hermano más pequeño, aquel al que llamaban…

—Lucifer —espetó antes de poder detenerse.

Él enarcó ambas cejas y luego su sonrisa se ensanchó, mostrando unos dientes blancos y perfectos que, sí, elevó su atractivo a un nivel estratosférico.

—¿Así que ha oído hablar de mí? Me siento halagado —comentó con tono despreocupado, casi de broma.

¿Halagado?

Julia volvió a abrir la boca. Una retahíla de insultos le quemaba la garganta. El tipo de insultos que harían que se le cayeran las orejas. Intentó liberar su mano. Estaba a punto de descargar su ira sobre él con una vehemencia que jamás había experimentado antes.

Pero Lucian continuó sujetándosela.

—Me alegro de verla, señorita Hughes. Espero que su vuelo a Luisiana haya sido tranquilo.

Mientras seguía mirándolo, decidió que estaba a punto de pasar el resto de su vida en la cárcel por asesinato. No un asesinato premeditado. ¡Oh, no! Sería uno de esos crímenes pasionales inducidos por la rabia. Ahora entendía por qué sabía su apellido. Lo que significaba que había viajado miles de kilómetros, *miles*, para conocerla, y que la noche anterior la había estado buscando. ¿Pero para qué?

No podía entenderlo.

De pronto, la amargura se sumó a la ira al darse cuenta de que ahora ya tenía la respuesta a su «¿por qué yo?». ¡Dios! Se habría reído si no fuera porque sabía que en cuanto abriera la boca terminaría gritándole en la cara.

Y él seguía sujetándole la mano, negándose a soltarla. Aturdida por la furia, observó cómo le levantaba la mano y se la llevaba a los labios. Le besó

el dorso, y después, sin dejar de mirarla, se la giró para hacer lo mismo con la palma.

La cólera hirvió en sus venas, mezclándose con el calor que le sonrojó las mejillas al recordar sin ningún esfuerzo lo bien que se sintió al tener su cuerpo presionado junto a él o esa mano que ahora la sujetaba deslizándose entre sus piernas y…

Algo cálido y húmedo le tocó la palma, enviando una llamarada por todo su cuerpo a través de su flujo sanguíneo. ¿Le había…? ¿Con la lengua?

Él le guiñó un ojo mientras levantaba la boca de la palma de su mano, sosteniéndole la mirada.

Sí que lo había hecho.

¡Dios bendito! Una docena de emociones la invadió. Se sintió insultada. Disgustada. Enfadada. Y como seguro que tenía algo roto y retorcido en su interior, también sintió un deseo que se arremolinó en su vientre. Se estaba *excitando* mientras su cerebro encendía en su cabeza una alarma de alerta y le gritaba que se levantara en ese mismo instante, le golpeara en la garganta, fuera directa al aeropuerto y llevara su redondo trasero de vuelta a Pensilvania.

Pero estaba cautivada por esa mirada azul verdosa, por esos ojos que no solo prometían darle un placer del que solo había oído hablar, sino también uno del que probablemente no se recuperaría.

El tipo de placer que había probado la noche anterior.

Julia iba a matarlo.

En ese momento se le ocurrió una idea aterradora. ¿El puesto de trabajo era real? ¿O la habían contratado para otra cosa? Porque nada de aquello tenía…

Alguien se aclaró la garganta, sacándola de su estupor. Por fin logró liberar la mano mientras se sonrojaba de la cabeza a los pies.

Otro hombre había entrado en la lujosa estancia. Parecía ser el polo opuesto a Lucian. Casi de la misma altura, pero más corpulento y vestido como si estuviera en una reunión de negocios en vez de en su casa. Notó el aura de autoridad que emanaba de él, mientras Lucian se hacía a un lado y se dejaba caer en el sillón que había junto a ella.

No era un sillón muy grande.

Su rodilla tocaba la de ella.

—Soy Devlin de Vincent —dijo el hombre moreno y de más edad—. Le pido disculpas por el comportamiento de mi hermano. Tiene los modales de un perro salvaje.

Julia miró con ojos entrecerrados al sillón en el que Lucian estaba sentado con arrogancia, con los muslos abiertos y el brazo descansando perezosamente sobre la moldura de madera. Cuando sus miradas se encontraron, la sonrisa de él volvió a ensancharse.

—Tengo la sensación de que también debería disculparme por algo de lo que no sé nada —continuó Devlin, aquel al que los tabloides llamaban «Diablo»—. Parece que ambos ya se conocen, ¿cierto?

¿Cómo se suponía que tenía que responder a eso? *Pues sí. Tu hermano se presentó ayer en un bar a miles de kilómetros de aquí y terminamos la noche con sus dedos entre mis piernas. Pero yo no tenía ni idea de que Taylor era el segundo nombre de un De Vincent.* No, seguro que no era la mejor opción. Estaba tan desconcertada con la situación que era incapaz de formular oraciones simples.

—Nos conocimos anoche —respondió Lucian, sorprendiéndola—. Tuvimos un breve encuentro en el que hablamos de su carrera y de las razones que la llevaron a dedicarse a este trabajo.

La ira volvió a apoderarse de ella y apretó las manos. Eso era verdad en parte.

—¿De veras? —Devlin no pareció creerlo en absoluto—. ¿Así que ahí fue donde fuiste?

Se dio cuenta de que Devlin no tenía idea de lo que Lucian había hecho.

Por fin Lucian dejó de mirarla, gracias a Dios, y se volvió hacia su hermano.

—¿De verdad creías que iba a dejar que contrataras a alguien sin que hiciera mis propias investigaciones?

Su hermano frunció el ceño mientras murmuraba:

—¡Qué tonto que fui!

Julia respiró hondo mientras la realidad de lo que estaba pasando la golpeó con la fuerza de un tren de carga. Lucian la había buscado para llevarse una impresión de ella y no precisamente para ligar. Sabía quién era ella, que la habían contratado para cuidar de alguien (si es que eso todavía era cierto), la había seguido hasta el bar y…

Se le revolvió el estómago.

Jamás volvería a desplegar sus alas deseosas de sexo para volar.

No. No. No.

¿Había sido la noche anterior una especie de prueba? ¿Para comprobar si era una persona con ética y moral? Si ese era el caso, había fracasado estrepitosamente. Pero que Lucian fuera capaz de hacer ese tipo de cosas

también decía mucho de él. Bueno, ya daba igual. Se sentía sobrexpuesta, como si hubieran jugado con ella y hubiera caído en una especie de trampa retorcida.

No.

De ninguna manera iba a permitirlo.

Estaba harta de aquello.

—Si me disculpan —masculló, porque no se sintió capaz de decir otra cosa.

Con la espalda rígida, se puso de pie y agarró su bolso. Y después, sin esperar a que ninguno de los hermanos dijera nada, salió de la habitación sin mirar atrás.

7

Lucian se levantó de inmediato. Estaba a medio camino de la puerta cuando Dev le preguntó:

—¿Este va a ser otro desastre que voy a tener que arreglar por ti?

No debería haber dicho aquello.

Se dio la vuelta y miró a su hermano.

—Dime exactamente qué desastres has arreglado tú, Dev. Porque, que yo recuerde, no has sido el que se ha encargado de solucionar los desastres más graves.

—No estamos hablando de eso.

—Por supuesto que no. Cuando estés listo para hacer un viajecito por los recuerdos del pasado, házmelo saber, pero ahora mismo necesito encontrar a la señorita Hughes antes de que salga de la propiedad y se caiga en un pantano.

—No podrá salir de la casa —replicó Dev con sequedad.

Eso era cierto, pero no era lo que le preocupaba. Entendía perfectamente que Julia estuviera furiosa. Y desde luego que no había esperado que se limitara a sonreír y aceptar la situación sin hacer ninguna pregunta, aunque le habría facilitado mucho la vida. Seguro que se sentía engañada y él tenía que reconocer que eso era exactamente lo que había hecho.

—¿Te la tiraste? —preguntó su hermano.

Lucian cerró la mano derecha en un puño mientras miraba a Dev. Lo invadió una oleada de ira.

—Eso no es asunto tuyo, pero no, no lo hice.

La duda brilló en la mirada acerada de Dev.

—Eso sería como si un adicto dejase una jeringa llena.

Lucian torció el labio.

—Bueno, puede que no me conozcas tan bien como crees.

—Lo dudo —replicó Dev. Miró su reloj y suspiró con disgusto—. ¿Te haces una idea de lo que me costó encontrar a una persona que no pareciera estar dispuesta a acudir a la prensa sensacionalista para sacar tajada de nuestra

historia? Ahora voy a tener que empezar de cero. ¿Lo pensaste al menos? Para alguien que está tan preocupado por su hermana, deberías haberte parado a pensar las consecuencias que esto tendría para ella.

Lucian entrecerró los ojos.

—No ha cambiado nada. La señorita Hughes es perfecta para el puesto.

—Puede que lo fuera, Lucian, pero está claro que ahora ya no.

—Sigue siéndolo.

Dev enarcó una ceja.

—Pues me dio la impresión de que estaba deseando salir de aquí lo antes posible.

—Solo necesito hablar con ella —señaló Lucian—. Pero no se va a ir.

Su hermano inclinó la cabeza hacia un lado.

—Espero que no estés planeando retenerla en contra de su voluntad.

—Nunca haría algo así.

Dev lo miró con expresión aburrida.

—Mira, te he dicho la verdad. Vi su nombre en los documentos que tenías en tu escritorio y fui a buscarla. Hablamos de las razones que la habían llevado a convertirse en enfermera y ese tipo de tonterías. —Omitió contarle cómo terminó la noche porque eso no le importaba a su hermano—. Ella no sabía quién era yo. Por eso se ha cabreado. Solo necesito calmarla un poco y todo irá bien.

Dev lo miró fijamente durante un momento.

—¿Investigaste también sus antecedentes?

—Supuse que si la habías contratado era porque ya lo habías hecho tú.

Dev hizo un breve gesto de asentimiento y se sacó el teléfono del bolsillo.

—Si decide quedarse, me parecerá bien, pero si causa algún problema, me ocuparé de ella.

Lo último que Dev haría sería ocuparse de ella, pero Lucian asintió para poder poner fin a esa conversación. Se dio la vuelta y salió de la habitación. Su hermano tenía razón. Julia no había logrado salir de la casa. En realidad no había pasado del pasillo.

—Sé que está haciendo su trabajo, pero tengo que salir de aquí. —La oyó decir de forma rápida y con voz aguda—. Necesito…

—Lucian —dijo Richard, aliviado en cuanto lo vio aparecer—. Creo que la señorita Hughes quiere hablar contigo.

Julia se dio la vuelta al instante. Tenía las mejillas sonrojadas con el tono más bonito que había visto en su vida y sus ojos marrones despedían llamas.

—*Taylor* es la última persona con la que quiero hablar.

Richard alzó las cejas, sorprendido.

—¿Puedes darnos un momento, Richard?

Julia agarró la correa de su bolso como si fuera a usarlo como arma y se dirigió a Richard.

—No hace falta que nos dé ningún momento.

Richard, que apenas pudo contener la sonrisa, inclinó la cabeza hacia ella antes de girar sobre sus talones y alejarse con la rapidez de un hombre mucho más joven.

—Señorita Hughes…

—No quiero hablar contigo. —Se volvió hacia él—. No, espera, en realidad sí quiero.

Bueno, supuso que ese era un buen comienzo.

—Eres un mentiroso y un pedazo de…

—¿En qué momento te mentí? —la interrumpió él, colocando las manos a su espalda—. Taylor es mi segundo nombre. Nunca te dije que no fuera un De Vincent y todo lo que hablamos fue verdad.

—No te atrevas a hacer juegos de semántica conmigo. Sabías quién era y fingiste no tener idea.

—Sabía quién eras, pero no te conocía.

—Semántica —escupió ella, dando un paso hacia él y echando la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos—. Fuiste al bar y hablaste con Anna para que nos presentara.

—Eso sí es verdad. Quería hablar contigo.

—¿Por qué? —quiso saber, pero continuó antes de que le diera tiempo a responder—. ¿Estabas intentando ver si podía realizar el trabajo de la forma más espeluznante e inapropiada posible? Podías haberte presentado como cualquier humano civilizado y haberme hecho todas esas preguntas. Por cierto, ahora entiendo por qué estabas tan interesado en mi profesión.

—Y me interesaban mucho tus respuestas…

—Porque tu familia me contrató —apuntó ella.

—Sí, también, pero me habría interesado de todos modos.

—¡Oh, sí! Seguro. Lo que hiciste estuvo fatal. ¿Entiendes eso por lo menos?

—Bueno, es cierto que no parece muy apropiado cuando lo expresas de ese modo —reconoció, reprimiendo una sonrisa. Por retorcido que fuera, el enfado que mostraba y la forma en que se estaba enfrentando a él lo tenían fascinado—. Pero sí, te estaba poniendo a prueba.

Ella se rio con dureza mientras se apartaba de él.

—Entonces supongo que no la pasé. Así que, ¿por qué estoy aquí? ¿Para que me hagas quedar como una tonta?

—¿Qué? —Sintió como si acabaran de tirarle un jarro de agua fría—. Necesito que tengas clara una cosa. Si no la hubieras pasado, te aseguro que no estarías aquí. Ni siquiera habrías subido al avión. Y no, no te estoy haciendo quedar como una tonta.

Vio cómo su precioso pecho se elevaba al tomar una profunda bocanada de aire.

—Si crees que algo de eso hará que me sienta mejor, estás muy equivocado. Ni siquiera sé qué decirte.

En ese momento, decidió que lo mejor que podía hacer era ser sincero con ella. Pero no cuando estaban tan cerca de su hermano. Colocó la mano sobre la parte baja de su espalda.

—Ven conmigo…

—¡No me toques! —espetó ella.

Él ladeó la cabeza, retiró la mano y le susurró:

—Eso no es lo que me decías anoche.

Julia abrió los ojos de par en par.

—Eres un hijo de…

—Mi madre era muchas cosas, pero no una puta. Mi padre, en cambio, era un auténtico desgraciado. —La sujetó del hombro, haciendo caso omiso de sus protestas e intentos de soltarse mientras la alejaba del pasillo, abría una puerta y la metía dentro.

—¿Cuántas habitaciones tiene esta casa? —exclamó, girando lentamente, contemplando los sofás y las sillas talladas a mano—. ¿Y quién necesita tantas sillas y sofás? —Pasó una mano por uno de los reposabrazos. A Lucian le entraron celos de la silla—. Aunque los acabados son increíbles.

Sonrió.

—Sinceramente, he perdido la cuenta de todas las habitaciones que hay, pero son muchas.

Julia dejó el bolso en el sofá y se enfrentó a él con los brazos cruzados.

—Solo necesito quitarme un peso de encima.

Ojalá ese peso fuera su ropa.

Decidió no decir eso en voz alta.

—Si hubiera sabido quién eras, no te habría dejado entrar en mi apartamento ni habría hecho nada de… nada de eso contigo.

El sonrojo de sus mejillas se hizo más intenso, recordándole que no estaba habituada a practicar sexo con desconocidos. Algo que le hizo tan feliz como

el día anterior.

—¿Te refieres a que no habrías dejado que te rompiera el vestido y te follara con los dedos? ¿Eso es lo que querías decir?

Ella dejó escapar un sonido estrangulado mientras echaba un vistazo alrededor de la habitación vacía.

—No me puedo creer que acabes de decir eso. En serio, me parece increíble.

—Es lo que pasó y no me arrepiento. De nada en absoluto.

—Bueno, pues obviamente, yo sí me arrepiento —escupió, alzando los brazos—. Para una vez que decido irme con un tío a casa, termina siendo una especie de jefe que está tratando de ponerme a prueba para el trabajo en el que me han contratado.

—No te arrepientes —dijo él, acercándose a ella.

Ella no se amedrentó.

—Solo porque me hayas metido los dedos no significa que me conozcas.

—Quizá, pero sé que quieres salvar ratas y serpientes en tu refugio para animales. —Se acercó un poco más. Le encantó comprobar que no retrocedía. Bajó la cabeza para poder mirarla directamente a los ojos—. Y también sé lo que se siente cuando te corres en mis dedos.

Julia jadeó.

—Y lo bien que encajan tus pezones en mis dedos —continuó, hablando cada vez más bajo—. Y los gemidos de placer que sueltas cuando llegas al orgasmo. De modo que sí, sé que no te arrepientes de lo que hicimos.

Julia apartó la mirada, exhalando con fuerza. Pasaron varios segundos antes de que dijera:

—Te fuiste sin ni siquiera… ¿Sabes qué? Da igual.

—No, no da igual. —Cuando intentó volver a mirar hacia otro lado, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. Me moría de ganas de penetrarte. ¡Joder! Fue lo único en lo que podía pensar después de irme, y aunque me masturbé varias veces, no conseguí quitármelo de la cabeza.

Julia volvió a abrir los ojos de par en par.

—No te busqué anoche por eso. Ese era mi auténtico yo. No era mi intención. —Decía la verdad. No había volado a Pensilvania para acostarse con la enfermera que habían contratado y, sinceramente, no tenía idea de por qué no había llegado hasta el final cuando ella había estado más que dispuesta. Puede que porque supiera que habían llegado a ese punto de la manera equivocada—. Tendría que haberte dicho quién era antes de que

pasara nada, pero si lo hubiera hecho, dudo que hoy te hubieras presentado aquí.

Julia tragó saliva y se apartó de él.

—Creo que lo mejor es que me pagues el billete de vuelta a casa.

A Lucian no le gustó nada esa respuesta.

—¿De vuelta a qué? Dejaste tu trabajo, ¿no es así? Ya ni siquiera tienes un apartamento. Allí no te queda nada, salvo tu familia.

Ella alzó ambas cejas.

—No es que lo hubiera olvidado, pero gracias por traerlo a colación.

—Sé que no lo has olvidado, pero sentí la necesidad de recordarte que aquí te está esperando un puesto muy bien remunerado, y que si no lo aceptas, estarás sin trabajo.

Ella negó con la cabeza y apretó los labios.

—Esto es increíble. ¿Hay siquiera alguien a quien tenga que cuidar?

—Sí, por supuesto. Alguien que me importa muchísimo. Por eso quise conocerte primero. —Hizo una pausa esperando…, no, necesitando que entendiera por qué había procedido de ese modo—. Mi hermano no suele tomar buenas decisiones cuando hay emociones de por medio. Tenía que asegurarme de que eras la persona adecuada para el puesto.

Julia lo miró de nuevo. Pasó un buen rato antes de que volviera a hablar.

—Me da mucha… vergüenza todo esto —dijo. Y Lucian vio que decía la verdad por el repentino brillo de sus ojos—. No sé cómo puedo aceptar este empleo después de lo que ha pasado; después de sentir que me han tendido una trampa.

Sintió un nudo de acidez en la boca del estómago; una sensación que le resultó vagamente familiar. ¿Sería culpa? ¿Arrepentimiento? Un músculo se contrajo en su mandíbula. Tenía que disculparse. No solo porque era lo correcto, sino porque necesitaba hacerlo.

Respiró hondo.

—Lo siento.

—No lo hagas. —Julia volvió a negar con la cabeza. Después se dio la vuelta y empezó a alcanzar su bolso.

Lucian maldijo por lo bajo y fue hacia ella. Luego la agarró de la mano.

—Lo siento. Lo digo en serio. Siento haberte dado la impresión de que te estaba tendiendo una trampa. Esa no era mi intención.

Ella lo miró mientras abría y cerraba los dedos en el aire.

—Pero no me arrepiento de lo que hicimos —continuó el, buscando su mirada—. No voy a disculparme por eso. No tengo ningún deseo de hacerlo.

En los bellos ojos de Julia brilló una nueva emoción. Algo que había visto en muchas mujeres antes que ella, pero que tuvo un efecto completamente diferente en él.

—Tenemos dos opciones. Podemos comportarnos como dos adultos maduros que pasaron un buen rato juntos y son capaces de superarlo, o puedes tomar una decisión realmente mala porque no te sientes cómoda.

—¿Un buen rato? —susurró ella antes de soltar su mano. Alzó la barbilla —. Apenas fue un rato.

Estuvo a punto de reírse por la sorpresa. La miró. ¡Mierda! Le gustó su respuesta. Le gustaba *ella*. Pero fue lo bastante inteligente como para mantener una expresión neutral, porque por lo menos ya no estaba intentando agarrar el bolso y salir corriendo.

No quería que se fuera, y no era tan tonto como para engañarse a sí mismo alegando que sus razones eran puramente altruistas o que tenían que ver con su hermana.

Vio cómo Julia se pellizcaba el puente de la nariz y bajaba la cabeza. ¡Mierda! No estaba convencida. Así que hizo lo que siempre hacían los De Vincent: mejorar la oferta.

—¿Y si te damos una prima al finalizar el contrato?

Ella bajó la mano y lo miró.

—¿Qué?

—Una bonificación que recibirás cuando termines aquí. —Ahora tenía toda su atención—. Cuando ya no necesitemos tus servicios te irás con una suma considerable de dinero.

Julia no respondió de inmediato, pero Lucian supo que estaba sopesando los pros y los contras.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Reprimió una sonrisa, se inclinó hacia delante y le susurró la cantidad al oído. La suave maldición que escapó de sus labios le hizo reír. Ella apartó bruscamente la cabeza y lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, creo que esa prima será suficiente —dijo—. Tendrás de sobra para comprar una bonita granja con un montón de terreno para tu refugio de animales.

Julia se llevó una mano al pecho.

—No puedes estar hablando en serio. Eso es un montón de dinero.

Él se encogió de hombros.

—No es nada.

Su enfermera parpadeó como si estuviera despertando de un sueño.

—Puede que para ti no sea nada, pero yo no podría ahorrar esa suma en toda mi vida.

A él le temblaron los labios.

—¿Te quedarás, señorita Hughes?

—¿Tendré esa prima por escrito? —respondió ella.

Chica lista.

—Por supuesto. Tendrás el contrato con la modificación al final del día.

Julia le observó durante varios segundos y, durante un instante, creyó que se negaría. Pensó en añadir un cero más. Los que hicieran falta hasta que le dijera que sí.

Entonces la oyó resoplar.

—Está bien. Me quedaré.

Lucian abrió la boca, pero ella alzó una mano y lo detuvo.

—Pero no volveremos a hablar de lo que pasó anoche. Nunca. ¿Entendido? Haremos como si no hubiera sucedido.

Él inclinó la cabeza.

Julia entrecerró los ojos, pero luego se volvió y agarró su bolso. Como estaba de espaldas a él, Lucian dejó salir la sonrisa que tanto le había costado contener. No le había prometido no hablar de aquello, ni fingir que no había sucedido. Podía ser muchas cosas, pero jamás prometía nada que no tuviera pensado cumplir.

Mientras Julia seguía a Lucian *Taylor* de Vincent a la estancia a la que la habían llevado en un primer momento, no dejaba de gritar en silencio la cantidad de dinero que él le había susurrado al oído. No podía estar hablando en serio.

¿Un millón de dólares?

Puede que un millón de dólares no fuera nada para él, pero ella podía vivir con esa suma durante *décadas*.

Estaba sumida en un estado de aturdimiento. Lo había estado desde que se enteró de que iba a trabajar para los De Vincent, y luego todavía más cuando vio quién era Lucian. ¿Y ahora eso? ¿De verdad le habían ofrecido un millón de dólares para que no saliera por la puerta y se olvidara de ese trabajo?

Si era completamente sincera, no había ni una sola parte de ella que no se preguntara si no habría sido mejor rechazar el dinero. ¿Pero quién lo haría? ¿En serio? No era como si le hubieran ofrecido un millón de dólares por acostarse con él o matar a alguien.

Además, en ese momento ni siquiera tenía suficiente espacio libre en su cerebro como para saber cómo se sentía con respecto a lo que había pasado entre ellos la noche anterior. Ni siquiera sabía cómo se sentía en ese momento. Por la mañana no se había arrepentido de nada, ¿pero ahora? Ya no podía afirmarlo con tal rotundidad. Seguía teniendo la sensación de que la habían engañado y le costaba creer que él no hubiera tenido la intención de (casi) acostarse con ella desde el principio.

Cuando Lucian la agarró suavemente del hombro para evitar que pasara de largo de la habitación, ella le lanzó una mirada de advertencia.

Él la respondió con un guiño.

¡Qué hombre más insufrible!

Sí, eso es lo que era. Un cretino insufrible que acababa de ofrecerle un millón de dólares para que aceptara el trabajo para el que ya la habían contratado.

Un cretino insufrible que también le había dado su primer orgasmo no autoinducido en muchos años, aunque no iba a centrarse en eso.

Devlin todavía estaba en la sala. Se volvió hacia ella, dijo algo al teléfono y luego colgó y se lo guardó en el bolsillo. La miró expectante.

Julia supo que había llegado el momento de recobrar la compostura. Tomó una profunda bocanada de aire, enderezó la espalda y dijo:

—Empecemos de nuevo. —Ofreció la mano al mayor de los tres hermanos—. Soy Julia Hughes.

Devlin le estrechó la mano y después se la soltó como lo haría cualquier ser humano normal.

—Entiendo que ha resuelto cualquiera que fuera el malentendido que tenía con mi hermano, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, rezando para no sonrojarse.

—Entonces, tome asiento, por favor.

Hizo lo que le pedía. Para su disgusto, Lucian volvió a sentarse en el sillón de al lado.

—Le pido disculpas por el incidente de antes. Me sentí…, bueno, digamos que todo esto me pilló un poco desprevenida. —Cuadró los hombros—. Hasta ahora, tenía la impresión de que iba a cuidar de la hija del señor Besson. No tenía idea de que, bueno, de que eran… —Miró a Lucian, que volvía a observarla con esa sonrisa torcida—. No tenía idea de que iba a trabajar para su familia.

—Es comprensible. —Devlin se sentó en la silla situada a su derecha y cruzó las piernas.

Se dio cuenta de que sus ojos eran del mismo color que los de Lucian e igual de intensos, si no más. Aunque era una intensidad diferente. Sentía como si Devlin pudiera ver en su interior, atravesar su piel y acceder a sus secretos más oscuros y profundos.

—Supongo que entiende por qué no quisimos que apareciera nuestro apellido —continuó Dev. Julia creyó oír un ligero resoplido del hermano que tenía al lado—. Valoramos muchísimo nuestra privacidad y somos muy cuidadosos a la hora de elegir a nuestro personal y permitir que alguien entre en nuestra casa.

Claro que lo entendía. Al fin y al cabo eran los mismísimos De Vincent, así que asintió. Pero eso no justificaba lo que había hecho Lucian. Para ella, era una completa locura.

—Espero que esto no le haga cambiar de opinión con respecto a trabajar para nosotros —indicó Devlin.

—Eso ya está zanjado —respondió Lucian por ella. Julia se mordió la lengua—. Tiene un millón de razones para quedarse. Ahora no le resultará tan fácil marcharse.

Devlin miró a su hermano y apretó los labios.

—Lo que quiere decir mi hermano es que ya ha viajado todos esos kilómetros hasta aquí. Ha venido desde Pensilvania, ¿no es así?

—Sí. —Y no, Lucian no se refería a eso—. Pero eso no cambia nada. Acepté el puesto y no me voy a ir a ningún lado.

—Me complace *mucho* oír eso —murmuró Lucian.

Devlin cerró los ojos durante cinco largos segundos antes de volver a abrirlos.

Julia decidió que lo mejor que podía hacer era ignorarlo.

—Supongo entonces que la paciente no es la hija del señor Besson.

—Es nuestra hermana —señaló Lucian. Julia se volvió inmediatamente hacia él. ¿Su hermana?—. Vas a encargarte de cuidar a Madeline de Vincent.

Desde el momento en que se enteró de que iba a trabajar para los De Vincent dentro de ese coche, empezó a preguntarse quién sería su paciente. Pero en ningún momento se le ocurrió que pudiera ser la hermana, pues recordaba la tragedia que había tenido lugar diez años antes. Todos los medios de comunicación estuvieron meses hablando de aquello.

Miró a los dos hermanos.

—Creía que su hermana había desaparecido hacía una década.

—¿Sabe lo de nuestra hermana? —preguntó Dev con la misma alegría que mostraba Livie cuando le pedían que se quedara más tarde por alguna razón.

Julia asintió.

—Salió en todas partes. Desapareció la misma noche que… —Hizo una pausa y se lamió los labios con la punta rosada de la lengua.

¡Oh, mierda!

La oleada de deseo que sintió Lucian fue como un puñetazo en el estómago. Tuvo que apartar la mirada porque era completamente ridículo. Julia estaba hablando de cosas serias, nada eróticas, y ahí estaba él, poniéndose duro como una roca.

Ella lo miró con nerviosismo. Sabía perfectamente lo que estaba pensando pero no decía, así que decidió terminar él mismo la frase mientras su hermano se sumió en ese silencio que era tan propio de él.

—Nuestra hermana desapareció el mismo día que murió nuestra madre.

—Es de vital importancia que nadie ajeno a nuestro círculo familiar más estrecho sepa que está en casa —explicó Dev—. Su estado de salud es muy frágil. La atención de los medios solo complicaría la cosas.

Julia bajó la mirada mientras intentaba respirar hondo.

—Lo entiendo. Y no tiene nada por lo que preocuparse. La privacidad del paciente es algo fundamental, ya seas un mindundi o un De Vincent.

—¿Un mindundi? —Lucian se rio y ella lo miró con ojos entrecerrados durante una fracción de segundo.

Dev apretó la mandíbula.

—Me alegra oírlo.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede haber estado o qué ha estado haciendo? —inquirió Julia.

—¿Por qué necesita saber eso? —preguntó Dev.

Lucian abrió la boca para poner a su hermano en su lugar, pero Julia se le adelantó, alzó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—Entiendo que la discreción es una prioridad para su familia. Lo comprendo perfectamente, en serio, pero si quiere que haga mi trabajo de forma eficiente, tendré que estar al tanto de algunos detalles.

Dev juntó las manos en su regazo, apretándolas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Lucian esbozó una media sonrisa. Le complació ver que Julia no se doblegaría tan fácilmente ante Dev. Sí, iba a ser muy… entretenido.

—Tendrán que abrirse y ser sinceros conmigo —continuó, impertérrita ante Dev—. Si no, iré a ciegas y no podré ayudar a nadie. Conocer ciertas

cosas me permitirá ajustar su tratamiento, como por ejemplo si ha estado sin comida o nutrientes básicos. También me vendría bien saber en qué condiciones ha podido estar viviendo todos estos años.

—Parece que la trataron bien —contestó Lucian, ganándose una mirada asesina de Dev. Sin embargo, volvía a tener la atención de Julia, así que mereció la pena—. Está más delgada de lo que recordaba, pero han pasado diez años. También está más alta y… se la ve sana.

—De acuerdo. ¿La ha examinado algún médico? —Cuando Lucian asintió, Julia frunció el ceño—. ¿Se presentó de repente en vuestra puerta?

—No —respondió. Volvió a sentir una opresión en el pecho—. Gabe… Gabriel, nuestro otro hermano, se la encontró flotando bocabajo en la piscina.

—¡Santo Dios! —Julia parpadeó varias veces. El sonrojo de sus mejillas se desvaneció un poco—. ¿Tenía agua en los pulmones o…?

—Todavía respiraba cuando Gabe la sacó. Nuestro médico dijo que no sufrió ningún daño en los pulmones. —Lucian exhaló con fuerza—. No sabemos cómo terminó en la piscina ni cuánto tiempo estuvo allí.

Julia se quedó pensativa un rato y luego asintió.

—Creo que será mejor que la conozca y vea cómo se encuentra.

—El doctor Flores vendrá en breve para reunirse con usted y revisar el historial médico de Madeline. —Dev separó las manos y se levantó—. La llevaré a su habitación. Por cierto, Lucian —añadió—, necesito que me esperes en mi despacho. Tengo que hablar contigo sobre algo importante.

Lucian sonrió mientras bajaba la cabeza.

—Por supuesto.

Julia se levantó y recogió su bolso, que era lo bastante grande como para esconder un bebé dentro. Puede que hasta un niño pequeño. Menos mal que no le había golpeado con él. Le habría dejado un hematoma.

Cuando lo miró, frunció ligeramente el ceño, pero no dijo nada. Solo asintió y fue corriendo hacia la entrada con forma de arco donde la esperaba Dev. Lucian hizo todo menos fruncir el ceño mientras veía su bonito trasero balancearse de un lado a otro.

Cuando Julia pasó debajo del arco, Dev le colocó una mano en la parte baja de la espalda. Ella ni siquiera pareció reaccionar al gesto cortés, a diferencia de lo que había hecho con Lucian.

Dev miró por encima del hombro en dirección a él y enarcó una ceja con gesto desafiante.

Lucian apretó la mandíbula mientras hacía todo lo posible por permanecer allí, reprimiendo el impulso instintivo de quitar la mano de su hermano de un

golpe. Dolorosamente. Incluso rompiéndole algún hueso.

¡Jesús! Empezaba a preocuparse. Porque esa reacción era un poco excesiva. Aunque también era cierto que él solía ser excesivo en todo.

En el fondo, sabía que tenía que haber cortado de cuajo el incipiente interés que sintió por la enfermera la noche anterior y que no debería estar divirtiéndose tanto en ese momento. Julia estaba allí por su hermana, y si se ponía a ir detrás de sus faldas, las cosas podrían complicarse mucho.

Además, su hermana lo era todo para él. Habían sido inseparables hasta aquella fatídica noche. Al fin y al cabo, eran mellizos. Cuando Madeline desapareció, se había sentido muerto por dentro. Y cuando volvió a aparecer en ese estado, murió por segunda vez. Dev había tenido razón cuando le dijo que ella era la única otra cosa que le importaba. Debería centrarse en algo, o en alguien, más. Tenía un montón de opciones a su disposición.

Sí, eso sería lo más inteligente.

Y también lo que no haría.

Se levantó del sillón, salió de la estancia y se encontró con Richard cerca de la entrada.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Ah, sí? —replicó el hombre mayor.

Esbozó una lenta sonrisa.

—Lleva las pertenencias de la señorita Hughes a la segunda planta.

El rostro de Richard no reveló ninguna emoción cuando preguntó:

—¿Tienes alguna habitación en mente?

—Sí. —Su sonrisa volvió a ensancharse. Empezó a retroceder hacia las escaleras—. Ponla en la habitación de la esquina.

8

Julia intentó no mirar atrás, hacia Lucian, cuando salió de la habitación. ¿Los seguiría? Esperaba que no, porque le costaría mucho concentrarse en su paciente con él allí, mirándola como si quisiera repetir lo de…

Está bien, era mejor no terminar ese pensamiento.

Por suerte, Lucian pareció quedarse atrás mientras Devlin la llevaba hacia una escalera que conducía a la tercera planta. Trató de no pensar en él y decidió centrarse en todo lo que veía a su alrededor. La carpintería y la belleza de la casa la cautivaron.

Las paredes estaban pintadas en un tono dorado pálido y las molduras y guardasillas que recorrían todo el pasillo en un beis muy claro. Había cuadros como nunca había visto. Tan realistas que casi podía percibir el olor a tierra del *bayou* u oír los sonidos de Jason Square.

—La carpintería de la casa es increíble —comentó, pasando una mano por una barandilla que parecía tener enredaderas talladas en la lujosa madera.

—Casi todo es obra de Gabe —explicó Devlin, sorprendiéndola—. Lleva dedicándose a esto los últimos diez años.

—Tiene mucho talento.

Él asintió.

—La cena se sirve a las seis y media. Si lo desea, puede unirse a nosotros —sugirió. No tenía muy claro si se sentía capaz de sentarse a la mesa con quienes quiera que fueran esos «nosotros»—. Richard se reunirá con usted dentro de poco para hablarle del vehículo que puede usar para sus desplazamientos. Como no tiene un horario fijo, lo único que le pedimos es que si tiene que salir de la propiedad para lo que sea, avise a Richard. No dude en tomarse los descansos que necesite. Sé que mi hermana no requiere atención constante. El doctor Flores le informará con más detalle sobre esto.

Julia asintió en un susurro mientras jugaba con la correa del bolso.

Devlin volvió a quedarse callado.

Lo miró de reojo. Todavía le costaba creerse que estuviera delante del mismísimo Devlin de Vincent. Hacía apenas unas horas había estado leyendo

un artículo sobre él y su prometida y ahora ahí estaba, en carne y hueso.

Las fotografías no le hacían justicia.

—¿La tercera planta es un añadido nuevo? —preguntó para romper el silencio que se había instalado entre ellos.

—Sí, la casa original, que se construyó a finales del siglo XVIII, solo tenía dos plantas.

¡Vaya! Era una vivienda muy antigua. Lo suficiente para estar encantada. Estuvo a punto de poner los ojos en blanco ante la idea. ¿Por qué su cerebro tendía siempre a imaginarse las situaciones más espeluznantes?

Devlin continuó subiendo la escalera.

—Mi familia renovó toda la casa hará unos quince años. Antes ya habían hecho algunas mejoras: electricidad, fontanería, aire acondicionado, pero hacía falta más. Entonces construimos la tercera planta, siguiendo el mismo diseño que el resto de la vivienda.

Cuando llegaron al rellano de la tercera planta vio varias puertas.

—¿Conducen a la terraza?

—Son más bien una especie de galerías que rodean la casa, pero sí. Hay varias entradas desde el rellano y una en cada habitación —informo él, sin mirar nunca en su dirección—. También hay una escalera exterior.

Vio más ventiladores girando sobre sus cabezas, haciendo circular el aire. Enfriar esa casa en pleno verano tenía que suponer un esfuerzo titánico.

—Tienen una casa muy bonita.

Y era cierto, pero había una… una especie de sombra que parecía adherirse al suelo y a los techos de la que no podían deshacerse ni incluso con los apliques de las paredes encendidos a plena luz del día.

Devlin volvió a asentir.

—Era el orgullo y la alegría de mi padre.

¿Era? Que usara el pasado le pareció raro, ya que creía que el patriarca de los De Vincent seguía vivo. Y también le extrañó que no fuera él quien estuviera hablando con ella sobre el cuidado de Madeline. Tal vez estaba fuera por algún asunto de negocios.

Devlin se quedó callado de nuevo. Supuso que no era muy hablador; algo que no la molestó. A fin de cuentas, ¿qué podían tener en común para entablar una conversación?

Nada.

Pensó en Lucian y se estremeció por dentro. La noche anterior le había sorprendido lo fácil que les había resultado hablar. Ahora sabía que había estado actuando. Venían de dos mundos completamente diferentes.

Devlin se detuvo al final del pasillo y abrió una puerta con unas exquisitas molduras talladas en forma de enredadera. El aroma a rosas le dio la bienvenida. El mayor de los De Vincent se hizo a un lado y le sostuvo la puerta para que pasara.

Julia entró y echó un vistazo a su alrededor. Cerca de las puertas de cristal doble con cortinas blancas había un sillón enorme en el que estaba sentada una mujer. Una fina manta de color azul claro le tapaba las piernas y estaba remetida alrededor de su cintura, como si alguien la hubiera arropado con mucho cuidado y alisado los pliegues. Tenía los brazos pálidos y las manos descansaban laxas, la una encima de la otra, sobre su estómago. Bajo la camiseta de algodón de manga corta, su pecho se elevaba y descendía a un ritmo constante.

—Esta es nuestra hermana, Madeline —dijo Devlin en voz baja. No la miró. Tenía la vista clavada en la mujer De Vincent.

Julia dejó el bolso en una silla que tenía cerca y fue hacia Madeline. Enseguida se dio cuenta del parecido entre ella y Lucian. Ambos tenían el mismo cabello dorado y pómulos altos. Sus rostros tenían las mismas peculiaridades, excepto que el de ella era más femenino.

Madeline era tan guapa como su hermano.

Estaba mirando fijamente un cuadro que había cerca de las puertas, pero no pareció ser consciente de su presencia ni de la de su hermano. El único movimiento que hizo fue un lento parpadeo. Aun así, se la encontró en mejores condiciones de lo que había esperado.

—Hola. —Se arrodilló a su lado y le sonrió—. Me llamo Julia y voy a quedarme una temporada para ayudarte.

Devlin se aclaró la garganta detrás de ella.

—No le responderá. No ha dicho ni una sola palabra desde que volvió.

—No pasa nada —repuso ella—. Eso no significa que no pueda oírnos. —O que no pudiera comunicarse por cualquier otro método, pero supuso que no tenía sentido mencionarlo justo en ese momento—. Voy a comprobar algunas cosas contigo, ¿vale?

No hubo respuesta ni reacción alguna, aunque Julia tampoco esperaba ninguna. Puede que Madeline no percibiera nada de lo que le decían, pero eso no significaba que no se mereciera que la trataran con el mayor de los respetos.

Julia la agarró de la muñeca. Tenía la piel fría y el pulso débil, pero constante.

Le bajó la mano despacio.

—¿Vino andando ella sola hasta la silla o tuvieron que traerla?

—Puede andar distancias cortas con ayuda. Ha debido de ser mi hermano o Richard. Parece… parece que le gusta estar ahí. —Hubo una pausa y cuando volvió a hablar lo oyó más cerca que antes—. El doctor Flores tiene que estar al llegar.

Se incorporó, se volvió y se puso rígida. Devlin estaba a escasos treinta centímetros de distancia. No le había oído moverse.

—Como le he dicho antes, el doctor Flores le contará con más detalle en qué estado se encuentra.

Julia asintió con la cabeza y se acercó con discreción hacia la parte trasera de la silla. Echó un rápido vistazo a la habitación y vio parte del instrumental que uno podía encontrar en una consulta médica: un tensiómetro, un termómetro digital de oído, un oxímetro, equipo para catéteres… Pero aquello no le dio ninguna pista de la condición en que se encontraba la paciente. ¿Cuál sería su diagnóstico?

—¿Puede acompañarme un momento fuera? —preguntó Devlin.

Julia miró a la mujer que estaba en la silla y lo siguió. De nuevo en el pasillo, él cerró la puerta silenciosamente detrás de ellos.

—Señorita Hughes…

—Por favor, llámeme Julia.

Él asintió.

—¿Puedo serte sincero?

Supuso que quería hablar de su hermana en privado, así que se preparó para hacerle al menos una docena de preguntas diferentes que se le estaban pasando por la cabeza en ese instante. Pero había dos que eran fundamentales. ¿Qué le habían diagnosticado exactamente a Madeline? ¿Y qué pruebas le habían hecho?

Devlin se volvió hacia ella y ahí fue cuando se dio cuenta de lo cerca que volvía a tenerle. Tan cerca que pudo verle una pequeña cicatriz bajo la zona izquierda de la boca con forma de media luna. Al igual que su hermano, era mucho más alto que ella, y cuando su inquebrantable mirada se encontró con la suya, sintió una creciente inquietud en la boca del estómago.

¿Es que ningún De Vincent sabía lo que era el espacio personal?

Quiso retroceder, pero se mantuvo en su sitio por pura determinación.

—Me gustaría hablar contigo de mi hermano.

¡Oh, Dios, no!

—No tengo idea de lo que pasó exactamente cuando mi hermano fue a Pensilvania, y conociéndolo como lo conozco es probable que no quiera

saberlo. A una parte de mí le gustaría llamar a la agencia y pedir que me enviaran a otra persona, pero mi instinto me dice que eres buena en tu trabajo y que puedo confiar en tu discreción.

Julia se acordó del día en que la mandaron al despacho del director por haber hablado demasiado en clase, pero esto era peor, mucho peor.

—Es evidente que Lucian todavía… siente curiosidad por ti. —Devlin le sostuvo la mirada mientras cada músculo de su cuerpo se paralizaba—. Y mi hermano tiene una forma de ser que hace que a los demás se les olvide con suma facilidad quién es. Tiene un talento asombroso para hacer que la gente pierda el sentido común.

El calor invadió sus mejillas mientras se enderezaba aún más.

—No pondría en peligro mi empleo por…

—Esto no tiene nada que ver con tu trabajo —la interrumpió él—. Lo que decidáis hacer o no en vuestro tiempo libre no es asunto mío, siempre que no afecte a tu capacidad para cumplir con tus obligaciones.

Un momento. ¿Qué? ¿De verdad le estaba sugiriendo lo que creía?

—Estoy hablando a largo plazo, cuando tu trabajo aquí llegue a su fin y regreses a tu vida. Si eres lista, Julia, y quiero pensar que lo eres, no le harás caso. Te mantendrás alejada de Lucian.

Lucian estaba sentado detrás del escritorio de Dev, con los pies descansando sobre la superficie brillante y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, cuando su hermano apareció.

Al verlo, frunció el ceño y se detuvo en medio de la estancia.

—¿Qué haces?

—Estoy jugando un rato —respondió él. Al ver a Dev apretar la mandíbula, sonrió de oreja a oreja.

—Creo que no quiero saber qué tipo de jueguecito te traes entre manos.

Él ladeó la cabeza.

—No seas tan pervertido. Estoy desempeñando el papel de hijo pródigo. Lo conoces muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es ese papel? —Dev fue al mueble bar de madera de cerezo y abrió la puerta de cristal.

—Ese en el que se te encomienda acompañar a la guapa enfermera a la habitación de nuestra hermana enferma. —Lucian se cruzó de brazos mientras veía a Dev sacar una botella de burbon—. Estoy probándolo hoy, a ver qué tal me sienta.

—No tengo pensado volver a tener esta conversación contigo. —Dev sirvió dos vasos y dejó la botella en su estante—. Por mucho que te cueste no tomar cada decisión de tu vida con otra cosa que no sea el pene, me gustaría que lo intentaras.

—No tomo *todas* mis decisiones con el pene.

Tras cerrar el mueble bar, Dev se acercó a él y dejó uno de los vasos junto a su rodilla.

—Sí, claro, y ayer solo le hiciste preguntas relacionadas con su trabajo. ¿Sabes? Si sigues yendo tras ella solo vas a complicar más las cosas.

Lucian agarró el pesado vaso.

—¿En serio?

Dev lo observó un instante y luego entrecerró los ojos.

—No te la tiraste. Si lo hubieras hecho no seguirías interesado en ella.

—No sé a lo que te refieres. —Hizo una pausa y contempló la expresión de burla con la que le miraba su hermano—. Creo que la señorita Hughes va a cuidar muy bien de nuestra hermana.

—Y supongo que has llegado a esa conclusión por la información que obtuviste de la conversación que mantuviste ayer con ella, porque hoy no has hecho mucho más que comértela con los ojos durante los diez minutos que duró la entrevista. —Dev se sentó en la pesada silla de cuero.

—No me la comí con los ojos los diez minutos enteros. —Lucian dio un sorbo a su bebida—. Estuve escuchando vuestra conversación durante un par de minutos.

Dev soltó un resoplido. Era lo más parecido que tenía a una risa.

—Lo digo en serio. Va a cuidar muy bien de Maddie. —Lucian recorrió con el pulgar el borde del vaso.

—Creo que tienes razón.

Abrió los ojos de par en par.

—¡Joder! ¿Puedes repetir eso? Pero primero deja que saque el teléfono.

—Eres un encanto. ¿Dónde está Gabe? —preguntó su hermano, que casi se había terminado el burbon que se había servido, y todavía no era mediodía.

—En el almacén.

Dev miró su vaso.

—Bueno, ¿vamos a hablar de ello?

—¿Hablar de qué? —Lucian bajó el vaso hasta su regazo—. Tendrás que ser un poco más específico. Hay tantas cosas de las que podríamos hablar…

Dev no respondió de inmediato. Primero se terminó el burbon del todo.

—Del funeral. De la prensa. De la campaña de beneficencia que se suponía que nuestro padre iba a organizar al final de mes. De los arañazos en su cuello.

Lucian estuvo a punto de reírse.

—¡Vaya! Gabe no está aquí. ¿De verdad vas a hablar conmigo de eso?

—Tiempos desesperados, hermano mío, tiempos desesperados… —murmuró Dev.

—Eso podría herir mis sentimientos, si los tuviera.

Dev esbozó un atisbo de sonrisa.

—Puede que nuestro padre pensara que eras una deshonra para el apellido De Vincent, pero yo no soy de la misma opinión. —Dev lo miró a los ojos—. Jamás lo he creído. Que no se te olvide.

Lucian levantó el vaso en dirección a su hermano. Dejó pasar un momento antes de soltar las palabras que llevaban años, por no decir décadas, sin expresar en voz alta.

—Tal vez ya vaya siendo hora de dejar de llamarlo «nuestro» padre. Todos sabemos la verdad. Lo sabemos desde que éramos niños. Y él también. El testamento que redactó y cómo quería dividir la empresa son un claro ejemplo de ello.

—Nada de eso importa. Os crio a ti y a Madeline. Tenéis los mismos derechos que Gabe y yo. No hay nada que discutir al respecto.

Para Dev era fácil decirlo.

Tras unos segundos, su hermano echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un profundo suspiro.

—La prensa no tardará en enterarse de lo de nuestro padre. Lo más seguro es que no pase de esta noche. No vamos a poder mantenerlo en secreto mucho más tiempo.

Le había sorprendido que a esas alturas todavía no hubiera saltado la noticia, incluso con dinero de por medio, que solo garantizaba el silencio por un tiempo.

—Bueno, tendrás a tu prometida a tu lado —señaló.

Dev tardó un rato en responder.

—Todavía no se lo he dicho.

Estuvo a punto de atragantarse con el burbon.

—¿Aún no le has dicho a tu prometida que tu padre ha muerto?

—No. —Dev levantó la cabeza y abrió los ojos—. No vi la necesidad de decírselo tan pronto.

Lucian miró a su hermano un instante.

—¡Vaya! Vuestra relación es un ejemplo de unión y amor al que aspirar.

—Como si supieras lo que es tener una relación real. ¿Por qué reglas te riges?

Lucian sonrió.

—No estamos hablando de mí.

—Ni tampoco de Sabrina y de mí. O de lo que le cuento.

Al oír unos pasos ambos se callaron. Lucian miró hacia la puerta antes de maldecir en voz baja. Después añadió con tono más audible:

—Será mejor que me enderece y me siente como es debido. Aquí llega uno de nuestros símbolos nacionales.

Dev dejó escapar una sonrisa.

El senador Stefan de Vincent entró en el despacho de Dev como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí y se desabrochó la chaqueta de su traje gris hecho a medida. Un reloj de oro brillaba en su muñeca.

La ira podía leerse en cada uno de sus rasgos. Los mismos rasgos que los de su padre. Ambos eran gemelos idénticos.

—Será mejor que ambos tengáis una buena explicación.

Dev miró su vaso vacío.

—Vas a tener que ser un poco más específico.

El senador se detuvo en medio del despacho.

—¿Te parece lo bastante específico que te pregunte cómo es posible que me haya enterado de la muerte de mi hermano por un puto abogado?

—Bueno, sí. Eso aclara más las cosas. —Dev se puso de pie—. ¿Te apetece algo de beber? Tienes toda la pinta de necesitar un trago.

Lucian se rio por lo bajo mientras volvía a recostarse en la silla y cruzaba el pie izquierdo sobre el derecho.

—¿Te parece apropiado bromear con un asunto como este? —preguntó Stefan, taladrando a Dev con la mirada—. Y sí, me gustaría tomar algo.

—Creo que hay muchos asuntos inapropiados que hay que tomárselos a broma —intervino Lucian antes de beber otro sorbo.

Puede que Stefan y Lawrence fueran idénticos físicamente, pero jamás habían compartido el supuesto vínculo que existía entre los gemelos y que él sí había tenido con Maddie. A pesar de los años que habían transcurrido desde la desaparición de su hermana, algo en su interior siempre le dijo que seguía con vida.

—De ti no me sorprende. —Stefan tomó la bebida que le ofreció Dev—. ¿Por qué nadie me informó?

Dev volvió a sentarse.

—Bueno, teniendo en cuenta que la última vez que hablasteis terminó con mi padre amenazando con matarme, no le vi mucho sentido.

¡Qué lástima no haber estado en esa discusión!

—Teníamos nuestras diferencias, pero era mi hermano. —Stefan se bebió el burbon como si fuera agua—. No teníais ningún derecho a ocultármelo.

—Ahora que ya lo sabes, da igual —señaló Dev.

—Deberíais habérmelo notificado de inmediato. —Stefan fue hacia la ventana y descorrió la cortina. Lucian vio cómo el hombre mayor apretaba la mandíbula mientras miraba a través del cristal, hacia el jardín de rosas que había debajo. Tenía el vaso vacío en la mano—. No tuve la oportunidad de…

Esperó a que su tío terminara, pero al ver que no lo hacía, se volvió hacia Dev. Su hermano tenía la vista clavada en el senador. Lo miraba por encima del borde de su vaso. El senador volvió a correr la cortina. La luz se reflejó en el reloj de oro mientras se pasaba la mano por el pelo que seguía siendo negro como el ónice salvo por algunos mechones plateados en las sienes. Su padre había llevado un reloj igual que ese. La única diferencia eran las iniciales grabadas debajo. Lawrence y Stefan tenían la costumbre de marcar sus nombres en todo.

—Quiero saber qué fue lo que pasó realmente. —Stefan se volvió y se cruzó de brazos—. Porque sé que no me han dicho toda la verdad.

—¿Y qué es lo que te han dicho? —quiso saber Dev.

Stefan soltó un resoplido indignado y frunció el ceño.

—Ya sabes lo que me han dicho. Que mi hermano se ahorcó.

—Y eso fue lo que pasó. —Dev cruzó una pierna sobre la otra—. Yo mismo me lo encontré.

—Déjame que te lo repita, Devlin. Quiero saber qué fue lo que pasó de verdad.

Lucian suspiró y dejó el vaso sobre el escritorio.

—Lo que pasó es lo que te acaba de decir Dev. Nos lo encontramos ahorcado en su despacho. No hay nada más que contar.

—¡Y eso es una sandez absoluta! —La ira enrojeció las mejillas de su tío —. Lawrence nunca se habría…

—Nuestro padre estaba muy disgustado con el giro que había dado el asunto de la señorita Andrea Joan —interrumpió Dev, logrando callar al senador—. Las últimas noticias que había recibido lo alteraron bastante.

Stefan volvió a apretar la mandíbula.

—¿Y quién le dio exactamente esas noticias?

Dev esbozó una leve sonrisa.

—Vamos, ya sabes la habilidad que tenía nuestro padre para sonsacar información.

Su tío se quedó callado unos segundos.

—¿De verdad creéis que voy a tragarme esta patraña? Mi hermano termina muerto pocos días después de que vuelva a casa esa… chica, ¿y os creéis que…?

—No metas a Maddie en esto —le advirtió Lucian con tono suave—. Ella no tiene nada que ver.

—Y tú eres un ciego estúpido que no quiere ver la verdad —escupió Stefan—. Sé lo que pasó aquí antes…

—No sabes una mierda. —Lucian bajó los pies del escritorio y se levantó despacio—. Ya tienes bastante con tus propios problemas, Stefan. Si yo fuera tú, no vendría aquí a meter las narices donde no me llaman.

—Estoy de acuerdo —señaló Dev.

—Vaya dos. —Stefan se rio con dureza—. Sois uña y carne… cuando no estáis peleándoos.

Lucian sonrió.

—Y tienes suerte de que Gabe no esté.

—Creo que si hubiéramos estado los tres —Dev bajó su vaso—, alguien ya se habría meado en sus pantalones.

Lucian sonrió con sorna.

—Mirad, putos mocosos. Estáis apañados si creéis que no voy a averiguar lo que le pasó de verdad a mi hermano. —Stefan se acercó al escritorio—. Llegaré al fondo de esto.

—Espero que te diviertas —dijo Dev, destilando desdén por los cuatro costados.

Stefan dio un golpe en la mesa.

—¿Creéis que os tengo miedo? Esperad y veréis. Todos tenéis secretos que esconder. Que no se os olvide en ningún momento.

Lucian agarró la mano de su tío.

—¿De verdad eres tan imbécil como para amenazarnos?

—Eso creo —convino Dev.

Stefan intentó liberarse.

—Suéltame ahora mismo.

Ni de coña iba a obedecerle sin más. Apretó su agarre hasta que sintió crujir los huesos de su tío.

—Quiero que esto que te voy a decir se grabe a fuego en tu cerebro. Sigue amenazándonos y te convertirás en otro de los secretos que tengamos que

esconder.

9

El doctor Flores era un hombre de mediana edad, de piel oscura y cabello negro, que tenía una sonrisa franca y cálida perenne en los labios. Había llegado poco después de la extraña advertencia que le había hecho Devlin de que se mantuviera alejada de Lucian. Como si no se hubiera dado cuenta ella por sí sola.

Había aprendido la lección.

En lo que respectaba a los hombres, jamás volvería a desmelenarse. Porque cuando una se dejaba llevar, acababa tonteando con un miembro de una de las familias más ricas del mundo, que además podía terminar convirtiéndose en una especie de jefe.

¡Mierda!

Ahora mismo no tenía tiempo para mortificarse por lo de Lucian. Necesitaba estar plenamente concentrada en lo que le pasaba a su paciente.

Flores le había explicado que cuando Madeline apareció, la ingresaron con un nombre falso en el hospital donde trabajaba. Le hicieron un montón de pruebas: análisis completos de sangre, incluyendo los de toxicología, análisis de orina, radiografías, resonancias magnéticas, TAC, ecografías… Ninguno de ellos presentó ninguna anomalía, lo que les proporcionó algunas respuestas, pero les dejó con un montón de preguntas.

—Está en un estado intermedio de mínima consciencia y emergencia de la consciencia, pero no presenta ningún indicio de coma o daño cerebral. No parece ser consciente de nadie que la rodea ni de sí misma —le informó el doctor mientras ella echaba un vistazo al historial de Madeline—, aunque sus constantes vitales están bien. Por eso, al principio pensé que se trataba de un mutismo acinético.

—¿Síndrome del enclaustramiento? —Julia frunció el ceño. Era un trastorno neurológico bastante raro.

—Pero no había anormalidades en el puente troncoencefálico. —El doctor frunció el ceño y miró a Madeline como si fuera un rompecabezas que no pudiera resolver. Cuando Flores llegó, habían ayudado a la joven a volver a la

cama. Apenas podía caminar. En ese momento estaba dormida—. Tiene patrones de sueño y vigilia normales; algo que hemos visto en otros trastornos neurológicos que pueden imitar al síndrome del enclaustramiento. Pero puede comer y estar de pie sin ayuda, y reacciona a ciertos estímulos. Me he dado cuenta de que su capacidad para andar no es la misma todos los días, aunque como ha podido comprobar no puede dar más de unos pocos pasos por sí misma.

Por eso la había contratado su familia. El médico no podía ir allí todos los días para controlarle la tensión y el pulso. Necesitaban a alguien que se asegurara de que comiera tres veces al día, la aseara y la moviera para que no le salieran escaras por estar todo el día tumbada. Teniendo en cuenta los resultados de las pruebas que le habían hecho, era obvio que Madeline no necesitaba atención las veinticuatro horas del día.

Julia cerró el historial y miró a Madeline.

—¿Entonces qué cree que le pasa? —preguntó, retirando con delicadeza un mechón de pelo que Madeline tenía en la mejilla.

—Bueno —respondió el médico con un suspiro mientras se apartaba de la cama e iba hacia el maletín que había traído con él y dejado en la mesa ovalada junto a la puerta—, creo que es algo psicológico.

Julia se volvió hacia él. Había pruebas que incluso los médicos de urgencias que no sabían nada al respecto podían hacer para comprobar si un paciente fingía estar inconsciente. Por ejemplo, la técnica de frotar el pecho. Si la persona estaba consciente, reaccionaba.

—¿Cree que lo está fingiendo?

—No creo que sea el caso. Es muy posible que el estado en el que se encuentra sea el resultado de un estrés emocional o mental extremo. El cerebro es capaz de convencer al cuerpo casi de cualquier cosa. —Dobló el estetoscopio y lo metió en el maletín—. Por ejemplo, algunas personas creen que están muertas. Se llama «síndrome de Cotard», también conocido como «síndrome del paciente zombi».

El poder que la mente ejercía sobre el cuerpo era algo real y fascinante. Puede que Madeline hubiera sufrido una experiencia tan traumática que su cabeza la hubiera obligado a sumirse en ese estado, quizá para permitirle recuperarse antes de que tuviera que lidiar mental y emocionalmente con lo que le había pasado.

Pobrecilla. Daba igual las razones por las que estaba en esa condición. Esa no era vida alguna.

—¿Tiene algún antecedente de enfermedad mental? —preguntó.

El doctor Flores alzó la vista y dejó de hurgar en su maletín.

—Es usted consciente de que su trabajo aquí es cuidarla, ¿verdad? No emitir un diagnóstico.

¡Vaya!

Esa era una forma educada de decirle que se callara y que se limitara a hacer su trabajo, que no era ni remotamente necesario.

—No le estoy haciendo estas preguntas porque quiera entrometerme en nada. Sabe que cuantos más datos tenga sobre ella, seré capaz de prestarle una mejor atención y detectar cualquier señal de deterioro o mejora.

—Lo siento. Tiene razón —reconoció el doctor Flores, enderezando su bata blanca—. Conozco a los De Vincent desde hace mucho tiempo y estoy acostumbrado a eludir cualquier pregunta que me hagan sobre ellos. —Soltó una risa ronca que pareció una tos—. Supongo que creo que todo el mundo tiene segundas intenciones cuando se trata de esta familia.

Julia asintió.

—Entiendo. Disculpas aceptadas.

Flores volvió a mirar a Madeline.

—Sí hay antecedentes de trastornos mentales en la familia. No traté ninguno de ellos, ni a Madeline antes de que desapareciera, pero…

—¿Pero qué?

—Pero me dijeron que era una joven problemática antes de su desaparición. Podía ser bastante rebelde e imprudente.

Volvió a posar la mirada en Madeline. Según el historial, apenas era un año mayor que ella.

—En ese momento era una adolescente. Supongo que eso explica bastante lo de la rebeldía.

El doctor no respondió de inmediato.

—No estoy al tanto de lo que hizo o dejó de hacer, pero hay alguien que lo sabe seguro: su gemelo.

Supo quién era sin preguntar. El parecido hablaba por sí solo.

—¿Ella y Lucian son gemelos?

—Fraternos, lo que comúnmente se conoce como «mellizos». —Sonrió brevemente mientras cerraba el maletín—. No son los únicos. Su padre y su tío son gemelos idénticos, y por lo que he oído, hay más casos de gemelos en la línea paterna. Y ahora tengo que volver al hospital. —Comenzó a dirigirse hacia la puerta—. Si tiene alguna pregunta o le surge cualquier cosa, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Julia asintió y se despidió del doctor, mientras guardaba ese nuevo dato en un rincón de su mente. Se acordó del principio de la conversación. Había algo que era incapaz de entender.

Para el resto del mundo, Madeline seguía desaparecida.

No había preguntado al doctor Flores si la policía sabía que Madeline había regresado porque se imaginó que no se lo habían dicho. ¿Qué sentido tenía guardar un secreto así? Entendía que la familia no quisiera atraer la atención que una noticia así despertaría en los medios, pero eso no afectaría a Madeline por el momento.

Alguien tenía que saber qué le había pasado, dónde había estado todo ese tiempo. ¿Acaso los De Vincent no querían respuestas?

¿No querían que la policía investigara para poder llevar ante la justicia a quienquiera que fuera el responsable de que Madeline se encontrara en esa condición?

Decir que aquella situación era un misterio era quedarse corto, pensó mientras cerraba la puerta.

Julia tenía un montón de preguntas, aunque también empezó a sentir compasión por esa familia. Los hermanos De Vincent habían perdido a su madre y a su hermana la misma noche, y solo Dios sabía lo que habían podido hacer a Madeline. Puede que les saliera el dinero por las orejas, pero seguían siendo personas como los demás.

A la muerte no le importaba lo rico que fueras. Y lo mismo sucedía con la enfermedad, tanto física como mental.

Las pruebas más duras de la vida no discriminaban.

Soltó un sonoro suspiro y se volvió hacia la cama. Y entonces se quedó sin aliento y el corazón le dio un vuelco.

Madeline la estaba mirando directamente a los ojos.

Se quedó petrificada medio segundo antes de correr hacia ella.

—¿Madeline?

Pero en cuanto llegó se dio cuenta de que la mirada de la joven estaba vidriosa, inexpresiva. En realidad no la estaba *mirando*. Simplemente se había despertado y su cabeza se había inclinado hacia ella.

—¡Por Dios! —masculló. A ese paso, terminaría dándole un ataque al corazón. Sobresaltarse de esa forma había sido un error de novata, pero en esa casa, en esa habitación, todavía no se sentía cómoda.

También era cierto que nadie podía culparla por estar nerviosa. Al fin y al cabo ese día había madrugado mucho y había recibido no una, sino dos sorpresas enormes antes de ponerse a trabajar.

Julia no estuvo mucho tiempo a solas con Madeline. Poco después de las dos, entró una mujer mayor, empujando uno de esos carritos adorables con varios platos cubiertos que contenían el almuerzo de Madeline y suficiente comida para que Julia se alimentara durante el resto del día. La mujer se presentó como la esposa de Richard y enseguida le pidió que la llamara Livie, como hacían *los muchachos*.

Julia nunca habría usado la palabra «muchachos» para describir a los hermanos De Vincent que había conocido. Sabía que había otro más que estaría por alguna parte.

Consiguió encontrar los suministros necesarios para limpiar a Madeline y atender sus necesidades urinarias. Como sabía que algunos pacientes en estado vegetativo eran perfectamente conscientes de lo que sucedía a su alrededor, se ocupó de aquello deprisa y proporcionándole la mayor privacidad posible. A ella le daba igual que su estado obedeciera a un problema físico o psicológico; tenía claro que Madeline se merecía que la trataran con dignidad.

Después de encontrar los artículos de tocador necesarios para darle un baño en la cama, logró que se tomara medio cuenco de sopa con fideos. Teniendo en cuenta su historial, le preocupaba que no comiera lo suficiente y le estuvieran faltando los nutrientes necesarios. La mayoría de los pacientes que se encontraban en un estado similar al de Madeline, terminaban con una sonda de alimentación.

Media hora después de comer, Madeline se quedó dormida, lo que le permitió continuar con su exploración.

Y eso era lo que estaba haciendo en ese momento.

Antes había descubierto que las puertas en las que Madeline había estado tan concentrada daban a un pequeño armario donde se guardaban la mayor parte de los suministros. En la pared izquierda de la cama, había una televisión de pantalla plana, pero no la había encendido. También había varias sillas esparcidas por toda la habitación, incluida una junto a la cama. Ahora que el médico se había ido y ya no estaban hablando de la paciente, se percató del libro que descansaba en la mesita de noche.

Se inclinó para hacerse con el pesado tomo y enseguida reconoció la portada verde con un niño con gafas.

Alguien, quizás uno de sus hermanos, le había estado leyendo *Harry Potter*.

Le pareció un detalle de lo más dulce y sonrió.

Entonces oyó un suave golpe en la puerta. Dejó el libro donde se lo había encontrado, rodeó la cama y se apresuró a abrir.

Se encontró al señor Besson en el pasillo, vestido como esa misma mañana, con una chaqueta con faldones. ¡Con faldones! Le habría encantado reírse, pero pensó que sería tremendamente inapropiado. Y raro. Sí, muy raro. Por lo menos no llevaba guantes blancos.

—He pensado que, si Madeline está descansando, podría enseñarle sus habitaciones antes de la cena.

—¡Oh! Se lo agradecería mucho. —Miró hacia atrás—. Ahora mismo está dormida, así que es el momento perfecto.

El señor Besson esperó a que recogiera su bolso y el plato con las sobras de la comida. Esa sería su cena, porque de ninguna manera iba a cenar con ellos. Siguió al hombre por el pasillo, donde pasaron por delante de varias puertas cerradas. Había esperado que la acomodaran cerca de la habitación de Madeline, pero cuando empezaron a bajar por la escalera interior, se dio cuenta de que no sería así.

—Las pertenencias que envió ya llegaron —le explicó el señor Besson al salir del rellano de la segunda planta.

Mientras caminaban por el pasillo, la luz de uno de los apliques parpadeó y al final se apagó.

El señor Besson soltó un suspiro.

Julia no dijo nada. Se detuvieron al final del pasillo, frente a una puerta en diagonal a lo que parecía una salida a las escaleras exteriores y a otra habitación.

—Livie ya ha guardado la mayor parte de su ropa. —Abrió la puerta y se hizo a un lado—. También le llenó el frigorífico.

Le asombraron ambos detalles. Agradeció el gesto, aunque no le hizo mucha gracia que alguien tocara su ropa interior. Al menos no tendría que ponerse a colocar todo ahora.

—Gracias, señor Besson.

—Llámeme Richard, como…

—… los muchachos —terminó ella.

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Como verá tiene su propio baño y una pequeña zona de cocina. Si quiere que incluyamos algún tipo de alimentos, no dude en darnos su lista. Hacemos la compra dos veces por semana. Los lunes y los jueves.

Cuando entró en el dormitorio, el bolso se le quedó colgando en la punta de los dedos. Era enorme y muy parecido al de Madeline. Había una cama

grande contra la pared, tallada con un gusto exquisito, y frente a ella dos puertas que daban a la terraza exterior. Vio otro par de puertas, que supuso que daban al baño, un vestidor y la zona de cocina que le había indicado Richard con una mesa redonda, un frigorífico y un pequeño microondas.

—Espero que le guste.

—¡Oh! Es mucho más de lo que esperaba. De verdad. —Dejó el plato con las sobras en la mesa y el bolso en la cama y se volvió hacia Richard—. En realidad no tenía muchas expectativas. Me dijeron que me proporcionarían una habitación y eso fue todo. Esto es más que suficiente.

Richard inclinó la cabeza.

—En la mesa encontrará una tarjeta con números de teléfono y todo lo que necesita saber para entrar y salir de la casa. Mañana le enseñaré el coche que puede usar.

Esperaba que no fuera un Mercedes, porque no necesitaba conducir un coche como ese.

—Encontrará mi número y el de Livie en la tarjeta. En cuanto servimos la cena y recogemos, todo el personal se va de la casa. Nadie se queda aquí por la noche. Si necesita algo, señorita Hughes, lo que sea, da igual la hora. Por favor, no dude en llamarnos.

—¡Oh! —Esbozó una tenue sonrisa. Era un gesto muy amable por su parte, pero le resultó un poco raro la forma como se lo propuso—. Gracias.

El hombre volvió a asentir, le recordó la hora a la que servían la cena y después salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Muy bien —dijo en voz alta, antes de darse la vuelta—. Pues ya estoy aquí.

Frunció los labios y echó otro vistazo a su alrededor. Se fijó en una pila de revistas que había junto a la cama. Alguien debía de haberse dado cuenta de que las iba a necesitar. Durante su trabajo tendría largos períodos de inactividad.

Lo primero que hizo fue sacar el teléfono y el cargador del bolso. Encontró un enchufe cerca de la cama y lo cargó. Tenía una llamada perdida de su madre. Le enviaría un mensaje más tarde.

Se quitó los zapatos planos y fue hacia las puertas. El primer par eran las del vestidor y sí, parte de su ropa estaba perfectamente colgada y el resto la habían colocado en una cómoda amplia.

Encontró sus uniformes de enfermera pulcramente doblados en los dos últimos cajones. No le habían pedido que llevara uniforme, pero para limpiar

a los pacientes y ayudarlos con sus necesidades fisiológicas era mejor no usar ropa de calle.

El segundo par de puertas conducía a un baño que no se hubiera imaginado ni en un millón de años. Uno con una bañera de patas enorme y una ducha con chorros de hidromasaje.

Chorros de hidromasaje.

¡Oh, sí! Iba a vivir en ese baño.

Estaba deseando probar esa ducha tan pronto como terminara con Madeline al atardecer.

Como solo tenía unos minutos libres antes de regresar a la habitación de Madeline, decidió satisfacer su curiosidad y abrió las puertas que daban al exterior. El golpe de calor pegajoso fue tan inesperado que casi la dejó fuera de combate. Habían pasado varias horas desde que había estado fuera, pero era horrible. Podía sentir la blusa pegándosele en la piel y el aroma a tierra que le recordaba al olor de los agujeros que cavaba en el jardín.

Pasó por delante de una mesa y unas sillas de mimbre, fue hacia la barandilla de hierro forjado cubierta de enredadera y contempló la propiedad.

Se quedó boquiabierta mientras apoyaba las manos en la barandilla.

Era la primera vez que veía lo que había en la parte trasera de la casa. Un jardín inmenso se extendía a la derecha, lleno de capullos rojos floreciendo. Y ahí fue cuando se dio cuenta de dónde venían las enredaderas. Comenzaban justo allí, en algún lugar del centro del jardín.

El patio daba a un camino que conducía a una piscina lo bastante grande para que entrenaran nadadores olímpicos.

Pero eso no era todo.

Junto a la piscina había una cancha de voleibol de arena. Más allá otra de baloncesto y luego varias edificaciones pequeñas dispersas. A lo lejos, pudo ver lo que parecía un muro de cemento alto y… ¿una pista de aterrizaje?

—¿Eso es un avión? —preguntó en voz alta.

¡Dios bendito! Era un avión.

No supo cuánto tiempo se quedó allí, mirando asombrada el terreno… y el avión. La casa era enorme, lo bastante grande como para albergar a una familia de treinta personas, y el exterior parecía un patio de recreo para adultos.

—Ricos —susurró, negando con la cabeza.

Aquello hizo que desapareciera cualquier sentimiento de culpabilidad por haber aceptado un millón de dólares de Lucian. Ahora que lo pensaba, realmente quería…

Apartó las manos de la barandilla a toda prisa, jadeó y bajó la vista. ¿Pero qué…? Parecía que la enredadera se había movido bajo sus dedos. Era una idea absurda pero…

Seguro que había sido el viento. Alzó la cabeza y miró a la galería-terraza. No corría ni un atisbo de aire. Se llevó las manos al pecho y miró las enredaderas. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Se dio la vuelta y entró a toda prisa, cerrando las puertas tras ella.

Lucian miró la entrada al comedor por encima del borde de la copa. Con la otra mano, tamborileó con los dedos sobre la mesa, consumido por la impaciencia. Acababan de servir pollo asado, patatas y otros platos, pero apenas despertó su interés.

Estaba esperando.

No había dejado de esperar.

Se había pasado las últimas horas de la tarde y el comienzo de la noche elaborando un plan. Como era de esperar, la visita de su tío se había alargado y *todavía* seguía allí, sentado a la mesa, a pesar de la pequeña discusión que habían mantenido en el despacho de Dev.

Si hubiera existido el lema «La familia que se pelea permanece unida», los De Vincent serían el ejemplo perfecto.

El incesante parloteo de Dev sobre cómo debían lidiar con el anuncio de la muerte de Lawrence se había mezclado con las exigencias de Stefan para el funeral; unas exigencias que hicieron que pareciera que estaban hablando de una maldita boda.

Según él, tenía que *estar a la altura de su hermano*. Lucian había puesto los ojos en blanco. En otras palabras, iba a ser un puto circo al que tendría que acudir borracho para poder soportarlo.

Al final, hablaron por teléfono con *El equipo A* de los abogados para discutir lo que pondrían en el comunicado oficial. Y el infierno debió de congelarse, porque Dev siguió el consejo de los asesores a pesar de que su tío se había opuesto tajantemente.

Por desgracia para el senador, no tenía ni voz ni voto en ese asunto.

Los De Vincent fueron sinceros (bueno, todo lo sinceros que podían ser) y dijeron que Lawrence se había suicidado. También anunciaron que harían una donación considerable a una asociación que se encargaba de la prevención del suicidio. El comunicado de prensa había salido media hora antes, así que Lucian había apagado el teléfono.

Para cuando pudo escapar, casi lamentó que no se hubiera tratado de su propio funeral. Sabía que Dev lo había mantenido ocupado en su despacho a propósito. No había podido ver qué estaba haciendo su enfermera durante todo ese tiempo.

¡Qué lástima que las cámaras no funcionaran! Se habría pasado todo el rato mirando las pantallas. Sí, era bastante espeluznante, pero no le importaba.

—¿Por qué hay cinco platos?

Lucian se volvió hacia Stefan.

—¿Por qué sigues aquí?

—Porque mi objetivo en la vida es hacer que vuestra existencia sea lo más miserable posible —replicó el senador.

—La familia. —Soltó un suspiro—. ¡Qué maravilla!

Stefan lo miró y esbozó una media sonrisa. La misma que había visto en su padre miles de veces.

—¿Qué? —preguntó su tío al ver que continuaba mirándolo.

Antes de que pudiera responder, apareció Dev y se sentó. No estaban en el comedor formal. Este era uno más modesto, con una mesa ovalada que no daba la impresión de estar participando en *La última cena* y a punto de recibir una puñalada por la espalda. Al menos ahí podías ver quién iba a atacarte con el cuchillo.

—Esperamos… compañía esta noche —señaló Dev, agarrando su servilleta de lino y colocándola en su regazo.

—¿Compañía? —Stefan se recostó y levantó la copa en el aire. Al instante acudió un miembro del personal, que ayudaba a Livie en la cocina, y se la llenó—. ¿Se trata de Sabrina? —preguntó con un brillo de interés en sus ojos verde claro.

El tipo de interés que hizo que Lucian torciera la boca disgustado.

—No. —Lucian bajó la copa y esperó a tener la completa atención de su tío antes de seguir—. Hemos contratado a una enfermera para que atienda a Madeline.

—¿Habéis invitado a la *enfermera* a cenar?

Apretó la copa. Sintió que Dev estaba a punto de decir algo, pero se le adelantó.

—Sí. Se llama Julia Hughes y la tratarás como si fuera la heredera de un yacimiento petrolífero que van a empezar a explotar.

A Stefan le palpitó un músculo cerca del ojo derecho, tal y como hacía su padre cuando se enfadaba. Después se encogió de hombros… y luego dijo algo que terminó de sacarle de sus casillas.

—No sé por qué os tomáis tantas molestias con vuestra hermana. —Hizo una pausa y miró su bebida—. Esa chica ya estaba mal de la cabeza antes de…

—Acaba esa frase y planificaremos dos funerales en vez de uno. —Lucian se detuvo un instante para que su tío entendiera el alcance de lo que le estaba diciendo—. Y sabes que yo no amenazo en vano.

Stefan apretó los labios.

—¿En serio? —Miró a Dev con un gesto de incredulidad—. ¿Vas a consentir que me amenace dos veces en un mismo día?

Dev tomó su copa.

—Que yo sepa, no tengo ningún control sobre él.

Lucian sonrió satisfecho cuando la pálida mirada de su tío volvió a centrarse en él. Alzó la copa hacia el senador.

—Nunca te pedimos tu opinión sobre Madeline —le recordó. Ahora que lo pensaba, cuando le habían informado del regreso de su hermana, no se había mostrado tan despectivo. No como su padre. En realidad a su tío no pareció preocuparle en absoluto. Ahora las circunstancias habían cambiado—. Y nuestro padre tampoco te la pidió.

—Pero si no tenéis idea de lo que Lawrence y yo hablábamos.

—Bueno, si sé que te consideraba tan útil como un tenedor en un azucarero.

Dev elevó una comisura.

El senador volvió a recostarse en la silla. Transcurrieron unos segundos y se bebió lo que le quedaba en la copa.

—Presiento que vamos a tener una cena encantadora —comentó Dev con sequedad.

No si Julia no se presentaba. Se revolvió inquieto en la silla. ¿Dónde estaría? ¿Y dónde se habría metido Gabe? A esas horas ya solía estar en casa.

Apenas unos segundos después, Gabe cruzó la puerta. Cuando vio al senador, lanzó a Dev una mirada extraña a la que su hermano mayor respondió negando con la cabeza. Gabe se sentó en su silla y empezaron a comer. A medida que la cena avanzaba, se hizo evidente que la enfermera no iba a presentarse.

Su apetito se esfumó y sonrió con ironía. ¿Cómo se le había podido ocurrir que cenaría con ellos? ¿Habría cenado siquiera? Lo más seguro era que a Julia le importara un comino su preocupación por ella.

Sabía perfectamente lo que la enfermera estaba haciendo.

Se estaba escondiendo de él, y eso era algo que no iba a permitir.

El sol se había puesto hacía una hora. Julia había dado de cenar a Madeline, le había puesto el pijama y la había dejado en su cama. Ahora se dirigía a su habitación a toda prisa porque no le gustaban mucho los pasillos de la casa y sus luces parpadeantes. Le recordaban a esos pasillos tan encantadores de *El resplandor*.

En cuanto estuvo en su dormitorio, mandó varios mensajes de texto rápidos a su madre para que supiera que todo había ido bien y se comió lo que le quedaba del sándwich que Livie le había llevado esa tarde. Estaba demasiado cansada como para preocuparse por cómo se tomarían los De Vincent que se hubiera saltado la cena. Además, no dejaba de dar vueltas a diferentes asuntos. Desde qué era lo que pasaba con Madeline (algo en lo que debería estar pensando) a por qué Lucian se había detenido la noche anterior antes de que las cosas se pusieran interesantes (algo en lo que no debería pensar).

En realidad, no tendría que pensar en él en absoluto.

Debería darle igual. Sobre todo ahora que estaba trabajando para su familia y seguía bastante cabreada y con la sensación de que la había engañado, pero había una pequeña parte de sí misma que no podía evitar preguntarse por qué no había querido que ella también le proporcionara placer o que terminaran la noche acostándose. ¿Fue porque había cambiado de opinión? ¿Estaba demasiado borracho para mantener una relación sexual? No le había visto beber mucho. ¿O solo era un plan para averiguar hasta dónde podía llegar ella?

¡Por Dios!

Se le revolvió el estómago y se dijo a sí misma, una vez más, que jamás volvería a permitir que su pequeño y lujurioso corazón tomara el control.

Se dio cuenta de que no se había lavado desde que se había subido al avión. Se sentía sucia, así que decidió que ya iba siendo hora de probar su preciosa ducha. Se quitó los pantalones y la blusa y los echó en un pequeño cesto de la ropa sucia que había en el baño. Cuando se quedó en ropa interior, se acordó de que las toallas estaban colocadas en una de las baldas estrechas del vestidor.

Regresó al dormitorio y corrió hacia el vestidor. Encendió la luz de arriba. Las toallas más grandes estaban en el estante de abajo. Cuando se agachó para hacerse con una, una corriente de aire frío le rozó el brazo.

Frunció el ceño y se enderezó con la toalla en la mano. El vello de la nuca se le puso de punta y un escalofrío le recorrió la columna.

Se dio la vuelta para inspeccionar el fondo del vestidor, esperando encontrar algún agujero o un respiradero justo encima de ella. Escudriñó la pared y el techo pero no vio nada más que yeso blanco y liso.

Se frotó la parte posterior del cuello, miró de nuevo a su alrededor y la carne se le volvió a poner de gallina. Se sentía… ¡Dios! Era una locura, pero se sentía observada.

Obviamente nadie la estaba mirando, salvo que se tratara de un fantasma. Allí no había ventanas y solo estaba ella.

Salió del vestidor con la toalla apretada contra el pecho y sintiéndose un poco tonta. A pesar de que habían renovado la vivienda, seguía siendo una casa antigua, y la mayoría de ellas tenían corrientes de aire.

En cuanto regresó al baño cubierto de vapor, se desnudó por completo, se soltó el pelo y entró en la ducha. Cuando los chorros de agua cayeron sobre sus tensos músculos dejó escapar un gemido de placer. Curioseó en los botecitos que había al lado. Probó un gel para el cuerpo con un nombre sofisticado que fue incapaz de pronunciar.

El baño le recordaba a los de los hoteles de lujo. El tipo de hoteles donde el servicio de la limpieza te ordena el maquillaje por las mañanas y por las noches. El tipo de hotel en el que nunca había estado.

Se tomó su tiempo, toqueteando todos los botones y llaves y sonriendo cada vez que se activaba un nuevo chorro. Estaba claro que podía divertirse con cualquier tontería. Se puso de lado, se frotó los ojos, echó la cabeza hacia atrás bajo el chorro del cabezal de arriba y…

¡Pum!

Julia se puso rígida. El agua seguía corriendo por su piel. El ruido había sonado muy cerca, como una puerta golpeando algo; tal vez una pared. El corazón le latió desaforado y se le volvieron a poner los pelos de punta. La sensación que había tenido en el vestidor regresó.

No estaba sola.

Se quitó las manos de la cara despacio y bajó la barbilla. Abrió los ojos y miró a su izquierda. Alguien estaba parado al otro lado del cristal de la ducha. Se veía borroso pero, sin duda, era la figura de alguien alto y de complexión fuerte. Su inicial jadeo de sorpresa se convirtió en un grito ronco que a ella misma le pareció como una sirena mientras retrocedía hacia los azulejos.

Todo sucedió muy rápido.

El movimiento hizo que se resbalara sobre los guijarros que formaban el suelo de la ducha. Intentó agarrarse a algo, pero solo había baldosas lisas. De

pronto ya no tenía los pies sobre el suelo. Un dolor cegador estalló en un lateral de su cabeza. Y después, nada.

10

—¿Señorita Hughes? ¿Julia?

La voz le llegó desde muy lejos, como si estuviera al final de un túnel. Desorientada, sintió que el agua dejaba de caer. El aire frío le rozó la piel mientras unos dedos cálidos le tocaban, primero el hombro, y luego se deslizaban con gentileza bajo su mejilla, que notaba como si la tuviera pegada a… una roca.

—Espero que abras los ojos —dijo la misma voz grave de hombre—, porque estoy empezando a preocuparme.

¿Preocuparse?

Algo seco le cubrió el cuerpo. Ahí fue cuando se dio cuenta de que estaba tumbada de lado. Un dolor punzante despejó parte de la neblina que embotaba su cabeza. Parpadeó rápidamente. A través de los mechones de pelo enmarañado en su cara, pudo ver lo que había a su alrededor.

Un hombre en cuclillas frente a ella.

Era la primera vez que lo veía, pero era guapo. Muy guapo. De pelo oscuro, largo hasta los hombros, que llevaba metido detrás de las orejas. Una barba de tres días cubría su potente mandíbula. Subió la vista hasta sus mejillas, su nariz recta, los ojos azul verdosos. Ese hombre parecía una versión más joven de… Devlin.

—Ahí estás. —Esbozó una media sonrisa que le resultó muy familiar, pero no sabía por qué. Unos segundos después, el hombre le retiró el pelo de la cara—. Parece que te has dado un buen golpe en la cabeza. ¿Te ves con fuerzas para sentarte? ¿O prefieres quedarte tumbada? Seguro que sabes qué hacer mejor que yo.

Mientras miraba a aquel apuesto extraño, logró reunir las últimas piezas del rompecabezas y todo tuvo sentido.

Había estado en la ducha, jugando con los malditos chorros y entonces se resbaló y se cayó por…

¡Dios santo! Estaba desnuda.

Respiró hondo, se incorporó y… ¡Uf! Demasiado rápido. La ducha y la cara del hombre empezaron a girar. Un ramalazo de dolor le bajó por el cuello, provocándole tantas náuseas que gimió.

—Con calma. —La agarró de los hombros para sostenerla—. No creo que sea bueno que te muevas tan rápido como un corredor olímpico.

Se puso a buscar algo para cubrirse y se dio cuenta de que él la había tapado con una toalla, pero se le había caído cuando había intentado sentarse, dando al desconocido una buena vista de sus encantos.

—Estoy desnuda —dijo ella como si fuera tonta, con voz pastosa y ronca mientras apretaba la toalla contra su pecho.

Otra vez esa media sonrisa.

—Ya me he dado cuenta.

Estupendo.

—Aunque estoy intentando no fijarme —añadió el antes de guiñarle un ojo.

Julia volvió a gemir. Por un lado porque se moría de la vergüenza, y por otro porque sentía que estaba a punto de estallarle la cabeza.

El hombre se puso serio de inmediato.

—Mira, no soy médico, pero creo que te has hecho bastante daño.

Miró hacia abajo y vio que había manchas rosas en los guijarros de color arena. Sin soltar la toalla, se tocó con cuidado un lado de la cabeza y reprimió otro gemido. El dolor le atravesó el cráneo. Retiró la mano y se le revolvió el estómago al ver que tenía sangre en los dedos.

—¡Mierda! —masculló.

El hombre se rio entre dientes.

—Sí, creo que eso se acerca bastante.

A pesar del dolor, su mente iba a toda velocidad. Puede que no tuviera nada o que estuviera sufriendo una conmoción cerebral. Si se trataba de eso último, mejor no perder el tiempo. Cuando volvió a abrir los ojos, el hombre la estaba mirando atentamente, con la misma intensidad que Lucian.

—Lo siento. Todavía no nos han presentado. —Bajó las manos por sus brazos, hasta llegar a los codos—. Soy…

—¿Gabriel? —terminó ella por él.

Al ver que asentía, lo primero que se le pasó por la cabeza era que ahora dos de los tres hermanos le habían visto las tetas. ¡Qué bien!

—Aunque casi todo el mundo me llama Gabe. —Volvió a sonreír—. Menos mal que estaba en la galería cuando te oí gritar.

Todavía le costaba entender lo que le había sucedido.

—¿Sabes cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Puede que un minuto… o un poco más.

De acuerdo. Esa era una buena noticia. Más o menos.

—¿Crees que puedes levantarte? —preguntó él.

No lo tenía muy claro. Pero no estaba dispuesta a pasar más tiempo sentada en el suelo de la ducha con una toalla que apenas la cubría.

—Creo que sí.

—Está bien. —Clavó la vista en ella—. Te prometo que no miraré. Mis ojos no se apartarán de los tuyos.

El rubor ascendió a sus mejillas y murmuró algo parecido a un «gracias». Después, sujetó la toalla mientras él la ayudaba a ponerse de pie. Las piernas le temblaron un poco cuando salió de la cabina de la ducha. La luz brillante sobre el lavabo solo consiguió empeorar su dolor de cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, todavía agarrándola de los brazos.

—No lo sé.

Gabe bajó la mirada durante una fracción de segundo y ahora fue él quien se ruborizó.

—A ver, deja que te ayude con eso.

Antes de que ella pudiera negarse, él tenía la toalla entre sus manos y la envolvía con ella, entremetiendo los extremos superiores para que no se soltara. Todavía había una ligera abertura entre sus pechos, pero al menos ya no tenía el trasero al aire.

—Voy a llevarte al dormitorio para que te sientes. ¿Te parece bien?

—Sí —murmuró ella.

Gabe asintió y luego le rodeó los hombros con un brazo.

—Tal vez…

—¿Pero qué coño está pasando aquí?

La sonora pregunta hizo que se estremeciera. Miró por encima del hombro de Gabe y vio a Lucian parado en el umbral de la puerta del baño. Se le revolvió de nuevo el estómago.

¿Podía ponerse aquello peor de lo que ya estaba?

Enseguida se dio cuenta de que sí. Devlin podía unirse a aquel incómodo trío.

—Julia se cayó en la ducha —respondió Gabe con calma—. Se dio un golpe en la cabeza.

—¿Qué? —Lucian fue hacia ella como un vendaval y apartó a su hermano sin ningún esfuerzo—. ¿Estás bien?

Julia creyó que había dicho que sí, pero la repentina proximidad de Lucian y la forma como la tocó anuló sus sentidos ya de por sí confusos. Sus manos reemplazaron a las de Gabe y, a pesar del palpitante dolor de cabeza, no pudo negar el efecto que ese hombre tenía en su cuerpo. Cada fibra de su ser fue perfectamente consciente del brazo que le rodeaba la espalda y los dedos que se deslizaron por su mandíbula para girarle la cabeza con suavidad.

—¡Jesús! —masculló él.

No hacía falta ser enfermera para saber que eso no era una buena señal.

—Creo que estoy bien. Solo necesito…

Se detuvo con un jadeo de sorpresa. Lucian acababa de alzarla en brazos y acunarla contra su pecho.

Se quedó muda de asombro.

Sabía que no era una mujer pequeña y él la había levantado como si no pesara más que un saco de patatas y ahora la estaba sacando del baño.

—Bueno, precisamente la estaba ayudando para ir a la cama —dijo Gabe detrás de ellos, con tono burlón—. Pero siempre tienes que robarme el protagonismo.

Al oír a Gabe hablar, salió de su estupor. Se agarró la parte superior e inferior de la toalla para no mostrar más de lo necesario.

—Puedo andar.

—Me alegro —replicó Lucian.

—Eso significa que puedes dejarme en el suelo.

Respiró hondo y percibió en él olor a comida. Pollo o algo parecido.

—No tiene por qué. —Lucian se detuvo y la dejó en la cama—. Ya hemos llegado.

Ella se sujetó la toalla como si le fuera la vida en ello.

Lucian miró sobre su hombro, en dirección a Gabe, y espetó:

—¿Has llamado a alguien?

¡Oh, no!

—No creo que haga falta —dijo ella.

—Todavía no me ha dado tiempo. —Gabe se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono móvil—. Pero iba a llamar a Flores.

Julia se puso rígida.

—Pero…

—¿Puedes traer también una toalla limpia y hielo? —pidió Lucian antes de clavar sus ojos azul verdosos del color del mar en ella—. ¿Qué te ha pasado?

Julia exhaló con brusquedad.

—Vi a alguien en el baño mientras me estaba duchando y…

—¿Qué? —inquirió Lucian.

Con el teléfono en la oreja, Gabe se volvió hacia ellos y los observó mientras tomaba una toalla del vestidor. Estaba hablando demasiado bajo para que pudiera oírle, pero esperaba que el médico le estuviera diciendo que no hacía falta que viniera.

Se retorció al ver a Gabe abrir la puerta del pequeño congelador del frigorífico.

—Había alguien en el baño. Lo vi a través de la puerta de la ducha y me asusté. Yo… grité y me resbalé. Debí de golpearme la cabeza con alguno de los chorros.

—La oí gritar —explicó Gabe, yendo hacia ellos con la toalla en una mano y metiéndose el teléfono en el bolsillo con la otra—. Estaba en la galería. Por cierto, Flores viene de camino. Me ha dicho que procuremos que no se duerma y que no se mueva demasiado.

—Eso ya lo sé —replicó ella.

Gabe enarcó una ceja y entregó el hielo envuelto en la toalla a su hermano.

—Entonces también sabrás que hay que tomarse en serio cualquier contusión de importancia en la cabeza, ¿verdad? Y que deberías dejar que te examine un médico.

Julia abrió la boca, pero Gabe tenía razón y ella se estaba comportando como una niña caprichosa. Sabía perfectamente que necesitaba otro par de ojos profesionales que echaran un vistazo a la herida.

—No he oído nada. —Lucian le acunó la mejilla de una forma demasiado íntima y luego presionó la toalla con los hielos en lo que debía de ser una contusión. Julia hizo un gesto de dolor—. Lo siento —murmuró él—. ¿Estás segura de que viste a alguien?

—Sí. —¿De verdad lo estaba? Miró a los dos hermanos—. No sé si a alguien, pero vi algo. Eso seguro.

—Aquí no había nadie cuando entré —señaló Gabe con tono amable, a pesar de que estaba diciendo a las claras que era imposible que Julia hubiera visto a alguien—. Y vine en cuanto te oí gritar. Apenas pasaron unos segundos.

—Pero… —Si no era una persona, ¿qué otra cosa podía ser?—. Vi algo.

—No te estamos diciendo que no. —Lucian movió la toalla con el hielo —. Esas cabinas de ducha pueden jugarte una mala pasada, sobre todo cuando las luces parpadean. Crean sombras que realmente no están ahí.

Julia pensó en los apliques del pasillo.

—¿Soléis tener problemas con la electricidad?

—A veces —respondió Gabe. Luego se dirigió a Lucian—. Si no has oído nada, ¿qué haces aquí?

Esa era una muy buena pregunta.

Lucian la miró fijamente.

—Venía a incordiarte un poco.

—Al menos estás siendo sincero —respondió ella secamente mientras Gabe regresaba al vestidor.

Otra vez esa sonrisa de medio lado.

—Y también te traía comida, ya que decidiste que no éramos lo bastante buenos para disfrutar de tu compañía.

—¿Qué? Esa no es la razón por la que… —Se detuvo. Lucian sabía perfectamente que ese no había sido el motivo de su ausencia, y tampoco importaba. ¿Podían las luces intermitentes haber proyectado una sombra? Lo cierto era que había tenido los ojos cerrados y que solo había visto la figura un instante.

No lo sabía a ciencia cierta. Lo que sí sabía era que estaba casi desnuda.

—Me gustaría ponerme algo de ropa.

—Creía que Flores había dicho que no te movieras —le recordó Lucian.

—Me da igual. No voy a seguir con esta toalla ni un minuto más.

—Como si no te hubiera visto ya desnuda —dijo en voz baja para que Gabe no le oyera.

Julia se sujetó la toalla con más fuerza.

—Como si fueras a volver a verme.

—¿Me estás retando? —preguntó él con un brillo travieso en los ojos—. Me encantan los retos.

—Bueno, pues este es un reto que vas a perder.

Gabe se acercó a ellos y los miró con interés.

—¿Esta es tu bata?

—Sí —contestó aliviada mientras extendía la mano para agarrarla—. Gracias.

Gabe hizo un gesto de asentimiento.

—A diferencia de otras personas, que no voy a mencionar, prefiero que estés lo más cómoda posible.

Lucian arrebató la bata de las manos de su hermano antes de que a Julia le diera tiempo a hacerse con ella. Después le entregó la toalla con los hielos.

—Nadie te pidió tu opinión. —Se volvió hacia ella y le puso la bata sobre los hombros. Luego le ayudó a meter los brazos por las mangas como si ella no supiera cómo vestirse.

—¿Cómo va tu cabeza? —Gabe se sentó al lado de ella y ahora fue él quien se encargó de aplicarle el hielo.

A Julia no se le pasó por alto lo absurdo de la situación. Los hermanos a los que apodaban «Lucifer» y «Demonio» estaban cuidándola como si fuera una inválida… mientras estaba medio desnuda.

Si la cabeza no le hubiera dolido tanto, se habría sentido un tanto incómoda y avergonzada.

—¿Señorita Hughes? —insistió Lucian en voz baja.

—Estupendamente —masculló, sujetando la toalla mientras metía el otro brazo por la manga izquierda. Cuando agarró las solapas de la bata, alzó la vista y se dio cuenta de que Lucian no la estaba mirando a la cara. Su mirada había descendido hasta su pecho, sobre la hendidura de la toalla—. ¿En serio?

Él esbozó esa sonrisa torcida burlona tan característica mientras la rodeaba con los brazos en busca del cinturón.

—No puedo evitarlo.

—Pues tienes que intentarlo. —En cuanto se aseguró de que la bata estaba bien cerrada lo miró. Lucian le estaba atando el cinturón, demorándose demasiado en sus caderas—. Pero con muchas más fuerzas.

—Así que… —Gabe arrastró la última sílaba— es verdad que ambos os conocisteis cuando fue a Pensilvania.

Julia lo miró sorprendida y, de pronto, le pareció que lo tenía mucho más cerca que antes.

Él ladeó la cabeza y dijo:

—Sabía que mi hermano iba a viajar allí.

—Y eso es todo lo que Gabe sabe. —Lucian apartó las manos de ella y se sentó a su lado de forma que toda su pierna izquierda estaba pegada a toda la pierna derecha de ella—. Pero sí, nos conocimos allí.

Gabe dejó de mirar a Julia y se centró en su hermano.

—No me sorprende en absoluto.

Julia cerró los ojos, estaba demasiado cansada y dolorida para que le importara por qué de repente se estaban mirando así el uno al otro. Hasta le daba igual que la primera vez que había visto a Gabe estuviera desnuda en el suelo de la ducha. Puede que mañana cambiara de opinión, pero no ahora.

Ahora tenía la cabeza en otra parte. Mientras estaba sentada entre ambos hermanos, seguía pensando en la figura que había visto al otro lado del cristal

de la ducha. Se estremeció por dentro. ¿De verdad las luces le habían jugado una mala pasada? ¿O alguien había estado allí, observándola?

Lucian contempló a su hermano mostrar algo a Julia en su móvil y fue incapaz de hacer caso omiso de la irracional punzada de celos que se instaló en su estómago. Era completamente ridículo, pero no podía dejar de imaginarse agarrando a Gabe del cuello y sacándolo a patadas de la habitación.

El doctor Flores le hizo señas para que se acercara a él al lugar en el que se encontraba, cerca de las puertas, donde estaba guardando el instrumental que había usado para examinar a Julia.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —preguntó.

—Seguro que sí. No ha sufrido ninguna alteración en el equilibrio, memoria y reflejos, así que no creo que haya que hacerle más pruebas. Lo más probable es que le duela la cabeza durante algún tiempo, por eso le he dejado esto. —Hizo un gesto con la barbilla hacia un tarro sin etiqueta—. Si termina siendo algo más que una contusión leve, lo que no creo, habrá que estar pendiente de si el dolor aumenta o se producen cambios en su comportamiento de los que ella sea consciente.

Lucian asintió y se cruzó de brazos. Antes había oído hablar a Flores y a Julia de los síntomas. Le había tranquilizado saber que el sangrado detrás de la oreja se había detenido y que no necesitaba suturas.

—¿Puede dormirse ya?

—Sí. No tiene las pupilas dilatadas y está bastante lúcida. —Flores se volvió hacia él—. Será mejor que mañana se pase el día descansando. Que se quede en la cama. Es la mejor medicina. Está…

—Puedo oíros —gritó Julia desde la cama—. Solo os lo digo para que lo sepáis.

El doctor Flores se ruborizó, pero él sonrió de oreja a oreja.

—Nos encanta comprobar que tu oído no ha sufrido daño alguno, señorita Hughes.

Ella lo miró con ojos entrecerrados mientras Gabe se sentaba en la silla que había llevado junto a la cama.

—Mañana estaré perfectamente.

—Julia. —El médico parecía cansado—. Entiendo que acababas de empezar a trabajar aquí y que quieres hacerlo lo mejor posible, pero primero tienes que cuidarte.

Lucian la vio apretar aquellos labios exuberantes.

—Me aseguraré de que descanse —dijo al doctor. Si las miradas matasen, a esas alturas estaría muerto—. Gracias por venir. Valoramos mucho tu ayuda.

—Tengo la sensación de que debería tener mi propio dormitorio en esta casa. —Agarró el maletín e hizo un gesto de despedida con la cabeza a Gabe y a Julia—. Ya os mandaré la factura.

Lucian fue con él hacia la puerta. Richard estaba esperando en el pasillo para acompañarle hasta la salida, sin duda deseando abandonar la casa ahora que el médico se iba. Se despidió de ambos y cerró la puerta. Después se volvió, dando las gracias de que Devlin se hubiera marchado poco después de la cena. Ahora solo tenía que averiguar cómo echar a su otro hermano de allí.

Hablando de Gabe. Estaba cómodamente sentado en esa maldita silla, mirando a Julia mientras esta jugueteaba con el borde de la colcha que la cubría hasta la cintura. Se acercó despacio a la cama.

—¿Necesitas algo?

—No. —Le miró de soslayo desde la pila de almohadas sobre la que descansaba. Ahora tenía el pelo retirado de la cara y se alegró al ver que sus mejillas habían recuperado un poco de color. Cuando entró al baño estaba tan pálida—. Yo… ¡Dios! Siento todo esto. Me haré cargo de la factura, cueste lo que cueste.

¡Mierda!

¿Se estaba disculpando de verdad? Podría haber sufrido una lesión mucho más grave… o algo peor.

—No tienes que preocuparte por pagar nada —replicó Gabe—. De eso ya nos ocupamos nosotros. Punto.

—Estoy de acuerdo —señaló Lucian, sintiéndose un poco fuera de lugar. Cuando había visto a su hermano con Julia, con una toalla que apenas la cubría, lo primero que pensó fue en abalanzarse sobre él, pero luego se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que le pasaba algo. Tener que pagar un dinero porque recibiera atención médica era la menor de sus preocupaciones.

Se detuvo al otro lado de la cama y esperó a que ella volviera a prestarle atención. Solo entonces se sentó.

—¿Qué haces? —inquirió ella.

—Ponerse cómodo —sugirió Gabe, con una sonrisa irónica.

—Eso mismo. —Lucian se alzó un poco para apoyar la espalda en el cabecero de la cama. Cuando Julia alzó la vista para mirarle, sonrió de oreja a

oreja.

Ella apartó la mirada de inmediato.

—No tenéis que quedaros. Estoy bien. Podéis iros a casa…

—¿Irnos a casa? —Gabe se rio entre dientes—. Ya estamos en casa. Los tres vivimos aquí.

Julia alzó ambas cejas.

—Gabe tiene sus habitaciones en el otro extremo del pasillo. Dev, en el otro ala de la casa —explicó Lucian—. Y yo estoy justo enfrente de ti.

Ella cerró los ojos y pareció aspirar hondo por la nariz.

—Cómo no.

Lucian sonrió aún más.

—No sé por qué no se me ocurrió pensar que vivíais aquí —comentó, hundiendo más la cabeza en las almohadas.

—Seguramente porque la mayoría de los adultos no quieren vivir en la casa en la que se criaron, pero esta es tan grande que es como tener tu propia vivienda —respondió Gabe—. No tengo que encontrarme con Lucian si no quiero.

—Pero sí quieres —le interrumpió él.

—¿Tan grande es? —preguntó Julia—. Todavía no he visto mucho.

—Unos dos mil metros cuadrados —Gabe se rio cuando Julia soltó un taco—. Es indecente. Lo sé.

—No, solo es… ¡Guau!

—Sí. —Gabe miró a Lucian—. Cuando te encuentres mejor te haré una visita guiada.

Lucian ladeó la cabeza y fulminó con la mirada a su hermano. Sabía perfectamente lo que Gabe estaba haciendo. Menudo capullo.

Gabe volvió a centrarse en Julia.

—¿Así que esta es la primera vez que vienes a Luisiana?

—Sí. Nunca había estado tan al sur —respondió ella, alisando la colcha —. Es un lugar que siempre he querido visitar… —Entonces se puso a contar a Gabe que en algún momento le encantaría ver el barrio francés y que tenía una lista de platos que le gustaría probar.

Ambos la miraron mientras hablaba y se dio cuenta enseguida de que parecía estar más cómoda charlando con su hermano que con él. Bueno, en realidad Julia no había tenido ningún problema a la hora de conversar con él cuando se conocieron en el bar, pero ahora las cosas habían cambiado entre ellos.

—Lo siento —se disculpó ella cuando se detuvo y ninguno de ellos continuó con la conversación—. Probablemente no os apetezca oírme hablar de las ganas que tengo de comerme uno de esos buñuelos cubiertos en azúcar glas.

Gabe movió bruscamente la cabeza.

—¿Te refieres a los *beignets*? Te van a volver loca. Y yo estaré más que encantado de llevarte a los mejores lugares de la ciudad. —Lanzó otra mirada a Lucian, que apretó la mandíbula hasta límites insospechados—. De hecho, tengo una especie de despacho no muy lejos del barrio francés.

De acuerdo. Ya tenía suficiente.

—Si la señorita Hughes quiere visitar Nueva Orleans, seré yo quien la acompañe.

Julia hizo una mueca.

—Digo yo que algo tendré que decir al respecto.

—No.

—Sí —insistió ella, mirando al frente.

—Me alegra ver que tu contusión no ha afectado a tu tozudez —señaló él.

Ella se cruzó de brazos sobre la colcha.

—Voy a hacer como si no estuvieras.

Lucian se rio.

—¿Eres consciente de que mañana no te vamos a dejar que trabajes?

Julia soltó un resoplido.

—Agradezco vuestra preocupación, pero no puedo faltar a mi primer día completo de trabajo.

—Puedes y lo harás. —Lucian cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—No nos supone ningún trastorno. Hemos estado cuidando de Maddie antes de que llegaras.

Julia arrugó la frente.

—Pero…

—No pasará nada. —Gabe se inclinó, apoyando los codos en las rodillas —. Nosotros nos encargaremos de todo. A Dev no le importará.

—¿Y qué hay del señor De Vincent? —preguntó ella—. Lawrence, ¿verdad? Todavía no lo he conocido, pero supongo que fue él quien me contrató.

En ese momento Lucian se dio cuenta de que Julia no sabía nada y que la situación podía ponerse muy incómoda.

—Tampoco le supondrá ningún problema.

—Desde luego que no —añadió Gabe, recostándose sobre la silla.

Ella volvió a suspirar.

—Me alegro de que lo tengáis tan claro, pero yo tengo mis dudas.

—Bueno, lo tenemos tan claro porque nuestro padre ha muerto —confesó él.

—¿Qué? —Giró la cabeza hacia él tan rápido que hizo un gesto de dolor. Alzó una mano—. ¡Ay!

Lucian se inclinó de inmediato hacia delante y le agarró la mano que estaba a punto de llevarse a la herida.

—Cuidado —le recordó.

Clavó sus grandes ojos marrones en él.

—¿Tu padre está… está muerto?

—Sí. Falleció hace unos días —contestó él. Deslizó las manos por su brazo, metiendo los dedos dentro de la manga de su bata—. Lo hemos mantenido en secreto, pero esta noche hemos dado a conocer la noticia a los medios.

Gabe se frotó el ceño con un dedo.

—Como terminarás enterándote de un modo u otro, será mejor que te lo digamos ahora. Se suicidó.

—¡Oh, Dios mío! —Julia se llevó la otra mano al pecho—. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. —Lucian le soltó el brazo antes de que ella se diera cuenta de que todavía la estaba tocando.

Julia los miró.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. En serio. No es tan malo como parece.

La enfermera abrió los ojos de par en par.

—¿Que no es tan malo? Vuestro padre…

—Era un auténtico gilipollas —la interrumpió Lucian. Cuando ella lo miró, apoyó la cabeza en el cabecero de la cama—. Si hubieras tenido la desgracia de conocerlo, habrías pensado lo mismo. Así que no hace falta que nos consueles.

Parecía que Julia quería decir algo más, pero se limitó a señalar:

—Bueno, aún lo siento.

No sabía qué contestar a eso. Por suerte, Gabe decidió intervenir de nuevo, disipando la incomodidad que empezaba a respirarse en el ambiente y dándole tiempo a contemplar a Julia mientras hablaba tranquilamente con su hermano. Estaba casi cien por cien seguro de que en ese baño no había estado nadie. Gabe no era un puto pervertido, e incluso él mismo tenía sus límites.

La única explicación posible era que ella había visto una sombra y la había confundido con una persona, lo que era comprensible. Al fin y al cabo, estaba en una casa que no conocía. Sin embargo, todavía le desconcertaba lo que había sucedido y no se quedaba tranquilo del todo.

Después de un rato, Gabe se levantó de la silla.

—Bueno, me voy. —Se inclinó para tocar la mano de Julia y después su mejilla—. Si te molesta, solo tienes que gritar y vendré a darle una patada en el trasero en tu nombre.

Lucian soltó un resoplido.

—Lo tendré en cuenta —repuso ella.

Gabe lo miró, y después el muy desgraciado tomó la mano de Julia y se la besó. Luego se enderezó y dijo:

—Déjala descansar un poco.

Julia se había quedado petrificada a su lado.

—Buenas noches, Gabe —espetó Lucian con un tono más duro del necesario.

Su hermano sonrió de oreja a oreja.

—Buenas noches.

Julia murmuró algo en respuesta antes de quedarse callada. Cuando Gabe salió del dormitorio y cerró la puerta detrás de él, la oyó respirar hondo.

—Sois…

—¿Qué? —quiso saber él al ver que no continuaba.

—Sois *muy* quisquillosos y amables.

Él se rio por lo bajo.

—Entonces eso significa que te gustamos.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Lucian asintió—. Porque «amables» no es un término con el que la gente suela describirnos.

Julia pareció hundirse más en las almohadas.

—Sabes que ya puedes irte, ¿no?

—Sí, pero estoy vigilándote, tal y como ordenó el médico.

—No creo que el doctor Flores se refiriera a esto. —La enfermera bostezó y después frunció el ceño—. No me puedo creer que me cayera y me quedara inconsciente.

—Esas cosas pasan.

—En la ducha y desnuda —añadió ella.

—Bueno, casi todo el mundo se ducha desnudo. —Lucian sonrió. Aunque no la estaba mirando, supo que estaba poniendo los ojos en blanco—. Por

cierto, te he traído el anexo al contrato del que hablamos. Está en la carpeta, junto a la cena que no comiste.

A Julia le temblaron los labios y luego sucedió un milagro: esbozó una ligera sonrisa.

—Tengo la sensación de que, cuando finalice mi contrato, voy a terminar debiéndoos dinero.

Lucian sabía que eso no iba a ocurrir. El silencio volvió a reinar entre ellos. De no ser por la forma en que sus dedos daban golpecitos en la colcha, habría pensado que se había quedado dormida.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó ella después de un rato —. No es mi intención ser grosera, pero estoy segura de que podrías estar haciendo alguna otra cosa antes que quedarte aquí.

—Siempre hay algo más que podría estar haciendo, pero estoy bien aquí. —De hecho, uno de sus amigos lo había invitado al Red Stallion esa noche. Había pensado en pasarse por allí, aunque solo fuera para salir de la casa y alejarse de Julia, pero prefería estar ahí. ¡Qué raro!—. No voy a quedarme todo el tiempo. Solo quiero asegurarme de que estás bien. Y no me digas que no hace falta. Lo sé. Pero quiero hacerlo.

Julia abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Al cabo de unos minutos decidió hablar:

—Sé que me diste a entender que no mantenías una buena relación con tu padre. —Se giró un poco hacia él y alzó la barbilla. Sus miradas se encontraron—. Pero lo siento de todos modos.

Sintió una extraña opresión en el pecho que bajó hasta su estómago, formando un nudo amargo que no sabía cómo disipar.

—Yo también.

11

Julia no tenía idea de dónde estaban los hermanos De Vincent, pero supo que si la atrapaban fuera de la cama y en la habitación de Madeline lo pagaría muy caro.

No se estaba comportando como una estúpida. Era consciente de la importancia de la contusión, solo se lo estaba tomando con calma. El dolor se había reducido a una leve palpitación y, después de pasarse toda la mañana en la cama, sabía que ir a ver a Madeline no le haría ningún daño.

Además, no podía estar ni un minuto más acostada. No cuando su cabeza no había parado de dar vueltas a lo que había sucedido en la ducha. A la luz del día, con los rayos de sol entrando por las puertas de cristal que daban a la galería, le había costado dilucidar qué había sucedido la noche anterior. ¿Se había tratado de una sombra o de verdad había visto a alguien? No estaba segura.

Y luego, cuando se cansó de obsesionarse con el incidente de la ducha, se había puesto a pensar en el hecho de que Lawrence de Vincent había muerto hacía solo unos días y nadie había creído oportuno comentárselo hasta que ella preguntó por él. Sin embargo, tenía la sensación de que era algo que deberían haberle mencionado desde el primer momento. Sí, era cierto que los De Vincent se tomaban muy en serio su privacidad, ¿pero hasta ese punto? Desde luego le resultaba muy raro. Y eso sin tener en cuenta la reacción que habían tenido Lucian y Gabe. No era tan ingenua como para creer que todo el mundo tenía unos padres tan maravillosos como los suyos, pero su comportamiento le había parecido excesivo.

Aunque también era cierto que todo lo relativo a los hermanos le resultaba excesivo. No quería pensar en el hecho de que, la primera vez que había visto a Gabe, estaba desnuda, pero él le había hablado y tratado como si se conocieran desde hacía tiempo. Esa mañana se había presentado en su habitación, llevándole una bandeja con el desayuno y le había estado contando todo el trabajo de carpintería que había hecho en la casa.

Y lo mismo podía decir de Lucian. Bueno, en ese caso había otras razones por las que Lucian se comportaba como si se conocieran, pero era… diferente. La noche anterior se había quedado con ella hasta que se durmió. Y aunque tendría que haberse sentido incómoda porque él le impusiera su presencia de ese modo, no fue así.

Más que nada la había dejado confundida.

Soltó un suspiro y apartó esos pensamientos de su mente mientras se movía por el dormitorio de Madeline. Alguien la había ayudado a levantarse de la cama, seguramente alguno de los hermanos. Cuando había entrado, se la había encontrado sentada en el sillón que había al lado de la ventana. Tenía la presión arterial y el pulso dentro de los límites normales.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó, colocándole el largo pelo sobre un hombro—. Parece que fuera vamos a tener un día estupendo. —Mientras rodeaba el sillón se le ocurrió una idea—. Podría sacarte un rato antes de que haga mucho calor, ¿qué te parece? Seguro que te gusta.

Se dio cuenta de que la mirada de Madeline volvía a estar fija en el cuadro. Se acercó a él con curiosidad para contemplarlo mejor.

Los trazos verdes y marrones se arremolinaban hasta dar paso a unas tumbas grises. El nivel de detalle era asombroso, desde las diminutas briznas de hierba seca hasta el diseño de las columnas de la tumba. Incluso el rostro del ángel en el centro de la tumba estaba pintado con una precisión soberbia. Parecía una fotografía.

El cuadro era precioso, aunque también un poco macabro.

Frunció el ceño. En la parte inferior derecha del lienzo había unas letras en blanco.

—¿M.D.? —susurró.

Se volvió despacio hacia Madeline.

—¿Son tus iniciales? ¿Pintaste tú el cuadro?

Madeline parpadeó.

Obviamente no era una respuesta en sí misma, pero ¿no habría sido demasiada coincidencia que el autor de un cuadro que estaba colgado en su habitación, con sus mismas iniciales, fuera otra persona distinta a ella? También podría haberlo pintado algún otro familiar o un antepasado.

Miró las manos inmóviles de Madeline. Tenía unos dedos largos y elegantes. Eran las manos de un artista, como las de…

Soltó un gemido, cortó de raíz aquel pensamiento y volvió a centrarse en su paciente. Si Madeline pintaba, tal vez pudiera usarlo en su beneficio. Había un montón de estudios que habían demostrado que el arte podía servir como

medio de comunicación con pacientes que no podían expresarse de forma verbal. Quizá podía…

Unos pasos interrumpieron el curso de sus pensamientos. Se volvió hacia la puerta con una mueca. Seguro que era alguno de los hermanos De Vincent, dispuesto a echarle la bronca por haber osado salir de la cama.

Primero vio una sombra, y luego a un hombre vestido con uno de esos trajes a medida que debían de costar una fortuna de color gris oscuro. Era un hombre mayor bastante atractivo, de pelo oscuro con canas en las sienes. Se parecía tanto a Gabe y a Devlin que, si no hubiera sabido que su padre estaba muerto, habría pensado que era él.

El hombre se detuvo justo en el umbral, miró a Madeline, y después a ella. Tenía los mismos ojos azul verdosos de la familia. Se aclaró la garganta y se ajustó la corbata oscura.

—Hola. Debes de ser la nueva enfermera.

Tenía una voz grave y culta, con un leve acento sureño.

Como no tenía idea de quién era, asintió.

—Sí. Soy…

—Julia Hughes —la interrumpió él, esbozando una tenue sonrisa mientras entraba en la habitación—. He oído hablar de ti.

¡Oh, Señor! Eso podía significar muchas cosas.

—Bueno, me pilla en desventaja. Yo no sé quién es usted.

—Dudo que muchos hayan conseguido tenerla en desventaja —replicó él.

Vaya una frase más extraña.

—Soy Stefan de Vincent —continuó él—. El senador De Vincent.

El *senador*. ¡Dios bendito! También había leído muchas cosas de él en las revistas. Y la mayoría no eran buenas. ¿No había desaparecido una pasante que trabajaba en su oficina en extrañas circunstancias y se rumoreaba que él podía tener algo que ver?

—Veo que has oído hablar de mí.

Esperaba que su cara no reflejara lo que había estado pensando, porque habría sido muy embarazoso.

—Encantada de conocerle.

El senador alzó la barbilla y echó un vistazo a su alrededor, mirando de soslayo a Madeline.

—He venido a hablar de negocios y he querido pasarme por aquí para ver cómo estaba mi sobrina.

—¿Quiere que les deje un rato a solas? —preguntó, aunque su instinto le dijo que no había sido una buena sugerencia.

—No hace falta. ¿Cómo se encuentra?

Julia juntó las manos.

—Tan bien como se puede esperar.

—¿Y eso qué significa? —Aquellos ojos, tan parecidos al resto de los De Vincent, eran mucho más fríos—. ¿Que respira y puede sentarse por sí sola?

Sintió una quemazón en la boca del estómago.

—Lo que ya es un milagro teniendo en cuenta lo que le ha pasado.

—¿Y qué es exactamente lo que le ha pasado a nuestra querida Madeline? —El senador se cruzó de brazos—. Por lo que me han dicho, nadie lo sabe. Tal vez no le fue tan mal.

Julia volvió a fruncir el ceño.

—Dudo mucho que…

—¿Es una opinión personal o profesional? Te lo pregunto porque para ser alguien que lleva desaparecida diez años y a la que todo el mundo daba por muerta se la ve bastante sana. —Sonrió, pero algo en la forma como torció los labios le resultó condescendiente—. Y como seguro que no tienes idea de cómo solía comportarse Madeline en el pasado, espero que me perdones si me muestro un poco escéptico sobre ella y su estado.

Julia se puso rígida al instante y sintió la urgente necesidad de defender a la hermana de Lucian.

—Mi opinión profesional es que Madeline goza de buena salud *a pesar* de lo que le ha sucedido.

—Mmm. —El gesto fue absolutamente despectivo. Fue hacia Madeline y Julia tuvo que reprimir el impulso de correr hacia él y hacerle un placaje. Por suerte, se detuvo a un buen metro de distancia de ella—. Recuerdo la primera vez que se escapó de casa. Tenía seis años. Se marchó con ese primo suyo. —Torció los labios en una mueca de disgusto—. Su madre se puso histérica y su padre estaba muy preocupado por si le había sucedido algo. Los muchachos se los encontraron escondidos a unos kilómetros de la propiedad, jugando a algo.

—Los niños hacen ese tipo de cosas —replicó ella.

—No esos niños. —Dejó de mirar a Madeline y clavó la vista en ella—. Y no ese tipo de juegos.

Julia frunció el ceño.

—No sé muy bien a qué se refiere…

—Por supuesto que no. Solo ten cuidado, Julia. Madeline es muy persuasiva. —Se giró sobre sus talones—. Sabe cómo manipular a la gente.

—En ese momento oyeron unos pasos acercándose y el senador miró hacia la puerta—. Pregunta a sus hermanos. Sobre todo a su mellizo.

Instantes después, Lucian apareció en el umbral. En cuanto vio quién estaba en la habitación de su hermana apretó los puños.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Julia no tuvo claro a quién se dirigía.

Pero fue el senador De Vincent el que respondió:

—Presentarme a la encantadora Julia y hacer a una visita a mi sobrina mientras espero a que Devlin regrese.

Lucian la miró. Nada en su expresión dio muestra alguna de que se creyera lo que su tío acababa de decir.

—¿Todo bien?

Julia apretó los labios y asintió mientras el senador se volvía hacia Lucian.

—Por supuesto —respondió el hombre mayor—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Me lo preguntas en serio? —inquirió Lucian.

—No seas bobo. —El senador dio una palmada a Lucian en el hombro y caminó hacia la puerta. Pero antes de llegar, se detuvo e inclinó la cabeza hacia Julia—. Ha sido un placer conocerte.

Se negaba a decirle lo mismo. El senador debió de darse cuenta, porque su sonrisa socarrona se hizo un poco más amplia y se marchó.

Lucian se quedó mirando la puerta vacía durante unos instantes antes de volverse hacia ella.

—¿Qué quería?

—Lo que te ha dicho. —Julia se fijó en Madeline. Todavía seguía con la vista clavada en el cuadro—. Que venía a hacer una visita a su sobrina.

Lucian resopló.

—¿Te dijo algo más?

Como no quería empeorar lo que, evidentemente, era una relación tensa, negó con la cabeza. De todos modos, tampoco estaba muy segura de lo que había querido decirle el senador. Le habría gustado saber si era verdad que Madeline se había escapado de casa cuando era pequeña, pero sabía que ese no era el momento más adecuado para hacerle esa pregunta.

—No es tan amable como Gabe y tú.

Lucian bajó la cabeza.

—Me alegra oír eso.

—A mí también.

—¿Cómo estás? Quería haber ido a verte antes, pero no he tenido tiempo.

—Estoy bien. —Sintió que se ruborizaba como una colegiala y apartó rápidamente la mirada—. Ya casi no me duele la cabeza.

—Supongo que eso es porque eres una cabezota con un cráneo muy duro —bromeó él.

—Mis padres te darían la razón. —No pudo evitar volver a mirarlo. Era como si alguien le hubiera lanzado algún tipo de oscuro hechizo que la impulsara a hacerlo.

¡Dios! Era tan guapo que le dolía el corazón. A una parte de ella todavía le costaba creer lo que había sucedido entre ellos. Ya habían pasado unos días y seguía sin parecerle real. Más bien lo veía como una especie de sueño erótico, pero era incapaz de no pensar en toda esa dureza presionando contra su espalda.

—Te estás poniendo un poco roja, señorita Hughes.

Sí, lo sabía perfectamente.

—Julia. Puedes llamarme Julia.

Él solo se rio.

Julia se aclaró la garganta. Como todavía estaba ahí, y aún no le había gritado, decidió preguntarle por el cuadro.

—El cuadro que hay ahí, ¿lo pintó Madeline?

Lucian giró la cintura para mirar la pintura y se quedó un rato callado.

—Sí, es uno de los suyos.

—¿Pintaba mucho?

Lucian asintió.

—Es bonito… y un poco macabro.

Él esbozó una ligera sonrisa.

—Maddie puede tener gustos un poco macabros en lo que a la pintura se refiere.

Cuando Lucian levantó el brazo para pasarse la mano por el pelo, Julia se quedó un poco embobada viendo cómo la camisa se ajustaba a su hombro y a sus bíceps.

—Estaba pensando…

—¿En mí? —Lucian bajó la mano.

—No. —Mentira—. En ocasiones, la gente que se encuentra en las mismas condiciones que Madeline no puede comunicarse de forma verbal, pero sí por otros medios.

Aquello despertó su interés.

—¿A qué te refieres?

—Hay ejemplos de pacientes con ciertos trastornos que son capaces de comunicarse a través de métodos más creativos, como la música o el arte. Ese tipo de cosas. —Se retiró un mechón de pelo hacia atrás, reprimiendo un gesto de dolor cuando rozó con los dedos la herida de detrás de la oreja—. Si le gustaba la pintura, quizá pueda hacer lo mismo.

Lucian miró al lugar donde descansaba su hermana.

—¿Crees que podría funcionar?

—Bueno, no es una ciencia exacta ni algo que le sirva a todo el mundo, pero Madeline puede levantar los brazos y pasa un montón de tiempo mirando ese cuadro. Es posible que, si consigue dibujar algo, tampoco nos diga dónde estuvo o qué le pasó, pero no perdemos nada con intentarlo. Pase lo que pase, le vendrá bien retomar una actividad con la que solía disfrutar. ¿Y quién sabe? Puede que eso conduzca a que haga otras cosas.

Lucian la observó durante un instante.

—Estoy de acuerdo. No perdemos nada. Puedo tener el material necesario al final del día.

Sonrió, feliz porque no hubiera rechazado su idea.

—Perfecto.

—Otra cosa más. No deberías estar fuera de la cama.

Julia tensó los hombros.

—Lo sé, pero me encontraba bien y no tenía nada que hacer.

—Se supone que tenías que estar descansando.

—Solo quería ver cómo estaba Madeline.

—Y yo te lo agradezco, pero ahora tienes que volver a la cama. —Hizo una pausa y dio un paso hacia ella—. O te llevaré yo mismo.

Julia se fue a su dormitorio a toda prisa.

Sabía que Lucian no estaba bromeando. Que si no se iba, no dudaría en hacer precisamente eso.

Tal y como el doctor le había ordenado, y los hermanos procuraron que cumpliera, Julia se quedó en su habitación el resto del día. Bueno, se escabulló al caer la tarde para echar un vistazo a Madeline, pero solo un momento.

Una parte de ella había esperado a que uno de los hermanos, o ambos, se pasaran por allí después de que Livie le llevara la cena, pero ninguno de los dos lo hizo. ¿Estarían siquiera en casa? Y si no lo estaban, ¿significaba eso que, salvo por Madeline, se había quedado sola en esa gigantesca mansión?

La idea era un poco espeluznante.

Pero eso no era lo que le estaba impidiendo dormir. Tenía calor, demasiado calor, y estaba… ardiendo de deseo. Aunque llevaba años sin mantener ninguna relación sexual, ni nada parecido, hasta lo que pasó con Lucian, tenía sus necesidades.

Necesidades que intentaba satisfacer una vez a la semana.

A veces más.

Sin embargo, aquello era diferente. Más intenso. Seguramente porque, por alguna extraña razón, se había pasado la mayor parte de la tarde pensando en Lucian… y en el breve interludio que habían compartido en su apartamento. Todo había empezado cuando la había pillado en la habitación de Madeline. Desde entonces, no había podido deshacerse del recuerdo de su cálido aliento contra su cuello o la forma en que la había tocado.

Estaba excitada. El dormitorio estaba a oscuras y en silencio. Se mordió el labio, se tumbó de espaldas y se dejó llevar.

Cerró los ojos, apretó los labios y deslizó la mano bajo la cintura elástica de los pantalones del pijama. Cuando sus dedos encontraron la húmeda y anhelante carne, contuvo el aliento. Sintiendo que estaba haciendo algo prohibido, se metió un dedo.

Dejo escapar un áspero jadeo mientras alzaba las caderas. No se anduvo con rodeos. Su deseo era tan intenso que si Lucian hubiera aparecido en ese momento le habría dejado…

Habría dejado que le hiciera lo que se le antojara.

Sus movimientos le bajaron los finos tirantes del top por los brazos, dejando al descubierto la puntas de sus pechos. Tenía los pezones enhiestos y apretados. Lucian le había hecho cosas increíbles con los dedos, tanto en los senos como en la entrepierna.

Soltó un suave gemido.

Se imaginó que volvía a estar en su apartamento, esa misma noche. Recordó la sensación de Lucian presionando contra su espalda, con una mano alrededor de su pecho y la otra hundiéndose en su interior. A medida que sus dedos hacían lo mismo que Lucian le había hecho, se le aceleró el pulso. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Se metió de lleno en la fantasía. No era su mano. Era la de Lucian conduciéndola al borde del abismo, penetrando en su humedad hasta que no pudo…

El placer se apoderó de ella, inundando sus venas al tiempo que arqueaba la espalda y elevaba las caderas para encontrar su propia mano. Cuando se

desplomó sobre la cama instantes después, retiró los dedos con el corazón todavía latiéndole a toda prisa y la respiración entrecortada.

¡Dios!

Era la primera vez que tenía un orgasmo tan rápido e intenso mientras se masturbaba. Tenía la garganta seca, así que tragó saliva y abrió los ojos. Notó un dolor palpitante en el costado de la cabeza. Puede que lo que acababa de hacer no hubiera sido la mejor de las ideas, pero se había quedado con tan pocas fuerzas que le daba igual. Se sentía maravillosamente saciada y…

Una corriente de aire frío la recorrió. Oyó un suave crujido que puso en alerta cada uno de sus músculos. Miró alrededor en la oscuridad mientras se colocaba el top. Parecía que el sonido provenía del vestidor. La puerta estaba entreabierta, tal y como la había dejado.

Volvió a acelerársele el corazón, pero por una razón muy diferente. Se quedó mirando la puerta hasta que se le nubló la visión. Comenzó a tener todo tipo de pensamientos descabellados. ¿Y si el sonido no venía del vestidor, sino de la puerta? No estaba cerrada. Quizás uno de los hermanos había ido a comprobar cómo se encontraba mientras ella estaba en la cama, masturbándose.

De acuerdo. Eso sí que era absurdo. Era demasiado tarde para que nadie fuera a ver cómo estaba.

Se giró en la cama, mirando hacia la puerta. Con una mano debajo de la almohada, cerró los ojos e intentó dormirse. El día no tardaría en despuntar.

Continuó con los ojos cerrados, pero el sueño no llegó. Por mucho que lo intentó, no pudo deshacerse de esa incómoda sensación que se le había metido en la piel. La sensación de que no estaba sola en la habitación.

Entonces lo oyó.

Pasos. Sobre su cabeza. El sonido era inconfundible.

Torció los labios, se sentó y miró al techo, donde el ventilador giraba en silencio. El pelo le cayó sobre los hombros mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. La habitación que había justo encima de la suya era la de… Madeline.

Se quedó sentada muy quieta, escuchando con atención por si volvía a oír ese sonido. Después de un rato, empezó a creer que se lo había imaginado, pero entonces lo oyó otra vez. Alguien estaba en esa habitación, andando.

¿Se trataría de alguno de los hermanos?

Miró el reloj que tenía en la mesita de noche. Era imposible que estuvieran despiertos a esas horas de la noche. Apartó la colcha, sacó las piernas de la cama y se puso de pie.

Entró en modo enfermera. Si Madeline era la persona que estaba andando en la habitación de arriba, eso significaba que algo había cambiado en su estado de salud. Necesitaba ver de qué se trataba.

Se puso un par de chanclas y salió del dormitorio, hacia el pasillo interior.

Lo primero que hizo fue mirar hacia la amplia puerta en diagonal a la suya. Apartó la vista con el corazón a punto de salírsele del pecho. ¡Dios! Lucian podría haber estado allí mismo, a unos pocos metros de distancia mientras ella se tocaba, pensando en él haciéndole…

¡Ay, Señor!

Para ahora mismo.

Apartó todo pensamiento de Lucian de su cabeza y se apresuró por el pasillo tenuemente iluminado. Era muy amplio y los apliques de las paredes apenas iluminaban el camino. No pudo evitar pensar otra vez en *El resplandor*.

Se estremeció por dentro.

Si en ese momento aparecían dos niñas gemelas, saldría de allí como alma que llevaba el diablo.

Llegó a las escaleras y las subió a toda prisa. El pasillo de arriba era tan espeluznante como el de su planta. Cada paso que daba le ponía los pelos de punta. Sintió un cosquilleo justo debajo del cuello, en la zona entre los hombros.

Volvió a tener la sensación de que alguien la estaba observando.

Se mordió el labio inferior y miró hacia atrás. No había nadie más en ese pasillo. Todas las puertas estaban cerradas, pero…

La recorrió un escalofrío y aceleró el paso. Su imaginación se estaba esmerando después de lo de la noche anterior. Al llegar a la puerta de Madeline, la abrió y examinó la habitación.

La lámpara que había junto a la cama estaba encendida. Tal y como la había dejado ella misma. Madeline tampoco se había movido. Dormía plácidamente en su cama. No notó nada raro…

Una ráfaga de aire le rozó el brazo, poniéndole la carne de gallina. Se volvió hacia la derecha y vio que las cortinas de las puertas que daban a la galería se estaban moviendo. Tomó una profunda bocanada de aire y enseguida percibió el olor a humedad que provenía de fuera.

—¿Pero qué…? —Frunció el ceño y cruzó la habitación. Luego agarró las delgadas cortinas blancas y las abrió.

Las puertas que daban a la oscura galería estaban abiertas de par en par. Miró por encima del hombro en dirección a Madeline. Esperaba de corazón

que nadie que la hubiera visitado hubiera sido tan descuidado.

Cerró las puertas con llave. ¿Cómo narices habían podido abrirse? Estaba claro que no había sido Madeline, como tampoco había sido la autora de los pasos que había oído.

Se alejó de las puertas y se cruzó de brazos. Alguien había estado allí arriba y había…

De repente volvió a experimentar la misma sensación del pasillo. Esa picazón entre los hombros, pero ahora mucho más intensa, que envió un escalofrío por su columna vertebral. Le ardían las puntas de las orejas.

Contuvo el aliento mientras descruzaba los brazos. Su instinto le gritó que no estaba sola en esa habitación, que había alguien más con ella, aparte de Madeline.

Se dio la vuelta con el corazón en la garganta. El aire abandonó sus pulmones. Tenía razón. No estaba sola.

Lucian, el protagonista de su reciente fantasía, estaba parado en la puerta.

12

Lucian vio a Julia antes de que se diera cuenta de que estaba allí. Estaba de espaldas a él, cerrando las puertas que daban a la galería. Sabía que no era consciente de su presencia y que debería haberla avisado. Sin embargo, se quedó callado, apoyado en el marco de la puerta.

Era la primera vez que la veía con el pelo suelto y seco. Lo tenía tan largo como se lo había imaginado, ondulado hasta la mitad de la espalda. Llevaba los brazos al descubierto, mostrando su piel rosa pálido. Recorrió con la mirada los pantalones negros que se ceñían al contorno de su trasero. El recuerdo de ese cuerpo pegado al suyo lo había atormentado cada segundo de ese día.

De pronto, la vio ponerse rígida un instante y después, muy despacio, bajó los brazos y se volvió.

Sus miradas se encontraron.

Se quedaron en silencio un rato. Ninguno de los dos habló. Volvió a fascinarle la idea de pintar sus rasgos en un lienzo en blanco.

Su hermana no era la única de la familia que pintaba.

Pero antes de capturar su imagen con un pincel, necesitaba acercarse y conocer a fondo la curva de su mejilla y la línea de su mandíbula. Por razones puramente artísticas, por supuesto.

—¡Dios! —jadeó ella por fin, rompiendo el silencio. Se llevó una mano al pecho, haciendo que toda la atención de Lucian se centrara en esa zona de su anatomía. El tejido del top apenas ocultaba los generosos senos ni los tentadores pezones que había debajo—. No te oí llegar.

Al oírla, cerró los ojos y respiró hondo. Tenía una voz dulce y ronca. Si tuviera que escoger unos colores para plasmarla en un cuadro, sería una gama de rojos y marrones. Abrió los ojos y la miró.

—Lo creas o no, puedo ser muy silencioso cuando quiero.

—Desde luego.

—No voy a preguntarte por qué no estás en la cama —dijo él con una sonrisa.

—Creí oír algo —repuso ella, volviéndose hacia Madeline, que seguía dormida—. Pasos en esta habitación.

—¿Y encontraste a alguien andando aquí arriba?

Julia arrugó la frente.

—No.

—No puedo decir que me sorprenda.

Julia lo miró confundida.

—¿Y eso por qué?

—¿Todavía no te has enterado, señorita Hughes?

—¿Enterarme de qué? —inquirió después de un segundo.

—De los rumores que hay sobre esta casa, sobre nuestra familia.

Ella enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—No sé adónde quieres llegar con esto, pero…

—Dicen que esta casa está encantada. —No pudo evitarlo—. Y que nuestra familia está maldita. ¿O era la casa la que estaba maldita y nuestra familia encantada? Siempre me lío con eso.

Ella lo miró detenidamente unos segundos antes de negar con la cabeza. No la vio hacer ningún gesto de dolor, así que esperó que eso significara que se encontraba mejor.

—Está bien —murmuró Julia. Después habló en un tono un poco más alto —. No encontré a nadie andando, ni a ningún fantasma, pero las puertas que dan a la galería estaban abiertas de par en par.

Bueno, eso sí que era raro. Frunció el ceño, miró a su hermana y luego hacia las puertas. Era imposible que alguien las hubiera dejado abiertas.

—Estaban cerradas cuando me marché.

—¿Cuando te marchaste?

Él asintió, se apartó del marco de la puerta y entró en la habitación.

—Le leo.

Julia se volvió para mirarle.

—¿Eres tú quien le está leyendo *Harry Potter*?

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto? —Abrió las puertas cerradas y echó un vistazo en la galería, aunque dudó que fuera a encontrar algo. Al ver que ella no respondía, volvió la cabeza y la miró. Su expresión de asombro era adorable. Se rio por lo bajo—. En serio, ¿por qué te sorprende tanto?

—No lo sé. —Ella se cruzó de brazos—. No esperaba que fueras tú, eso es todo.

—¿Creías que era Gabe?

La vio apretar los labios. Cuando no respondió, supo perfectamente por qué.

—Intento leerle cada noche. A veces no puedo —dijo mientras miraba dentro del baño, aunque sabía que no tenía por qué darle ninguna explicación —. Tengo la sensación de que, cuando le leo, está más relajada.

—Y seguramente así sea —repuso ella tras unos segundos—. Siempre es bueno hacer cosas así. Deberías continuar con ello.

Lucian se frotó el pecho con la mano. No sabía muy bien qué responder a aquello.

—Bueno, no hay nadie escondido en el baño o en el vestidor, dispuesto a abalanzarse sobre nosotros.

—Me alegro —señaló ella con un tono seco que le hizo sonreír—. ¿Podrían habérselas dejado abiertas Gabe o Devlin?

—No. —Cuando se volvió hacia ella, se sintió decepcionado al ver que ahora estaba más cerca de la puerta que daba al pasillo. Estaba a punto de irse. Al fin y al cabo, ya no podían hacer más. Maddie estaba dormida. Era muy tarde y Julia también debería estar acostada, pero él todavía no estaba listo para darle las buenas noches. Y sí, sabía que era una postura muy egoísta por su parte—. No suelen venir a verla.

Julia abrió la boca como si quisiera responder, pero debió de pensárselo dos veces porque solo dijo:

—Bueno, pues alguien ha tenido que abrirlas.

—Seguro que ha sido el fantasma. —Se acercó a Madeline y le retiró un mechón de pelo de la fresca mejilla. Cuando terminó, miró a Julia—. O los fantasmas.

Ella puso los ojos en blanco.

Con una sonrisa en el rostro, se inclinó sobre su hermana y le dio un rápido beso en la frente. Al ponerse recto, se encontró a Julia observándolo.

—Debes de tener un sueño muy ligero, señorita Hughes.

Ella parpadeó un par de veces y Lucian tuvo la sensación de que se había sonrojado.

—Yo… No… No estaba durmiendo. Y, por favor, deja de llamarme señorita Hughes.

—¿Y si me gusta llamarte señorita Hughes?

Julia frunció el ceño de nuevo.

—Supongo que si te gusta, entonces puedes, pero…

—¿Pero qué? —Rodeó la cama y fue hacia ella muy despacio. Tenía la impresión de que si se acercaba demasiado rápido saldría de allí corriendo.

—Pero suena un poco raro. —La vio cuadrar los hombros mientras daba otro paso más—. Preferiría que me llamaras Julia.

—Así que… —otro paso— prefieres que te trate con más familiaridad. Me gusta la idea. Un montón. Sobre todo porque, dadas las circunstancias, tiene mucho más sentido.

Una explosión de rubor tiñó el centro de sus mejillas.

—Eso no es lo que estoy sugiriendo, y es muy tarde. Solo…

—¿No era lo que estabas sugiriendo? —Ahora estaba a medio metro de ella, lo bastante cerca como para ver las pecas que tenía bajo el ojo izquierdo.

Julia retrocedió un paso.

—Para nada.

—Es una pena. —Siguió avanzando.

—No veo por qué. —Volvió a levantar la barbilla—. Mira, tuvimos un… *algo*, pero fue muy breve. No me conoces lo suficiente como para sentirte así.

Él no habría llamado «algo» a lo que compartieron.

—En ese caso, y según tu teoría, tú tampoco me conoces. Sin embargo, enseguida asumiste que no era yo quien estaba leyendo a mi hermana. A mi melliza. —Se acercó aún más. Podía captar el ligero aroma de su perfume. ¿Vainilla?—. La misma hermana por la que exigí que contratáramos a una enfermera. La misma hermana por la que viajé hasta Pensilvania la mañana siguiente a la muerte de mi padre.

La vio abrir aquellos carnosos labios en un jadeo de sorpresa. Se quedaron mirándose el uno al otro durante unos segundos.

—Buen argumento. No puedo objetarte nada.

Lucian bajó la barbilla y el volumen de su voz.

—Soy muy bueno a la hora de esgrimir argumentos.

Se fijó en que le temblaban las comisuras de los labios, como si estuviera tratando de reprimir una sonrisa.

—Siento haberte juzgado tan rápido.

—Tengo la sensación de que ahora va a venir un «pero», señorita Hughes.

Ella retrocedió otro.

—Te equivocas.

—Mmm —murmuró él, apoyando el codo en el marco de la puerta, justo encima de la cabeza de ella—. Sospecho que estás mintiendo solo para demostrar que me equivoco.

Julia entrecerró los ojos.

—Y yo sospecho que no te supone ningún problema invadir el espacio personal de la gente.

—No pareció importarte la otra noche. —Bajó la cabeza hacia ella—. Pero en eso tienes razón.

—No es algo de lo que estar particularmente orgulloso.

—Al menos reconozco que tienes razón. ¿Puedes tú hacer lo mismo cuando la tengo yo?

Julia tomó una profunda bocanada de aire que elevó sus hombros.

—Quizá no estoy reconociendo nada porque estoy intentando ser educada.

—¿Y dónde está la diversión en ser educado?

Abrió los ojos de par en par y lo miró como si estuviera hablando con un niño de cinco años.

—Puede que no sea divertida, pero desde que eres mi jefe, o al menos uno de mis jefes, creo que la educación es lo que procede.

Lucian bajó la mirada hasta su boca y volvió a preguntarse cómo se sentirían esos labios contra los suyos… y sobre otras partes de su cuerpo.

—¿Sabes lo que creo?

—No tengo ni idea —respondió ella con ironía.

—Creo que ser grosero es mucho mejor que ser educado. ¿Sabes por qué? —Tomó un mechón de su pelo y lo enrolló entre sus dedos. Era tan suave como la cachemira.

Julia alzó la mano y le quitó el mechón.

—¿Por qué?

—Porque cuando la gente es grosera, suele decir la verdad. —La miró a los ojos—. Pero cuando es educada, miente.

—Si piensas eso es que no conoces a muchas personas decentes.

—Tal vez. —Ladeó la cabeza—. ¿Tú conoces a personas decentes?

—Solía conocerlas —masculló ella, mirándolo con recelo.

Al darse cuenta de la indirecta que acababa de soltarle, se rio por lo bajo.

—¿Me estás diciendo que no soy alguien decente?

Ella enarcó una delicada ceja a modo de respuesta.

—Bueno, señorita Hughes, *soy* bastante indecente la mayor parte de las veces.

Un destello de sorpresa atravesó su rostro.

—Supongo que reconocerlo es el primer paso hacia la redención.

—Sí, eso dicen.

Julia esbozó una rápida sonrisa y luego se escabulló por la puerta y salió al pasillo.

—Ha sido… un placer hablar contigo, pero…

—¿Por qué estabas despierta? —Cerró la puerta de la habitación de su hermana y fue detrás de ella.

Ahora estaba en mitad del pasillo, con los brazos cruzados.

—Yo… tenía un poco de insomnio.

—¿En serio? Yo también.

—¡Vaya! —Bajó la vista hacia el suelo—. ¿Por eso estabas despierto?

En parte, sí. Esa noche, había estado sentado en una pequeña habitación contigua a su sala de estar; un espacio que solía ser un vestidor antes de que lo transformara en su taller. Y lo único que había hecho durante tres horas había sido mirar un lienzo en blanco con las manos limpias y la cabeza llena de pensamientos sobre su supuesto padre, sus hermanos y hermana y, por supuesto, Julia.

Normalmente, cuando su mente lo atormentaba de esa forma, iba al Red Stallion hasta que encontraba a una mujer que le ayudara a olvidar. Pero cuando Gabe le dijo que iba para allá, Lucian no quiso acompañarlo.

Se negó porque no se sentía cómodo dejando a Julia sola en la casa después de la contusión que había sufrido. Y también porque no quería estar mucho tiempo fuera después de haber tenido a Stefan deambulando por allí todo el día. ¿Que había ido a ver a Madeline porque se preocupaba por ella? No se lo creía ni él.

Al menos esas eran las razones que se había estado diciendo a sí mismo.

—¿Sabes lo que de verdad me ayuda cuando no puedo dormir? —preguntó en lugar de responder.

Ella lo miró como si medio temiera lo que fuera a decir.

—Un té que Livie guarda en la cocina. Creo que lleva manzanilla. Siempre me ayuda. O por lo menos me relaja.

—¡Oh! Manzanilla. —Julia bajó los brazos y se echó un mechón de pelo hacia atrás—. Tiene sentido.

Lucian colocó las manos detrás de la espalda y dijo:

—También ayuda follar hasta que el sudor cubre cada centímetro de tu cuerpo y sientes que no puedes más. Es una forma mucho más divertida e *indecente* de conciliar el sueño.

Ella abrió la boca sin emitir sonido alguno.

—Eso… eso ha sido…

—¿Inapropiado? Sí. Lo sé. —Le guiñó un ojo—. Venga, deja que te prepare una taza de té.

—No hace falta.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Además, se me da muy bien hacer té. Te dormirás en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias, pero creo que prefiero volver a mi habitación.

Él la miró a los ojos.

—Pero insisto, señorita Hughes.

Vio cómo todo su cuerpo se puso rígido al instante. La orden pareció pender entre ellos. Ella se había percatado de que ya no se trataba solo de una petición. Una buena persona no habría hecho lo que él acababa de hacer, pero Lucian no le había mentido cuando le dijo que no era alguien decente. Quería pasar más tiempo con ella y usaría cualquier medio a su alcance para conseguirlo.

Ella exhaló con fuerza.

—Solo una taza.

—Por supuesto —respondió, sin molestarse en disimular lo orgulloso que estaba de sí mismo por haberse salido con la suya—. Solo una taza, señorita Hughes.

Julia no dejó de maldecirse mientras bajaban las escaleras a la planta inferior. ¿Cómo había permitido que Lucian la coaccionara para tomar una taza de té a altas, muy altas horas de la noche?

Porque la había coaccionado completamente. De todas las cosas que se había imaginado que un jefe podía obligar a hacer a un empleado, beber una taza de manzanilla no era una de ellas.

De camino a la cocina, la casa estaba tranquila. Iba a un par de pasos detrás de su alta figura. A medida que bajaban las tres plantas, contempló cómo se contraían y movían los músculos de su espalda con cada paso que daba. Se odió por eso, igual que se había odiado por haber fantaseado con él en su cama, pero tampoco podía flagelarse por eso porque era un hombre absolutamente impresionante.

No podía evitarlo, así de simple.

Después de pasar por una habitación donde había una mesa ovalada y unas sillas muy elegantes, Lucian abrió unas puertas dobles y luego sujetó una de ellas para que no la golpeara. Julia respiró hondo y se obligó a seguir adelante cuando él encendió la luz.

La cocina era tan inmensa como había sospechado. En ella habría cabido la mitad de su antiguo apartamento. Tenía unos armarios grises que llegaban hasta el techo, hornos dobles de acero inoxidable, cocina de gas y uno de esos

frigoríficos dignos de una película de ciencia ficción que seguro avisaba de lo que faltaba en cuanto se acababa. Las encimeras eran de mármol blanco con vetas grises; del tipo que solo había visto en los programas y revistas de decoración.

Y por supuesto parecía nueva, como si jamás la hubieran usado. ¡Oh, Dios mío! ¿Serían una de esas familias millonarias que tenían dos cocinas, una de exposición y otra en donde realmente se cocinaba?

¿Quién necesitaba dos cocinas?

—Siéntate —dijo él, atravesando la estancia sin hacer el menor ruido con los pies descalzos.

Julia se acercó hasta uno de los taburetes alineados sobre una isla enorme. Lo retiró y le sorprendió lo pesado que era. El chirrido que produjo al moverlo hizo que se estremeciera por dentro. Se quedó inmóvil y alzó la vista.

Lucian todavía le daba la espalda. Estaba sacando una pequeña caja del armario.

Se sentó y lo vio agarrar una tetera de uno de los armarios. Casi se golpea la cabeza con la encimera de la isla. Lo último que necesitaba era otra contusión.

—¿No puedes calentar el agua en el microondas? No me importa.

—¿Microondas? —Lucian negó con la cabeza como si ella acabara de sugerirle que bebiera agua estancada—. Hay que hacerlo de la forma correcta. Es lo que marca la diferencia.

—¿En serio?

—Sí. Mi método funciona. —Llenó la tetera y se acercó a la cocina de gas con una media sonrisa en los labios.

¡Dios mío! Esa sonrisa me vuelve loca.

Esa era la sonrisa con la que la había conquistado en el bar. Era una sonrisa descarada y encantadora, sexi y atrevida.

Tuvo que mirar hacia otro lado y terminó fijándose en el quemador y sus manos; supuso que eso era mejor que admirar su rostro embobada. Le vio presionar los controles y oyó el chasquido del gas, seguido del silbido de las llamas azules.

Como no tenía fuerza de voluntad, volvió a levantar la vista. Lucian la estaba mirando mientras colocaba la tetera sobre el quemador, observándola de esa forma tan intensa con la que ya empezaba a familiarizarse.

¿Miraba a todo el mundo así, como si quisiera captar cada detalle y grabarlo en su memoria?

Los pensamientos que se habían dispersado en su cabeza volvieron a unirse, formando imágenes que había intentado bloquear; imágenes de él haciendo cosas con las que no debería estar cavilando.

Seguirlo hasta allí había sido una mala idea.

—No tienes que tomarte tantas molestias. —Apoyó las manos en la isla y comenzó a levantarse—. Además, ya empiezo a tener sueño.

—No es ninguna molestia. —Lucian se acercó hasta la isla. Bueno, no solo se acercó, se movió como un depredador, parándose justo al otro lado, frente a ella—. Además, tenemos que hablar.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Colocó los antebrazos en la encimera y se inclinó un poco. La barba de tres días ahora era un poco más espesa. A esa distancia, sus ojos parecían más azules que verdes—. Quiero hablarte sobre esta propiedad…, sobre nosotros.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Sobre la maldición o la casa encantada?

Lucian asintió y el brillo de sus ojos se volvió más perverso.

—Creo que, si te vas a quedar aquí una temporada, tienes que saber lo que se dice sobre esta casa, sobre nosotros… y sobre las mujeres que vienen aquí.

¿Las mujeres que vienen aquí?

De acuerdo.

Aquello no pintaba nada bien.

A Julia le gustaba pensar que tenía una curiosidad sana, como cualquier persona normal. Y aunque sabía que, por la forma como la estaba mirando Lucian, se estaba burlando de ella, quería saber adónde quería llegar con todo aquello.

—Está bien. —Relajó la postura y apoyó los codos en la isla y la barbilla entre las manos—. Háblame de los fantasmas.

—¿Estás segura? —Él se mordió el suculento labio inferior y luego se lo soltó muy despacio. Fue un gesto adorable. Y un poco sexi. Bueno, muy, muy sexi—. Quizá te asustes.

Ella sonrió.

—No me voy a asustar.

Lucian bajó las pestañas mientras colocaba una mano en la encimera.

—La leyenda dice que las mujeres de la familia De Vincent, o las mujeres que vienen aquí, acaban de dos maneras: o locas —trazó con el dedo una veta gris antes de volver a mirarla— o muertas.

13

Julia lo miró fijamente durante un rato y luego dijo:

—¡Qué tétrico!

A Lucian le temblaron los hombros por la risa ronca que soltó.

—Lo es, ¿verdad? Y espera, que todavía se pone peor.

Era imposible que pudiera ponerse peor.

—Como habrás notado, al personal no le gusta quedarse por la noche. La mayoría se niegan en redondo. —Continuó trazando la veta del mármol—. Creen que es cierto lo que dicen de la casa y de la propiedad. Hay gente en la ciudad que jamás accedería a pasar una noche aquí. Incluso Livie y Richard prefieren irse.

Recordó lo que Richard le había dicho sobre la tarjeta con los números de teléfono.

—¿Y eso por qué?

—Por lo que recuerdo de las historias que contaba mi bisabuela, se cree que esta tierra, toda la propiedad, nunca ha sido buena. Que está mancillada. —Detuvo el dedo en el mármol—. Por lo visto, tenía que ver con las plagas que azotaron la zona en el pasado. La fiebre amarilla. La gripe. Todas ellas mortales. Durante años y años, esta tierra se usó para aislar a los enfermos de los sanos. Como una especie de campos de contagiados. Aquí murieron un montón de personas. Algunos dicen que cientos. Otros, que miles. El problema es que no hay muchas pruebas de que esta historia sea cierta. Gabe intentó investigar el asunto un poco más, pero no encontró gran cosa, aunque también es cierto que en su día la región sufrió muchos incendios en los que se perdieron bastantes archivos y documentos. Sin embargo, sí tenemos constancia de que aquí se enterró a gente.

A pesar de que había estado deseando darle una de esas patadas voladoras durante todo el trayecto hasta la cocina, aquella historia había despertado su interés.

—¿Cómo lo sabéis?

—Cuando se construyó la primera piscina…

—¿La primera piscina? —lo interrumpió ella.

—La reemplazamos por una más grande hace unos años.

—Por supuesto.

Típico de millonarios. Soltó un suspiro.

—Cuando se construyó la primera piscina… —esperó a que ella dijera algo más, pero Julia se limitó a poner los ojos en blanco— desenterraron huesos. Y no solo unos pocos. Los suficientes para que cualquiera se preguntara qué había pasado aquí. Los llevaron a un laboratorio en Baton Rouge y confirmaron que eran huesos humanos. Creen que, o bien se trataba de una cripta familiar que se fue deteriorando con el paso de los años y los huesos terminaron en el suelo, o que aquí era donde enterraban los cuerpos de los enfermos.

Sintió un escalofrío por toda la columna. ¿Quién querría enterarse de que vivía encima de un cementerio profanado o en un lugar donde habían abandonado a personas enfermas para dejarlas morir? Nadie.

—Es espeluznante.

Lucian hizo un gesto de asentimiento mientras el vapor empezaba a salir lentamente por la tetera.

—Mi abuela Elise solía decir que la gente que vivía aquí perturbaba a los espíritus que estaban atrapados en esta tierra. ¿Sabes? Ella nació aquí, en la parte más vieja de la casa, como su madre, y la madre de su madre. Le habría encantado que la derribáramos y nos mudáramos a otro sitio.

—Eso me parece un poco exagerado.

—Bueno, lo que ha sucedido aquí también supera los límites de lo normal. —Apoyó la mejilla en un puño y la miró a través de sus espesas pestañas—. La casa está plagada de sucesos extraños. Las luces parpadean constantemente. Las cámaras no funcionan.

Julia frunció el ceño.

—¿Cómo es eso posible?

Él encogió un hombro y la miró.

—¿Quién sabe? Puedes hacer una foto, pero no un vídeo. Y las cámaras de seguridad no van. Debe de tratarse de algún tipo de interferencia. —Frunció los labios—. Una vez alguien nos dijo que esto estaba en una línea de ley. A saber lo que eso significa. También se oyen ruidos raros: golpes en las paredes, conversaciones en habitaciones que llevan mucho tiempo cerradas, gritos, risas cuando no hay nadie alrededor… Se ven sombras.

¿Estaba sugiriendo que lo que había visto en la ducha era un fantasma?

—¿Y pasos? —preguntó ella. No creía en ese tipo de tonterías, pero se le puso la piel de los brazos de gallina.

—Pasos también. —Lucian estiró la mano sobre la isla y le acarició la suya con el dedo índice—. Tú misma los has oído esta noche. Y no había nadie en esa habitación.

—¿Entonces estás diciendo que he oído a un fantasma y que ese mismo fantasma abrió las puertas? —inquirió con la voz cargada de duda. Intentó no pensar en cómo se le había acelerado el corazón cuando sintió su dedo sobre la mano.

—No estoy diciendo nada, ¿pero qué fue lo que oíste?

No podía responder a eso porque no lo sabía a ciencia cierta. Pero eso no tenía por qué implicar que los pasos y las puertas abiertas obedecieran a un fenómeno paranormal.

—¿Y qué relación tiene todo eso con las mujeres?

—Bueno, obviamente todos los que viven en estas tierras también están malditos. —Se apartó de la isla.

—Obviamente —replicó ella con sequedad.

Lucian se volvió hacia un armario con una sonrisa torcida en los labios. Julia bajó la mirada hasta su trasero. ¡Dios! Tenía un culo espectacular.

—La tierra corrupta mancilla a la gente que vive aquí.

Mientras le veía sacar dos tazas, negó con la cabeza por lo absurdo que le parecía lo que acababa de decir.

—A tu familia le ha ido bastante bien viviendo en una tierra corrupta.

Lucian llevó las dos tazas hasta la isla con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso parece, y no lo voy a negar. Nuestra familia ha tenido una buena vida. La mayoría. —Rodeó la isla y, al pasar detrás de ella, le tomó un mechón de pelo y se lo colocó sobre el hombro—. ¿Sabías que la parte más antigua de la casa se ha quemado tres veces desde que se hizo?

Si eso era cierto, menuda construcción más mala. Julia se metió el mechón del hombro detrás de la oreja.

—No lo sabía.

—Sí. La primera vez la casa ardió hasta los cimientos. El fuego mató a una de mis tías tataratataratatarabuela y a su hija. El segundo incendio se produjo a principios del siglo XX, destruyó la segunda planta por completo y mató a Emma de Vincent, que acababa de dar a luz a Elise. —Sacó un cartón de leche del frigorífico y se hizo con un pequeño tarro de la encimera que debía de contener azúcar—. El tercero ocurrió a mediados de los cincuenta. Volvió a quemarse toda la casa y esta vez se llevó por delante a mis dos tías.

—¡Vaya! ¡Qué tragedia!

Lucian dejó la leche y el azúcar en la isla, junto a las tazas. Julia jamás había tomado la manzanilla con leche y no tenía idea de cómo podía saber.

—Quizá deberíais hacer que algún electricista revise de nuevo lo de las luces que parpadean —sugirió, rezando por que la casa no se volviera a quemar con ella dentro.

—No hay ningún problema con la instalación eléctrica —explicó antes de volver a la cocina de gas. Luego tomó el asa de la tetera humeante, la llevó a la isla y colocó dos bolsas de té en las tazas—. ¿No has notado nada raro en las víctimas de los incendios?

Claro que sí.

—Todas eran mujeres.

Lucian asintió mientras vertía el agua caliente en las tazas.

—Nuestra abuela también murió aquí, fuera de la casa. Estaba en el jardín de rosas y la sorprendió una tormenta. Aquí pueden llegar de forma abrupta y brutal. —Dejó la tetera a un lado—. Un rayo cayó sobre un árbol cercano y este se derrumbó sobre ella, matándola al instante.

—¡Jesús! —exclamó ella con los ojos de par en par.

—Después de aquello, nuestro abuelo mandó talar todos los árboles de detrás de la casa, como si él hubiera tenido la culpa. —Echó un poco de leche en cada taza—. Su hermana, nuestra tía abuela, falleció un poco más allá, en la carretera. Le fallaron los frenos del coche y murió en el acto. El conductor salió ileso, sin un solo rasguño. Nuestra bisabuela Elise vivió noventa y ocho años y luego murió al caerse por las escaleras de la segunda planta.

—¡Oh, vaya…! Es… No sé qué decir. —Julia negó con la cabeza mientras él echaba azúcar en las tazas.

—Y todavía no he terminado. —Se acercó al fregadero, abrió uno de los cajones y sacó una cuchara—. Varias de nuestras primas también murieron en extrañas circunstancias. Una de ellas se atropelló con su propio coche. Sigo sin saber cómo pasó exactamente, pero sucedió. En cuanto a nuestra madre…

Julia se puso tensa al verlo acercarse a la isla. Después, se sentó en el taburete de al lado y se inclinó hacia ella.

—Nuestra madre se tiró de la azotea de esta misma casa cuando yo tenía dieciocho años.

—¡Dios mío! Lo siento mucho.

Apoyó las manos en el regazo y lo miró. Lucian estaba alcanzando las dos tazas. Sabía que su madre se había suicidado, pero no cómo. Tampoco era que el modo marcara mucha diferencia. Cualquier suicidio era trágico y doloroso.

Él le pasó una taza. No parecía haberla oído.

—Y luego están las que no murieron. Las primas que no fallecieron prematuramente tuvieron… problemas. Algunos tan graves que otros miembros de la familia tuvieron que ingresarlas en hospitales y manicomios.

—¿Qué? —Lo miró fijamente.

—Fue hace mucho tiempo. —Cuando la miró a los ojos, se quedó sin aliento. Tenía unos ojos de un color… precioso. Ahora que los veía bajo la potente luz de la cocina, volvían a tener ese tono azul verdoso que le recordaba a las aguas de mares exóticos en los que nunca había estado. Él dio un golpecito a la taza—. Pruébalo.

Apartó la mirada y levantó la taza caliente. Olía maravillosamente bien. Dio un pequeño sorbo y le sorprendió el sabor dulce y ahumado.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

Julia tragó y asintió.

—Está muy bueno.

Lucian volvió a sonreír.

—Entonces…, ¿crees que lo que le ha pasado a tu hermana tiene que ver con la supuesta maldición?

Él miró hacia otro lado.

—Eso parece.

Sabía que no debía hacerle esa pregunta, pero sentía demasiada curiosidad para contenerse.

—¿Y no tenéis idea de dónde ha podido estar todo este tiempo?

Lucian hizo un gesto de negación con la cabeza y tomó su taza. Después se enderezó y movió la pierna. Un movimiento que hizo que le rozara el muslo con la rodilla. Julia sintió un cosquilleo que prefirió ignorar.

—Como sabes, desapareció la misma noche que murió nuestra madre. Al principio pensamos que se había escapado, porque estaba destrozada, pero cuando no volvió…

Julia lo miró.

—¿Y ninguno quiere saber dónde ha estado o qué le ha pasado?

Notó que se le contraía un músculo en su dura mandíbula.

—Yo sí quiero, pero no… —Suspiró y dio un sorbo a su té—. No es tan fácil.

A ella le parecía bastante fácil. Entendía que podía no gustarles la idea de que los medios estuvieran encima de ellos, pero averiguar lo que le había pasado a su hermana debería ser más importante que el inconveniente que podían causarles los periodistas.

—Sé lo que estás pensando —dijo él.

Volvió a mirarlo.

—No entiendes por qué no removemos cielo y tierra para descubrir qué sucedió. Y comprendo que pienses eso. *Respeto* tu reacción. —Estaba hablando en voz muy baja—. Pero en nuestra familia…, bueno, digamos que, en ocasiones, no actuamos como la gente normal. Seguro que es complicado de entender, pero así son las cosas.

Julia respiró hondo.

—Sí, cuesta entenderlo.

Lucian le sostuvo la mirada unos segundos, luego tomó otro sorbo.

—La maldición parece afectar también a las mujeres que no forman parte de la familia.

Ella enarcó ambas cejas y bebió otro poco de té. Vaya una forma de cambiar de tema.

—A lo largo de todos estos años ha habido muchos accidentes en la casa. Algunos miembros del personal resultaron gravemente heridos. No siempre mujeres, pero sí en su mayoría.

—Así que debería tener cuidado con las escaleras —bromeó ella.

—Si yo fuera tú, me agarraría siempre a la barandilla.

Lucian se movió y su rodilla volvió a rozarle la pierna. Cuando lo miró, él le sonrió.

Julia se inclinó hacia la izquierda para poner un poco de distancia y la sonrisa de él se hizo más ancha.

—Hubo otras muertes y otras tragedias. La novia de Dev de la Universidad murió en un extraño accidente aéreo. Y creo que le gustaba de verdad, lo que ya es decir mucho.

—Bueno, si salía con ella, espero que fuera porque le gustaba —replicó ella.

Lucian la miró de una forma rara y se rio.

—No conoces a Dev. No creo que sienta lo mismo que la mayoría de la gente hacia personas que no forman parte de la familia. Estoy convencido de que las únicas veces en las que muestra un poco de emoción es cuando tiene que elegir qué par de pantalones perfectamente planchados van mejor con su camisa de Oxford.

A Julia se le escapó una carcajada.

—Eso es horrible.

—Es verdad. —Dejó la taza en la isla—. Luego está lo de la novia de Gabe. Aquello…, bueno, no terminó bien. —Su sonrisa traviesa se

desvaneció al instante—. Para ninguno de nosotros.

Julia bajó la taza. Una parte de ella se moría de ganas de que le diera más detalles sobre eso último, pero no tuvo oportunidad porque él enseguida se aclaró la garganta y agregó:

—De modo que sí, eso es lo que se rumorea. Que esta tierra está maldita y, por lo tanto, nuestra familia también.

—Me parece un poco injusto que la maldición solo afecte a las mujeres.

Él esbozó una media sonrisa.

—Creo que a los hombres también les afecta, aunque de una forma diferente. Al fin y al cabo, se nos conoce por nuestros escándalos.

—Cierto. —Lo miró de reojo. En su cabeza volvieron a surgir todas las preguntas que estaba deseando hacerle, a pesar de que sabía que debía irse a la cama. Era tarde y por fin empezaba a estar cansada. Además, había un buen número de razones que desaconsejaban que estuviera allí con él.

Pero continuó allí sentada.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió después de un rato.

Él la miró.

—Puedes preguntarme lo que quieras, señorita Hughes.

Otra vez llamándola de ese modo. Cuando hacía eso se sentía… ¡Dios! No sabía cómo se sentía, pero jamás había oído a nadie pronunciar su apellido de una forma tan sensual.

Lucian bajó las pestañas y volvió a morderse el labio inferior. ¡Uf! Tuvo que mirar hacia otro lado.

—¿Por qué… no me dijiste quién eras cuando nos conocimos en Pensilvania? Entiendo que estabas… probándome de la manera más espantosa posible, pero podrías habérmelo dicho. ¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé.

La incredulidad la invadió. Lo miró fijamente.

—No puedes estar hablando en serio. Claro que lo sabes.

Lucian miró hacia una pequeña puerta abierta al otro lado de la cocina. No se veía nada al otro lado, pero supuso que conducía a un zaguán o algo parecido.

—Tienes razón —dijo él después de unos segundos. Volvió a mirarla—. Lo creas o no, se me da muy bien calar a las personas. Supe que eras perfecta para el puesto al cuarto de hora de hablar contigo y debería habértelo dicho.

Arqueó las cejas sorprendida, porque parecía que a Lucian le estaba costando reconocerlo en voz alta.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—¿Sinceramente? Porque hacía mucho tiempo que no hablaba con alguien que no supiera quién era. Que no mantenía una conversación preguntándome si lo que la otra persona decía era auténtico o solo estaba intentando sacarme algo. —La miró a los ojos—. Que no estaba tratando de que invirtiera en alguno de sus negocios, de llegar a uno de mis hermanos a través de mí o de ascender en la puta escala social. Cada vez que conozco a una mujer y sabe quién soy, me pregunto si está interesada en mí de verdad o si solo le atrae mi apellido, mi familia. Sí, puede que esto me haga parecer un arrogante de la leche, pero no sabes lo cansado que es dudar constantemente de las intenciones de alguien.

¡Oh, vaya!

—Así que esa es la razón —continuó él. Notó cómo se le flexionaba un músculo de la mandíbula—. Te pusiste a hablar conmigo como si fuera un hombre normal y corriente. No tenías ningún motivo oculto. Y eso… eso me gustó.

Julia se enderezó. Su confesión la había sorprendido un poco, pero cuando se detuvo a pensar en lo que le había dicho, se dio cuenta de que ella también sabía lo que se sentía al estar dudando siempre de las segundas intenciones de alguien. Le había pasado con su ex, Adam.

—Te entiendo.

Lucian parpadeó una vez.

Y luego otra.

Julia estuvo a punto de reírse al ver su expresión.

—¿En serio? —preguntó.

Ella levantó un hombro en un gesto de indiferencia.

—Sigo pensando que deberías habérmelo dicho, pero sé lo que se siente cuando tienes que estar todo el tiempo analizando lo que alguien hace o dice. Cuando te preguntas si se está comportando de una determinada manera por alguna razón oculta. Cuando no sabes de qué humor estará y tienes que andarte con mucho cuidado. No es fácil… —Se detuvo, atrapada por la intensidad de su mirada. Era como si Lucian estuviera retirando todas sus capas, llegando a su interior, y ella estaba a punto de revelarle cosas demasiado personales—. Da igual. —Se aclaró la garganta y tomó otro sorbo de té.

Se quedaron en silencio varios minutos. Tenía que irse a la cama. La mañana llegaría muy pronto.

—Quiero saber más de ti —dijo él antes de que ella pudiera hablar. Se acercó un poco más y volvió a tocarle el muslo con la rodilla—. Tengo

preguntas. Un *montón*.

Julia se rio suavemente y negó con la cabeza.

—Pero si ya lo sabes todo sobre mí.

—Te aseguro que no sé *nada* —insistió él—. ¿Dónde estudiaste? ¿Qué te hizo aceptar este trabajo y dejar toda tu vida atrás?

—Fui a la Universidad de Shippensburg. Seguro que nunca has oído hablar de ella. —Como ni loca iba a responder a la segunda pregunta, se terminó el té, esbozó una tenue sonrisa y dijo—: Es muy tarde y necesito dormir un poco. Gracias por el té. Creo que ha funcionado.

—Pero todavía no te he hecho la pregunta más importante.

Julia dejó que el pelo le cayera hacia delante, sobre su pecho.

—¿Y cuál es?

—¿Cómo es posible que tú, la criatura más hermosa que he visto en la vida, esté aquí, frente a mí?

Volvió la cabeza hacia él con tanta rapidez que tuvo miedo de que se le cayera de los hombros. Por el tono que había usado y la forma como la miraba, con los ojos ligeramente entreabiertos, estaba claro que la pregunta era sincera, pero no podía estar hablando en serio.

Julia entornó los ojos. ¿Estaba bebiendo él algo más fuerte que una simple manzanilla? Porque era imposible que creyera que ella era la criatura más hermosa que había visto en su vida.

Tenía la pregunta en la punta de la lengua. Si de verdad creía eso, ¿por qué se había marchado de su apartamento la otra noche? Se tragó la pregunta para no tener que tragarse el orgullo.

Al fin y al cabo, sabía muy bien qué tipo de hombre era Lucian.

Era uno de esos hombres que no podía pasar un fin de semana sin acostarse con nadie. Existían. Había conocido a unos cuantos en la Universidad y luego en el hospital. No eran especialmente exquisitos a la hora de elegir a sus compañeras de cama. Bastaba con que la otra persona estuviera disponible en ese momento.

Y eso significaba que no iba a dejarse encandilar con cumplidos que seguro que él se sacaba de la manga con la misma frecuencia con la que se lavaba los dientes.

Entonces Lucian se inclinó sobre ella y le susurró:

—Hay otra razón por la que no te dije quién era.

El cambio de tema la sorprendió.

—¿Por qué? —preguntó, también en un susurro.

Él ladeó la cabeza hasta dejar la boca a la altura de su oreja.

—Porque sabía que, en el momento en que supieras quién era, no me invitarías a tu apartamento.

Julia exhaló bruscamente; sabía que tenía que alejarse y terminar con aquella conversación. Eso sería lo más profesional y maduro por su parte, pero no se movió. Se había quedado petrificada en el taburete, con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Pero él todavía no había acabado.

—Sabía que, si te enterabas de quién era, nunca me habrías dejado meter la mano entre esos preciosos muslos que tienes y jamás habría comprobado lo suave y húmeda que te pondrías entre mis dedos.

La lujuria fluyó por sus venas y un intenso calor se instaló en sus entrañas. Aquellas palabras habían provocado una tormenta en su interior. Se puso a temblar.

—De modo que sí, esa es la otra razón por la que no te dije quién era. —Sus labios le rozaron el lóbulo de la oreja, enviando un disoluto escalofrío a través de su piel.

Julia se apartó con el pulso acelerado. Se sentía insegura. Él, sin embargo, se enderezó en su asiento. Sabía que estaba cerca, demasiado cerca de hacer algo de lo que terminaría arrepintiéndose. Como abalanzarse sobre él.

—Se suponía que nunca hablaríamos de esto —le recordó—. Lo prometiste.

Lucian volvió a ladear la cabeza.

—No, yo no prometí nada.

Ella abrió la boca.

—No lo hice —insistió él.

Se detuvo a pensar en la conversación y se dio cuenta de que tenía razón. No lo había prometido.

Entrecerró los ojos.

—Aun así, me parece de lo más inapropiado por tu parte.

—Creo que ya sabes cuál es mi opinión sobre hacer lo apropiado.

Julia hizo un gesto de negación con la cabeza. Había llegado la hora de acabar con aquella conversación.

—Gracias por el té, Lucian, pero… —Se interrumpió con un jadeo.

Lucian se había levantado y se había puesto frente a ella a una velocidad asombrosa.

—Dilo otra vez.

La confusión la invadió.

—¿Decir qué?

—Mi nombre.

Estaban muy cerca el uno del otro. Sentada como estaba, él le sacaba por lo menos treinta centímetros. Estiró la mano y se agarró al borde de la encimera de la isla.

—¿Por qué?

—¿Porque te lo he pedido? —respondió él con un atisbo de sonrisa—. Y porque me gusta cómo lo dices.

Su corazón dio una especie de salto mortal. No tenía idea de cómo responder a esa petición. Ninguna en absoluto.

Pero antes de que pudiera reaccionar, él se movió, metiendo la mano en el pequeño espacio que quedaba entre ellos y agarrando el mechón de pelo que había caído sobre su mejilla. Después, mientras le acariciaba el pómulo, se lo metió detrás de la oreja. Y como era de esperar, su estúpido cuerpo respondió al instante.

Su sangre empezó a bullir y notó un intenso calor en la parte baja del vientre, lo que estaba mal en tantos sentidos que debería haberse sentido avergonzada. Pero saber eso no cambió ni un ápice el hecho de que su cuerpo estaba más que listo para todo lo que él quisiera hacerle. Una serie de pequeños escalofríos danzaron en su piel. Se le endurecieron los pezones. Tenerlo tan cerca la abrumaba.

Lucian bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a escasos milímetros. Julia tomó una profunda bocanada de aire, inhalando su delicioso y pecaminoso aroma.

—¿Por favor? —le pidió él una vez más.

¿Qué era lo que le había pedido?

Lucian bajó la vista y sus labios se torcieron en una sonrisa de complicidad que se fue haciendo cada vez más amplia hasta que terminó clavando la vista en ella. Sabía perfectamente lo que había visto. Los picos enhiestos de sus pechos.

Un calor diferente se apoderó de ella, haciendo que retrocediera. Volvió a cruzarse de brazos y se tragó una letanía de insultos.

—Estábamos manteniendo una buena conversación; un poco rara, pero interesante. Y has tenido que arruinarla.

Él le dedicó una sonrisa que le dejó claro que no se arrepentía en absoluto y apoyó la cadera en la isla.

—Tengo la sensación de que hay ciertas partes de tu cuerpo que no están de acuerdo en que haya arruinado nada. Incluso estaría dispuesto a apostar que esas partes en cuestión están muy, pero que muy interesadas.

¡Oh, Señor! ¿De verdad había dicho eso?

Mientras lo miraba, se dio cuenta de que, llegados a ese punto, solo le quedaban dos opciones: o dejar que continuara azorándola con su audaz coqueteo o cerrarle la boca de una vez por todas.

Eligió la segunda.

—Mira, entiendo que eres todo un seductor. Es lo tuyo. Lo más probable es que ni siquiera te des cuenta cuando lo haces o, sencillamente, no puedes evitarlo. Me da igual. Solo quiero que sepas que todo lo que me estás diciendo me entra por un oído y me sale por el otro. No estoy aquí para ser la distracción a tu aburrimiento o a lo que sea que te pase.

Bajó de nuevo la vista y su sonrisa se volvió indulgente.

—Tienes razón, no puedo evitarlo.

—Pues deberías esforzarte más. —Se volvió antes de que se enzarzaran en otra innecesaria batalla de voluntades—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Hughes —replicó él.

Julia levantó una mano, pero en vez de sacarle el dedo corazón, se limitó a hacer un gesto de despedida.

—¿Te lo crees? —preguntó él justo cuando llegaba a la puerta.

Sabía que debería haber seguido su camino, pero se detuvo y se volvió para mirarle, deseando por enésima vez en ese día que se pareciera a un orco en vez de a una fantasía sexual andante.

—¿Creer qué?

—Lo de la maldición de la casa y mi familia.

Ella se rio con suavidad.

—No. Para nada.

Lucian, que se había sentado en el taburete que ella acababa de dejar, la miró con los ojos entornados mientras tomaba su taza.

—Deberías. En serio.

Lucian vio a Julia salir corriendo de la cocina mientras daba un sorbo al té. No se levantó. Se quedó esperando.

Y no tuvo que esperar mucho.

—¿Por qué le has contado todo eso? —preguntó una voz detrás de él.

Dejó la taza en la encimera de la isla.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando?

—El suficiente.

Se giró hacia la otra entrada de la estancia y apoyó un brazo en la isla.

—Es muy tarde, Gabe.

Su hermano entró a la cocina.

—No podía dormir.

—Os he debido de contagiar el insomnio a todos.

—Puede. —Gabe miró a la puerta doble—. Julia parece encantadora. Una buena persona.

Lucian ladeó la cabeza y miró a su hermano con interés.

—Lo es.

Gabe tomó la taza vacía que ella había dejado y contempló el fondo como si fuera a leerle el futuro.

—Deberíamos dejarla en paz y que hiciera tranquila su trabajo.

¡Qué interesante!, pensó Lucian.

—¿Desde cuándo usas el plural mayestático para hablar de ti?

—Ya sabes a lo que me refiero. —Dejó la taza y lo miró—. Sabes lo que somos. Lo que siempre terminamos haciendo a la gente. Los destruimos y luego seguimos con nuestras vidas como si no hubiera pasado nada.

Una buena parte de él quería negarlo, pero no podía, porque, en cierto modo, era verdad. Sin embargo, ¿no cambiaban todas las verdades en algún momento?

Se quedaron en silencio un instante y luego Gabe se alejó de la isla.

—Vete a la cama.

Y con esto desapareció en la oscuridad de lo que una vez había sido una salida al porche trasero y que hacía años habían cerrado y transformado en una despensa.

En la quietud de la cocina, Lucian volvió a girarse en el taburete y tomó su taza. Cuando la tenía a medio camino de la boca, se detuvo en seco al sentir una corriente de aire frío que le puso el vello de la nuca de punta. Miró a la derecha, justo cuando se abría la puerta del armario de donde había sacado el té.

En algún lugar de la casa, le pareció oír una risa.

Y le sorprendió lo mucho que se parecía a la de su bisabuela Elise.

Julia contuvo la respiración mientras lo intentaba de nuevo y ofrecía el pincel fino a Madeline. Lo había sostenido frente a ella al menos durante media hora y lo único que había conseguido era que Madeline lo mirara.

—Vamos —murmuró.

Lucian había cumplido con su promesa. Habían traído un caballete con un lienzo en blanco, junto con una selección de pinceles y pintura que estaban sobre la mesa junto a la silla.

Quizá fuera la idea más absurda del mundo, pero tenía que intentarlo. Al menos eso era lo que sentía.

Dejó escapar el aire, bajó el pincel y, al oír unos pasos que se acercaban, miró en dirección a la puerta. En el momento en que los vio, su cerebro sufrió un pequeño cortocircuito.

¡Oh, Dios mío…!

Lucian fue el primero en entrar en la habitación, seguido de cerca por Gabe. Ambos estaban deslumbrantes, vestidos con dos trajes negros hechos a medida. Durante un instante, mientras los miraba embobada, se olvidó de quién era. Menos mal que Devlin no venía con ellos, porque habría tenido muchas probabilidades de caerse del taburete en el que estaba sentada y terminar en el suelo al ver a los tres tan elegantes.

Recordó de inmediato lo que había hecho la noche anterior mientras pensaba en él. Lo que, por supuesto, la llevó a pensar en lo que sucedió en su apartamento y en lo que él le había dicho cuando se bebieron el té. Sus dedos no le habían provocado lo mismo que los de él. Ni por asomo. Como si no…

—Señorita Hughes —una sonrisa curvó sus sensuales labios—, te he hecho una pregunta.

Julia parpadeó.

—¿Ah, sí?

Gabe se puso al lado de su hermano. Así, tan juntos como estaban, se dio cuenta de que eran de la misma altura. Uno con el pelo más oscuro y el otro con el cabello más claro.

—Te ha preguntado que cómo iba la cosa.

—¡Oh! —Miró a Madeline. Seguía con la vista clavada en el pincel que ella sostenía—. Vamos despacio, pero estamos en ello, ¿verdad, Madeline?

Madeline movió un dedo.

Lucian cruzó la habitación y se arrodilló al lado de su hermana. Después sonrió a su rostro impasible.

—Pinta algo para mí y te prometo que esta noche te leeré más de un capítulo. Estamos llegando a la mejor parte, cuando Harry tiene que sumergirse en el agua para salvar a sus amigos. Sí, ya sé que te sabes la escena de memoria, pero sigue siendo igual de emocionante que la primera vez.

Julia intentó reprimir una sonrisa, pero fracasó. Miró hacia el lugar en el que Gabe se había quedado rezagado. Estaba mirando a sus hermanos con una expresión de incertidumbre. Quería invitarle a que se acercara, decirle que podía hacer lo mismo que Lucian y centrarse en las cosas que sabían que le gustaban a Madeline.

Pero cuando Gabe la miró, le lanzó una mirada cansada que no se reflejó en sus ojos atormentados.

—Pórtate bien —dijo Lucian a su hermana acariciándole el pelo. Luego se levantó y miró a Julia—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió ella con tono alegre—. La cabeza ya no me duele nada.

Eso solo era cierto en parte. Si se inclinaba hacia delante demasiado rápido, le palpitaba como si tuviera un segundo corazón en el cráneo, pero eso era bastante normal en los dos días posteriores a una contusión.

—Me alegra oír eso. —Le recorrió la cara con la mirada, deteniéndose en sus labios—. ¿Qué tal dormiste anoche? Espero que el té te ayudara.

El calor que sintió en el vientre fue descendiendo hasta la zona entre sus muslos. Tenía que controlarse.

—Sí que lo hizo.

La sonrisa de Lucian se hizo más amplia. Sus miradas se encontraron. Sin aliento, se vio incapaz de apartar la vista. A medida que los segundos pasaban, se preguntó si él era consciente de la atracción que sentía hacia él. Una atracción que no deseaba en absoluto.

Conociendo su suerte, seguramente lo sabía.

Gabe se aclaró la garganta, llamando su atención.

—Nos vamos en breve. Esta tarde celebramos el servicio conmemorativo de nuestro padre.

—¡Oh! —Apretó los dedos alrededor del pincel—. ¡Qué rápido!

—Sí —replicó Lucian—. Es mejor así.

Gabe inclinó la cabeza.

—¿Necesitas algo antes de que nos vayamos?

—Richard y Livie vienen con nosotros —añadió Lucian.

Negó con la cabeza, a pesar del ligero escalofrío que descendió por su espalda. Pensar en quedarse sola en esa gigantesca casa… le ponía los pelos de punta.

—No, nada.

Lucian echó un vistazo alrededor de la habitación.

—¿Tienes tu teléfono a mano?

—Sí. —Vaya una pregunta más rara.

—¿Puedo verlo?

Sin saber muy bien por qué le estaba pidiendo aquello, se levantó y fue hacia la mesita de noche. Desenchufó el teléfono del cargador y se volvió para mirarlo.

—¿Para qué necesitas verlo?

—¿No puedes limitarte a dármelo? —inquirió él con un brillo de diversión en la mirada.

—Pues… no.

Gabe soltó un resoplido de burla.

—Me gusta.

—¡Cómo no! —murmuró Lucian—. Quiero que añadas mi número.

Su primer impulso fue negarse, pero solo por pura cabezonería. Lucian le dictó su número y ella lo guardó. Segundos después, Gabe hizo lo mismo.

—Si necesitas cualquier cosa, por la razón que sea, llámame —ordenó Lucian.

—O a mí —sugirió Gabe, lanzando a su hermano una sonrisa de oreja a oreja que Lucian recibió con ojos entrecerrados—. No soy tan mandón como él.

Julia sonrió.

—Eso es cierto.

—No soy mandón —dijo Lucian con el ceño fruncido.

Gabe se echó a reír.

—¿De verdad estás tan ciego?

Lucian se cruzó de brazos.

—No tengo idea de lo que estás hablando. La señorita Hughes no cree que sea mandón.

Ella enarcó una ceja y volvió a dejar el teléfono en la mesita de noche.

—En realidad, creo que sí lo eres. Y bastante.

—Está bien. Deja que lo exprese con otras palabras —repuso él—. Te gusta mi lado mandón.

Lo miró y se ruborizó al ver el ardiente brillo de complicidad en sus ojos. Sabía exactamente lo que había querido decir con eso e iba a darle un guantazo… Bueno, luego tendría fantasías sexuales con él, pero también se imaginaría dándole un guantazo.

—Muy bien entonces —señaló Gabe, rodeando los hombros de su hermano con el brazo—. Tenemos que irnos. Si llegamos tarde, Dev se volverá loco y no nos dejará en paz.

—Triste pero cierto. —Lucian empezó a retroceder—. Recuerda. Si necesitas algo, llámame. Si lo llamas a él, destrozarás mi frágil ego.

—Y eso sería una pena —dijo ella con sequedad.

—Por supuesto. Debemos evitarlo a toda costa. —Le guiñó un ojo de una forma absurda antes de detenerse en el umbral de la puerta—. Por cierto, me encanta tu atuendo.

Julia se miró sorprendida. ¿Qué era exactamente lo que le gustaba? Llevaba un sencillo y viejo uniforme azul. Era un seductor incorregible. Cuando alzó la vista, Gabe estaba empujando a su hermano fuera de la habitación. Le susurró algo, pero ella estaba demasiado lejos como para oírlo. Sin embargo, a Lucian debió de hacerle gracia porque le llegó el eco de su risa ronca y embriagadora.

Ambos parecían estar de buen humor a pesar de que se dirigían al *servicio conmemorativo* de su padre.

—¡Qué raro! —murmuró para sí.

Pero como los problemas que tuvieran con su difunto padre no eran de su incumbencia, decidió volver a centrarse en Madeline y se sentó en el taburete. Le costó no pensar en el hecho de que Gabe no había intentado interactuar con Madeline. Si estaba encerrada en su cuerpo, pero era consciente de todo lo que pasaba a su alrededor, seguro que le había dolido.

Soltó un suspiro.

—En tu familia han pasado muchas cosas, ¿verdad?

Madeline no respondió, pero Julia volvió a ofrecerle el pincel. Después de un rato, la hermana de Lucian bajó la vista hacia el mango negro y fino y movió los dedos de la mano derecha. Julia se quedó inmóvil, esperando, deseando que pasara algo, lo que fuera.

Entonces, con una lentitud casi dolorosa, Madeline levantó la mano y sujetó el pincel entre sus delgados dedos.

14

Lucian iba a necesitar un barril de burbon si quería sobrevivir al funeral. Habría preferido estar en cualquier otro lugar que no fuera ese, y ni siquiera era un funeral en sentido estricto. Era un simple servicio conmemorativo al que acudiría la flor y nata de la sociedad y en el que fingirían respetarse mutuamente.

En lugar del ataúd habían colocado una gran foto enmarcada de su querido padre. Aún no les habían entregado el cadáver. Cuando por fin lo tuvieran, celebrarían una ceremonia más íntima y sencilla.

O dicho de otro modo, nada tan grotesco como lo que se estaba llevando a cabo en ese momento.

De pie, en un rincón del gran atrio, contempló a Dev recibir a los asistentes. Había nacido para toda esa mierda. Lo habían preparado y criado para desempeñar ese papel. Se notaba que estaba en su salsa, mientras que a él le apretaba el cuello de la camisa y le picaba el traje que llevaba.

Enseguida Dev se subiría al estrado que había enfrente y se pondría a soltar tonterías edulcoradas sobre su padre para las que Lucian necesitaría tomar un antiácido para la indigestión que le provocarían.

Con un poco de suerte, podría escabullirse de allí antes de que terminara.

A esas alturas ya había tenido que lidiar con medio centenar de condolencias de medio pelo. Como se le acercara una persona más, con una de esas sonrisas de compasión forzadas, se la borraría de un puñetazo en la cara.

Lo único positivo que saldría de todo ese circo serían las donaciones que se harían a causas benéficas. Nada más.

—Podrías disimular un poco y fingir que quieres estar aquí —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió para mirar a Troy con una sonrisa de satisfacción.

—No creo en el lema «Finge hasta que lo consigas». —Esperó a que Troy se pusiera a su lado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Troy se cruzó de brazos.

—He venido a presentar mis respetos.

Lucian resopló.

—¿En serio?

Troy lo miró fijamente con sus ojos oscuros.

—No me gustaba ese hombre lo más mínimo, pero a vosotros os considero mis hermanos. Aunque solo sea por eso, puedo soportar estar unos minutos deseando patearme las pelotas, varias veces.

Lucian se rio por lo bajo.

—En eso estoy contigo.

Gabe se movió entre la multitud para unirse a ellos. Venía con pasos largos y decididos y parecía tan cómodo con esa situación como él. Lo vio evitar sutilmente a un político de avanzada edad que se dirigía hacia él.

—Casi te pilla —se rio Troy cuando Gabe se detuvo frente a ellos.

—¡Jesús! —se quejó su hermano, pasándose una mano por el pelo. Los largos mechones cayeron de inmediato hacia delante—. Como tenga que volver a escuchar otra historia más sobre los viejos tiempos en Eton terminaré asfixiando a alguien con mis propias manos.

Lucian se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se balanceó sobre sus talones. Se fijó en la rubia alta y delgada que acababa de ponerse junto a Dev. Torció los labios en una sonrisa irónica.

—Parece que escapaste a tiempo.

—¡Mierda! —masculló Troy por lo bajo cuando vio de quién estaba hablando.

—¿Qué? —preguntó Gabe antes de mirar sobre su hombro—. ¡Ah, joder!

Se trataba de Sabrina Harrington, la retocadísima heredera prometida de Dev. Con su esbelta figura y su cabello rubio platino, parecía tan fría e inaccesible como su hermano mayor. Seguía sin entender cómo habían terminado juntos.

Sobre todo porque hacía años, cuando los tres regresaron de la Universidad, por quien había estado colada era por Gabe.

Tampoco comprendía cómo Dev podía aguantar pasar con ella el tiempo suficiente para contemplar siquiera la idea de casarse con ella.

Los tres observaron cómo la rubia metía su pálido brazo entre el de Dev. El mayor de los De Vincent la miró. Ella le sonrió, pero su hermano permaneció impasible, haciendo que la sonrisa de ella se desvaneciera casi al instante.

—¡Guau! ¡Se les ve tan enamorados! —comentó Troy.

—Sí —replicó Lucian mientras se fijaba en Gabe, que en ese momento tenía la vista clavada en sus deslumbrantes mocasines como si quisiera que la tierra se lo tragara.

—¿Dónde está vuestro tío? —preguntó el policía con el ceño fruncido.

—En una de las habitaciones traseras con unos amigos —respondió Gabe, colocándose para quedar de espaldas a Dev y a Sabrina—. Lo más probable es que se estén emborrachando.

—Entonces se lo estará pasando mejor que nosotros —replicó Troy, echando otro vistazo a la multitud—. Bueno, voy a marcharme, aunque antes de irme tengo algo que deciros. —Los miró a ambos—. Estoy haciendo todo lo posible por contener a mi jefe, pero vamos a tener que hablar de todo esto. Y pronto.

Lucian se imaginó que el informe de la autopsia tenía que estar al caer. Hizo un gesto de asentimiento.

—Mensaje recibido.

Troy le dio una palmada en el hombro y luego hizo lo mismo con Gabe.

—Os veo después.

Los hermanos vieron cómo se abría paso entre un grupo de asistentes. Gabe fue el encargado de romper el silencio que se había instalado entre ellos con un profundo suspiro que pareció más sonoro que la charla de su alrededor.

—Tengo la sensación de que el resultado de la autopsia no nos va a gustar en absoluto.

Lucian apretó los dientes un instante antes de decir:

—Yo también.

El progreso en ese campo requería una paciencia casi virtuosa. También era necesario alguien que supiera mantener sus cuerpos ocupados mientras esperaban. Al menos eso era lo que Julia creía al tiempo que observaba a Madeline.

La mujer había sostenido el pincel durante una hora antes de mirar la paleta de pinturas. Julia le había mostrado con otro pincel el movimiento que había que hacer sobre lo que había descubierto que no era un lienzo, sino una superposición de varias hojas de pergamino grueso, y había pintado una especie de muñeco de palotes torcido. Hasta ahí llegaba su talento con el dibujo. Hacía media hora que había retirado la hoja que había usado y ahora

Madeline miraba fijamente la página en blanco, con el pincel temblando en la mano.

Una mezcla de aburrimiento y anticipación se arremolinaba en su interior mientras esperaba sentada. Podía haber encendido la televisión, pero no quería que Madeline se distrajera, aunque sabía que lo más probable era que sostener el pincel fuera el único progreso que hiciera…

Entonces Madeline se movió.

Julia se mordió el labio cuando la joven colocó el pincel sobre la paleta de colores. Después de un rato, sumergió el pincel en la pintura marrón y luego lo dirigió hacia el papel. Movió la muñeca y una tenue línea marrón se extendió sobre el lienzo.

—Eso es, Madeline —dijo mientras la veía trazar pequeñas pinceladas de marrón oscuro—. Lo estás haciendo muy bien.

Era increíble que Madeline estuviera pintando. Sí, era cierto que solo parecían líneas, pero era un avance milagroso.

Quizá demasiado milagroso, susurró una voz en su interior.

Se sintió fatal al instante por haber pensado eso, pero las expectativas que había tenido con respecto a ese experimento habían sido realistas. Los pacientes que se encontraban en una condición similar a la de Madeline tardaban semanas, meses, hasta años, en conseguir el más mínimo progreso. E incluso entonces, costaba creerlo.

Pero el doctor Flores creía que el problema de Madeline era psicológico, y de ser ese el caso, físicamente podía hacer cualquier cosa que hubiera sido capaz de realizar antes. El bloqueo estaba en su cabeza, no en su cuerpo.

Se mordió el labio y estudió a Madeline mientras esta continuaba dibujando con la pintura marrón. Después de un instante, cambió de color, eligiendo un rojo que le recordaba al terciopelo de los sillones en los que se había sentado la primera vez que llegó.

A medida que la veía pintar, no sabía si darse palmaditas en la espalda por haber tenido esa idea o no creerse que nada de aquello estuviera ocurriendo de verdad.

Quizá solo fuera una especie de llave que al final desbloqueara el estado en el que se había sumido Madeline. De ser así, tenía que aprovechar la oportunidad.

—¿Sabes dónde estás, Madeline?

Su mano se detuvo sobre el papel.

Esperando no estar cometiendo un error, respiró hondo y continuó.

—¿Sabes que estás en casa?

Madeline comenzó a pintar de nuevo, aplicando el color carmesí en la parte superior del lienzo.

—¿Sabes dónde has estado? —Al ver que no respondía, pero seguía pintando, Julia se frotó las rodillas con las palmas de las manos—. Está bien. Lo único que necesitas saber es que aquí estás a salvo.

El pincel se detuvo. Madeline pareció tomar una profunda bocanada de aire y después, muy despacio, volvió la cabeza hacia Julia. Tenía los ojos muy abiertos y el negro de sus pupilas resaltaba contra el azul verdoso de sus iris.

Julia contuvo el aliento al notar el miedo en su mirada. No le cabía la menor duda. Estaba aterrorizada. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Madeline…

Cerró la boca al instante. La hermana de Lucian ahora estaba mirando a un punto por detrás de ella. Sintió un hormigueo en el cuello que se fue extendiendo por sus hombros.

Todavía sin respirar, se volvió en su taburete. El corazón se le subió a la garganta cuando vio a un extraño parado en el umbral de la puerta del dormitorio. Su cuerpo reaccionó por instinto. Se puso de pie de un salto y se colocó entre Madeline y el hombre, mientras miraba su teléfono sobre la mesita de noche. ¡Mierda! ¿Por qué no se lo había metido en el bolsillo?

El miedo le heló la sangre. Todo el mundo se había ido de la casa, así que, quienquiera que fuera ese hombre, lo más probable era que no formara parte del personal. En circunstancias normales, aquello no habría sido una buena señal, pero no iba vestido como si estuviera a punto de sacar un arma y exigir el acceso a una caja fuerte llena de lingotes de oro. Llevaba un polo azul turquesa y unos pantalones cortos color caqui. Y estaba bastante segura de que lo que calzaba eran unos náuticos.

El típico atuendo de un niño rico.

Aunque también dudaba que toda la gente que entrara a robar en una casa a plena luz del día se vistiera de negro.

—¿Quién eres? —inquirió el hombre antes de que a Julia le diera tiempo a hablar.

—¿Que quién soy?

Se clavó los dedos en las palmas de las manos consternada. ¿Ese hombre irrumpía como si nada en la casa y le preguntaba que quién era? Sin embargo, había algo en él que le resultaba familiar, aunque estaba segura de que jamás lo había visto.

Cuando lo vio entrar en la habitación, se tensó con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—Eres enfermera —dijo él, apretando la mandíbula—. Te contrataron, ¿verdad?

Estaba claro que se estaba refiriendo a los De Vincent, pero no iba a responderle.

—No sé quién eres ni cómo has entrado en esta casa, pero voy a tener que pedirte…

—¿Qué? ¿Que me vaya? Tengo más derecho a estar aquí que tú. —Cuando dio un paso a un lado, ella se movió, colocándose de nuevo entre ese hombre y una mujer que no podía defenderse. El intruso se detuvo y entrecerró los ojos—. ¿No tienes idea de quién soy? Soy Daniel Gabon.

A pesar de que dudaba que la mayoría de los ladrones y asesinos en serie se presentaran, no se sintió muy aliviada.

—No conozco ese nombre.

—Por supuesto que no —replicó él con amargura—. ¿Por qué iban a hablarte de mí?

Volvió a mirar su teléfono, y después echó un vistazo a su alrededor en busca de un arma, por si acaso.

Entonces la actitud del desconocido cambió por completo. Dejó caer los hombros y negó con la cabeza.

—¡Mierda! No estoy tratando de asustarte o comportarme como un imbécil. No has hecho nada malo y no… ¡Joder! No tienes ni la más remota idea de dónde te has metido.

Aquello aumentó la inquietud que sentía.

—Lo siento, pero no…

—Soy el primo de Madeline. Mi padre era el hermano de su madre —explicó él, pasándose una mano por el pelo corto y de punta—. No quería presentarme aquí de este modo, pero… —Miró detrás de ella. Julia se dio cuenta de que ahora podía ver a Madeline. Daniel maldijo en voz baja—. Me sorprendí cuando la vi…, cuando os vi a ambas.

En ese momento entendió por qué le resultaba familiar. Tenía un cierto parecido con Madeline y Lucian: la nariz, la forma de la mandíbula. Recordó que el senador había mencionado a un primo.

—De verdad que no era mi intención asustarte. —Alzó las manos y la miró con ojos suplicantes—. Pero tenía que venir hoy. Porque era la primera vez que sabía a ciencia cierta que *ellos* no estarían aquí.

Dudaba si creerle o no, pero tenía claro que necesitaba llegar hasta su teléfono y enviar un mensaje a Lucian. No sabía si ese hombre de verdad era su primo o si le permitían siquiera estar allí.

—Está bien. —Notó cómo se le movía la nuez al tragar—. Me doy cuenta de que sí te he asustado. Solo quería comprobar si era cierto.

No necesitó preguntarle a qué se refería con eso.

Estaba mirando a su prima como si hubiera visto a un fantasma. Se volvió hacia Madeline. Había dejado el pincel y había metido las manos en los bolsillos del amplio suéter que llevaba.

Daniel se acercó y se arrodilló frente a ella. La miró detenidamente y tomó una temblorosa bocanada de aire.

—Estás aquí. Creía… creía que nunca volvería a verte, pero estás aquí de verdad.

Con el corazón todavía acelerado, fue hasta el teléfono.

—¿Cómo supiste que Madeline estaba aquí?

Él la miró y su expresión recuperó parte de la dureza que había mostrado antes.

—Desde luego que no fue por mis primos —respondió con las fosas nasales ensanchándose por la ira—. Siempre me echaban la culpa. ¿Sabes? Cuando éramos pequeños, cada vez que hacíamos alguna travesura, siempre era por mí. —Recordó lo que el senador le había contado sobre una escapada —. A veces lo era, pero solo éramos unos críos. —Esbozó una leve sonrisa y se volvió hacia su prima de nuevo—. También me culparon cuando desapareció. Pensaron que tenía algo que ver con eso. Y no era verdad. —Hizo una pausa—. ¿Está bien?

Julia agarró su teléfono de la mesita de noche.

—Está en ello. No me has dicho cómo sabías que estaba aquí.

—Me llegaron algunos rumores hace cosa de una semana —dijo mientras levantaba una mano hacia Madeline. No la tocó. Solo la sostuvo en el aire frente a ella—. Tengo un amigo que trabaja en el hospital del doctor Flores. Dijeron que habían visto a alguien que se parecía tanto a Madeline que jurarían que era ella.

Julia se sentó en el borde de la cama y desbloqueó a toda prisa el teléfono. Se desplazó a través de sus contactos, y cuando vio el nombre que estaba buscando, pulsó en él.

—Pero le restaron importancia porque todo el mundo pensaba que estaba muerta —continuó él—. Menos yo. Nunca lo creí.

A Julia se le congelaron los dedos al ver a Madeline sacar la mano izquierda del bolsillo. Luego se quedó boquiabierta cuando la joven le ofreció la mano a Daniel. ¡Dios bendito! Si no estuviera sentada, se habría caído al suelo del impacto.

Daniel enroscó los dedos con los de Madeline y sonrió lleno de alivio.

—¿Estás pintando? —preguntó con voz ronca.

Madeline miró a su primo, pero no movió los labios. No hubo respuesta verbal, aunque Daniel cerró los ojos de todos modos.

Julia no tenía idea de lo que estaba pasando. Sin embargo, envió un mensaje de texto rápido a Lucian y, sin soltar el teléfono, se puso de pie y se acercó lo más que pudo a Madeline por si…, bueno, por si sucedía algo.

—Ha empezado a pintar hoy —explicó. Sentía que tenía que decir algo.

Daniel levantó la mano de Madeline y se la colocó en la frente.

—A Madeline le encantaba pintar. Si la hubieran dejado, podría haberse quedado sentada delante de un lienzo durante días sin hacer otra cosa. —Bajó sus manos entrelazadas—. ¡Maldita sea! No te imaginas lo mucho que me alegra volver a verte.

Julia sintió el teléfono vibrándole en la mano y resistió la tentación de mirar la pantalla. Lucian debía de estar llamándola.

—Te vas a poner bien —dijo Daniel, aunque sonó como si se lo estuviera diciendo a él mismo. Soltó la mano de su prima y se incorporó, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón corto. Luego la miró—. ¿Ha dicho algo sobre dónde ha podido estar?

Julia negó con la cabeza.

Daniel se fijó de nuevo en su prima, que volvía a tener la vista clavada en el lienzo.

—Sé que has enviado un mensaje a uno de ellos —indicó Daniel con una risa ronca.

Se le cayó el alma a los pies. No tenía sentido mentir.

—Sí. Es mi trabajo.

—Lo entiendo —espetó con tono cansado antes de retroceder—. Será mejor que me vaya antes de que vengan y me den una paliza.

Julia abrió los ojos de par en par.

—¿Pareces sorprendida? No deberías. Esos hermanos… —Se interrumpió con otra risa áspera—. Solo quería ver si era verdad. Que Madeline estaba aquí. Eso es todo. —Se mordió el labio con un gesto que le recordó mucho a Lucian—. ¿Puedo dejarte mi número? Por si…, bueno, por si pasa algo. ¿Podrías avisarme? Te estaría eternamente agradecido.

Julia estuvo de acuerdo y guardó su número, aunque no tenía la intención de usarlo.

—Gracias —dijo. Asintió con la cabeza en su dirección antes de comenzar a dirigirse hacia la puerta—. Siento mucho haberte asustado y la

forma como me he comportado al principio. De verdad.

Julia se obligó a sonreír. El teléfono volvió a vibrar en su mano.

—No pasa nada.

—No hace falta que me acompañes, sé dónde está la salida. —Empezó a salir por la puerta, pero entonces se detuvo y miró a su prima. Madeline había vuelto a tomar el pincel y lo estaba moviendo a lo largo del lienzo—. Mira, siento que necesito decirte esto.

—¿El qué?

—Ten cuidado con ellos…, con los hermanos. —Daniel la miró a los ojos —. No son… no son buenas personas, ¿entiendes? No me conoces de nada, pero créeme cuando te digo que son peligrosos y que no se puede confiar en ellos. Madeline lo sabía y mira lo que le pasó.

15

Cuando Lucian se detuvo en la galería, fuera del dormitorio de Maddie, casi se sintió como si hubiera entrado en un universo paralelo después de salir de casa.

—Déjame que lo entienda. —Tenía las manos apoyadas en la barandilla y la espalda ligeramente inclinada—. Madeline reaccionó al asunto de la pintura y ahora está dibujando algo ahí dentro. Lo he visto con mis propios ojos. No tengo ni idea de lo que está pintando, pero lo importante es que lo está haciendo. —Se detuvo y miró a Julia—. ¿Verdad?

Ella lo miró con gesto compasivo.

—Es mucho para asimilar. Yo la he visto hacerlo más tiempo que tú y sigo sin creérmelo del todo.

—Y no solo eso. Mi primo, Daniel, encontró la manera de entrar en esta casa, te asustó ¿y consiguió que mi hermana también reaccionara a su presencia? ¿En serio le dio la mano?

Julia asintió.

—Eso… eso fue lo que me pareció.

—¡Mierda! —masculló. Levantó una mano de la barandilla y se frotó el pecho. Le alegraba oír que Madeline había reaccionado a alguien. De verdad. Pero estaba muy dolido. Él era su hermano, su mellizo. Y cuando estaba con ella, parecía que ni siquiera se percataba de su presencia.

Bajó la mano y dejó escapar un suspiro entrecortado mientras volvía a mirarla.

—Debería haberte advertido sobre Daniel. No me imaginé que se enteraría de lo de Maddie.

Julia le había contado lo que su primo le había comentado sobre que algún empleado del hospital había creído ver a Madeline. Deberían haber previsto que los rumores se esparcirían y terminarían llegando a los oídos de Daniel y del resto de la gente.

—Me asustó, sí, pero… pero tampoco fue para tanto. —Julia se cruzó de brazos—. No intentó hacerme daño, ni a Madeline. Simplemente me tomó

desprevenida.

Lucian negó con la cabeza.

—No, no le restes importancia. Mi primo sabe que aquí no es bienvenido.

—¿Cómo consiguió entrar?

Lucian frunció el ceño mientras miraba la propiedad.

—Esa es una buena pregunta. Sé que no entró por la puerta principal.

—¿Hay otra forma de entrar?

—Daniel conoce esta casa lo bastante bien como para recorrerla a oscuras. Debió de encontrar alguna ventana abierta. —Ya tenía a Richard comprobándolo.

—Solo le dije que Madeline no hablaba y que acababa de empezar a pintar. —Una ligera y cálida brisa movió los mechones que enmarcaban su rostro—. Él tampoco me hizo muchas preguntas. No creo que le diera tiempo. Enseguida se dio cuenta de que te había mandado un mensaje. Se marchó inmediatamente después.

—No creí que le hubieras dicho nada que no quisiéramos que se supiera. —Apretó los dedos sobre la barandilla, aplastando las hojas de enredadera bajo sus palmas. Lo último que Madeline necesitaba era estar en medio de toda la mierda que solía acompañar a su primo. Miró el jardín de abajo y luego soltó la barandilla—. Eso no es lo que me preocupa.

Aunque no la estaba mirando, la sintió acercarse. Después de un momento la oyó decir:

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿por qué no permitís que Daniel entre en esta casa? Madeline reaccionó a su presencia. Eso es algo muy positivo.

Lucian se separó de la barandilla y la miró.

—Primero, sí es de tu incumbencia. Estás viviendo aquí. Cuidas de Maddie y te las arreglaste para que hiciera algo más que estar sentada, mirando fijamente a la pared. Así que tienes derecho a saber qué es lo que pasa.

Vio cómo relajaba los hombros.

—De acuerdo.

Lucian apoyó la cadera contra la barandilla y se cruzó de brazos.

—La razón por la que no dejamos que Daniel venga a casa es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo —insistió ella—. Madeline ya ha cenado y podemos verla desde aquí. —Señaló la puerta con la barbilla. Su hermana estaba sentada frente al caballete.

Se quedó mirándola durante un instante. Todavía le sorprendía que estuviera pintando. Desde su regreso, había temido que no se produjera ningún cambio. Que siempre necesitara a una persona a su lado para que la ayudara con todas sus necesidades. Verla hacer algo, cualquier cosa, por sí misma, casi hizo que se derrumbara por el alivio que sintió.

Y por muy espantoso que pareciera, se alegraba de que aquello le hubiera proporcionado una razón para atraer la atención de Julia hacia él. Estaba descubriendo que le estaba costando sudor y lágrimas lograrlo; algo que nunca le había sucedido.

Normalmente, las mujeres solo tenían ojos para él.

Esa experiencia le estaba dando una buena cura de humildad.

Dejó de mirar a Julia y volvió a fijarse en las puertas.

—De pequeños, Maddie y yo estábamos muy unidos. Por un lado estaban Dev y Gabe, y por otro, Maddie y yo. Pero como yo también era un niño, de vez en cuando me iba con mis hermanos y la dejábamos de lado. Aunque jamás lo hicimos a propósito.

—Por supuesto que no —señaló Julia—. Erais unos críos.

Él asintió.

—Creo que por eso se acercó tanto a Daniel. Su padre era el hermano de mi madre. Venían por aquí a menudo y él era hijo único. Su madre murió de cáncer cuando él era muy pequeño y su padre, mi tío, nunca volvió a casarse. Cuando yo me iba con Dev y Gabe, o más bien los perseguía… —se detuvo y se rio entre dientes—, Maddie se quedaba con Daniel, que era un año más joven que nosotros.

Julia fue hacia una de las sillas de mimbre que había junto a la puerta y se sentó. Los rayos del sol poniente se reflejaron en sus pómulos mientras echaba la cabeza hacia atrás y lo miraba.

Lucian respiró hondo.

—En todo caso, siempre se estaban metiendo en líos. Rompían cosas. Salían por ahí sin avisar a nadie. Ese tipo de situaciones. En un par de ocasiones llegaron a escaparse haciendo que todo el mundo tuviera un ataque de pánico. —Se frotó la mandíbula, recordando con facilidad los momentos del pasado, cuando sus hermanos y él se pasaron horas buscándolos—. Algunas de esas travesuras continuaron cuando éramos adolescentes. A nuestro padre no le importaba, pero a mi madre empezó a preocuparle.

Julia frunció el ceño.

—¿Por qué? Por lo que me estás contando, parecían tonterías de niños.

—Y lo eran, la mayor parte. Aunque no te lo creas, no fui yo el que dio a mi hermana su primera cerveza o porro. Ni siquiera fueron sus amigos. Fue Daniel. Como era de esperar, a mi madre no le hacía ninguna gracia. —Esbozó una leve sonrisa—. Y entonces, como unos seis meses antes de que Maddie desapareciera y mi madre…, bueno, ya sabes lo que le pasó, a Daniel le prohibieron entrar aquí. Él y Maddie volvieron a escaparse y mi hermana estuvo varios días sin ir al instituto. De alguna manera se las arreglaron para llegar hasta Florida.

Lucian negó con la cabeza.

—Ni siquiera recuerdo por qué lo hicieron, pero la situación aquí no era muy… agradable. En esa época, Dev y Gabe se habían ido a la Universidad y solo estábamos Maddie y yo. —Bajó la barbilla y cerró los ojos—. Mis hermanos eran unos expertos a la hora de distraer la atención de nuestro padre y, sin ellos, ya no había nada que se interpusiera entre él y nosotros. Ni siquiera nuestra madre.

—¿Pero no ibais todos a un internado privado? —preguntó ella.

—Sí, pero estaba cerca. Volvíamos a casa todas las noches y los fines de semana. No dormíamos allí como los otros alumnos.

Julia se quedó callada. Cuando abrió los ojos y la miró, se dio cuenta de que lo estaba observando. Sus miradas se encontraron. Fue incapaz de apartar la vista. En realidad no quería hacerlo.

¡Dios! Era preciosa. ¿Lo sabría ella? Allí sentada, con ese uniforme azul y el pelo recogido en un moño, era mucho más impresionante que cualquiera de las mujeres vestidas a la última moda que pululaban por el Red Stallion.

Entonces ella bajó sus espesas pestañas, rompiendo el contacto visual entre ambos. Después, se aclaró la garganta.

—Así que supongo que veíais a Daniel como una mala influencia, ¿no?

—Sí. Cuando Maddie desapareció después de la muerte de nuestra madre, todos pensamos que se vio superada por la tragedia y se escapó con él. Daniel lo negó, por supuesto, y yo no le creí. Tal vez fui un poco desagradable con él.

—¿En serio? —replicó ella con sarcasmo.

Apretó los labios y bajó la barbilla mientras se frotaba la mandíbula.

—Es solo que, de pequeños, Maddie y yo estábamos muy unidos, incluso con Daniel por aquí, pero cuando llegamos a la adolescencia surgió una brecha entre nosotros. No sé. Puede que eso sea lo normal. —Dejó caer la mano—. En cualquier caso, Daniel no fue la mejor influencia.

—Pero si puede ayudar a que Madeline se recupere, ¿no sería mejor olvidarse de todos los líos en los que se metieron de adolescentes? —sugirió ella—. Podría ser beneficioso para tu hermana.

Tal vez. ¿Qué sabía él después de todo? Lo único que había conseguido era que Maddie se sentara sola.

Julia se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Daniel me dijo otra cosa. No estoy segura de si debo contártelo, porque no creo que esto vaya a ayudar en nada a Maddie, pero siento que tengo que hacerlo, porque…, bueno…, porque sí. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Tu primo…

—¿Te advirtió sobre nosotros? ¿Dijo que éramos malas personas o peligrosos? —terminó él por ella. Se notaba que Julia prefería no seguir.

Ella cerró la boca.

—Sí, algo así.

Lucian se rio sin alegría.

—Nunca me llevé bien con Daniel. Tampoco mis hermanos. Es de mi familia y sé que se preocupa por Maddie, pero es tan útil como un descapotable en un tornado. No es el tipo más brillante sobre la faz de la tierra y en los dos últimos años ha dilapidado la herencia que le dejó su padre.

Julia se enderezó.

—¿Su padre también murió?

—Hace siete años. Un fallo multiorgánico —explicó—. Nuestro padre le estuvo prestando dinero, porque como te acabo de decir es de la familia, pero cuando dejó de hacerlo, hará como seis meses, digamos que Daniel se embarcó en la madre de todas las campañas para desprestigiarnos.

—¡Vaya! —murmuró ella—. Tienes una familia… complicada.

—Esa es una forma muy suave de decirlo. —Sonrió al ver que sus labios se curvaban hacia arriba—. Voy a meditar sobre la posibilidad de dejar volver a Daniel. Dev se negará en redondo, pero tendrá que aceptarlo.

—Creo que le vendrá bien a tu hermana. —Julia miró en dirección a la habitación. Madeline seguía pintando. No tenía idea de lo que estaba dibujando. Solo eran trazos rojos y marrones y lo que parecía ser un par de ojos al azar—. Sé que no estabas muy apegado a tu padre, pero siento haber interrumpido su servicio conmemorativo.

Quería decirle que, en realidad, había sido una bendición, pero cuando abrió la boca, por primera vez en su vida se quedó sin palabras. Podía bromear todo lo que quisiera, pero nada de aquello cambiaría lo que había pasado hoy o lo que sucedería al día siguiente.

Lo que Troy les había dicho durante el servicio se había quedado flotando en algún lugar de su mente. La preocupación por su hermana y lo que estaba por venir fluía como el ácido por sus venas.

Tenía la sensación de que no iban a poder mantener en secreto el regreso de Maddie por mucho más tiempo, y cuando saliera a la luz, la gente empezaría a fijarse en la cronología de los hechos y sacarían las mismas conclusiones que Dev y su tío.

—¿Lucian? —murmuró Julia.

Dejó de sumirse en sus pensamientos y le sonrió.

—¿Sí?

Ella lo buscó con la mirada.

—¿Estás bien?

Un impulso casi sobrecogedor de contarle lo que estaba pensando lo golpeó con la fuerza y la velocidad de una bala. ¡Qué raro!

—Sí. Solo he tenido un día duro.

Julia lo observó durante un instante antes de deslizarse hasta el borde de la silla.

—Es comprensible. Bueno, será mejor que vuelva dentro. —Se levantó y dio un paso hacia la habitación—. Estoy segura de que…

Lucian no tenía idea de lo que sucedió.

Lo único que supo fue que Julia estaba de pie, y en un abrir y cerrar de ojos, se estaba cayendo. Se abalanzó hacia ella al instante y la agarró de los brazos antes de que se volviera a golpear en la cabeza o algo parecido.

—¡Madre mía! —dijo él, riéndose por lo bajo y mirando la parte superior de su moño—. ¿Te encuentras bien?

—¡Oh, Dios mío! —repuso ella, levantando la cabeza—. Acabo de tropezarme con mis propios pies. —El rubor cubrió sus mejillas—. No me puedo creer que me haya pasado esto.

Esbozó una sonrisa a medida que la ayudaba a incorporarse. Al menos eso era lo que empezó a hacer. La estaba poniendo de pie y, al segundo siguiente, la atrajo contra él, abrazándola con la fuerza suficiente como para sentir sus senos contra su pecho. Julia jadeó por la sorpresa.

¡Mierda!

Reprimió un gemido. Su cuerpo había empezado a reaccionar a toda esa suavidad que se presionaba contra él. Se puso duro en menos de un segundo, sintiendo una necesidad casi dolorosa e irracional por tenerla, por *reclamarla*. Jamás había experimentado algo así. Era una locura. Podía acostarse con cualquiera. Lo único que tenía que hacer era salir de esa casa o hacer una

llamada rápida y tendría a una docena de mujeres bien dispuestas para él. Sin embargo, estaba obsesionado con la única que se le resistía. Era un egoísta. Un completo egoísta. Pero no podía evitarlo.

Notó cómo Julia se ponía tensa en sus brazos y abría los ojos como platos. Vio cómo su rostro se ponía cada vez más rojo. Esperaba que lo empujara y le lanzara esa mirada que contraería las pelotas a la mayoría de los hombres. O que le diera un guantazo. Porque ya habían compartido varias ocasiones en las que había tenido la sensación de que ella había estado a punto de darle un puñetazo en el estómago o algo peor. Si no recordaba mal, incluso había amenazado con golpearlo.

Pero en vez de eso, Julia… se relajó.

¡Joder!

Su cuerpo se derritió contra el de él como la mantequilla caliente y todo, excepto ella, dejó de existir. Todo su ser se centró en Julia. ¡Mierda! La deseaba. En ese mismo instante. Quería arrancarle esos delgados pantalones azules y tomarla contra la pared. O hacerle lo mismo que en su apartamento. Acorralarla contra la barandilla y disfrutar de cada centímetro de ese cuerpo delicioso.

Le traía sin cuidado si alguien los veía.

Pero primero quería saborear su boca. No tenía idea de cómo sabía esa boca contra la suya, o cómo…

Julia se apartó de él con un movimiento brusco y colocó las manos en los muslos mientras daba un paso atrás. Él estiró la mano por temor a que volviera a tropezarse, pero ella lo evitó.

—Tengo que irme —dijo antes de meterse a toda prisa en la habitación de Madeline y cerrar la puerta.

Su primer impulso fue ir tras ella, pero aguantó. Cerró los ojos y se concentró en respirar lentas y profundas bocanadas de aire. Pasó un buen rato antes de que pudiera moverse. Antes de que se sintiera capaz de confiar en sí mismo para no ir a por ella y demostrarle el estado en el que lo había sumido.

16

Julia no tenía idea de lo que Madeline había pintado en la segunda hoja de papel. Era algo muy parecido a lo de la primera, una mezcla de marrones y rojos que formaba una combinación que recordaba al tono de la piel. También tenía su par de ojos. Como en el primer dibujo.

Ella no era ninguna artista, y a menudo le costaba entender el valor estético de la mayoría de las obras de arte, pero aquellos ojos flotantes eran un poco espeluznantes.

Sofocó un bostezo y se levantó del taburete.

—Vuelvo enseguida.

Madeline no respondió. Recogió la palangana y los artículos de aseo que había usado antes, los llevó al baño y limpió el recipiente. En cuanto terminó, lo dejó en la bañera para que se secara. Metió las toallas en una pequeña cesta que había junto a la puerta, y después, mientras le llegaba otro bostezo, limpió la encimera del baño.

La noche anterior había logrado dormir tres horas. Gracias a Dios, no había oído ningún paso misterioso. Por lo visto, su cerebro seguía funcionando bien después de todo lo que había pasado el día anterior. Bueno, más bien los dos últimos días.

Detuvo la mano. El paño húmedo se arremolinó bajo su palma y miró hacia el dormitorio. Entonces, ¿cuál había sido el origen de los pasos que había oído hacía dos noches? Tenía que haberse tratado de alguno de los otros hermanos o quizá su imaginación, porque era imposible que fuera lo que Lucian había sugerido. ¿Fantasmas? Era una idea… ridícula. Tan absurda como el propio Lucian.

Aunque hacía un té excelente.

No le habría venido mal una taza la noche anterior.

Cuando dejó de pensar en los pasos extraños, empezó a dar vueltas a lo que le había dicho Daniel y cómo había reaccionado Madeline ante su proximidad. Esperaba de corazón que Lucian permitiera que volviera, a pesar de sus diferencias.

A peor no iba a ir, eso desde luego.

Pero lo de Daniel no era lo único que la había mantenido despierta. La maldita sonrisa de Lucian se había quedado grabada a fuego en su cabeza hasta que consiguió dormirse.

Ese hombre era… ¡Dios bendito! Era espectacular. No le costaba mucho entender por qué tantas mujeres tiraban la sensatez por la ventana, junto con sus bragas, y caían rendidas a sus pies.

Ella casi lo había hecho la noche anterior en la galería de fuera del dormitorio de Madeline. Su cuerpo prácticamente se había derretido en los brazos de él. Había estado a pique de cerrar los ojos y ladear la cabeza lo suficiente para dejar que la besara.

Completamente ridículo.

Sabía muy bien que no debía ponerse en situaciones en las que perdiera el control sobre sí misma y pudiera cometer toda clase de imprudencias. Pero él… él tenía esa forma de ser que…

Sin embargo, la noche anterior también había visto algo más en él. Aunque lo conocía desde hacía muy poco, le había parecido un tipo indolente, el típico mujeriego rico al que no le preocupaba nada excepto su hermana. Era encantador, divertido, astuto y con un pico de oro, pero anoche había podido ver una grieta en su fachada. Había visto las sombras que se escondían tras sus palabras afables y su sonrisa fácil.

Estaba estresado. ¿Quién podía culparlo? Daba igual las comodidades a las que estuviera acostumbrado, se notaba que en ese momento se estaba enfrentando a un montón de vicisitudes, y su enfermera interior, esa parte de ella que tenía la absurda necesidad de ofrecer consuelo, había querido ir a buscarlo y hacer precisamente eso: consolarlo.

Y esa era la principal razón por la que se había quedado despierta casi toda la noche.

Soltó un suspiro, sacó la pequeña toalla del grifo y regresó a la habitación. Se sentó en la silla que había junto a la cama, se mordió el labio y miró a Madeline. Seguía muy concentrada en la pintura. Esa mañana, le había hecho un control de rutina. No tenía fiebre. Su pulso era un poco lento y tenía la presión arterial baja, pero aquello podía obedecer a la falta de actividad física. Salvo por eso, no presentaba ninguna anomalía grave. Sus músculos no estaban atrofiados y la piel no presentaba un tono amarillento o rojizo. Solo estaba pálida.

Se inclinó hacia delante, apoyó el codo en la rodilla y la barbilla en la mano.

—¿Qué te ha pasado?

Madeline tenía la vista clavada en la pintura. ¿Qué sabía sobre ella? Que había sido una niña y adolescente rebelde. Que había estado muy unida a su mellizo hasta que llegaron a la adolescencia, en la que se apegó más a su primo Daniel. Era evidente que no se había llevado especialmente bien con sus otros dos hermanos. Ni antes de su desaparición, ni cuando regresó. Había desaparecido la misma noche que su madre falleció. De eso hacía casi diez años. ¿Le habría afectado tanto su muerte, haciéndola tan vulnerable como para caer en las garras de algún depredador? ¿O esa muerte había supuesto el detonante de algún tipo de enfermedad mental? Por lo que Lucian le había contado sobre su familia, le dio la sensación de que tenían antecedentes en algunos trastornos, y muchos de ellos podían heredarse. Puede que hubiera sido una mezcla de ambas cosas.

Pero alguien tenía que haberla cuidado durante su ausencia; lo que no impedía que también se hubiera aprovechado de ella. ¿Con quién habría estado? ¿Cómo se habría escapado? ¿Había huido o…?

Tenía tantas preguntas…

El tono de llamada del teléfono la sacó de su ensimismamiento. Como Anna le había enviado un mensaje el día anterior, diciéndole que la llamaría ese día, se puso de pie y fue hacia el teléfono. Cuando vio el número se le revolvió el estómago y sintió una opresión en el pecho.

El prefijo y el resto de los dígitos le sonaban demasiado, y desde luego no eran los de Anna, ya que la tenía agregada en los contactos. Fue hacia las puertas de la galería y envió la llamada al buzón de voz. Luego se quedó allí unos instantes, esperando que sus sospechas no fueran ciertas. Porque era imposible. Después de su última llamada, por fin se había decidido a cambiar de número. Sus padres no podían habérselo dado.

Un minuto más tarde, le llegó un mensaje de texto con tres palabras. Tres palabras que jamás habría querido leer.

> Soy Adam. Llámame.

—¡Maldita sea! —masculló. Cerró los ojos y apretó el teléfono hasta que le dolieron los nudillos. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Alguien debía de haberle dado su nuevo número. O lo había conseguido por sus propios medios; lo que tampoco era muy raro, teniendo en cuenta su profesión. A esas alturas, sabría que ya no vivía en Pensilvania.

Ni loca iba a responder. Evitarlo nunca le había funcionado en el pasado. Al menos no a largo plazo. Pero ¿por qué tenía que lidiar con eso? No le

apetecía lo más mínimo.

Abrió lo ojos y eliminó el mensaje a toda prisa. Cuando estaba dejando el teléfono en su sitio volvió a sonar. Se trataba del mismo número que antes.

Adam.

—¡Por Dios! —farfulló, silenciando la llamada. Aquello no podía estar pasándole…

—¿Va todo bien?

Gritó al oír la voz de Lucian tan cerca. Se dio la vuelta con un jadeo; estaba a menos de un metro de ella. ¿Cómo podía moverse de una forma tan sigilosa con lo grande que era?

Lo miró.

¿Y cómo se las arreglaba para estar tan guapo cuando estaba claro que acababa de salir de la ducha? Tenía el pelo húmedo y un poco más oscuro que cuando estaba seco. La camiseta de algodón gris claro que llevaba se ajustaba a su pecho y abdominales, mostrando sus duros músculos. Parecía que se había duchado, se había puesto la ropa antes de secarse del todo y había ido directamente allí.

—¡Oh, Señor! —dijo ella—. ¿Acaso eres medio fantasma?

—Tal vez. —Lucian estaba mirando con el ceño fruncido el teléfono que tenía en la mano—. ¿Va todo bien? —repitió.

—Sí. —Se llevó el teléfono al pecho, tapando la pantalla. Tenía el corazón en un puño—. Por supuesto.

—¿Estás segura?

Julia se obligó a sonreír.

—Pues claro. ¿Por qué no iba a est…?

El teléfono volvió a sonar, amortiguado contra su pecho. Era oficial. Dios la odiaba.

Lucian enarcó una ceja.

—¿No vas a contestar?

Julia apretó los labios y negó con la cabeza mientras deslizaba el dedo para volver a silenciar la llamada y, de paso, hacer lo mismo con el teléfono.

—¿Y por qué no?

—Porque estoy trabajando y no debería usar el teléfono.

Lucian ladeó la cabeza.

—Puedes responder llamadas sin ningún problema.

Por supuesto que podía, pero no se trataba de eso.

Él le recorrió la cara con la mirada.

—¿Hay alguna razón por la que no quieres responder?

No supo exactamente por qué se puso a la defensiva de ese modo. Quizá fuera por el hecho de que Adam se las había apañado para conseguir su número de teléfono. O tal vez por la falta de sueño. No tenía idea.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Lucian sonrió.

—Mmm. Eso me hace pensar que sí tienes un motivo para no hacerlo.

—Lo tenga o no, no importa. —Se cruzó de brazos con el teléfono todavía en la mano y alzó la barbilla.

—Por cierto, me gusta cómo vas vestida.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué sigues diciéndome eso? Solo son uniformes.

—Pero tienen un montón de puntos a favor.

Julia decidió ignorarlo y cambiar de tema.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Al verlo bajar la barbilla, se dio cuenta al instante de que no debería haberle hecho esa pregunta.

—Puedes ayudarme en un *montón* de cosas.

Julia puso los ojos en blanco a pesar de que notó un agradable hormigueo en su estómago.

—Déjame que vuelva a formular la pregunta: ¿Puedo ayudarte en algo que esté dispuesta a hacer?

—¡Oh, señorita Hughes! —Su voz ahora adquirió un tono bajo y sensual —. Te aseguro que estarías más que dispuesta.

Entreabrió los labios. Tenía calor, mucho calor… Y, de pronto, se quedó helada.

—¿Es que tienes que relacionarlo todo con el sexo?

—Sí. Es mi superpoder.

Lo miró con ojos entrecerrados.

Él sonrió.

En su interior, la impaciencia y la diversión luchaban por tomar el control.

—¿No tienes que ponerte a trabajar o algo que hacer?

—¿Llevar una vida de libertinaje cuenta como trabajo? —inquirió con una sonrisa diabólica—. Porque si es así, me merezco un aumento.

—No. —Suspiró—. No cuenta.

Se volvió hacia su hermana con una risa ronca.

—¿Cómo le está yendo hoy a Madeline?

Aliviada por el cambio de tema, giró la cintura.

—Bien. Lleva toda la mañana pintando.

Lucian se acercó a su hermana y le habló en un susurro que apenas pudo oír. Julia se mantuvo apartada hasta que él dijo:

—Ya que tienes un montón de experiencia con pacientes de este tipo, dime, ¿consideras este progreso normal?

Se olvidó por el momento del problema de la llamada de su ex y fue hacia los pies de la cama, meditando cómo responder a una pregunta que ella misma se había estado haciendo.

—He tenido pacientes en coma y otros con funciones muy limitadas. Algunos mostraron señales de mejora e interés por las aficiones que solían tener, pero nunca… tan rápido.

Lucian la miró.

—¿Quieres decir que jamás has trabajado con alguien que no tiene ningún problema médico aparente para encontrarse en este estado o que sea capaz de pintar, pero no de hablar?

Como no quería mentirle, asintió con la cabeza antes de colocar la manta que había a los pies de la cama. Podía sentir su vista clavada en ella.

—Mi hermana no está fingiendo esto.

Julia levantó la barbilla al instante y se encontró con su mirada.

—En ningún momento he sugerido eso.

Lucian apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Fingir algo como esto es extremadamente difícil. Confía en mí. No creo en absoluto que ese sea el caso.

Lucian le sostuvo la mirada durante un instante antes de volver a prestar atención a su hermana.

—¿Alguien te ha dado a entender que cree que está fingiendo? —preguntó.

No contestó de inmediato.

—Creo que mis hermanos sospechan que no es lo que parece.

Vio cómo volvía a mirar el rostro de su hermana, que continuaba ofreciendo la misma expresión impasible. Julia sintió una oleada de compasión por ella en su interior.

—¿Tienen algún motivo para pensar tal cosa?

Lucian se quedó callado durante tanto tiempo que lo miró. Entonces se encogió de hombros.

—Como te dije antes, no estaban muy unidos a ella. —Hizo una pausa, retirando un mechón de pelo del rostro de Madeline—. Tiene mucho que ver con nuestro padre. Creo que no quería tener más hijos después de Dev y Gabe.

Le habría encantado decirle que no era cierto para que se sintiera mejor, pero teniendo en cuenta todo lo que había oído sobre el patriarca de los De Vincent, supo que no funcionaría. Lucian no era ningún tonto.

—¿No… no os prestó mucha atención a Madeline y a ti?

Lucian hizo una mueca mientras bajaba el brazo.

—Digamos que la única vez que nos prestó atención, deseamos que no lo hubiera hecho. Nuestra madre…

—¿Qué pasó con tu madre? —le animó al ver que no continuaba.

—Trató de compensarlo. —Su media sonrisa se desvaneció—. Hizo todo lo que pudo, pero a veces eso creaba más problemas.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más intentaba compensar la falta de atención de nuestro padre, más tiranteces tenía con Dev y con Gabe. Era como si nadie hiciera nunca lo suficiente. —Parecía que estaba hablando para él mismo—. Cada paso que alguno de nosotros daba adelante, suponía dos pasos atrás para otro. Pero da igual. He venido aquí por otra razón, no para hablar de esto —dijo él.

Supuso que había ido para pasar un rato con su hermana.

—Si quieres os dejo un rato a solas…

—En realidad he venido por ti. —Cuando se volvió hacia ella, ya no tenía el gesto serio. De nuevo mostraba esa risa burlona, como si nunca le hubiera hablado de los problemas de su familia—. ¿Has comido ya?

Había dado de comer a Madeline, pero todavía no se había sentado a almorzar.

—No me mientas —le advirtió él—. Porque sé de buena tinta que no lo has hecho.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Por educación.

Julia se cruzó de brazos una vez más y sonrió con sorna.

—Creía que no te iban esas cosas.

—Estoy haciendo un esfuerzo por ti.

Lo miró fijamente.

—¿Y se supone que tengo que creérmelo?

Él la miró con un brillo de diversión en los ojos.

—Eso espero.

—Pues no.

—Tampoco he dicho que yo lo creyera —aclaró él con una sonrisa de oreja a oreja—. De todos modos da igual.

—¿Por qué?

—Porque ya le he pedido a Livie que nos prepare algo de comer.

A Julia casi se le cayó la mandíbula al suelo.

—Y como hace un día estupendo, Richard está ahora mismo preparándonos un pequeño espacio al aire libre, en el jardín de rosas. No querrás que Livie y Richard hayan hecho todo ese esfuerzo para nada, ¿verdad? Además, Livie viene de camino para quedarse con Maddie mientras te tomas un descanso.

Estuvo diez largos segundos sin poder articular una frase completa.

—Eres… eres…

—¿Increíblemente sexi? ¿Caliente? ¿Un tipo impresionante? —sugirió él —. ¿Extremadamente inteligente? No, espera. —Levantó una mano—. Ya lo sé. Irresistible y único.

Le temblaron los labios.

—Más bien alguien digno de reprobación y un manipulador nato.

—Bueno, no son mis mejores cualidades, pero son bastante efectivas. —Su sonrisa se hizo más ancha—. Porque no vas a decir que no. ¿Sabes por qué?

—¿Porque me has manipulado para decir que sí?

—Además de eso, porque he pedido a Livie que haga sus famosos *beignets* caseros que hacen que cualquier otro se quede a la altura del betún.

¡Mierda!

Ahora no podía negarse.

Y, por supuesto, él lo sabía.

Hacía calor, pero la casa ofrecía sombra suficiente para que la temperatura fuera soportable. En un mes, ni siquiera eso ayudaría a paliar la opresiva humedad del clima.

Sin embargo, Lucian desafiaría al aire sofocante y pegajoso con tal de pasar más tiempo con su enfermera.

Aunque Julia parecía preferir atravesar el pantano descalza a estar con él, estaba muy orgulloso de sí mismo, sobre todo cuando su expresión irritada se transformó en una de asombro al ver por primera vez el jardín de rosas en todo su esplendor.

Tenía que reconocer que el jardín ofrecía un aspecto un poco salvaje. Los rosales y enredaderas invadían los senderos y tapaban por completo los diversos enrejados y la valla de hierro forjado que cercaba el jardín. Sabía que

en unos años, las rosas cubrirían la mesa bistró y las sillas, pero se negaba a que nadie las tocara.

El jardín estaba como le gustaba a su madre.

Y viendo cómo Julia tocaba cada pétalo y cada hoja de camino a la mesa, tuvo la impresión de que a Julia también.

La acribilló a preguntas, sin inmutarse cuando se mostraba evasiva. Mientras comían, descubrió que no había viajado mucho y que antes de aceptar ese empleo había barajado la idea de tener un gato. También se enteró de que llevaba sin ir al cine tres años y él terminó asegurándole que era casi imposible comerse un *beignet* sin mancharse de azúcar.

Cada vez que le respondía a una pregunta, sentía que estaba abriendo una grieta en su armadura y que se iba relajando poco a poco, que no se sentaba tan recta en la silla o se retorcía incómoda en ella. Y a medida que resquebrajaba esa coraza, no pudo evitar acordarse de la noche que la conoció en el bar, antes de que supiera quién era él.

Volvía a llevar el cabello recogido en un moño. Quería alargar la mano sobre la mesa y quitarle todas esas horquillas para que toda esa masa de pelo se deslizara entre sus dedos.

Aunque dudaba que a ella le gustara la idea.

—Entonces… —Se recostó en su asiento y, con un vaso de té en la mano, le hizo la pregunta cuya respuesta estaba deseando oír—. ¿Has estado casada alguna vez?

Se quedó paralizada, con el vaso a medio camino de la boca. Una sombra cruzó su rostro. Un detalle que no se le escapó, ni la forma en que volvió a ponerse tensa.

—Sí, he estado casada.

Le sorprendió tanto que le hubiera respondido, que se quedó quieto.

—¿Divorciada?

Ella asintió.

—¿Qué fue lo que pasó?

Julia apartó la vista y miró las rosas de un rosa intenso.

—No creo que debamos hablar de eso. —Empezó a bajar el vaso—. Y tengo que…

—¿Salir corriendo? ¿Huir?

La vio apretar la mandíbula con gesto obstinado. Algo que le pareció de lo más adorable.

—En realidad, tengo que volver al trabajo, no como otros.

Lucian se rio. Si ella supiera…

—Solo llevamos aquí media hora. La mayoría de la gente tiene una hora para comer. Todavía tenemos tiempo.

Julia lo miró fijamente, con las cejas castañas fruncidas.

—¿Por qué? —Ahora sí que dejó el vaso en la mesa y le sostuvo la mirada —. ¿Por qué quieres pasar más tiempo conmigo y saber cosas de mí?

No sabía muy bien qué responder a esa pregunta.

—¿Tanto te cuesta creer que me interese estar contigo? ¿O conocerte un poco más?

Ella miró a su alrededor.

—Pues… sí. Me cuesta.

—De acuerdo. —Se inclinó sobre ella, sin dejar de mirarla—. Está claro que no lo entiendes. Me gustas, quiero conocerte y pasar tiempo contigo. Y no me preguntes por qué, porque no tengo la menor idea. Solo sé que es así.

Hizo una pausa para asegurarse de que tenía toda su atención.

—Soy consciente de que crees que hago esto porque estoy aburrido. No lo estoy. Te lo aseguro. Si quisiera encontrar algo o a *alguien* con quien entretenerme, mis opciones serían *literalmente* ilimitadas. También sé que piensas que es porque quiero follarte. Y en eso llevas razón. Por supuesto que quiero hacerlo.

Julia abrió los ojos de par en par y respiró hondo de forma ostensible.

—No voy a mentirte sobre eso. Me paso horas en la cama imaginando lo que me gustaría hacerte —continuó—. Lo que es bastante raro. Porque el que quiera follarte *y* conocerte son dos cosas que, en mi caso, no suelen ir juntas.

—¡Guau! —susurró ella—. Simplemente «guau».

Lucian se encogió de hombros.

—Sí, estoy tan sorprendido como tú, pero eso no cambia lo que quiero.

Julia se dejó caer contra el respaldo de la silla con las mejillas rojas y los exuberantes labios entreabiertos. Se dio cuenta de que ahora era ella la que se había quedado sin palabras. No estaba jugando con ella, había sido completamente sincero.

—Yo… ni siquiera sé qué decir. —También estaba siendo honesta—. No tengo ni idea.

De pronto, el sonido de unos tacones de aguja andando por los adoquines le cerró la boca. Se volvió justo para ver a la prometida de Dev entrando por el patio trasero.

¡Oh, mierda!

Si había alguien capaz de aguarle la fiesta, esa era ella.

La heredera del imperio Harrington Shipping atravesó el empedrado con un vestido negro hasta la rodilla que contrastaba con su cabello rubio platino y su piel pálida.

Julia siguió su mirada y se revolvió en su asiento.

—¡Oh, Dios mío…!

—Es la prometida de Dev —explicó Lucian con un suspiro.

—¡La he visto! —Julia se volvió hacia él con los ojos brillando de emoción—. ¡En las revistas!

A Lucian no le gustó su entusiasmo. Sabrina era…, bueno, el interior de esa mujer no era tan bonito ni elegante como su exterior.

—¿En serio? —Sabrina se detuvo en el extremo del patio y apretó los labios de un rojo brillante. Llevaba unas gafas de sol oscuras y un bolso que, seguramente, pesaba la mitad que ella colgando de la delgada muñeca—. ¿Ahora comes con el servicio, Lucian?

—Ten cuidado —le advirtió él al ver que Julia se tensaba en la silla—. No tengo por qué guardar las formas contigo.

—Que yo sepa, yo tampoco. —Ladeó la cabeza sin que se moviera ni un solo mechón de su sofisticado peinado—. ¿Quién eres tú?

—Soy Julia. —Ella lo miró con gesto interrogante.

—Sabe lo de Maddie —la tranquilizó él.

—¿Eres la enfermera? —preguntó Sabrina antes de reírse—. Entiendo.

—¡Vaya! —masculló ella por lo bajo.

—Estoy buscando a Devlin. —Sabrina se volvió hacia él—. ¿Sabes dónde está?

La prometida de su hermano sabía perfectamente que el jardín de rosas era el último lugar en el que podría encontrar a Dev. Conociéndola, seguro que había visto a Julia desde dentro y había ido allí a cotillear.

—¿Tengo pinta de saber dónde puede estar?

La vio fruncir esos labios rojo chillón.

—Bueno, esperaba que fueras de utilidad por una vez en la vida.

—¡Mierda! —murmuró Julia.

—Cariño, soy de mucha utilidad, pero no de la forma que te gustaría. —Sonrió cuando sus fosas nasales se ensancharon—. Y ahora, seguro que te has dado cuenta de que estás interrumpiendo y…

En ese momento, apareció Gabe por la otra entrada del jardín. Al verlos, se detuvo en seco.

Bueno, estaba claro que se había equivocado.

Sabrina había visto a Gabe salir y lo había seguido.

—Gabe, ¡qué agradable sorpresa! —El tono de Sabrina cambió de forma drástica mientras se ponía a juguetear con el collar de diamantes que llevaba en la garganta.

Su hermano hizo una mueca.

—Hola, Sabrina. —Luego hizo un gesto con la cabeza hacia la enfermera y sonrió—. ¿Qué tal, Julia?

—Bien. Justo estaba terminando de comer. —Se quitó la servilleta del regazo—. Livie nos preparó unos *beignets*. Estaban deliciosos. Me he comido unos cuantos.

—No hace falta que lo jures —intervino Sabrina con un tono mordaz que a Lucian le sentó como si acabaran de rociarlo con ácido—, ya que la mitad de los *beignets* han terminado encima de eso que llevas, parecido a una camiseta.

Lucian se volvió muy despacio hacia Sabrina, pero antes de que le diera tiempo a responder, habló Julia.

—Bueno… —Se miró la parte superior del uniforme y pasó el dedo índice por el azúcar glasé que se le había acumulado en el pecho. Después, se llevó el dedo a los labios y sonrió a Sabrina—. Los estaba guardando para más tarde. —Y con eso, se metió el dedo en la boca y se lo chupó.

¡Joder!

Lucian se puso tan duro que tuvo miedo de que le estallara la cremallera de los vaqueros.

Julia se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Pero tengo que volver al trabajo. —Miró en su dirección y sonrió levemente—. Gracias por la comida. —Luego se volvió hacia Gabe—. Hasta luego.

Gabe la estaba mirando del mismo modo que él, lo que no le hizo ninguna gracia. Tampoco a Sabrina, por su amarga expresión.

Cuando Julia llegó a la altura del patio, le hizo un gesto con la cabeza.

—Encantada de conocerte. —Y continuó caminando sin darle la oportunidad de que le respondiera o ignorara.

Lucian la vio alejarse con una ligera sonrisa en los labios.

—Me gusta mucho.

—A mí también —comentó Gabe.

Lucian lo miró.

—¿Qué os gusta tanto? —inquirió Sabrina, bajando al jardín con unos tacones de aguja capaces de matar a cualquiera—. Podría aplastaros a cualquiera de los dos con su peso.

Lucian la miró con dureza.

—Pareces celosa, pequeña y *voraz*…

—¿Sabes? Me encanta cuando me insultas, Lucian. —Sonrió mientras pasaba una mano por el respaldo de la silla en la que se había sentado Julia—. Me pone caliente y un poquito tonta.

—Como si hubiera algo que pudiera calentar ese corazón helado que tienes —replicó él.

Decidió terminar con aquello y se puso de pie. Gabe lo miró con expresión suplicante.

—Os dejo. Pasadlo bien. —Le guiñó un ojo a su hermano, que lo fulminó con la mirada.

Salió del jardín a toda prisa y entró por el zaguán trasero. Ni rastro de Julia. Aunque se había defendido de Sabrina sin ningún problema, quería asegurarse de que se encontraba bien. Sobre todo porque se sentía responsable por la forma en que los demás la trataran. Era algo muy raro y no tenía idea de por qué le pasaba.

Mientras atravesaba el pasillo, redujo la velocidad al ver a Dev salir del despacho de su padre. ¡Qué interesante!

—Tu prometida está ahí fuera, acosando a Gabe. Deberías ir a buscarla. Y también deberías decirle que será mejor que no vuelva a dirigirle la palabra a Julia… y que ni siquiera la mire.

Su hermano arqueó una ceja.

—Ahora mismo eso da igual. —Como no le respondió, continuó—: Acabo de recibir una llamada del jefe de policía. Han determinado que la causa de la muerte de nuestro padre no es concluyente. Han abierto una investigación por homicidio.

17

Los De Vincent tenían habitaciones privadas en la tercera planta del Red Stallion, donde solo podía acceder la élite. Sin embargo, Lucian encontró a Gabe donde siempre, en el bar de la planta principal.

Mientras caminaba por el suelo de madera pulida, se impregnó del aroma terroso del licor y del intenso tabaco. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con el tintineo de los vasos.

—¿Soy tan predecible? —preguntó Gabe cuando se dejó caer en el taburete de cuero acolchado que había al lado.

—Sí. —Echó un vistazo a su alrededor. Había unos pocos hombres de negocios unos taburetes más allá y solo estaban llenas un puñado de mesas. Se sacó el teléfono del bolsillo y lo dejó encima de la barra—. Te fuiste muy rápido.

Gabe tomó su vaso y miró la televisión sobre la barra. Los números se desplazaron por la parte inferior de la pantalla.

—Sabes por qué me he ido.

Sí, lo sabía.

—¿Todavía te persigue?

Gabe torció los labios en una sonrisa amarga.

—¿Tú qué crees?

—Creo que un día de estos vas a tener que hablar con Dev. —Lucian asintió cuando el camarero se les acercó con un vaso y una botella de Bowmore.

Su hermano soltó un resoplido.

—Me aseguraré de que estés en primera fila cuando mantenga esa conversación.

¡Joder! El día que se produjera, ya procuraría él estar en la otra punta del país.

—¿No te encontraste con Dev antes de marcharte?

Gabe hizo un gesto de negación.

Dio un sorbo al wiski e hizo una mueca.

—Me sorprende que estés aquí y no en tu almacén.

—¿Sí?

—Sí. Y te encuentro inusualmente ambiguo.

—¡Vaya! Has aprendido una palabra complicada.

—Tengo un cerebro portentoso.

Gabe se rio con sequedad.

—¿Sabes lo que me saca de quicio de ti?

—No sé si tenemos tiempo y alcohol suficiente para mantener esta charla.

Su hermano sonrió.

—Eres observador hasta decir basta. La gente jamás se da cuenta de ese detalle, pero eres capaz de calar a cualquiera. Aunque, ¿sabes qué? Solo ves lo que te interesa. Cuando no, te pones la venda.

Lucian apretó el vaso.

—Sé dónde quieres llegar. Sé que tú y Dev creéis que Maddie está fingiendo…

—Está pintando —siseó Gabe de forma abrupta, mirándolo a los ojos—. ¿Está en esa habitación pintando, pero no puede hacer nada más? ¿Me vas a decir que eso no es tremendamente sospechoso?

—No sé lo que es, pero carece de importancia.

Gabe negó con la cabeza y se bebió un buen trago de wiski.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si es sobre Maddie, no, porque no quiero tirarte el taburete a la cabeza y llamar la atención.

—No es sobre ella. Es sobre Julia.

¡Mierda! Ese era otro tema que podía terminar de la misma manera.

—¿Qué pasa con ella?

Gabe le sostuvo la mirada.

—¿Qué harías si te dijera que estoy interesado en ella?

—Te tiraría el taburete a la cabeza. —Se inclinó hacia él sin dejar de mirarle—. Pero sé que no te gusta tanto como a mí.

Gabe enarcó una ceja.

—Puede que me guste lo *suficiente*.

Entendió al instante lo que le estaba insinuando.

—Hace tiempo que dejamos eso atrás, hermano.

—¿En serio? Porque no tuve esa impresión hace un par de meses. ¿Cómo se llamaba? ¿Laurie? Los tres pasamos un buen rato. —Hizo una pausa y se mordió el labio—. Podríamos pasárnoslo igual de bien con Julia.

Empezó a palpitarle un músculo en la barbilla.

—Es diferente.

—¿Quieres decir que ella es diferente?

—Sí —escupió él.

—¡Vaya, vaya! —Gabe apartó la vista y dio otro sorbo a su bebida.

Lucian entrecerró los ojos.

Se quedaron un momento en silencio. Y luego Gabe pronunció un nombre que lo dejó completamente conmocionado.

—Emma.

Se puso tenso. Nunca hablaban de *ella*. Ni Dev ni él se atrevían siquiera a mencionársela a Gabe.

—¿Qué le pasa?

Gabe no contestó de inmediato.

—Su padre se puso en contacto conmigo esta mañana —explicó, mirando su vaso—. Me pidió que fuera a Baton Rouge la semana que viene, pero no me dijo por qué.

—¡Joder! —Lucian sintió que había algo más—. ¿No te dijo nada más?

Gabe negó con la cabeza.

—Sabes que llevo años sin hablar con ella. Ni siquiera la he visto, así que lo único que se me ocurre es que… —tomó una temblorosa bocanada de aire — ha debido de pasarle algo.

¡Señor! Si ese era el caso, sería algo muy malo.

—¿Necesitas que vaya contigo?

—No. —Miró hacia arriba—. Si está bien, no necesita vernos a ambos, ni a Dev. Lo dejó muy claro la última vez que hablamos.

Eso era cierto, pero no quería que su hermano hiciera ese viaje sin saber lo que realmente estaba ocurriendo. Emma era una parte difícil de su pasado que ninguno de ellos podía permitirse el lujo de revivir, sobre todo Gabe.

—Bueno, dudo que hayas venido a buscarme para hablar de toda esta mierda. Así que dime, ¿qué estás haciendo aquí, cuando está claro que preferirías estar espiando a la enfermera?

—Veo que no soy el único observador de la familia. —Bajó el tono para asegurarse de que nadie los escuchara—. La policía ha abierto una investigación por homicidio. Es solo cuestión de tiempo que salga en todos los medios.

Gabe apretó el vaso hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No es algo que suela importarte.

—Cierto. Pero a Dev, sí.

—Tienes razón. —Se quedaron callados unos segundos antes de que Gabe se volviera de nuevo hacia él—. Tengo que saberlo. Entre tú y yo. Y no te andes con tonterías. ¿Crees que nuestro padre se suicidó?

Lucian soltó un suspiro entrecortado. Después echó la cabeza hacia atrás y se terminó el wiski de un sorbo.

—No. No lo creo.

Julia se despertó jadeando, se puso de espaldas y abrió los ojos. El corazón le latía a toda velocidad mientras miraba alrededor de la habitación a oscuras.

¿Dónde estoy?

Tardó unos segundos en reconocer el entorno. Estaba en su habitación de la casa De Vincent. Era jueves por la noche… o viernes por la mañana. Se había dormido con facilidad poco después de las once, pero mientras su mente se iba despejando, tuvo la clara impresión de que algo la había despertado.

Su *nombre*.

Eso era.

Juraría que había oído a alguien pronunciar su nombre.

Con los ojos entrecerrados, intentó reconocer las diferentes sombras del dormitorio. La silueta de la silla junto a la puerta. Las *cortinas* de la galería. La mesa pequeña… Las cortinas. Se movían sobre el suelo como si una ráfaga de aire las hubiera agitado.

¡Oh, Dios mío!

Se incorporó con el corazón en un puño. ¿Estaban las puertas abiertas?

Tenía la boca seca. Se inclinó a toda prisa hacia la mesita de noche y encendió la lámpara. La suave luz inundó la habitación, ahuyentando las sombras. Se agarró con la mano izquierda al borde de la colcha mientras contemplaba la habitación. Las cortinas blancas seguían balanceándose, la zona central inflándose como una vela. El aire fresco y húmedo llegó hasta la cama, acariciándole los brazos desnudos.

Durante un instante, cada músculo de su cuerpo permaneció rígido, mientras un miedo helado se instalaba en la boca de su estómago. Hasta que decidió entrar en acción. Se quitó la colcha de encima y se puso de pie. Corrió hacia las puertas con el corazón en la garganta y abrió las cortinas.

Las puertas estaban abiertas de par en par. En la oscura galería, todo estaba en calma.

Estuvo sin moverse durante unos segundos, mirando hacia la noche. Su cerebro era incapaz de procesar aquello. Era imposible.

—Cerré las puertas —se dijo a sí misma. ¿Verdad?

A lo lejos, un pájaro trinó, sacándola de su estupor. Agarró las puertas y las cerró, echando el pestillo.

Se frotó los brazos, se volvió y lo primero en lo que se fijó fue en la puerta de entrada a su habitación. Se dirigió a toda prisa hacia ella. Estaba cerrada. Aunque también estaba convencida de que había cerrado las puertas de la galería antes de acostarse.

La inquietud envió un escalofrío por toda su columna. Se alejó de la puerta y fue a sentarse en la cama. Y ahí fue cuando lo oyó. *Pasos*. Sus ojos volaron al techo. El sonido era perfectamente reconocible. No podía tratarse de otra cosa.

Rodeó la cama y siguió los pasos por encima de ella. Cuando se detuvieron, Julia estaba a menos de un metro del armario. Quienquiera que estuviera caminando arriba debía haberse detenido más o menos en el mismo lugar.

Miró el despertador. Casi la misma hora que la última vez. Un poco más de las dos de la madrugada.

Esperó, pero al no oír nada más, entrecerró los ojos. Quienquiera que fuera tenía que seguir en la habitación, porque ningún paso se había dirigido hacia ninguna de las puertas.

Se giró y tomó el cárdigan largo que había dejado apoyado en el respaldo de la silla y se lo puso. Luego abrió la puerta y salió al pasillo, decidida a averiguar quién estaba andando en la habitación de Madeline.

Apenas había dado unos pasos cuando la puerta de la derecha se abrió y vio salir a Lucian al pasillo.

¡Santa Madre de Dios!

Iba con el torso desnudo.

No había olvidado lo que vio la noche que estuvieron en su apartamento, pero sus recuerdos no le hacían justicia.

Había un montón de piel bronceada. Unos hombros anchos y unos pectorales bien definidos. No pudo evitar detenerse un poco más en los oscuros pezones antes de seguir bajando. No era musculoso en exceso, pero se notaba que no tenía ni un gramo de grasa.

¡Dios bendito! Tenía un cuerpo sin igual. Adam no había tenido un cuerpo como aquel ni por asomo. No es que estuviera mal. Solo era normal. Y lo normal estaba bien. Lo normal era seguro, porque el físico de Lucian traía consigo un montón de problemas.

Tenía el tipo de cuerpo que cualquier mujer se moría por tocar. Le picaron las yemas de los dedos ante la mera idea de trazar todas esas líneas y protuberancias.

Sabía que tenía que dejar de comérselo con los ojos, pero no podía evitarlo. Los pantalones de chándal descansaban en una parte indecentemente baja de sus caderas, revelando las dos hendiduras y un leve rastro de vello.

—Señorita Hughes.

¡Maldición! El suave y profundo tono de su voz, combinado con la forma en que pronunció su nombre, envió una ola de calor a su vientre, inflamándola.

—Me estás mirando fijamente —dijo él.

¡Oh! Estaba haciendo algo más que mirarlo fijamente. Lo estaba mirando tanto que estaba segura de que se había grabado a fuego en su mente, para que su memoria no volviera a ofrecerle ninguna imagen vaga de él sin camisa.

Completamente roja, se obligó a mirar hacia otro lado.

—Lo siento.

—Por favor, no te disculpes por eso. Me gusta que me mires.

Cuando volvió a mirarlo se dio cuenta de que estaba sonriendo. Pero lo hacía de una manera depredadora; de una forma que casi la hizo desear ser su presa.

Lucian se cruzó de brazos despacio. Con esa postura se le marcaban aún más los bíceps.

—Supongo que has oído los pasos.

Por fin recordó por qué había salido al pasillo. Se las arregló para encontrar la voz y respondió:

—¿Tú también los oíste?

Lucian asintió.

Le entraron ganas de preguntarle si pensaba ir a comprobar de qué se trataba o se iba a limitar a quedarse allí parado para alegrarle la vista. Pero al final se contuvo y decidió continuar con su camino. Cuando lo oyó seguirla se quejó por lo bajo.

—¿Qué haces?

—Ser tu guardaespaldas.

Julia ladeó la cabeza.

—¿Para protegerme de qué exactamente?

—Nunca se sabe.

Puso los ojos en blanco, se ajustó los extremos del cárdigan sobre el pecho y siguió andando por el pasillo.

—Estoy convencida de que lo único de lo que necesito protegerme es de lo que te ha hecho erigirte como mi guardaespaldas.

—Acabas de herir mi pobre corazón, señorita Hughes. Profundamente.

—Sí, claro. —Al ver parpadear la luz de los apliques de las paredes, frunció el ceño.

Lucian se puso a su lado.

—Esta noche no has venido a cenar.

Cierto.

—Y tampoco la noche anterior.

No.

Gracias a los ingredientes que había pedido comprar a Livie la tarde de su segundo día allí, se había hecho la cena ambas noches. Tras su breve interacción con la prometida de Devlin, no quería arriesgarse a tener que sentarse a la mesa con ella. No confiaba en ser capaz de guardar las formas si volvía a hacerle algún comentario inapropiado.

—Tengo la sensación de que me estás evitando —indicó él mientras subían las escaleras.

Por supuesto.

Otro motivo más por el que no había bajado a cenar. Después de lo que Lucian le había dicho y cómo había reaccionado ella a la sinceridad con la que le había expresado todo lo que quería hacerle (cómo su cuerpo había estado más que dispuesto a dejarse llevar), había decidido que lo más inteligente era guardar las distancias.

Y eso fue lo que hizo.

Durante el día, usó la escalera exterior para no pasar por delante de su habitación. Cuando se acercó la hora en la que se había presentado la otra vez para engatusarla para que comieran juntos, hizo todo lo posible para que no la encontrara y almorzó en su dormitorio. Y cuando se presentó en la habitación de Madeline para pasar un rato con su hermana, aprovechó la ocasión para salir de allí y llamar a sus padres.

O fingió hacerlo.

El día anterior, sin embargo, sí había hablado con su madre sobre Adam y cómo se las había arreglado para conseguir su nuevo número. Ninguno de sus padres tenía idea y sabía que jamás le mentirían sobre algo como eso.

Adam no había vuelto a llamarla, y hasta ese momento, la operación Evitar a Lucian a Toda Costa había funcionado de maravilla.

Menos mal que mientras se dirigían a la habitación de su hermana se mantuvo callado.

Como era de esperar, no encontraron a nadie en el dormitorio de Madeline. Las puertas que daban a la galería estaban cerradas y con el pestillo echado y ella estaba durmiendo. Salieron de allí a toda prisa, con cuidado de no despertarla.

—¿Vas a comprobar su habitación cada vez que oigas pasos? —preguntó él en cuanto regresaron al pasillo.

—Sí. —Sostuvo el cárdigan cerrado y miró hacia abajo. Lo mejor que podía hacer era volver a su habitación, a su cama. Sola—. Es mi obligación asegurarme de que se encuentra bien. Si alguien la molesta en mitad de la noche o si…

—¿O si qué? —Estaba justo a su lado. Con esas piernas tan largas podía seguirle el ritmo sin ningún problema.

No quería sugerirle que quizá fuera Madeline la que estaba andando, pero llegados a ese punto cualquier cosa era posible.

—Solo necesito ver cómo está.

Lucian se quedó callado un momento.

—Te tomas muy en serio tu trabajo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Lucian se detuvo en medio del pasillo y se puso frente a ella.

—Me gusta eso de ti.

—Ya puedo morir en paz.

Él empezó a sonreír.

—Aún no. Primero tengo que enseñarte muchas cosas.

Puso los ojos en blanco con tanta fuerza que le sorprendió que no se le quedaran del revés.

—Siento curiosidad. ¿Habrías venido a comprobar qué pasaba si no lo hubiera hecho yo?

—Por aquí estamos acostumbrados a los ruidos extraños —explicó él sin moverse ni un centímetro—. Hemos pasado muchas noches tratando de averiguar de qué se trataba y no hemos encontrado nada. Así que ahora solemos ignorarlos.

—Pero tu hermana…

—Sí, habría ido a verla —la interrumpió él—. Tu presencia es un agradable incentivo.

Julia decidió no hacer caso a ese último comentario.

—¿Llevas mucho tiempo oyendo pasos en esa habitación en concreto?

Tardó un rato en responder.

—Oigo pasos por toda la casa.

—¿Pero en la habitación de Madeline?

Él levantó la mano y se pasó los dedos por el pelo despeinado.

—Sé lo que va a parecerte esto, pero no recuerdo haber oído nada que proviniera de allí hasta…

Esperó, con las cejas alzadas.

—Hasta la noche en la que murió mi padre —terminó—. Esa noche oí pasos, pero allí no había nadie.

Bueno, eso sí era interesante… y sospechoso. Odiaba pensar aquello, pero ¿quién no lo haría?

—¿Estás seguro de que no se trata de Gabe o de Devlin?

Él dejó escapar una risa amarga.

—Como te dije, no son ellos.

Pensó en las puertas abiertas de su propia habitación. Cabía la posibilidad de que se hubiera olvidado de cerrarlas. ¿Pero y los pasos? Tal vez eran los crujidos propios de una casa. Porque si no era ninguno de los hermanos y lo del fantasma era una idea ridícula, solo podía tratarse de su imaginación.

No había otra opción.

Soltó un suspiro.

—Necesito volver a la cama.

—Pero tengo un secreto que contarte, señorita Hughes.

Solo Dios sabía qué clase de secreto sería. Lo rodeó y empezó a caminar de nuevo.

—Solo hay un motivo por el que has logrado evitarme.

Lo miró al instante. ¿No habían hablado ya de eso antes de ir a la habitación de Madeline?

—Porque te he dejado hacerlo —concluyó él.

Estuvo a punto de detenerse; *casi* mordió el anzuelo.

—Mira, Lucian…

Se movió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar.

Estaba detrás de ella, y al segundo siguiente la tenía de espaldas a la pared, encerrada contra su cuerpo y con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza.

¡Por Dios!

Apenas los separaban unos centímetros. Incluso habría jurado que sintió el calor que emanaba de él mientras bajaba la cabeza para ponerla a la altura de la de ella. Se pegó más a la pared.

—¡Joder! —El cálido aliento de Lucian le rozó la mejilla, poniéndole los vellos de punta—. No te imaginas lo mucho que me gusta la forma como

pronuncias mi nombre.

Algo parecido a la anticipación la recorrió por completo.

—De verdad, *necesito* que te apartes. Lo digo en serio.

Sus iris se hicieron más oscuros mientras seguía bajando la cabeza, haciendo que sus bocas quedaran a la altura ideal para un beso.

Y ahí fue cuando a su cabeza se le ocurrió la más absurda de las ideas.

¿Sería eso tan malo?

Lucian le había dicho que la deseaba. Lo había dejado meridianamente claro. Su piel se estremecía ante la mera idea de volver a tocarlo, de explorar todo ese torso desnudo y esos labios. Lo único que tenía que hacer era mover ligeramente la cabeza y… y vivir un poco. Sumergirse en cualquier promesa oscura que esos ojos azules le ofrecieran.

Por extraño que pareciera, no se sentía amenazada. Al contrario. A pesar de todo lo que le había sucedido con Adam, ahora no sentía miedo o ira.

Se sentía *audaz*.

Y eso no era propio de ella. En absoluto.

Como tampoco lo había sido invitarle a su apartamento.

Ni siquiera le gustaba Lucian. Bueno, eso no era del todo cierto. Le gustaba el Taylor que había conocido en el bar, pero no estaba particularmente encandilada con la versión de él conocida como Lucian. Y lo que conocía de él era justo todo lo que *no* le gustaba en un hombre. O al menos eso era lo que a ella le parecía. Lo encontraba exasperante, engreído, agresivo y… Está bien, encontraba adorable el hecho de que leyera *Harry Potter* a su hermana. Estaba claro que se preocupaba por ella. Tenía la sensación de que detrás de ese dios del sexo andante había algo más, pero…

Pero lo único que quería era *un* beso. Hacía tanto tiempo que no la besaban, desde que sintió la necesidad de que alguien la devorara. ¿Qué podía pasarle en el peor de los casos? Parecía que todo su cuerpo se había despertado y los pezones se le endurecieron debajo de la fina tela de la camiseta.

El gruñido ronco y viril que dejó escapar Lucian la hizo temblar de lujuria. Él lo había sentido. No tenía idea de cómo era posible, pero Julia se dio cuenta enseguida de que Lucian le había leído la mente. Cuando bajó sus espesas pestañas, supo lo que iba a hacer. Iba a besarla en medio de ese pasillo. La empujaría contra la pared y presionaría su cuerpo contra el suyo. Y ella se moría por sentirlo.

¿Qué podría salir mal?

De repente, la realidad cayó sobre ella como un jarrón de agua fría. ¿Qué podría ir mal? ¡Maldición! Un montón de cosas podrían ir mal, pero sobre todo su trabajo.

Era oficial.

La maldición de la mansión de los De Vincent era real, porque estaba perdiendo la cordura.

—Esto es una locura —dijo—. *Tú* estás mal de la cabeza.

—No estoy mal de la cabeza, señorita Hughes. Estoy tan roto por dentro como el que más, pero no necesito que me salven. No quiero que me salven. —La aprisionó entre sus brazos—. Me encantan todos los fragmentos que conforman mi ser. Me hacen ser quien soy. Ser real. La pregunta es: ¿estás preparada para enfrentarte a la realidad?

Debería haberle empujado y alejarse de él cuanto antes, sobre todo después de que le confirmara que estaba hecho trizas (una confirmación que tampoco había necesitado), pero no lo apartó.

Entonces Lucian volvió a emitir ese sonido, haciendo que su entrepierna palpitara de emoción. Sin saber muy bien cómo, terminó con las manos apoyadas en su pecho. Sintió su piel suave y firme bajo las palmas. No, desde luego que no lo apartó.

Lucian bajó la cabeza y se detuvo a un milímetro de su boca. Durante un segundo que se le hizo eterno, su corazón latió descontrolado y su cerebro le gritó que detuviera aquello antes de que fuera demasiado tarde.

—A la mierda con todo —gruñó él.

Y luego la besó.

18

El primer contacto de sus labios con los de ella no fue tímido ni vacilante. Al contrario, presionó su boca con firmeza, echando por tierra cualquier preocupación legítima que Julia hubiera tenido en la punta de la lengua. Le mordió el labio inferior, y cuando la oyó jadear por la sorpresa, aprovechó la oportunidad para profundizar el beso hasta que ella solo fue consciente de su sabor y de ese cuerpo masculino presionando el suyo.

Se embebió de ella, la besó como si quisiera devorar cada aliento que tomara. Y así fue como hizo que se sintiera.

Devorada.

A Julia nunca la habían besado así.

Le cubrió la boca con la suya mientras se movía, alineando las zonas más interesantes de sus cuerpos. Cadera con cadera. Pecho con pecho. La sujetó de la mandíbula con una mano, inclinándola para tener un mejor acceso a ella. Julia no le puso ninguna objeción. El corazón le iba a mil por hora y tenía el pulso disparado.

Lucian deslizó una mano por su costado, por debajo del cárdigan y sobre su cadera, hasta llegar al muslo. Sus dedos le apretaron la carne a través de la tela de los pantalones del pijama. Julia sintió que su cuerpo tomaba el control. Cuando él le levantó el muslo, le rodeó la pierna con la suya.

Gimió cuando embistió contra ella. Sus ropas no eran más que una fina barrera entre su calor y la erección de él. Arrastró las manos por su pecho y se agarró a sus hombros mientras Lucian mecía las caderas contra las suyas. Tembló entre sus brazos, con la espalda en la pared.

Entonces él separó su boca lo suficiente para poder hablar, le acarició la mandíbula con el pulgar y dijo:

—¡Dios! He querido hacer esto desde el primer momento en que te vi.

Se estremeció mientras tomaba varias bocanadas rápidas de aire. Recuperó una pequeña parte de su sentido común. No deberían estar haciendo eso. Sobre todo ahí, en medio del pasillo, donde sus hermanos podían encontrarlos. En realidad, en ninguna parte.

—Lucian…

Él volvió a besarla, silenciando cualquier protesta que tuviera, pero este beso fue diferente al primero. Fue lento y profundo, como si se estuviera tomando su tiempo para familiarizarse con cada centímetro de su boca. No fue tan violento, pero sí igual de devastador, por no decir más. Le palpitó todo el cuerpo mientras un dolor anhelante crecía y se intensificaba cada vez que se frotaba contra ella.

Esos besos la estaban dejando completamente embriagada.

La facilidad con la que estaba consiguiendo que perdiera el sentido era de lo más perversa, lo que hizo que se preguntara si no era esa la razón por la que se había ganado el apodo de «Lucifer». Tenía sentido, porque apenas podía recordar su propio nombre y porque no emitió protesta alguna cuando le metió la mano debajo de la camiseta y le acarició la piel desnuda del costado.

Meció las caderas contra las de él. Cuando oyó el gruñido casi animal que escapó de la garganta de Lucian, tembló. Jadeando, arqueó la espalda al sentir su mano sobre un pecho. La lujuria se apoderó de ella y le clavó las uñas en los hombros.

—Julia —gimió él. Y luego volvió a trazar con la lengua sus labios, exigiendo entrar en ellos.

Hundió los dedos en su pelo corto y suave justo cuando su pulgar le rozó el pezón. Gritó de placer. Él amortiguó el sonido con otro de sus ardientes besos.

—Me encantan esos soniditos que haces —confesó él con voz ronca—. Podría correrme solo con oírlos.

Julia perdió el poco aire que le quedaba.

—No… no puedes hablar en serio.

—¿No me crees? —Le besó la comisura de la boca—. Tócame y compruébalo por ti misma. No duraré ni un minuto. Así de caliente me pones. Me vuelves loco.

¿Tocarlo? ¡Dios! Estaba deseando hacerlo. Tenía tantas ganas que la cabeza empezó a darle vueltas de solo pensarlo.

Lucian ascendió con sus ardientes y tentadores labios por su mandíbula hasta llegar a su oreja.

—Puedo ayudarte. ¿Quieres hacerlo? —le susurró.

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Era una locura. Tenía que parar aquello, pero no solo no hizo nada cuando él le agarró de la muñeca, sino que dejó que le guiara la mano por su torso y por sus abdominales.

Cuando tocó con las yemas de los dedos la cinturilla de sus pantalones, Lucian se detuvo.

—¿Qué te parece? —preguntó él, mientras le acariciaba la garganta con los labios—. Si me dices que sí, te ayudaré. Te demostraré lo listo que estoy para correrme. —Le mordisqueó la piel del cuello, enviando una oleada de doloroso placer por sus venas. Después, le lamió la piel enrojecida con la lengua—. Puedo enseñarte cómo lo hago. —Siguió torturándole el cuello con la boca. Julia alargó los dedos mientras él continuaba agarrándole la muñeca —. Enseñarte cómo me masturbo cuando pienso en ti.

Su cuerpo estaba librando una batalla a muerte con su mente. Su sentido común le dictaba que se negara, pero eso no era lo que quería. No quería escuchar la voz de la razón.

Con la garganta seca, bajó la pierna y dijo con voz áspera:

—Sí.

El gruñido con el que Lucian le respondió se convirtió en otro de esos besos abrasadores que apenas había recibido en su vida y que volvió a dejarla sin aliento.

—¡Gracias a Dios! —murmuró él antes de bajarle la mano por los pantalones.

Inmediatamente después, rozó con los dedos la húmeda y dura punta. Lucian se apartó lo suficiente para que, cuando abrió de nuevo los ojos, pudiera verle el glande.

Entonces él usó la otra mano para bajarse los pantalones, mostrando su larga y gruesa erección. Julia abrió los ojos como platos. La había sentido contra ella la noche en la que se conocieron, pero verla con sus propios ojos fue algo bien distinto.

¡Dios santo!

Lucian le movió la mano hasta la base y luego colocó la suya sobre la de ella, de forma que los dedos de ambos rodearon su miembro. Después, empezó a ascender y descender despacio.

Sabía cómo masturbar a un hombre, pero que él la guiara le pareció de lo más excitante. En ese momento, Lucian era quien tenía el control, y que Dios la ayudara, pero eso la estaba poniendo muy caliente. Ver esa mano bronceada sobre la suya y sentir su piel pálida bajo la palma la estaba volviendo loca de deseo.

—Mira —dijo él, besándole la sien y la otra comisura de la boca—. Míranos.

No hacía falta que se lo dijera; no habría podido apartar la vista ni aunque lo intentara. Él usó su mano para acariciarse el pene, primero despacio y luego cada vez más rápido, apretándole los dedos mientras todo su cuerpo temblaba.

Lucian comenzó a mover las caderas al ritmo de sus manos. El glande se humedeció aún más y a ella se le aceleró el corazón. No podía creer que estuviera haciendo aquello, pero tampoco podía parar.

—Julia. —Gruñó como si su nombre fuera una maldición y, al mismo tiempo, una oración.

Alzó la vista para mirarlo a los ojos. La intensidad que vio en ellos casi hizo que se cayera de rodillas. Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios, disfrutando de la manera en que su cuerpo se estremeció contra el suyo. Apretó el agarre contra su miembro y tardó unos segundos en darse cuenta de que él ya no estaba moviéndole la mano. Tenía las manos apoyadas en la pared, a ambos lados de su cabeza. Ahora todo dependía de ella. Profundizó el beso, enredando la lengua con la de él.

Entonces se dio cuenta de que tenía el control de la situación.

Quizá siempre lo había tenido.

Hacía tanto, tanto tiempo que no se sentía así…

—¡Mierda! —jadeó Lucian contra su boca—. En serio. No creo que vaya a durar ni un minuto.

Julia sonrió contra sus labios, aunque no pudo responderle porque él la besó como un hombre sediento en busca de agua. Luego se apartó y hundió la cara en el hueco de su cuello. Lucian embistió contra su mano una vez más y se estremeció, maldiciendo contra su piel. Sintió su liberación en el puño mientras él alcanzaba el orgasmo… mientras *ella* hacía que se corriera.

Cuando terminó, Lucian soltó un jadeo y suavizó un poco su agarre. Ella se soltó con cuidado y se limpió con discreción la mano en los pantalones del pijama.

—Está bien —dijo él, con la voz todavía ronca—. No he llegado a los treinta segundos. Debería sentirme avergonzado.

Julia se echó a reír. No pudo evitarlo.

Él apartó la cara de su cuello y retiró solo una mano de la pared; una mano que luego bajó entre ellos, agarrando la mano con la que ella lo había masturbado. Sin dejar de mirarla, se la llevó a la boca y le dio un beso en el centro de la palma.

A Julia se le encogió el estómago.

¡Madre de Dios!

Entonces esbozó esa media sonrisa suya mientras le colocaba la mano contra su pecho, logrando que más mariposas se instalaran en su estómago.

—Estoy en medio del pasillo con el culo al aire y me da absolutamente igual.

A Julia sí que debería haberle importado, pero lo único que pudo hacer fue reírse otra vez.

—Menos mal que somos los únicos que estamos despiertos. Bueno, nosotros y los fantasmas.

—Sí. ¡Maldita sea, señorita Hughes! —Apoyó la frente en la suya, tratando de recuperar la respiración—. Creo que voy a querer quedarme contigo.

Aquello la sorprendió, aturdiéndola por completo. No sabía si porque le gustaba la idea o porque sabía que aquellas palabras no significaban nada para él. O quizá porque ahora que el aire fresco circulaba entre sus cuerpos, su sentido común volvía a funcionar y quería cobrarse su venganza.

¡Oh, Dios mío!

¿Pero qué le pasaba? Se había prometido no desplegar de nuevo sus alas deseosas de sexo, y mucho menos en medio de un pasillo donde cualquiera podría verlos.

Se puso rígida y apartó la vista. Y después cometió el error de mirar hacia abajo. ¡Dios bendito! Aquello seguía siendo enorme a pesar de que… Bueno, no se iba a poner a pensar en eso justo en ese momento. Decidió enfocarse en su hombro.

—Yo…

—Ni se te ocurra decir que esto ha sido un error —la interrumpió él con voz dura. Se inclinó a un lado para mirarla a los ojos—. No digas que te arrepientes o que debería olvidarme de lo que ha pasado.

La ira se apoderó de ella.

—No me digas lo que tengo que decir.

—Entonces no te quedes ahí parada, fingiendo que lo que acaba de pasar no ha sido una experiencia increíble para los dos, aunque yo haya sido el único que se ha corrido.

Abrió la boca asombrada.

—¡Vaya! Tu ego no tiene límites.

—Esto no tiene nada que ver con el ego. —Cuando ella volvió a moverse él hizo lo mismo para obligarla a que lo mirara a los ojos—. Sé que lo has disfrutado tanto como yo.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuso él—. ¿Y por qué lo sé? Porque es la primera vez que te oigo reír desde la noche en que nos conocimos en el bar. Reírte de verdad, como si te lo estuvieras pasando bien. Una risa auténtica, como la sonrisa que tenías hace unos segundos.

Empezó a negarlo, pero su boca permaneció cerrada. Tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Y qué me dices de la forma en que me besaste? —continuó él—. No la fingiste. Uno no besa a alguien así si luego va a arrepentirse.

¡Jesús! Tenía razón. Y lo odiaba por eso. Así que lo último que necesitaba en ese momento era estar cerca de él. Tenía que pensar con la cabeza fría.

—Da igual. —Se soltó la mano y se deslizó por debajo de su brazo estirado para poner cierta distancia entre ellos—. Esto nunca debería haber pasado.

—Al contrario, puede que sí. —Lucian negó con la cabeza y se subió los pantalones. Algo que ella agradeció enormemente—. ¿No te has planteado siquiera la posibilidad?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Alzó las manos al aire con incredulidad—. Trabajo para ti, para tu familia. En teoría, eres mi jefe. Esto —hizo un gesto hacia él— es literalmente lo último que debería plantearme.

Lucian frunció el ceño.

—¿Qué más da para quién trabajes o no? A mis hermanos y a mí no nos importa. Lo importante es lo que queramos nosotros.

Julia se cruzó de brazos y dio un paso atrás.

—El mundo no funciona así. Hay otras cosas que sí importan.

Él se acercó a ella, cubriendo la distancia entre ellos en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues mi mundo funciona así.

Julia lo miró con los ojos de par en par. No tenía la menor idea de qué responder a eso.

Pero él volvió a sorprenderla cuando le acunó el rostro con las manos y la besó. La besó como la primera vez. Y ella, en un alarde de estupidez absoluto, no lo apartó. Todo lo contrario, se abrió a él como las rosas silvestres que florecían en el jardín De Vincent.

Lucian volvió a mirarla y le dijo:

—¿Y sabes qué, señorita Hughes? Que ahora estás en mi mundo.

19

Lucian tenía los dedos y el costado de la mano llenos de carboncillo y unas finas rayas negras a lo largo de su pecho desnudo. Unas manchas que no sabía cómo habían llegado hasta allí. Tenía la vista cansada y el cuello le dolía horrores, sin embargo, cuando se echó hacia atrás para admirar el resultado de varias horas de trabajo, supo que todas esas molestias eran una nimiedad.

Cambiar la pintura por el carboncillo había sido una idea brillante. Dibujar a carboncillo siempre era mucho más íntimo. Quizá porque los dedos se acercaban más al lienzo y participaban más en el sombreado y en los detalles más precisos. Era un arte romántico. O eso era lo que él pensaba. Un dibujo a carboncillo era más cálido y menos perfecto que una pintura al óleo con pincel.

Dejó que su mirada recorriera el lienzo.

Había empezado el boceto desde el momento que regresó a sus habitaciones. No había dormido. Ni bebido o comido. Habían transcurrido horas, y aunque en la estancia en la que estaba no había ventanas, sabía que el sol había salido hacía tiempo.

Julia lo estaba mirando desde el lienzo. Los exquisitos contornos de su mandíbula y las exuberantes líneas de sus labios habían cobrado vida gracias a los trazos gris oscuro. Había capturado su expresión justo antes de que se diera cuenta de lo que había hecho con él.

Su frente aparecía relajada, los ojos velados. Las pestañas le habían costado un poco más, pero lo que le había llevado más de una hora había sido su sonrisa. Esa sonrisa relajada y complacida. Un ligero movimiento de labios que había desembocado en la sonrisa más hermosa que jamás había visto.

El resto lo había sacado de sus recuerdos e imaginación. La había dibujado recostada de lado, con la cabeza apoyada en un puño. Una sábana le cubría las caderas, cayendo de lado y dejando al descubierto una pantorrilla. Su vientre y sus pechos estaban desnudos, su voluptuosidad representada por las líneas y sombras del carboncillo. Era su Venus, su Venus particular.

Si la señorita Hughes llegaba a ver ese dibujo, seguro que le daba un bofetón.

Sonrió.

Merecería la pena.

Dejó el carboncillo en una bandeja que tenía cerca, se puso de pie y estiró los doloridos músculos. Después salió de la habitación, sintiéndose un millón de veces más despejado que cuando entró. Hacía años que no pasaba la mayor parte de la noche en su estudio.

Y hacerlo ahora fue como volver a la vida.

Maddie y él habían heredado el talento de su madre. Su progenitora había sido toda una artista, capaz de hacer que cualquier dibujo cobrara vida, ya fuera con un simple lápiz o con el pincel más caro del mundo.

Otro detalle que los había separado de sus otros dos hermanos.

Después de darse una ducha rápida y cambiarse de ropa, fue a la planta de arriba. Mientras subía las escaleras, le sucedió algo muy extraño. Lo invadió una mezcla de nerviosismo y entusiasmo. Frunció el ceño y ralentizó el paso.

¿De verdad estaba nervioso, *nervioso*, por ver a Julia?

Se frotó el pecho con la mano y fue hacia el pasillo. ¿Hacía cuánto que no se ponía nervioso por ver a una mujer? Ni siquiera podía recordarlo.

¡Joder!

Sin saber muy bien cómo tomárselo, giró en el pasillo y vio que la puerta de la habitación de su hermana estaba abierta.

Maddie estaba delante del caballete. ¡Dios! Todavía le costaba creerse que su hermana estuviera sentada y pudiera pintar. Y todo gracias a la idea que había tenido Julia. Lo que significaba que, seguramente, también tendría razón sobre lo de Daniel. Aunque no le apetecía lo más mínimo que su primo anduviera por allí, si aquello podía ayudar a su hermana, convencería a Gabe y a Dev para que le dejaran volver.

Miró a Julia, que estaba sentada en una silla cerca de Madeline. Estaba viendo a su hermana mientras se mordía el labio inferior. Tenía la frente arrugada, como si estuviera sumida en sus propios pensamientos.

Se preguntó si estaba agobiada por lo de la noche anterior. Sabía que era un poco arrogante por su parte creer que no tenía otras preocupaciones en su vida aparte de él, pero se jugaba el cuello a que estaba pensando precisamente en eso. Lo más seguro haciendo una lista de las razones por las que no debería haber sucedido.

Se apoyó en el marco de la puerta y se aclaró la garganta.

Julia se sobresaltó y volvió la cabeza rápidamente hacia él. El rubor tiñó de inmediato sus mejillas. En el momento en que sus miradas se encontraron, se le aceleró el corazón.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Para su sorpresa, él mismo no sabía qué decir.

Al final fue Julia la que rompió el silencio. Se cruzó de brazos y se deslizó hacia el borde de la silla.

—Buenos días.

Él arqueó una ceja.

—¡Qué correcta y formal, señorita Hughes!

La vio fruncir los labios y ruborizarse aún más.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lucian?

El sonido de su nombre saliendo de esa boca le provocó una oleada de lujuria. Si su hermana no hubiera estado allí, se habría asegurado de no tener que volver a usar la imaginación para dibujarla.

—Por ahora, nada. —Se apartó de la puerta y cruzó la habitación, consciente de que la enfermera lo estaba mirando con recelo. Se arrodilló al lado de su hermana—. Buenos días, Maddie.

Su hermana no respondió y siguió pintando. Se fijó en el lienzo y frunció el ceño. A través de la pintura, creyó distinguir una cara. Se volvió hacia Julia.

—¿Cuántas hojas ha pintado?

—Tres. Esta es la cuarta —respondió ella—. Las he guardado en el armario.

Asintió y se centró de nuevo en Maddie.

—Bueno, lo he estado pensando —dijo mientras su hermana sumergía el pincel en más pintura—. ¿Qué te parecería si invito a Daniel este fin de semana?

Maddie detuvo la mano.

Contuvo la respiración. Su hermana estaba allí, inmóvil. ¿Eso era una buena o una mala señal?

—Seguramente el domingo, para comer. ¿Te gustaría?

Maddie bajó la vista y, después de unos segundos, comenzó a pintar de nuevo.

Lucian siguió agachado unos momentos en silencio.

—Ha reaccionado. —Miró a Julia—. Tú también lo has visto, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza con sorpresa.

—Sí, algo ha sucedido.

Exhaló bruscamente y se puso de pie.

—No sé si eso es bueno o malo.

Julia bajó los brazos.

—Creo que es algo bueno. Al fin y al cabo, estaban muy unidos. No creo que sea malo… para ella.

Lucian estaba de acuerdo. Se pasó la mano por el cabello todavía húmedo y luego bajó el brazo.

—Voy a hablar con Dev. No suele estar en casa los domingos. Si estuviera, la cosa podría ponerse fea.

—Entonces ese será el mejor día —señaló ella—. No hay necesidad de que Madeline se estrese más de lo necesario.

Pero ¿cómo podían saberlo? Aunque había accedido a que Daniel visitara a su hermana, ¿y si aquello terminaba perturbándola? No tenía ningún motivo para pensar que saldría mal, salvo el hecho de que ese imbécil no le gustaba un pelo. No le iba a quedar más remedio que dejar a un lado su resentimiento.

Se volvió hacia Julia y estudió su perfil mientras ella observaba a Maddie. La vio morderse otra vez el labio inferior, haciendo que sintiera la urgente necesidad de hacer algo al respecto. Estaba deseando volver a probar esa boca, pero era lo bastante listo para saber que tenía que darle un poco más de tiempo.

Lo que le había dicho la noche anterior era cierto. Ahora ella estaba en su mundo, pero tenía que ayudarla a que lo aceptara por sí misma.

—¿Puedes salir al pasillo un momento?

Ella lo miró con un brillo de sospecha en los ojos.

—¿Para qué?

—Prometo mantener las manos… y otras partes de mi cuerpo quietas.

La vio mirar a Maddie y apretar los labios en una dura línea. Después se levantó y, al pasar junto a él, lo agarró de la manga de la camisa y tiró de él hacia la puerta. Lucian no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Qué violencia, señorita Hughes!

—Cierra el pico —siseó ella.

Él se rio.

—Me gusta un poco violento.

—Eso es porque no estás bien de la cabeza. —Una vez en el pasillo, lo apartó varios metros de la puerta. Soltó su manga y lo miró—. Por si no te has dado cuenta, tu hermana tienes dos orejas perfectamente funcionales y es posible que entienda todo lo que decimos.

—Sí. Creo que me he dado cuenta. —Sonrió de oreja a oreja al verla echar chispas por los ojos—. Pero no quiero ocultar que me interesas.

Ella retrocedió un paso y negó con la cabeza.

—Quizá deberías hacerlo.

—Bueno, eso me convertiría en un mentiroso. Y no soy ningún impostor, ni ningún mentiroso, señorita Hughes.

—¡Dios! —masculló ella, frotándose la frente.

—No creo que Dios tenga nada que ver en este asunto.

Julia levantó muy despacio los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué es lo que quieres?

Él sonrió.

—Me gustaría que estuvieras presente el domingo, cuando venga Daniel, por si pasa algo.

Por la cara que puso, estaba claro que no se había esperado que le hiciera esa petición.

—Mmm. No tengo un horario fijo. Dev me dijo que podía tomarme libres los fines de semana, pero como no tengo ningún plan, puedo estar disponible cuando Daniel venga.

—Perfecto. ¿Y sabes lo que también es perfecto?

—¿Que ya te vas?

Lucian volvió a reírse.

—No. Que puedes venir con Gabe y conmigo a cenar mañana por la noche.

—Espera. ¿Qué?

Se fijó en la pequeña pinza que le sujetaba el moño y se preguntó si se enfadaría mucho si se la quitaba.

—Mi hermano y yo tenemos una reserva en uno de los mejores restaurantes de la ciudad todos los sábados por la noche. Estaba pensando que, ya que querías conocer la ciudad, quizá te gustaría venir con nosotros.

Julia abrió la boca.

—No será gran cosa. Gabe estará allí y sé que te cae bien —argumentó él —. Quizá no tanto como yo, pero eso es bueno.

Julia cuadró los hombros y se quedó callada un instante.

—¿Quién cuidará de Madeline?

—Tenemos a gente que puede encargarse de eso. Lo único que tenemos que procurar es no volver demasiado tarde —dijo, sonriendo cuando la vio poner los ojos en blanco—. Venga, di que sí.

—Si digo que no, ¿me manipularás hasta que acepte?

Lucian ladeó la cabeza.

—Si eso es lo que necesitas para decir que sí, entonces sí.

Ella resopló.

—¿Sabes? Eres… No hay palabras para describirte. —Negó con la cabeza —. Entonces, ¿no estaremos solos tú y yo?

Reprimió una sonrisa triunfal y asintió.

—Gabe estará con nosotros.

—Cuantos más, mejor.

¡Oh! Si hubiera sabido lo equivocada que estaba…, pero se limitó a asentir una vez más.

—Está bien —dijo ella tras soltar un suspiro y volver a cruzar los brazos —. Iré contigo *y* con Gabe, pero solo para cenar. Luego me vuelvo a casa.

¡Mierda!

Casa.

El hecho de que ella se refiriera a esa casa como su casa lo conmovió, aunque se lo guardó para sí mismo.

—¿Te viene bien a las siete?

—Sí. —Se hizo a un lado, pero luego se detuvo, frunció los labios y lo miró—. No recuerdo si te lo dije ayer o no, pero he estado pensando sobre ello y… y sé que no te llevabas bien con tu padre, pero espero que el servicio conmemorativo os permita tanto a ti como a tus hermanos pasar página.

Sus palabras lo impactaron tanto que fue incapaz de moverse. La miró. Lo estaba diciendo de corazón. Lo sentía. En su pecho se contrajo algo, puede que su maldito corazón.

Y aunque sabía que tenía que darle tiempo y espacio, era un puto codicioso. Antes de que ella se diera cuenta de cuáles eran sus intenciones, inclinó la cabeza y le dio un beso rápido, y demasiado casto, en la comisura de los labios, tragándose su jadeo de sorpresa.

—Gracias —murmuró contra su boca. Luego se apartó de ella. Se permitió disfrutar un instante de su dulce rostro, sonrió, giró sobre sus talones y la dejó en medio del pasillo.

Gabe se detuvo en la puerta de la habitación de Madeline, se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. No entró, pero observó a su hermana pintar. Cuando Julia se dio cuenta de que no iba a entrar, fue hacia él.

—¿Quieres quedarte un rato a solas con ella?

Negó con la cabeza sin dejar de mirar el lienzo.

—No, tranquila. Tengo que llamar a un cliente. —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos—. ¿Sabes lo que está pintando?

Julia hizo un gesto de negación.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco —murmuró él, cruzando un tobillo sobre el otro—. En cuanto a lo de mañana por la noche —la miró, bajando las pestañas—, me hace mucha ilusión lo de la cena.

Sus ojos, tan parecidos a los de su hermano, se clavaron en los de ella. Por lo menos Lucian no la había mentido cuando le había dicho que Gabe también iría. Entonces, ¿por qué se le encogió el estómago de esa forma?

—¿En serio?

—Sí —respondió con una media sonrisa—. Me hace ilusión enseñarte Nueva Orleans.

Lo miró confundida. La forma en la que dijo esa frase parecía…

—Bueno, tengo que irme. —Gabe se enderezó y se alejó de la puerta—. Que tengas un buen día, Julia.

—Lo mismo digo —murmuró ella.

Gabe se marchó y la tarde fue dando paso al anochecer. Cuando llegó el momento de llamar a Richard para que la ayudara a llevar a Madeline a su cama, estaba exhausta. Se había pasado la mayor parte del día culpándose por lo de la noche anterior, y luego por haber accedido a salir a cenar con los dos hermanos.

Tenía la extraña sensación de que había aceptado tener una cita… con dos hombres… al mismo tiempo.

Mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación, esperando a Richard, le entraron ganas de llamar a Anna para pedirle consejo, pero ¿cómo podía hacerlo sin decir para quién estaba trabajando? Confiaba en su amiga, aunque…

En cualquier caso, tenía que dejar de castigarse y ser sincera consigo misma. Nunca habría hecho lo que hizo la noche anterior si no hubiera querido. Como tampoco habría aceptado la invitación a cenar si no quisiera ir. A lo que no quería enfrentarse, lo que de verdad la aterrorizaba, era que sí quería.

Quería a Lucian.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo y se detuvo frente a las puertas que daban a la galería. El cielo estaba plagado de grandes nubarrones que sumieron a la propiedad en sombras. A lo lejos, sonó un trueno.

Sí, lo deseaba *de verdad*.

El corazón le dio un brinco solo de pensar en eso. ¿Y si lo decía en voz alta? ¿Y si permitía que pasara? Era evidente que él también estaba interesado en ella, aunque seguía sin saber por qué se marchó de su apartamento aquella noche. Pero ¿qué pasaría si… si simplemente se dejaba llevar?

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. No estaba poniendo en peligro su puesto de trabajo, pero la agencia a través de la que la habían contratado no vería con buenos ojos unas actividades extracurriculares de esa naturaleza.

Ni siquiera se había parado a pensar en la bonificación que recibiría al terminar. Todavía no había asimilado lo que significaría para ella a largo plazo.

Entonces, ¿qué la estaba deteniendo? Si llamaba a Anna, sin duda esa sería la pregunta que le haría. Y esa era una respuesta en la que no quería adentrarse.

La verdad era que tenía miedo de permitirse el lujo de volver a sentir, de sentir cualquier cosa que no fuera un mero interés pasajero. Le había pasado eso desde que dejó a Adam. Su relación había sido un auténtico fracaso y puede que le asustara cometer los mismos errores. Y cualquier relación con Lucian sería un desastre.

Porque él tenía el don de meterse bajo su piel. Era encantador e inteligente. Seductor e impredecible. Con él sentía que perdía el control. Era increíblemente guapo y divertido. Lucian de Vincent era un miembro de la realeza estadounidense.

¿Cómo no iba a colarse por él?

Mantener una relación con él la conduciría a tener sentimientos distintos al deseo. ¿De verdad quería que eso sucediera? Una aventura con Lucian no la llevaría a ninguna parte. Al final tendría que marcharse de allí y quería hacerlo con el corazón intacto.

Otro trueno la sacó de su ensimismamiento. Abrió los ojos. Segundos después un relámpago cegador partió el cielo. Sonó un segundo trueno que levantó el viento, barriendo la galería.

Se alejó de las puertas, un tanto nerviosa por lo cerca que había visto el rayo.

—¡Vaya!

—Se avecina una buena tormenta.

Se dio la vuelta con un jadeo y vio a Richard en el umbral de la puerta. ¿Acaso todos los que vivían en esa casa eran expertos *ninjas*? ¡Jesús!

—¿Por qué todo el mundo se mueve tan sigilosamente? ¿De verdad sois humanos?

Richard se rio por lo bajo.

—Al señor De Vincent… a Lawrence no le gustaban los ruidos innecesarios. La mayoría aprendimos a movernos lo más silenciosamente posible.

¿Los pasos eran un ruido innecesario? Lo que le resultaba de lo más raro era que todo el mundo podía moverse sin emitir sonido alguno, excepto por la noche, donde los fantasmas se paseaban a sus anchas sin respetar el descanso nocturno.

—Muy bien.

—¿Lista para acostarla? —preguntó.

Julia asintió y se volvió hacia el cómodo sillón en el que Madeline descansaba medio dormida. Richard se acercó y echó un vistazo a la pintura en la que había estado trabajando casi todo el viernes. Una extraña expresión atravesó su rostro.

—¿Tiene alguna idea de lo que está dibujando? —preguntó. Para ella todo era demasiado abstracto.

El hombre mayor suavizó el gesto y negó con la cabeza.

—¿Preparada?

Juntos, ayudaron a Madeline a ponerse de pie. Cuando estaba Lucian, el proceso era bastante rápido porque levantaba a su hermana en brazos y la llevaba a la cama. Richard y ella tenían que moverle un pie delante del otro mientras soportaban su peso.

En cuanto la metieron en la cama y le arropó con cuidado las piernas, se le ocurrió una idea.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para los De Vincent?

—¡Oh, bueno! Desde antes de que nacieran los muchachos y ella. —Colocó una almohada debajo de la cabeza de Madeline—. Mi padre también fue empleado del padre de Lawrence. Me crie con él. Era lógico que terminara trabajando para él.

—Eso es…, ¡uf!,… un montón de tiempo. —Recordó al joven que le había recogido en el aeropuerto. Le había dicho algo similar.

Richard se alejó de la cama y se paró junto a la cómoda y una pequeña mesa auxiliar.

—Quiero a estos chicos como si fueran mis propios hijos. —Miró a Julia —. Livie y yo no queríamos formar una familia, así que disfrutamos malcriando a los muchachos y a Madeline todo lo que pudimos.

Julia lo miró, preguntándose si no estaría yendo demasiado lejos con su siguiente pregunta.

—No lo tuvieron fácil, ¿verdad?

El hombre esbozó una sonrisa triste.

—Lawrence fue muy duro con ellos. Esperaba mucho de ellos, igual que su padre de él. —Se quedó con la vista clavada en Maddie durante unos segundos—. No tuvo la oportunidad de conocer a Lawrence. Podía ser muy severo, pero tenía sus motivos. No siempre estaba de acuerdo con ellos, pero los tenía.

Se preguntó qué clase de motivos podía tener alguien para comportarse de una forma tan horrible con sus hijos.

—¿Necesita algo más?

—No, eso es todo.

Richard asintió y se dirigió a la puerta, pero antes de salir se detuvo.

—¿Cenará con los muchachos esta noche?

Estuvo a punto de reírse.

—No, solo quiero descansar un poco.

—Por supuesto. ¿Quiere que le lleve algo de cena a su habitación?

Abrió la boca, pero tardó un momento en encontrar las palabras.

—No hace falta. Todavía me queda algo de la comida que Livie tuvo la amabilidad de comprarme.

—No me supone ninguna molestia. —Las arrugas de los extremos de sus ojos se acentuaron mientras sonreía—. Esta noche tenemos costilla asada con mantequilla y hierbas. Está deliciosa.

¿Costilla asada? Le rugió el estómago a modo de respuesta.

—¿Cómo voy a negarme a un manjar como ese?

—No puede. Le mandaré un plato a las siete en punto.

—Gracias —dijo, aunque sintió que no debería haber aceptado.

Richard asintió, giró sobre sus talones y desapareció en el pasillo.

Julia negó con la cabeza y se fue al baño. Le seguía resultando extraño tener a alguien alrededor, esperando a hacer algo por ella. Daba igual el tiempo que se quedara allí, dudaba que terminara acostumbrándose a eso.

Recogió las toallas limpias que habían dejado en el servicio, las llevó al armario y las dejó en el estante correspondiente. Al salir, cerró la puerta del armario y golpeó con el codo una pila de revistas y libros que habían dejado sobre la mesa auxiliar que había junto a la cómoda. Se fueron cayendo al suelo uno tras otro.

—¡Cómo no! —masculló, mirando a Madeline. Seguía teniendo los ojos cerrados, pero dudaba que estuviera durmiendo.

Se agachó y se puso a recoger los libros y revistas. Mientras los colocaba en la mesa vio un trozo de papel blanco en el suelo.

Frunció el ceño y se hizo con él. Se trataba de una hoja de un cuaderno doblada. No parecía vieja ni amarillenta.

Terminó de colocar la pila y se levantó mientras desdoblaba el papel. Cuando vio las dos líneas que contenía, alzó ambas cejas y se quedó paralizada.

«Te echo de menos, aunque no por mucho tiempo».

«Te quiero, pero eso es algo que siempre supiste».

20

—Gracias —dijo Dev al teléfono—. Para nosotros supone mucho que nos hayas llamado. —Hizo una pausa mientras Lucian se rascaba la frente con el dedo corazón. Luego frunció el ceño—. Sí, si necesitamos cualquier cosa, te lo haremos saber. —Colgó—. Muy maduro.

Lucian sonrió de oreja a oreja.

—Sí, yo también lo creo.

Dev enarcó una ceja y se recostó en el respaldo de su silla.

—El teléfono no para de sonar.

Su hermano se había encargado de recibir las condolencias, las llamadas, las visitas y de lidiar con la prensa de forma innata. Y era cierto, había nacido para eso. Asumir el papel de cabeza de familia y el control de la empresa familiar era lo que llevaba esperando toda la vida.

Lo que todos llevaban esperando.

Pero Lucian no estaba allí para hablar sobre lo increíble que era Dev como gilipollas que estaba al mando.

—Quería pedirte una cosa.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que «pedirte una cosa» significa que vas a hacer lo que te dé la gana sin importar lo que piense?

—No lo sé. Quizá porque tienes algún tipo de estadística que respalde esa creencia.

—Tal vez —murmuró Dev. Le hizo un gesto para que continuara mientras tomaba su vaso.

—Estaba pensando en invitar a Daniel a pasar un rato con Maddie. Creo que podría venirle bien. —Había contado a sus hermanos la breve intrusión de su primo poco después de enterarse. A ninguno de los dos les hizo especial gracia—. Da igual lo molesto que sea, su presencia no causará ningún daño a nadie.

Dev apretó la mandíbula después de tragarse el wiski.

—Preferiría tener a un canguro rabioso en casa antes que a Daniel.

Lucian frunció el ceño.

—¿Los canguros pueden tener la rabia?

—No lo sé, pero supongo que Daniel es tan peligroso como un canguro rabioso en una tienda de porcelana —replicó Dev. ¿Estaba su hermano borracho?—. ¿Cuándo?

Lucian cambió de posición en la silla, bajando los pies del borde del escritorio de su hermano.

—El domingo. No estarás por aquí.

—Perfecto. —Dev se detuvo un instante—. Pero es responsabilidad tuya. Si causa el menor problema…

—Lo sé. Yo me encargo. —Apoyó una mano en el respaldo de la silla—. Hablando de problemas. ¿Te ha dicho algo la policía?

—Hablé con Troy antes. Creo que lo van a apartar de la investigación por la amistad que tiene con nosotros —explicó Dev, girando el líquido en el vaso —. El jefe todavía no ha hablado conmigo.

—¿Se lo están impidiendo los abogados?

En los labios de Dev apareció la sombra de una sonrisa.

—Por supuesto, pero no es algo que me preocupe.

Lucian lo miró confundido.

—Pero antes sí parecías preocupado.

Dev lo miró.

—Eso era antes.

—¿No te preocupa que el hecho de que estén investigando su muerte vaya a salir en la prensa? —La incredulidad se apoderó de él. Lo único que a su hermano le importaba era la imagen de la familia de cara al público—. Seguro que en breve el jefe de policía emitirá un comunicado. Esto podría impulsar su carrera.

En esta ocasión, la sonrisa de Dev fue tan fría como una tumba recién cavada.

—O… acabar con ella.

Julia estuvo hecha un manojo de nervios mientras se duchó y se preparó para su *cena no cita* con Lucian y Gabe. Se aplicó champú y acondicionador dos veces, e incluso se depiló porque… por *razones* que no quería analizar.

Intentó pensar en cualquier otra cosa que no fuera aquella para la que se estaba preparando. Se acordó del trozo de papel que se había encontrado la noche anterior. ¿Quién podía haber escrito eso? ¿Era para Madeline? Y de ser así, ¿cómo había llegado allí?

Algunos libros parecían más antiguos, de hacía décadas. ¿Podría haberlo metido en uno de ellos como un marcapáginas? No lo sabía, pero había decidido dejarlo donde estaba, en la mesa auxiliar, debajo de los libros y revistas.

Había pensado contárselo a Lucian, pero no lo había visto desde que la invitó a cenar. Ni una sola vez desde la mañana anterior, lo que era bastante raro, ya que solía encontrárselo cada dos por tres. Si no le hubiera oído leer a Madeline esa misma mañana, habría pensado que no estaba en la casa.

En lugar de enfrentarse a él, como haría un adulto normal, se había acobardado y se había dado media vuelta en el pasillo.

Cuando regresó a la habitación de Madeline antes de la comida, Lucian se había ido. Estaba tan nerviosa que, si no vivieran en la misma casa, habría cancelado la cena.

Pero no podía hacer eso.

Mientras se secaba el pelo, transformando sus largos rizos en ondas sueltas, luchó con su conciencia, su sentido común y sus hormonas. Se sentía como un recipiente en el que se estuvieran añadiendo los ingredientes de una mala receta. Una cuarta parte de ella sabía que era muy mala idea mezclar los negocios con lo que quiera que fuera aquello. Otra cuarta parte le decía que estaba cometiendo un error tremendo al salir esa noche; un error que la llevaría a cometer otros tantos similares.

Y el cincuenta por ciento restante se preguntaba si debía llevar bragas o no.

Se miró en el espejo y puso los ojos en blanco. Pues claro que llevaría bragas.

Terminó de ponerse el rímel y decidió que iba a dejar de preocuparse y que… y que, bueno, que pasara lo que tuviera que pasar. Sí, ese sería el plan. No se estresaría ni un segundo más.

—¡Dios! —susurró a su imagen en el espejo. Era el peor plan de la historia, pero era el único que tenía.

Eso sí, por primera vez en su vida había conseguido maquillarse los ojos con efecto ahumado.

Se apartó de la encimera del lavabo y se tocó el cinturón del albornoz mientras miraba la ducha. No podía dejar de pensar en la sombra que había visto la primera vez que se duchó. Apenas le dolía la cabeza, pero cada vez que se duchaba le daba demasiado miedo cerrar los ojos.

Aunque la aterrorizaba más dejarlos abiertos.

Se estremeció y abrió la puerta del baño. En cuando posó la vista en la cama, se detuvo en seco. En el centro había una caja blanca con un lazo negro.

—¿Pero qué…?

La caja no estaba ahí cuando se había metido en el baño. Miró las puertas con ojos entrecerrados. Todas estaban cerradas y con el pestillo echado.

Lo sabía porque, después de que se abrieran en mitad de la noche, se aseguraba de comprobarlo dos veces.

Se acercó despacio a la caja, la levantó con cuidado y la colocó en el borde de la cama. Después, se echó el pelo hacia atrás, respiró hondo y deshizo el lazo, que cayó a un lado.

Sujetó los bordes de la tapa y la levantó. Se echó hacia atrás como si dentro hubiera una cobra lista para atacar.

Pero no había ninguna cobra.

Solo toneladas de papel de seda negro.

Apartó el delicado papel y jadeó al ver lo que había envuelto. No, no se trataba de ninguna serpiente, pero sí algo igual de peligroso.

En medio de todo ese mar negro había una tela de color carmesí. La caja contenía un vestido, y no precisamente del tipo que podías comprar en un centro comercial cualquiera. No le hizo falta tocarlo, solo con verlo supo que estaba hecho de un material con una calidad exquisita; la clase de material cuyo nombre seguro que no conocía porque nunca había tenido dinero suficiente para comprar en las tiendas en las que solía venderse un vestido como ese.

Durante un instante, ni siquiera se atrevió a tocarlo por miedo a mancharlo con sus dedos poco elegantes, pero luego su chica interior le dio una patada en el trasero y se lanzó a por él.

Lo sacó de la caja. Era espectacular. Tenía unas mangas muy coquetas, un escote con forma de corazón y cintura alta, justo debajo del pecho.

—¡Santo cielo! —susurró, alejándose de la cama y colocándose las delicadas mangas sobre los hombros. El vestido le llegaba por debajo de las rodillas.

Era precioso. Estaba segura de que no se había puesto nada tan bonito desde su boda.

Pero ¿de verdad se lo iba a poner?

Se alejó el vestido del cuerpo y lo examinó. No tenía etiqueta, aunque sospechaba que debía de costar mucho más de lo que ella solía gastarse en ropa. Obviamente era un regalo…

Atisbó un poco más de carmesí dentro de la caja. Se colgó el vestido del brazo, se inclinó, apartó lo que quedaba de papel de seda negro y se rio.

Eran una sandalias de tacón rojas.

Ahí fue cuando vio la tarjeta. Se hizo con ella y le dio la vuelta.

«Firestones es un restaurante de lujo. Quería que tuvieras todo lo necesario».

Tenía una caligrafía muy bonita, nada parecida a la nota que había encontrado en la habitación de Madeline. No supo por qué, pero volvió a reírse.

—Esto es una locura.

Negó con la cabeza, pero cuando sacó las sandalias y las dejó sobre la cama al lado de la caja, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Solo había una persona en el mundo que podía haberle regalado ese vestido y esos tacones.

Lucifer.

Que le comprara un vestido así sin su permiso era algo tan provocador, tan propio de él… Era un detalle que rezumaba arrogancia y querer llevar la voz cantante, pero por extraño que pareciera, también lo vio un gesto considerado.

Una parte de ella no quería que le comprara ropa. Era algo demasiado personal. La otra parte estaba deseando probárselo.

Dejó el vestido en la cama, se quitó a toda prisa el albornoz y se puso un conjunto de sujetador y bragas, ambos rojos para ir a juego con la prenda. Luego cogió el vestido y se lo puso.

Le valía.

¡Dios! Le sentaba como un guante. No quería pararse a pensar cómo se las había arreglado Lucian para encontrar ese vestido y asegurarse de que le quedara como si se lo hubieran hecho a medida.

No debería haberse atrevido a comprarle ese vestido ni las sandalias. Era otra cosa inapropiada a la larga lista de cosas inapropiadas de las que ambos eran responsables.

Pero iba a llevarlo puesto.

Se colocó las sandalias y se dio la vuelta frente al espejo del baño. Se sentía como una Cenicienta cursi. Su reflejo le llamó la atención.

Apenas se reconocía.

Con el corazón latiéndole desaforado acarició la favorecedora y elástica tela con las manos. Ni en un millón de años se habría imaginado a sí misma

con un vestido tan ajustado y sintiéndose… absolutamente segura de sí misma, e incluso guapa, con él.

—Muy bien —dijo, tragando el nudo de emoción que había surgido literalmente de la nada.

Parpadeó para contener las lágrimas, salió del baño y fue a por su bolso. Supuso que se encontraría con los hermanos abajo. Así que se detuvo un instante en la puerta para calmar el cúmulo de emociones que sentía y recobrar la compostura. En cuanto lo consiguió, salió de la habitación. Apenas había dado unos pocos pasos cuando la puerta de la habitación de Lucian se abrió.

En cuanto lo vio, su estómago hizo una especie de giro parecido al de una montaña rusa. Estaba impresionante. Iba vestido como en el funeral de su padre, pero sin la corbata y la chaqueta. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones oscuros hechos a medida. Se había peinado el pelo hacia atrás, pero tuvo la sensación de que algunos de esos mechones ondulados e indomables terminarían cayendo sobre su rostro antes de que terminara la noche.

Aunque ya lo había pensado anteriormente, y sin duda lo volvería a pensar al menos una docena de veces después de esa noche, Lucian de Vincent era tan guapo que no parecía de este mundo.

A medida que se fue acercando a él ralentizó el paso. Entonces se dio cuenta de que él la estaba mirando con la misma intensidad que ella a él. Un escalofrío la recorrió por completo mientras él la miró de la cabeza a los pies.

—¡Joder! —murmuró él, volviendo a mirarla de arriba abajo—. Señorita Hughes, estás absolutamente espectacular. Lo sabes, ¿verdad? Espectacular.

Sintió cómo el calor subía hasta sus mejillas.

—Gracias. —Lo miró a los ojos lentamente—. Y gracias también por el vestido y los zapatos.

—¿Te gustan? —Dio un paso hacia ella—. Tengo que confesar que sabía que el rojo te sentaría de maravilla.

El corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

—Te lo agradezco, pero no deberías comprarme este tipo de cosas.

—¿Por qué no? —Levantó una mano y le acarició el pelo hasta llegar a las puntas—. Una mujer preciosa se merece cosas hermosas.

—Esa es una frase muy bonita que has debido de leer en algún sitio, pero no es…

—¿Apropiado? Lo que no habría sido apropiado es que te negaras a ponerte este vestido. —Extendió las puntas de su pelo por su brazo—. Y no lo

leí en ninguna parte. Solo fue un pensamiento que decidí expresar en voz alta.

—De acuerdo. —Era plenamente consciente de que las yemas de sus dedos seguían rozándole el brazo—. Pero no vuelvas a comprarme algo así sin mi permiso.

Lucian ladeó la cabeza. Por la cara que puso se preguntó si de verdad había entendido lo que acababa de decirle.

—¿Entonces puedo comprarte cosas bonitas siempre que tenga tu permiso?

Frunció el ceño. No, eso no era en absoluto lo que le había dicho.

—Lo recordaré. —Lucian esbozó una sonrisa—. ¿Lista?

No era una pregunta en sí, pero ella asintió de todos modos, a pesar de que no estaba ni remotamente preparada.

Lucian apenas pudo quitarle los ojos de encima a Julia mientras bajaban a la planta principal. Y no fue el único al que le pasó lo mismo, porque Gabe tampoco dejaba de mirarla.

Puede que comprarle ese vestido hubiera sido una mala idea, porque lo único que quería hacer en ese momento era quitárselo.

Cuando salieron al cálido aire de la tarde, Julia se colocó entre ambos, con una mano apoyada en su antebrazo.

Mientras Gabe le enumeraba los platos que podía pedir en Firestones, Lucian se dedicó a contemplar cada línea de su rostro y cada curva de su cuerpo.

—Tienes que probar su estofado de cangrejo. Está delicioso.

—Nunca he probado el cangrejo.

—Bueno, eso es algo que solucionaremos en breve. —Gabe lo miró—. Nos aseguraremos de que esta noche Julia tenga muchas… primeras veces.

Lucian enarcó una ceja.

Julia volvió la cabeza hacia él, pero bajó la barbilla.

—¿Te gusta el marisco?

Ahora que tenía su atención, se acercó más a ella.

—Descubrirás que hay una gran discusión sobre si al cangrejo se lo considera marisco o no, pero sí, me gusta todo tipo de comida.

—Eso no es del todo cierto —replicó Gabe, moviéndose para quedar de frente a ella—. Lucian no es un forofo de los alimentos verdes.

—¿En serio?

—Bueno… —Le colocó una mano en el hombro y le alivió comprobar que ella no intentó soltarse—. ¿Acaso las verduras son comida de verdad?

Julia negó con la cabeza.

—Creo que… ¡Madre mía! —se puso rígida—. ¿Eso es para nosotros?

Lucian alzó la vista y vio la limusina negra acercándose por la rotonda pavimentada.

—Eso espero, ya que es nuestra.

—Mandé que le hicieran una revisión. —Gabe se echó el pelo hacia atrás —. Hacía tiempo que no la usábamos.

Julia abrió la boca, pero no emitió sonido alguno durante unos segundos.

—¿Habláis en serio? ¿Soléis ir en limusina?

—Sí. —Bajó la mano hasta la parte baja de su espalda—. No es algo tan raro.

El vehículo se detuvo frente a los escalones de entrada y Gabe bajó.

—A ver, yo no diría que la usamos a menudo para dar una vuelta, pero esta noche es especial. Hoy vamos a mostrarte nuestro estilo de vida.

Julia vaciló y él percibió su creciente inquietud.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—Estoy un poco abrumada —respondió ella con una risa temblorosa—. No estoy acostumbrada a… nada de esto.

De pronto sintió la urgente necesidad de tranquilizarla. Durante un instante, fue incapaz de moverse o hablar. Durante toda su vida, las únicas personas a las que había querido reconfortar habían sido su madre y su hermana. Ni siquiera a sus hermanos.

Era una sensación muy extraña. Pero le… gustó.

—Si quieres podemos ir en otro coche. —La tomó de la barbilla y la obligó a que lo mirara—. Y si te apetece, también podemos pedir *pizza*.

—*¿Pizza?* —Se rio ella.

—Si eso es lo que quieres… —Y lo decía completamente en serio. Haría lo que ella quisiera—. Solo tienes que decírmelo.

Julia apartó la mirada unos segundos. Lucian la soltó y vio cómo tomaba una profunda bocanada de aire.

—No, solo estoy siendo un poco tonta. Vámonos.

—No estás siendo tonta.

Ella apretó esos bonitos labios rosas.

—¿Estás seguro? La mayoría de la gente se pondría a dar saltos de emoción por poder subirse a una limusina.

—Me da igual lo que haga la mayoría de la gente. —También lo decía en serio.

—Está bien. Estoy lista.

—¿Segura? Si quieres puedo darte la mano.

Julia puso los ojos en blanco.

Sin quitar la mano de su espalda, se inclinó hacia ella y le susurró al oído.

—Si me das la mano, señorita Hughes, es posible que nunca te la suelte. Solo para que lo sepas.

Cuando deslizó la mano hasta su cadera sintió cómo se estremecía.

—Y yo quiero que sepas que seré yo la que decida si te doy la mano. —Hizo una pausa y lo miró—. O se la doy a otro.

—No creo que quieras dársela a nadie más —le dijo. Luego se enderezó al ver que Gabe abría la puerta de la limusina.

Julia bajó los escalones y le ofreció una sonrisa tensa mientras le ofrecía la mano a Gabe. Después enarcó una ceja y se volvió hacia su hermano, quien la ayudó a entrar en el asiento trasero.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio de buena gana. Le gustaba su sentido del humor. Julia era… era diferente a cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Gabe le guiñó un ojo y se metió en la limusina. Lucian se apresuró a bajar los escalones y se unió a ellos. Se relajó al ver que su hermano se había colocado frente a Julia. Así no tendría que obligarlo a que se sentara en otro lado.

Obviamente, se sentó al lado de ella.

—Estamos listos, Denny —dijo Gabe a través de la ventanilla—. Siento el retraso.

—Sin problema —respondió el chófer.

Lucian la miró. Estaba con los ojos bien abiertos, escudriñando cada centímetro del amplio interior, desde el minibar, hasta los asientos de cuero. Cuando se subió el cristal divisorio, pareció que quería reírse.

—¿Es la primera vez que te subes a una limusina? —inquirió Gabe.

Julia parpadeó y puso las manos sobre el regazo, sobre el bolso que llevaba con ella.

—Estuve una vez en una, pero no se parecía en nada a esta. —Se detuvo —. ¿Eso es madera de verdad?

—Sí —contestó Gabe con una sonrisa de oreja a oreja—. De hecho, lo hice yo mismo. ¿Quieres beber algo?

—Mmm. —Asintió—. Sí, claro.

Gabe se desplazó hacia el minibar y sacó una botella de wiski.

—Vamos a empezar con algo un poco más suave —dijo Lucian a su hermano—. ¿Qué tal champán? Creo que tenemos una botella de Krug.

—Claro. —Gabe sacó la botella y la descorchó en un abrir y cerrar de ojos, sobresaltando a Julia. Después sonrió, llenó tres copas y se las pasó.

Lucian apoyó la mano en el respaldo del asiento. Julia lo miró de reojo, pero no se movió.

—Se le da muy bien trabajar con las manos.

—Igual que a ti —replicó su hermano. Luego estiró las piernas de modo que sus pies quedaron junto a los de Julia.

—¿También trabajas con la madera? —preguntó ella, antes de dar un sorbo al champán.

Lucian se rio por lo bajo.

—No. Para nada.

—¿No lo sabes? —Gabe dio un golpe con el pie al de Julia para llamar su atención.

—¿Saber qué?

Su hermano lo miró.

—¿No se lo has dicho?

Él se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea de lo que estáis hablando —indicó ella, mirándolos a ambos.

—Mi hermano pequeño tiene un talento enorme. —Gabe lo miró con una sonrisa en los labios—. Madeline no es la única artista de la familia.

Julia se volvió hacia él.

—¿Pintas?

Capturó un mechón de pelo entre sus dedos y asintió.

—He hecho un par de cosillas.

—¿Un par de cosillas? —se rio Gabe—. ¿Ahora te has vuelto modesto?

—¿Cuándo no lo soy?

Su hermano le dedicó una sonrisa burlona y volvió a centrarse en Julia.

—Lucian ha hecho una fortuna con sus cuadros. Están por todo el mundo, en casas particulares y en museos.

—¿Qué? —Julia lo miró como si le asombrara que supiera colorear sin salirse de los bordes.

—¿Tanto te sorprende? —Le dio un pequeño tirón a su mechón—. Mi trabajo como libertino me deja un montón de tiempo libre.

A Julia le tembló ligeramente el labio mientras estiraba la mano para liberar su mechón.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy seguro de que ya hablo bastante de mí mismo.

Gabe se rio.

—¿Hay algún cuadro tuyo en la casa?

—Unos pocos. —Le tomó otro mechón—. Si quieres luego podemos jugar un rato. Tendrás que adivinar cuáles son los míos.

—Parece divertido. —Gabe los miró por encima de su copa—. ¿Puedo jugar yo también?

—No —sentenció él—. No sería justo para la señorita Hughes, ¿no crees?

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que ninguno de los dos suele jugar limpio —comentó ella con sequedad.

Gabe alzó ambas cejas.

—¡Vaya! Ya nos ha calado.

Por supuesto que lo ha hecho, pensó Lucian enrollando el mechón en su dedo. Cuando se acercaron a la ciudad, Gabe bajó las ventanillas tintadas para que pudieran admirar las luces parpadeantes. Julia se asomó al instante por la suya y la copa vacía que tenía quedó colgando de sus dedos.

Al llegar a la calle Canal, el tráfico se hizo más lento. El sonido de la música, los gritos, las risas y las bocinas se mezclaron con los diversos olores de la ciudad, que llegaron hasta el interior del vehículo a través de las ventanillas abiertas. Lucian se olvidó por completo de su hermano, centrándose únicamente en Julia.

Casi temblaba de la emoción mientras contemplaba la magia de Nueva Orleans. Cuando vio el letrero en el que se leía «Calle Bourbon», se volvió hacia ellos.

—No vamos a pasar por Bourbon —le dijo Gabe con una sonrisa cariñosa —. Pero llegaremos a esa pintoresca ruta. En breve cruzaremos por una parte del Barrio Francés.

—¿No vamos a comer en el Barrio Francés?

—No. —Lucian recorrió con la mirada la curva de su pierna—. Eso se lo dejamos a los turistas. Aunque te gustará el sitio al que vamos.

Firestones estaba a varias manzanas de la calle Canal, cerca de la calle Gravier, al lado del centro financiero, en uno de los almacenes que habían remodelado hacía poco. Aunque Denny les hizo una pequeña ruta turística, girando por la calle Royal y luego volviendo por Decatur para que Julia

pudiera ver alguno de los edificios y hoteles más antiguos con balcones de hierro forjado.

Viajar por todas esas calles fue todo un ejercicio de contención. Una multitud de personas salía de los bares, llenando las estrechas aceras y calzadas. Iban a tener que darle una buena propina a Denny por aquello. La paciencia que se requería para conducir por esas calles un sábado por la noche era una cualidad que muy pocos, solo los más valientes y avezados, poseían.

En todo caso, mereció la pena con tal de ver la cara iluminada de Julia.

—Pues ya hemos llegado —anunció Gabe cuando Denny detuvo la limusina en la acera.

Julia se apartó de la ventana y miró la copa que tenía en la mano.

—Déjala en la barra —dijo él mientras Gabe abría la puerta y salía del vehículo—. Ya se encargarán de ello.

Hizo lo que le dijo y luego se inclinó hacia el cristal de separación para dar las gracias a Denny.

Lucian se bajó del coche y se volvió hacia Gabe, que los estaba esperando en la acera, observándolos. Después alargó la mano, mientras Julia se movía en el asiento, dispuesta a salir. Cuando llegó a la puerta abierta, sus enormes ojos bajaron de su cara hasta su mano. Alzó la barbilla.

Estaba claro que recordaba la conversación que habían tenido justo antes de salir de casa.

—¿Señorita Hughes? —preguntó en voz baja.

La vio respirar hondo; parecía que estaba tomando una decisión. Sintió una extraña opresión en el pecho, hasta que Julia, con una lentitud casi dolorosa, puso la mano encima de la suya.

Lucian sonrió.

21

Los cangrejos estaban deliciosos.

A Julia le dio igual si era marisco o no. Estaban para chuparse los dedos. Al igual que el aperitivo de queso *burrata* y el plato principal de bistec y vieiras. Con todo lo que había comido y bebido, iba a necesitar que la ayudaran a salir del restaurante, y como era de esperar, los hermanos también habían pedido postre.

Miró a Gabe. Él le sonrió y alzó su copa de vino en su dirección. Después se volvió hacia Lucian y él… él la miró con una intensidad que la hizo estremecerse por dentro. Bebió un sorbo de vino, pero apenas apreció su sabor seco. Apartó la vista a toda prisa y echó un vistazo a su alrededor.

Estaban sentados en una pequeña mesa redonda, cerca de una pared, en un hueco que les ofrecía una mayor intimidad. El interior del restaurante era encantador, con carpintería hecha a mano y mesas decoradas con manteles de lino en tonos rojos y crema y velas altas y delgadas.

Durante la cena, en varias ocasiones se les acercaron personas, sobre todo hombres mayores que la miraron con curiosidad. Ninguno se comportó de forma grosera, como la prometida de Dev. Lucian siempre hizo las presentaciones pertinentes, llamándola señorita Hughes y sin dar más explicaciones.

Hasta ese momento, la cena había ido bien. Al igual que el trayecto hasta la ciudad y lo que había podido ver de Nueva Orleans. Estaba deseando volver a contemplar aquellos balcones cubiertos de flores y helechos. Se moría por caminar en esas calles y tocar los edificios. Palpar la historia que había en ellos.

Pero no sería esa noche.

Dudaba que en ese momento pudiera caminar más de unos cuantos metros.

Lucian se movió, llamando su atención. La mesa no era muy grande, porque tenía la pierna de Lucian apoyada contra la de ella y de vez en cuando Gabe le rozaba la pantorrilla con la suya.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Le había hecho esa pregunta cada dos por tres. Que se preocupara tanto por ella le resultó… adorable, porque tenía la sensación de que estaba siendo sincero. O al menos eso era lo que le decía el vino.

Así que asintió. Todo iba bien. Los hermanos habían hecho que la conversación fluyera en todo momento, hablándole de sus días de Universidad y de todos los líos en los que se metieron mientras disfrutaban de una cena que debía de costar lo mismo que la mensualidad de un coche de lujo comprado a plazos.

Pero seguía sintiéndose como una invitada. Una invitada en su casa, en su limusina, y ahora en una mesa en la que suponía que solo los millonarios podían permitirse comer. No era por culpa de ellos. De hecho, hicieron todo lo posible para que estuviera cómoda, pero se veía tan fuera de lugar, con ese vestido elegante y rodeada de toda esa gente rica, que se sentía como una impostora.

Tenía la sensación de que en cualquier momento aparecería alguien como Sabrina y la desenmascararía delante de todos.

—Entonces… —Gabe estiró el brazo y le dio una palmada en el dorso de la mano—. ¿Qué planes tienes a largo plazo, Julia?

Salió de su ensimismamiento y se volvió hacia él.

—¿Te refieres a cuando termine mi trabajo aquí?

Estaba recostado en su silla, completamente relajado. Asintió.

—Sí. ¿Tienes pensado quedarte aquí o volver a casa?

—No lo sé. —Por alguna razón que no logró comprender, miró a Lucian. ¡Pero qué tonta era!—. Seguramente vuelva a casa, aunque tengo que reconocer que todavía no me he parado a pensarlo, ya que mi contrato no tiene una fecha exacta de finalización.

Gabe ladeó la cabeza y miró a su hermano.

—¿No te has planteado quedarte por aquí? Creo que… alguno de nosotros te echaría de menos si te fueras.

Julia alzó ambas cejas y bebió otro sorbo. Teniendo en cuenta que solo había mantenido un puñado de conversaciones con Gabe, dudaba que él fuera uno de ellos.

—Yo te echaría de menos. —Lucian se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa—. Un montón de menos.

—Sí, claro —murmuró ella, mirándolo de reojo.

—¿Dudas de mí? —Apoyó el hombro sobre el de ella—. Estoy más que dispuesto a demostrártelo.

Cuando sus miradas se encontraron sintió un intenso calor ascendiendo por su pecho y garganta. Se había pasado con el vino, porque, a medida que sus rostros se acercaban, fue incapaz de apartar la vista. Sus bocas quedaron a escasos centímetros la una de la otra.

—No creo que debas dudar de él —musitó Gabe.

Julia parpadeó y se apartó bruscamente. Se volvió hacia Gabe, que esbozó una sonrisa de oreja a oreja antes de decir:

—Creo que, si te vas, se quedará desolado.

Intentó organizar sus ideas, bebiendo un buen sorbo de vino.

—Pues yo creo que exageras.

Sintió el cálido aliento de Lucian extendiéndose por un costado de su cuello. Un escalofrío la recorrió por completo.

—Creo que acabas de desafiarme.

Cuando vio que Lucian se alejaba de ella y le hacía un gesto al camarero con la mano, el corazón le dio un brinco.

La sonrisa de Gabe se hizo más amplia.

El camarero se apresuró a traerles la cuenta y ella se sintió como si se le estuviera escapando algo de toda aquella situación. Lucian sacó una de esas American Express negras que nunca había visto en la vida real.

—Vuelvo enseguida —dijo el camarero antes de marcharse.

—Me gustaría enseñarte algo antes de irnos —comentó Lucian, recostándose en la silla y apoyando un brazo en el respaldo de la de ella.

Gabe comprendió de inmediato a lo que se refería porque se le iluminó la cara.

—Es verdad, casi se me olvida. —La miró—. Te va a encantar.

—¿Encantar qué?

Lucian le dio una palmadita en la espalda.

—Es una sorpresa.

Antes de que pudiera insistirle, Gabe señaló con la cabeza hacia una mesa que estaba en diagonal a la suya.

—¿Has visto quiénes están ahí?

Lucian, que seguía con la mano apoyada en el respaldo de su silla, miró por encima del hombro.

—Vaya, hace años que no los veo.

Julia giró el cuello con curiosidad para ver de quién estaban hablando. Vio a dos hombres que debían de tener la misma edad que ellos. Uno era blanco y el otro de tez oscura. Entre ellos, estaba sentada una mujer muy guapa.

—¿Quiénes son?

—Unos viejos amigos —respondió Gabe, levantando la mano para saludar al de color, que ya los había visto y estaba haciendo lo mismo—. Están en un par de juntas de organizaciones benéficas a las que también pertenecemos.

No pudo evitar preguntarse en qué tipo de organizaciones benéficas podrían estar los dos hermanos.

—¿No van a venir a saludar?

Lucian se sentó más erguido y esbozó una sonrisa misteriosa.

—No creo que quieran interrumpir su cita.

—Lo que es comprensible —Gabe dio un sorbo a su bebida y bajó sus espesas pestañas.

Volvió a mirar hacia la mesa. La mujer estaba inclinada sobre el hombre de piel oscura. Cuando él le dio un beso en la mejilla, una hermosa sonrisa le iluminó el rostro. Julia se fijó en la mesa. El otro hombre le estaba sujetando… ¿la mano?

Se quedó congelada, con la copa de vino a medio camino de la boca, mientras empezaba a asimilar lo que los hermanos le habían dicho y lo que estaba viendo con sus propios ojos. Esa mujer era la cita de *ambos*. No había salido a cenar con un par de amigos, o con su cita y un amigo. Tenía una *cita* con los dos.

¡Virgen santa!

Abrió la boca.

Lucian se rio por lo bajo.

—Creo que se acaba de dar cuenta de lo que está pasando en esa mesa.

—Cierto —comentó Gabe.

—¿Es una prostituta de lujo? —soltó a bocajarro.

—¿Qué? —Lucian se atragantó con la bebida y tosió—. No, no es ninguna prostituta.

—Ahí no hay ningún intercambio de dinero. —Gabe la miró como si estuviera a punto de echarse a reír—. Confía en nosotros.

Miró a los dos hermanos. Y por fin lo entendió todo. Había salido con Gabe y Lucian. Ambos habían estado pendientes de ella como… como los hombres de la otra mesa. Los dos habían competido por obtener su atención. La habían tocado, habían bromeado con ella, pero eran… eran *hermanos*, y ella era *Julia*.

Volvió a abrir la boca, pero fue incapaz de emitir palabra alguna mientras dejó de mirar a Gabe para centrarse en Lucian. Tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera ocultando un montón de secretos.

Lucian le había advertido que ahora estaba en su mundo. Quizás ese tipo de cosas eran comunes en su mundo, pero no en el de ella. Al menos que ella supiera. Volvió a mirar la otra mesa. La mujer estaba hablando y los hombres estaban centrados en ella con una intensidad que hizo que se le contrajera el estómago.

Ni siquiera oyó al camarero regresar.

Lo siguiente que supo fue que Gabe le agarraba de la mano y la ayudaba a levantarse. Cuando miró hacia atrás, se dio cuenta de que Lucian llevaba su bolso debajo del brazo. Caminaron por el comedor, sin embargo, en vez de dirigirse hacia la puerta de entrada, Gabe los llevó por un estrecho pasillo, dejando atrás los baños.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—Es una sorpresa —le recordó Gabe, tirando de ella.

Sintió un nudo de nervios en la boca del estómago.

—No sé si me gustan las sorpresas.

Lucian le rozó la espalda con la mano.

—Esta sí te va a gustar.

No lo tenía tan claro, sobre todo cuando Gabe dobló en una esquina y abrió una puerta en la que se leía: «SOLO MIEMBROS DEL PERSONAL».

—¿Podemos estar aquí?

Lucian se rio entre dientes detrás de ella.

—Por supuesto.

Pasaron al lado de varios camareros y cocineros que miraron en su dirección pero no dijeron nada. El aroma a carne a la parrilla y pollo asado impregnaba el ambiente y no pudo evitar fijarse en lo limpia que estaba la cocina.

¡Vaya! Tal vez era cierto que se había pasado con el vino.

—En esta ciudad hay muchas joyas escondidas —explicó Gabe, apretándole la mano. La arrastró por los fregaderos llenos de platos y atravesaron otra puerta que daba a otro pasillo oscuro—. Lugares que muy poca gente conoce.

—Bares y restaurantes recónditos —agregó Lucian cuando llegaron a un ascensor—. Bibliotecas, estancos, clubs y otro tipo de locales ocultos a la vista del público.

—¿En serio? —Tragó saliva y miró a sus espaldas.

—Sí. —Lucian sacó su cartera y extrajo lo que parecía una tarjeta que deslizó por el panel lateral del ascensor—. Tienes que conocer la ciudad para saber dónde están.

La puerta del ascensor se abrió.

—Y también a las personas adecuadas. —Gabe la metió dentro.

Nada más entrar se dio cuenta de que era un habitáculo muy pequeño, casi claustrofóbico cuando Lucian se unió a ellos. El menor de los De Vincent apretó un botón, el único que había. La puerta se cerró y los tres se quedaron allí dentro, en un espacio tan estrecho que Julia estuvo a punto de ponerse a hiperventilar. Tenía a Gabe enfrente y a Lucian justo detrás. Apenas los separaban unos centímetros.

—Esto es… diminuto —dijo, soltando la mano de Gabe. Respiró hondo y percibió el olor de la colonia de ambos hermanos.

—Sí. —El aliento de Lucian le rozó la sien—. Seguro que no quieres saber los años que tiene.

Intentó ponerse de lado, pero se detuvo cuando rozó a Gabe con la cadera y su brazo se acercó peligrosamente a una parte de la anatomía de Lucian con la que empezaba a estar muy familiarizada.

—Como esta cosa se rompa voy a tener una ataque de pánico.

—¿Te asusta quedarte atrapada en un ascensor? —inquirió Gabe.

No le asustaba, le aterraba quedarse atrapada con esos dos, pero no respondió. Su corazón se limitó a latir con fuerza mientras Lucian le tocaba el brazo. Miró a Gabe. Se le hizo un nudo en la garganta cuando se acercó y le retiró un mechón de pelo que tenía pegado a la mejilla.

Gabe esbozó una leve sonrisa y le metió el mechón detrás de la oreja. Sus miradas se encontraron mientras Lucian le acariciaba el brazo. Le daba vueltas la cabeza. Le costaba respirar. Sintió un ligero temblor en la punta de los dedos que fue ascendiendo hasta sus hombros. Se acordó de la mujer del comedor y contuvo el aliento.

Eran hermanos.

En ese momento, entendió por qué los llamaban «Lucifer» y «Demonio».

Eran malvados.

Apartó la vista y se centró en la puerta. Aquel debía de ser el viaje en ascensor más largo del mundo.

Lucian volvió a acariciarle el brazo y tuvo la sensación de que Gabe estaba más cerca. No estaba segura, aunque tampoco iba a comprobarlo. De lo que sí estaba segura era de que no les había pedido a ninguno de los dos que se apartaran de ella. Ni una sola vez había querido hacerlo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Le picaba la piel, pero estaba demasiado nerviosa.

¿Qué narices le pasaba?

Ya no podía culpar al vino.

El ascensor se detuvo con una sacudida que hizo que su espalda se pegara al pecho de Lucian y él la ayudó a recuperar el equilibrio. Cuando se abrió la puerta, una corriente de aire fresco llenó el ambiente sofocante de la cabina. Tardó un momento en darse cuenta de que estaban en una azotea.

Gabe salió primero. Luego Lucian le agarró de la misma mano que Gabe le había tomado antes.

—¿Dónde estamos? —le sorprendió la aspereza de su voz.

Lucian le apretó la mano.

—Ven.

Sintiéndose como si estuviera en una especie de sueño, salió del ascensor. Con los ojos muy abiertos miró alrededor de la azotea. Había perdido de vista a Gabe. Unos toldos blancos se mecían suavemente al ritmo del viento sobre lo que parecían grandes tumbonas. Había macetas con plantas altas dispuestas por toda la zona, proporcionando privacidad por la noche y supuso que sombra durante el día. Cuando atravesaron la azotea le llegó el olor a cloro. Tenía que haber una piscina por algún lado. Las estrellas salpicaban un cielo despejado y la luna plateada ofrecía luz suficiente para ver por dónde pisaba.

—¡Uf! —susurró—. Esto es… impresionante.

Lucian la acercó más a él.

—Todavía no has visto nada.

Tenía razón.

La llevó hasta un muro bajo.

—Mira.

Estaban en un lugar muy alto, en un edificio de varias plantas. Bajo ellos se veía la ciudad rebosante de vida. Se soltó y apoyó las manos en el muro para contemplar la vista. Se quedó atónita por el esplendor que tenía frente a sí, por las luces deslumbrantes de los vehículos y edificios.

—Es precioso, Lucian. —Lo miró—. En serio.

Él le recorrió el rostro con los ojos.

—Sí que lo es. Se pueden ver más cosas de día, pero la vista es mucho más espectacular por la noche.

Se mordió el labio y volvió a observar la ciudad, dejando escapar una risa nerviosa.

—Gracias.

Lucian no respondió.

Lo miró por el rabillo del ojo mientras deslizaba las palmas sobre la superficie rugosa de la cornisa.

—Hace… hace un mes, jamás me habría imaginado estando aquí, admirando el Barrio Francés, o visitando Nueva Orleans. Si me lo llegan a decir, me habría parecido increíble.

—Tú sí que eres increíble.

Puso los ojos en blanco.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Negó con la cabeza y contempló las luces un rato más.

—¿Dónde está tu hermano?

—No muy lejos. —Lucian se apartó del muro y le colocó varios mechones por detrás del hombro mientras se ponía detrás de ella—. Creo que nos está dando un poco de intimidad.

Se estremeció.

—¿Y por qué haría eso?

—Sabes muy bien por qué.

Se quedó inmóvil, con las manos sobre la cornisa. Estaba en lo cierto. Lo sabía.

Lucian le puso una mano en el hombro.

—¿Quieres que venga? Porque sé que, si lo llamo, estará aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Se le secó la boca y se le disparó el pulso.

—¿De eso se trataba todo esto?

—Vas a tener que ser un poco más precisa, señorita Hughes.

Sintió cómo se le ruborizaban las mejillas.

—¿Tu hermano y tú compartís mujeres? Como los hombres de la mesa. ¿Eso es lo que hacéis?

Él no respondió de inmediato.

—No comparto cuando la mujer me importa.

Julia levantó la cabeza.

—Eso no responde a mi pregunta.

Lucian tenía la mitad de la cara sumida en las sombras.

—Sí que lo hace. Solo que todavía no quieres verlo.

Estudió el duro contorno de su mandíbula.

—Yo… nunca he hecho nada así.

Le colocó la otra mano en la cadera.

—No creía que lo hubieras hecho. —Él agachó la cabeza hasta que casi le rozó la mejilla con la boca—. Me juego el cuello a que hay un montón de cosas que no has hecho.

Volvía a tener razón.

Aunque tampoco sintió la necesidad de confirmarlo.

Lucian le acarició la mejilla con los labios.

—¿Lo harías?

Se le hizo un nudo en el estómago. Sabía perfectamente lo que le estaba preguntando.

—No… no creo que pueda. —Cerró los ojos. No podía creerse que estuviera hablando de aquello—. No juzgo a las personas que lo hacen, pero yo no…

—Entiendo. Y, si te soy sincero, eso era lo que quería oír.

¿Eso era lo que quería oír? Estaba tan confundida como extrañamente aliviada.

Sus labios le rozaron la sien.

—¿Tienes frío?

Julia volvió a estremecerse, pero no por la fresca brisa, sino por las emociones que le hacía sentir.

—¿Señorita Hughes?

Se humedeció los labios.

—¿Sí?

Lucian deslizó la mano por su cadera y le pasó el brazo por la cintura para atraerla contra él.

—¿Sabes lo que está pasando aquí?

Estaba allí porque quería. Y había dejado que ese hombre la tocara porque lo deseaba. El pensamiento la aterrorizó.

—Sí, creo que lo sabes muy bien. —Ahora sintió su aliento en la oreja—. No sé por qué te estás resistiendo. Sé que me deseas tanto como yo a ti.

Sí. ¡Oh, Dios! Sí.

Cerró los ojos.

Era oficial.

En lo que respectaba a Lucian de Vincent, ya no pensaba con lucidez, y no creía que lo fuera a hacer a corto plazo.

—Pero —continuó él, rodeándola con el otro brazo y sosteniéndola con más fuerza— no voy a volver a ser el que dé el primer paso.

Julia abrió los ojos de golpe.

—Tendrás que ser tú la que venga a mí.

22

Cuando Julia se vistió el domingo por la mañana, lamentó no poder volver a ponerse el maravilloso vestido rojo. Quería usarlo lo más posible, porque, cuando volviera a casa, ¿cuántas ocasiones tendría para vestirse con algo tan bonito?

A casa.

Ahora le resultaba raro referirse a Pensilvania como su casa. No llevaba allí tanto tiempo y sabía que no se quedaría para siempre. Tarde o temprano, más pronto que tarde, su trabajo allí concluiría y tendría que marcharse. Con la pintura, y con un poco de suerte con la visita de Daniel de esa tarde, Madeline iría cada vez mejor. Volvería a ser independiente o, con el tiempo, sus hermanos terminarían trasladándola a un centro especializado.

No podía imaginarse a Lucian aceptando aquello último, pero la única otra opción posible era contratar a una persona que cuidara de su hermana el resto de su vida. Algo que no era insólito, pero sí bastante raro.

Y Julia no podía permitirse el lujo de pensar en ocupar aquel puesto de forma permanente porque, cuando lo hacía, pensaba en cosas que no tenían nada que ver con Madeline, y sí todo con su hermano.

Y eso era del todo inapropiado.

Al mismo tiempo, tenía que dejar de aferrarse a la ilusión de que iba a mantener una actitud estrictamente profesional e irreprochable. Sobre todo después de la noche anterior. En realidad no había pasado nada, pero sentía que todo había cambiado.

Después de ponerse unos vaqueros y una blusa holgada, salió a la galería con una taza de café. A pesar de que ese día trabajaría con Madeline, no le apetecía ponerse el uniforme.

Dejó la taza en una de las mesas pequeñas y se acercó a la barandilla. El jardín de abajo estaba en calma, sin ningún movimiento excepto el de la brisa corriendo. Procuró no tocar la enredadera, principalmente porque le asustaba. Cuando estaba a punto de regresar a la silla, oyó algo… algo que le puso los pelos de punta.

Parecía… parecía la risa de una mujer.

Se dio la vuelta y miró hacia arriba. Lo único que podía ver era el suelo de la galería de arriba.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se puso en marcha y subió las escaleras exteriores que conducían a la planta superior. Cuando llegó a ella, se detuvo. Las escaleras seguían hasta el tejado. Nunca había subido allí. No tenía ningún motivo para hacerlo.

Se mordió el labio y miró la galería que daba al dormitorio de Madeline y al resto de habitaciones vacías. Sabía que no era la hermana de Lucian la que se había reído y que, seguramente, se trataba del canto de algún tipo raro de pájaro. Aun así, le picaba demasiado la curiosidad.

Subió el resto de los escalones. Al llegar arriba del todo, se protegió los ojos de la luz del sol matutino que penetraba entre las nubes. Pequeñas gotas de sudor le cubrían la frente.

A primera vista, le pareció que se trataba de una azotea que habían usado en el pasado. En un lateral había enrejados cubiertos de enredaderas que crecían salvajes. También vio grandes maceteros que, sin duda, habían acogido flores bañadas por el sol. Algo blanco llamó su atención. Caminó por la superficie plana, mirando los arcos y postes que flanqueaban ambos lados.

Al igual que el restaurante de la noche anterior, había un toldo que daba sombra a un sofá enorme y de gran profundidad que parecía estar atornillado al suelo. Era un lugar tan tranquilo que se imaginó que había servido de santuario a algún miembro de la familia.

Se volvió de costado y vio que la luz del sol se reflejaba en un objeto plateado. Fue hacia la derecha, pero a medida que se acercaba al borde ralentizó el paso. No había ninguna barandilla ni nada que evitara una caída pronunciada, solo una urna plateada, también atornillada al suelo.

Se arrodilló y contempló las flores frescas rosa claro y blancas que contenía. No tenía idea de qué tipo eran. ¿Iris? ¿Lirios? No era una experta en plantas, pero estaba claro que con el sol dándolas de pleno, las habían debido de colocar allí hacía poco.

Se levantó y rodeó la urna, acercándose lo más posible al borde. Propensa al vértigo como era, tomó una profunda bocanada de aire antes de mirar abajo. Solo había un trozo de tierra con césped seco. Ninguna piedra. Ninguna enredadera. Nada.

¿Fue allí donde…?

Retrocedió y miró la urna. ¿Fue allí donde su madre saltó? ¿Donde se paró y decidió terminar con su vida?

Se abrazó la cintura con el estómago revuelto. De pronto sintió como si estuviera en un lugar sagrado. Se apartó de la urna y se dio la vuelta. Sin poder quitarse de encima la idea de que acababa de violar la intimidad de esa familia, bajó las escaleras con premura y regresó a la galería de su planta.

Luego se sentó en una de las anchas sillas de mimbre, tomó la taza de café aún caliente y la sostuvo entre sus manos mientras miraba fijamente la barandilla cubierta de enredaderas. Entre las hojas se podían ver pequeños capullos. Si las rosas hubieran florecido por todas las enredaderas, la casa habría tenido un aspecto de cuento de hadas, en lugar de su apariencia actual, que parecía que la mitad de ella estaba sumida permanentemente entre las sombras.

Mientras se bebía el café, una corriente de aire caliente le levantó algunos mechones del pelo suelto.

Tendrás que ser tú la que venga a mí.

A pesar del calor, se estremeció en la silla. Apenas había dormido la noche anterior. Las palabras de Lucian la habían perseguido, para atormentarla…, para tentarla. Lo único que había hecho fue dar vueltas en la cama, sin querer hacer nada más.

Entendía sus intenciones. Desde el momento en que se conocieron, hasta la noche anterior, él siempre había sido el seductor, el que había llevado la voz cantante, guiándola por caminos que no debería haber tomado. Pero ya no volvería a hacerlo. A partir de ese momento, sería ella la que tendría que acudir a él, porque si lo hacía, no podría fingir que no había sido una elección consciente.

Si ella iba a él, sería por su propia decisión.

¿Y qué sucedería si lo hacía? Seguramente se acostarían, y sería una de esas relaciones sexuales alucinantes, la mejor experiencia de su vida. ¿Y luego qué? ¿Seguirían con sus vidas como si nada hubiera pasado? ¿Ella continuaría cuidando de su hermana y, cuando su trabajo terminara, cada uno por su lado? ¿Una especie de amigos con derecho a roce? Evidentemente, nunca había mantenido una relación de ese tipo. Ni siquiera sabía si sería capaz de hacerlo, si podría acostarse con alguien sin que surgiera ningún tipo de sentimientos. Y teniendo en cuenta lo que sabía sobre Lucian, que tampoco era mucho, no parecía que él fuera a querer algo más.

Sexo.

Sin ataduras.

Unos pasos la sacaron de sus cavilaciones. Miró hacia arriba medio esperando ver a Lucian, pero fue Gabe el que se detuvo frente a ella.

—Hola —le saludó con una sonrisa. Supo que se había ruborizado. No había nada más incómodo que se te acercara alguien sigilosamente y te pillara pensando en acostarte con su hermano.

Sobre todo si ese alguien había estado dispuesto a montarse un trío contigo.

Se retorció por dentro.

No necesitaba pensar en eso ahora.

—¿Te importa si me uno a ti? —preguntó él. Cuando negó con la cabeza, se dejó caer en la silla de al lado—. He oído que nuestro querido primo va a venir hoy.

—Sí. —Julia lo miró—. Y preveo que será… interesante.

Gabe se rio.

—Sí, es una forma de decirlo. —Se quedó callado unos segundos—. Daniel no es tan malo. Solo es imprudente e inmaduro en exceso. Siempre va a necesitar que un adulto lo supervise.

—¿Vas a comer con nosotros?

Gabe se quedó mirando al frente y negó con la cabeza.

—Me voy en una hora. A Baton Rouge.

—¡Oh! Eso parece divertido.

—Sí. —Levantó una mano y se echó varios mechones de pelo hacia atrás —. Voy a ver a una vieja amiga. Bueno, en realidad voy a ver a la familia de una vieja amiga a la que no he visto desde hace…, ¡joder!, como unos siete años. En realidad es un poco raro. No tengo idea de por qué me han pedido que vaya.

Julia lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Te haces alguna idea?

Él esbozó una sonrisa cansada.

—Salí con su hija unos años. Cuando estábamos en la Universidad. Y luego otro par de años más después de forma intermitente.

—¿Y la cosa no terminó bien?

Soltó un resoplido.

—Eso sería quedarse corto. —Gabe se dio una palmada en las rodillas—. Bueno… Anoche me lo pasé muy bien. Espero que tú también.

El cambio de tema la sorprendió.

—Sí. Fue muy divertido.

—Tenemos que repetirlo cuando vuelva. —La miró—. Por supuesto, tendremos que invitar a Lucian. —Le guiñó un ojo—. No queremos que se sienta excluido.

Julia le lanzó una mirada mordaz.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—¡Anda que no! Mi hermano está tan loco por ti, que solo tengo que pronunciar tu nombre para que venga corriendo. Lo sabes perfectamente.

Abrió los ojos de par en par.

Gabe echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Sabes? Seguramente no querrás oír esto, pero nunca he visto a mi hermano comportarse con una mujer como lo hace contigo.

Lo miró con asombro.

—No sé lo que significa eso.

—Y lo más probable es que sea mejor así.

Se volvió completamente hacia él.

—Yo… no sé qué decir. No vine aquí para empezar una relación ni involucrarme con nadie. Yo…

—No te gusta mezclar negocios con placer. Lo sé. Eres un poco puritana. —Bajó las pestañas y sus ojos quedaron medio ocultos—. No del todo. Tienes un lado salvaje. Puedo sentirlo.

Julia pensó en el ascensor y se puso roja. Su lado salvaje no incluía *eso*.

Gabe apoyó las manos en los antebrazos de la silla y se levantó.

—Ahora en serio. No quiero que te lo tomes a mal ni nada parecido, solo quería que supieras que para él eres diferente.

Julia bajó su taza.

—No tengo claro si eso es bueno o malo.

—Yo tampoco.

Como no esperaba esa respuesta, tampoco supo qué decir.

Gabe empezó a darse la vuelta, pero entonces se detuvo.

—Puede que sea bueno. —Hizo una pausa—. Tú, sin embargo, sí eres algo bueno. En fin, te veo pronto. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla antes de que a ella le diera tiempo a reaccionar—. Asegúrate de que Lucian se porta bien hoy y no mata a Daniel.

Dicho eso, se marchó y desapareció al doblar la esquina de la galería. Julia se quedó allí sentada, preguntándose si lo de matar a su primo había sido una broma.

Seguro que no.

Con un suspiro, se recostó en la silla y cerró los ojos. Los hermanos De Vincent eran tan… raros. Por suerte tenían un físico que lo compensaba.

Casi.

Tendrás que venir a mí.

Volvió a estremecerse.

¿Podría hacerlo?

¿Dejaría de lado todas sus reservas y preocupaciones? ¿Podría acudir a Lucian solo porque quería…, porque lo quería? ¿Sería capaz de dejar atrás el pasado y vivir el presente? No estaba segura. Aquello seguía aterrorizándola. ¿Y si terminaba explotándole en la cara?

¿Podría correr ese riesgo?

23

Lucian se encontró con su primo en la puerta.

—No te quiero aquí.

Daniel estaba justo fuera, con las gafas de sol sobre la cabeza. Lo miró brevemente a los ojos antes de clavar la vista en su hombro.

—Lo sé y te agradezco que me hayas dejado venir.

—Tampoco me tuviste muy en cuenta cuando decidiste entrar sin avisar a nadie.

—Lo siento, pero tenía que ver a…

—No tenías que ver nada. —Dio un paso adelante y lo agarró del cuello del polo azul claro para meterlo dentro de la casa de un tirón—. Si vuelves a presentarte aquí sin decir nada o vuelves a asustar a la señorita Hughes, te mato.

Su primo abrió los ojos de par en par.

—Yo…

—¿Entendido? Y será mejor que te pienses muy bien lo que vas a decir antes de responder, porque es la única advertencia que te voy a hacer.

Daniel resopló.

—Entendido.

—¿Seguro?

Vio cómo su primo tragaba saliva.

—Seguro.

Cuando lo soltó, Daniel se tambaleó hacia atrás.

—Cierra la puerta.

Su primo le obedeció y después se apresuró a alcanzarle en el vestíbulo principal.

—¿Están por aquí Devlin y Gabe?

Lucian soltó un bufido.

—¿Por qué? ¿Te preocupan?

Daniel se puso a su lado y se alisó el polo.

—Solo para estar preparado por si deciden agarrarme también de ese modo.

Lucian se rio entre dientes.

—Prefiero que estés en un estado constante de pánico.

Daniel no le respondió hasta que no llegaron a las escaleras.

—No quise asustar a la enfermera. No sabía que estaría allí.

—Eso da igual. —Lucian reprimió el impulso de volverse y empujarlo escalera abajo—. Te has pasado toda la vida haciendo cosas que no querías hacer.

—Estás siendo un poco duro conmigo.

—La verdad no siempre es fácil de aceptar.

Pasaron unos segundos antes de que Daniel dijera:

—Eso es cierto.

El resto del camino hasta la tercera planta lo hicieron en silencio, pero Lucian lo detuvo justo antes de entrar al pequeño pasillo que daba a la habitación de Madeline.

—Si mi hermana se pone nerviosa o empieza a estresarse, te vas de inmediato.

Daniel se puso frente a él.

—Sabes que nunca le haría daño o nada que la perjudicara. No hace falta que me lo digas dos veces.

Lucian respiró hondo, apretó la mandíbula y apartó la mirada. Su primo no le estaba mintiendo. Por mucho que ese pequeño hijo de puta le disgustara, se preocupaba por Madeline. Siempre lo hizo. Y Maddie por él. Esa era la única razón por la que estaba allí.

—Vamos —gruñó.

La puerta de Maddie estaba abierta. Su hermana estaba pintando frente al caballete. Hoy su dibujo parecía parte de la cara de un niño. ¿Sería eso? En cualquier caso, estaba muy guapa vestida con una especie de vestido camisero.

Pero su hermana no había sido lo primero en lo que se había fijado, sino en Julia. Estaba con el agua hasta el cuello.

La enfermera estaba al lado de Maddie. Llevaba el largo y espeso cabello ondulado suelto, enmarcándole la cara. ¡Dios! Tenía que peinarse así más a menudo. Quería hundir las manos entre esos mechones, enroscarlos en sus puños y…

¡Mierda! Tenía que concentrarse en otra cosa o volvería a lo que le dijo la noche anterior a la velocidad de un rayo.

Cuando entraron, Julia miró en su dirección. Clavó la vista en él antes de fijarse en Daniel.

—Buenas tardes.

Daniel empezó a andar, pero luego se detuvo y lo miró primero. Lucian esbozó una sonrisa forzada y vio cómo su primo tensaba los hombros.

—Hola, señorita Hughes, ¿cómo estás?

—Muy bien. —Se volvió hacia su hermana—. Madeline ya ha comido, pero nos han traído la comida. —Hizo un gesto hacia las campanas cubiertas que debía de haber colocado Livie.

—¿Os importa si me siento con Maddie un rato y hablo con ella antes? —preguntó Daniel.

Julia negó con la cabeza.

—Por mí no hay problema. —Lo miró—. ¿Lucian?

Por supuesto que le importaba. Ni siquiera soportaba que Daniel respirara. A pesar de todo, hizo un gesto de negación con la cabeza. Su primo se acercó despacio a Maddie y, con movimientos cautelosos, se sentó en el lugar que Julia solía ocupar.

—Hola, dulzura —la saludó con suavidad—. ¿Qué estás pintando?

No hubo respuesta. Maddie continuó con el pincel, pero Daniel le siguió hablando como si estuvieran conversando. Lo mismo que solía hacer él. Observó a su hermana y a su primo durante un rato, y después centró su atención en Julia.

Estaba doblando la cintura para recoger un pincel que Maddie debía de haber dejado caer antes. El escote de la blusa color crema que llevaba insinuaba las suaves curvas que había debajo. La devoró con los ojos mientras colocaba el objeto en una bandeja que estaba junto a su hermana.

Cuando Julia se apartó para ofrecer algo de privacidad a Madeline y Daniel, se reunió con ella cerca de las puertas que daban a la galería. Ella lo miró, pero apartó la vista inmediatamente después.

Se inclinó y le susurró:

—Me gustan tus uniformes. Sabes que me parecen adorables. Y me encantó verte con ese vestido anoche. Estabas preciosa. ¿Pero ahora que por fin te veo es en vaqueros? Estás increíblemente sexi.

Ella lo miró al instante.

Lucian le guiñó un ojo y luego se colocó las manos a la espalda, fingiendo una expresión de completa indiferencia cuando Daniel los miró por encima del hombro.

—Ni se te ocurra —le susurró ella en cuanto su primo volvió a centrarse en Maddie.

Él enarcó una ceja y se acercó un poco más a ella y a las puertas, aunque manteniendo a su primo y a su hermana a la vista.

—¿Ni se me ocurra qué?

—Quedarte ahí como si no hubieras dicho nada.

Lucian se puso una mano en el pecho.

—No tengo idea de lo que me estás hablando.

Julia torció los labios y puso los ojos en blanco, pero después se rio y negó con la cabeza.

—Eres absurdo.

—¿Podrías deletrear «absurdo» sin un diccio…?

Ella le dio un golpe en el brazo, fuerte, y luego se puso completamente roja cuando Daniel los miró de nuevo. El almuerzo transcurrió más o menos del mismo modo. Los tres se sirvieron la comida mientras Daniel continuaba con su conversación unilateral, hablando de los viejos tiempos.

Maddie apenas reaccionó, aunque de vez en cuando dejó de pintar para mirar a Daniel, lo que supuso que era una mejoría.

O al menos eso esperaba.

Si tener a Daniel allí todos los putos días ayudaba a su hermana, lo soportaría sin golpear a ese maldito capullo.

—Te estás portando muy bien —comentó Julia cuando la ayudó a llevar los platos al pasillo y dejarlos sobre el carrito—. Tenía miedo de tener que terminar sacándote de la habitación.

—Eso es porque no tienes suficiente fe en mí.

—Lo que más bien tenía eran bajas expectativas, teniendo en cuenta tus palabras y las de Gabe.

—¿Qué te dijo mi hermano?

—Prácticamente lo mismo que tú —respondió, colocando el mantel sobre los platos sucios.

Echó un vistazo a Daniel y a Maddie. Seguían frente al caballete, donde los habían dejado. Volvió a mirar a Julia.

—¿Cuándo has hablado con mi hermano?

Ella se agachó para recoger una servilleta que se le había caído.

—Obviamente, cuando tú no estabas.

—¿En serio? Me siento un poco… celoso.

Ella se enderezó y lo taladró con una mirada muy graciosa.

—Pasó por aquí cuando estaba en la galería. Me dijo que se iba a ver a la familia de una exnovia.

—¿Él mismo sacó el tema?

Julia asintió, dejando la servilleta en el carrito.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Es solo que… fue una relación complicada. Gabe estaba enamorado de ella de verdad.

—¿Y qué pasó? —Su voz rebosaba curiosidad.

—Ella tuvo un problema y nos ocupamos de ello.

Lo miró con las cejas alzadas.

—¿Y eso qué significa?

—Justo lo que te he dicho —replicó él.

Clavó la vista en él durante un instante y después volvió a negar con la cabeza.

—Será mejor que vayamos dentro.

—¿Qué?

—Nada.

La miró mientras volvían a la habitación de Maddie.

—¿Estás orgullosa de mí?

Julia se detuvo en la puerta.

—Quizás un poco.

—Eso me sirve. —Al pasar junto a ella, alargó la mano y le acarició la parte baja de la espalda y la curva del trasero. Ella se apartó a toda prisa y se giró hacia él—. ¡Vaya! Lo siento. ¡Qué torpe que soy!

—Tenías que cagarla —masculló ella detrás de él.

Sonrió de oreja a oreja y atravesó la habitación. Por desgracia, en cuanto su primo se volvió hacia él, su buen humor desapareció.

—Se me ha ocurrido una idea —le informó Daniel.

Lucian se cruzó de brazos.

—Me muero de ganas de oírla.

—¿De qué se trata? —Julia se acercó a ellos.

Daniel miró a Maddie. Ya no estaba pintando. No quedaba espacio en el lienzo.

—Esta es su antigua habitación, pero… no está como antes, no veo ninguna de sus cosas.

—Se lo llevaron todo. Donaron lo que estaba en buen estado y tiraron el resto.

Julia lo miró a los ojos con expresión perpleja.

¿Qué?

—No fui yo quien lo hizo. —Se encontró con su mirada, un poco molesto porque ella hubiera podido pensar algo así—. Fue nuestro padre.

Ella se puso pálida.

—¿Y tú… lo sabías?

Una parte de él no quería responder, pero terminó haciéndolo.

—No. Al menos hasta que fue demasiado tarde.

Se acercó a él con un brillo de compasión en la mirada. Colocó la mano sobre su bíceps y le dio un suave apretón.

—¿Y las cosas de tu madre? —sugirió Daniel—. Sabes lo unidas que estaban ella y mi tía. ¿Queda algo o Lawrence también se deshizo de ellas?

Lucian se puso tenso.

—No. Sus pertenencias siguen en su habitación.

—¿Todas? —inquirió su primo con incredulidad.

Lucian estiró el cuello, moviéndolo de un lado a otro, y asintió.

—Su habitación ha permanecido intacta desde la noche en que murió.

—¿En serio? —Daniel parecía emocionado—. Quizá podríamos traer algunas de las cosas de tu madre. Algo que pueda mirar o tocar. ¿Crees que es una tontería? —Giró en el taburete y miró a Julia—. Tú eres la enfermera. ¿Qué piensas?

—No creo que sea una tontería. —Se llevó un brazo a la cintura—. Mostrar a los pacientes sus objetos personales o los de sus seres queridos es algo que suele hacerse, sobre todo en los casos de pérdida de memoria. Aunque no sabemos si este es el caso.

—Pero no la perjudicaría, ¿verdad?

Julia hizo un gesto de negación.

—No si se llevaban bien. —Apartó la mano de Lucian—. ¿Tenían una buena relación?

—Sí —contestó él con voz ronca—. Tenían sus discusiones, como cualquier madre e hija, pero estaban muy unidas.

—¿Hay algo en particular que creas que a Madeline le gustaría? —quiso saber ella.

¡Señor! Las opciones eran infinitas. De pequeña, Maddie se podía pasar horas jugando con las joyas de su madre, sobre todo con los collares de perlas. También estaban los álbumes de fotos, los diarios que su progenitora guardaba. Su hermana siempre estaba leyéndolos.

—Hay algunas cosas que podrían servir.

—¿Entonces os parece bien? —Daniel los miró a ambos.

Lucian no tenía muy claro si quería hacer aquello. Entrar en la habitación de su madre no era algo que ninguno de ellos hiciera a menudo. Livie era la encargada de mantenerla limpia.

—¿Cres que podría ayudarla? —preguntó a Julia.

Ella lo buscó con la mirada.

—No creo que le haga ningún daño.

Lo que significaba que su hermana podía quedarse como estaba… o mejorar. Y él haría lo que fuera por que su hermana mejorara.

—Está bien. —Se frotó la mandíbula con la mano y miró a Julia. Ella asintió—. Puedo… puedo intentarlo.

—Estupendo. —Daniel se volvió hacia Maddie y a Lucian le pareció ver el atisbo de una sonrisa en el rostro de su hermana.

Julia acababa de regresar a su habitación cuando el teléfono le vibró en el bolsillo trasero. Cuando lo sacó y vio el prefijo de Pensilvania se le encogió el estómago.

Adam.

El instinto le dijo que era Adam. Mientras miraba el teléfono se le retorcieron las entrañas. No la había llamado desde que le mandó el último mensaje. Sabía que volvería a llamarla, una y otra vez, pero el breve respiro que había tenido había hecho que bajara la guardia.

Empezó a hacer lo que siempre había hecho. Acercó el pulgar al icono rojo para colgar, pero al final se detuvo. Evitarlo no le estaba funcionando. Cambiar de número solo le había proporcionado una tregua, pero en cuanto tuvo su número nuevo, Adam había continuado en su empeño. La antigua Julia habría ignorado esa llamada.

Pero ya no era la misma.

No.

No lo era.

El teléfono continuó sonando. El tono le recordó al chirriar de las uñas en una pizarra.

Algo en su interior se rompió. O quizá solo *cambió*. En cualquier caso, hizo que reaccionara. Respondió la llamada con el corazón en un puño y dijo:

—Hola.

—Julia.

La voz de Adam tenía la familiaridad de una pesadilla recurrente. Sin embargo, solo hizo una mueca de disgusto y sintió una intensa molestia. Atrás

quedaron los días en que esa voz le provocaba decepción y el arrepentimiento de todo lo que podía haber sido.

—Has respondido. —Parecía sorprendido—. ¡Gracias a Dios! Estaba preocupado.

—Detente —lo interrumpió mientras iba hacia las puertas de la galería—. Tienes que parar ahora mismo. No tienes ningún derecho a preocuparte por mí. Hace mucho que lo nuestro terminó.

—Julia…

—No. —Apretó el teléfono y bajó el tono de voz—. Tienes que dejar de llamarme, Adam. Nuestro matrimonio acabó… hace años. Tienes que parar.

—Solo porque no estemos casados no significa que no tenga derecho a saber qué cojones te pasa. —Ahí estaba. El tono de sorpresa había desaparecido—. Te marchaste del maldito estado y nadie me dice dónde te has metido.

—No tienes ningún derecho a saber dónde estoy ni qué es de mi vida, Adam. ¿Es que no lo entiendes? —espetó ella—. Espera. No lo entiendes. Claro que no lo entiendes. Es la última vez que me llamas. No quiero saber nada más de ti.

—No hablas en serio. —Suavizó el tono—. Venga, Julia. Todavía me importas. Me preocupo por ti.

Se alejó de las puertas y respiró hondo para calmarse y no ponerse a insultarlo con todas sus fuerzas.

—Te deseo lo mejor, Adam, siempre lo he hecho, pero ya no me importas, ni pienso en ti. Nuestras vidas han tomado caminos diferentes. No quiero que me llames más. Lo digo en serio.

Adam se quedó callado.

El corazón comenzó a latirle desbocado en el pecho.

—Si sigues llamándome, estarás… estarás acosándome y presentaré cargos.

Lo oyó respirar ostensiblemente.

—¿Me harías eso? ¿Sabiendo las consecuencias que podría traerme en mi trabajo?

Julia cuadró los hombros.

—Si vuelves a llamarme, no solo presentaré cargos. Llamaré a tu mujer. Lo haré. Se acabó la conversación.

Colgó el teléfono, interrumpiendo lo que quiera que le estuviera diciendo, porque no le importaba en absoluto. El corazón continuó latiéndole a toda prisa mientras esperaba que el teléfono volviera a sonar.

Pero no lo hizo.

El aparato permaneció en silencio.

Mucho después, Julia estaba acostada en la cama, con las sábanas y la colcha enredadas en las piernas y mirando al ventilador del techo con los ojos de par en par.

No podía dormir.

Su cerebro se negaba a desconectar. Y el caso era que tampoco estaba pensando en lo que debería, como el almuerzo con Daniel y Madeline, o la llamada de Adam. Se las había arreglado para no acordarse de la cena de la noche anterior, ni de lo que Lucian le había dicho, ¿pero ahora?

Sus prioridades estaban completamente del revés, porque mientras se tumbaba de costado, y luego bocarriba, en lo único que pudo pensar fue en él.

Cuando le había acariciado el trasero durante el almuerzo, debería haberse ofendido. ¡Dios! Debería estar constantemente ofendida en lo que a Lucian respectaba. Pero no fue así. Su cuerpo había respondido al instante. En su presencia, se encontraba en un continuo estado de excitación.

Y en ese momento seguía estando muy caliente.

Ardía como si tuviera una fiebre que no pudiera tratarse con una aspirina y reposo. La inquietud la consumía, hasta que se sentó y sacó las piernas de la cama.

La verdad era que no solo estaba pensando en él. Estaba intentando reunir el coraje para dar el paso.

Para tomar esa decisión.

—¡Oh, Dios! —susurró. Se frotó la cara. Le temblaba la mano. El corazón le retumbaba en el pecho. No debería estar dándole tanta importancia. O iba o no iba. Y si iba, sabía lo que pasaría. Sexo. Sí, un sexo alucinante. Pero solo eso. Podía soportarlo.

O al menos eso creía.

Tendrás que ser tú la que venga a mí.

Tragó con fuerza mientras miraba la puerta de su dormitorio. Cuando se puso de pie, se le disparó el ritmo cardiaco. Le temblaron las piernas y se cruzó de brazos. Tenía los pezones de punta bajo el fino camisón. Se mordió el labio y, durante un instante, se imaginó atravesando la habitación y cruzando la poca distancia que la llevaría hasta Lucian. Se imaginó qué sucedería si llamaba a esa puerta y él se la abría.

Pensó en lo que él le haría.

Y supo que ella se lo permitiría.

Jamás había estado tan nerviosa en toda su vida. Nunca. ¿Eso era algo malo o bueno? No lo sabía, pero se iba a volver loca si seguía dándole vueltas a la cabeza. ¿Se iba a pasar todas las noches despierta, deseando tener el valor de…?

Exhaló con brusquedad. *Deseando tener el valor*. Ese mismo día, había sentido que ya no era la misma Julia de antes. Se había enfrentado a Adam. Había tomado el control de la situación. La antigua Julia se habría quedado allí, fantaseando con pasar una noche de ensueño.

¿Y si dejaba de desear, de fantasear? ¿Por qué no empezaba a vivir?

24

El suave golpe en la puerta hizo que Lucian levantara la vista del lienzo. Dejó el carboncillo y tomó un trapo para limpiarse las manos.

Por alguna razón, mientras pasaba junto al sofá se le aceleró el corazón. Su instinto le dijo quién era, o quizá solo fue un deseo.

¡Dios! Quería que fuera ella.

Después de comer con Daniel, y sobre todo ahora que sabía que iba a tener que rebuscar en las cosas de su madre, necesitaba que fuera ella la que estaba al otro lado de la puerta. Porque si de verdad lo era, dejaría de pensar en su hermana o en lo que iba a tener que hacer. Solo se centraría en ella y su cerebro silenciaría lo demás.

Necesitaba ese silencio.

Se metió el trapo en el bolsillo trasero de los vaqueros, abrió la puerta y apoyó una mano en el marco.

Era Julia. Había acudido a él.

¡Joder!

Estuvo a punto de ponerse de rodillas y darle las gracias, pero al final se detuvo porque, bueno, eso habría sido raro de narices.

Llevaba una pequeña camiseta de tirantes con encaje, medio oculta debajo de un suéter largo abierto y unos pantalones ajustados negros. Unos pantalones que se moría por arrancar.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no meterla en la habitación y poseerla ahí mismo, en el suelo. Tenía que controlarse, porque nada más mirarla supo que estaba tan nerviosa como un gato en una habitación llena de mecedoras. El rubor teñía sus mejillas y se retorcía los dedos. Cuando bajó la vista y se fijó en la camiseta blanca manchada de carboncillo que llevaba, espetó:

—¿Por qué estás tan sucio?

Contuvo una sonrisa.

—Buenas noches a ti también, señorita Hughes.

El rubor de sus mejillas se intensificó aún más, creando un tono que era muy difícil de reproducir.

—Lo siento. Es que tienes toda la camiseta llena de manchas. —Señaló vagamente a su pecho.

—Estaba dibujando a carboncillo. Es un poco sucio.

—¡Oh! —Bajó con la mirada desde su cara hasta su pecho y luego volvió a subir—. ¿También dibujas a carboncillo?

—Entre otras muchas cosas. —Retiró la mano del marco de la puerta—. ¿Quieres pasar, señorita Hughes?

La vio mover los labios, pero estuvo varios segundos sin emitir sonido alguno.

—Lo siento. Sé que es tarde. No podía dormir.

—¿Y viniste a verme?

Julia cerró los ojos y asintió.

—Si estás ocupado…

—Para ti nunca estoy ocupado. Iba a servirme una copa. —Se hizo a un lado para dejarla pasar—. Puedo ponerte algo de beber, si quieres.

No creyó que fuera a responder, ni siquiera a entrar. Julia vaciló durante unos segundos, y después entró. Lucian cerró los ojos, elevando una plegaria a cualquier dios que estuviera escuchando. Cerró la puerta, se dio la vuelta y se la encontró al lado del sofá.

—Siéntate.

Julia hizo lo que le pedía.

Cuando se dio cuenta de que era la primera vez que le hacía caso sin discutir, casi se puso a reír. Fue hacia el bar sin dejar de mirarla. ¡Dios! Estaba muy nerviosa; algo que no le gustó. Quería…, no, *necesitaba* que se sintiera cómoda.

La vio echar un vistazo a la estancia.

—¡Vaya! No sabía que tenías tanto espacio.

—Nunca has estado aquí antes, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Lucian sacó una botella de wiski y dos vasos.

—Es como un apartamento.

—Más o menos. Es un buen lugar para relajarse sin preocuparme por mis hermanos. —Se sirvió un vaso de wiski solo. A ella, sin embargo, le añadió Coca-Cola. Quería que se calmara, no emborracharla—. Tengo esta habitación, otra que uso como estudio de pintura y un dormitorio con un baño.

Julia se frotó las rodillas.

—¿Siempre trabajas aquí, en el estudio?

—Casi siempre. —Dejó los vasos en la mesa de café y después se arrodilló frente a ella para que ambos estuvieran a la misma altura.

Julia se echó hacia atrás con los ojos abiertos de par en par.

Apoyó las manos en sus rodillas y la miró fijamente.

—Sé por qué has venido. —La vio contener el aliento—. Y me voy a pasar las siguientes horas, y puede que hasta el resto de la noche, asegurándome de que no te arrepientas de haber tomado esa decisión. —Lo decía completamente en serio—. Pero no va a pasar nada, absolutamente nada, que no quieras que pase. ¿Entendido?

Ella tragó saliva y asintió.

—Puedes salir por esa puerta cuando quieras y… y ya volveremos a intentarlo otro día. —Esperaba de corazón que aquello no sucediera—. O puedes quedarte y ver dónde nos lleva la noche. ¿De acuerdo?

Julia se humedeció los labios, enviando un ramalazo de lujuria por todo su cuerpo.

—De acuerdo.

—Bien. —Sonrió y se levantó. Recogió los vasos y le pasó el suyo—. Y dime, ¿por qué no podías dormir?

Mientras ella bebía un sorbo de su vaso, Lucian se sentó a su lado.

—Siempre me ha costado mucho conciliar el sueño. No es un insomnio importante como le sucede a otras personas, pero sí algo molesto.

—Te entiendo. —Recorrió su perfil con la mirada. Quería tocarla—. Si no puedes dormir, recuerda que tengo soluciones que ofrecerte. Estoy aquí para ayudarte, a tu entera disposición.

Cuando bajó el vaso, una leve sonrisa se extendió por sus labios.

—Ese té estaba delicioso.

—Lo está. —La miró por encima del borde de su vaso—. Pero la otra opción es mucho mejor.

El rubor volvió a cubrir sus mejillas.

—Yo… mmm… estuve explorando la casa un poco esta mañana, antes de que Daniel llegara. Subí a la azotea.

Lucian se recostó en los cojines y apoyó un brazo en el respaldo del sofá.

—No deberías subir allí. No es un lugar muy seguro.

—¿Porque no tiene ninguna barandilla?

Lucian no respondió.

Ella lo miró a través de sus espesas pestañas.

—Me dio la sensación de que antes lo usabais mucho.

—Mi madre lo hacía. Le gustaba estar ahí, de día y de noche. Seguramente porque a nadie más le gustaba subir.

Julia recorrió con el dedo el borde del vaso.

—Bueno, alguien más lo ha visitado recientemente. Vi las flores. Parecían frescas. ¿Fuiste tú?

Negó con la cabeza.

—Aunque cueste creerlo, se trata de Dev.

—¡Vaya! —Parpadeó—. ¡Qué sorpresa!

—Sí. Pero en serio, no subas ahí, por favor. Lo último que quiero es que tengas un accidente.

Ella soltó un suspiro tembloroso.

—¿Se producen muchos accidentes allí arriba?

—En esta casa se producen muchos accidentes por todos los lados. ¿Recuerdas lo del baño?

—¡Oh, Dios! ¿Tenías que mencionarlo? —Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos—. Estaba intentando borrarlo de mi memoria.

—Yo también.

Julia bajó la mano y lo miró con curiosidad.

—¿Qué? Encontrarte desnuda en brazos de mi hermano no fue algo que me apeteciera ver.

—¿Que no te apeteciera ver? Pues imagínate la gracia que me hizo a mí. —Se rio—. No me puedo creer que conociera a Gabe en esas circunstancias.

—No creo que a él le importara mucho —replicó con sequedad.

—No quiero ni pensar en eso. —Julia dio otro sorbo a su bebida.

Lucian se inclinó, dejando el vaso en la mesa que Gabe había construido. Un instante después, ella clavó la vista en él. Entonces sus miradas se encontraron y… ¡Mierda! ¿Eso que sentía eran mariposas en el estómago?

—¿Estás lista para hablarme de ti, señorita Hughes?

Ella le sostuvo la mirada.

—Ya sabes un montón de mí. Incluso antes de que nos conociéramos.

—Eso no es verdad.

Julia negó con la cabeza.

—¿Qué quieres saber?

—Estuviste casada. ¿Qué pasó?

Ella apartó la vista y se puso rígida.

—Por supuesto, tenías que preguntarme precisamente eso.

—Quiero saberlo.

—Quizá yo no quiera contártelo.

—Venga. —Bajó la mano del respaldo y le dio una palmadita en los tensos hombros—. Te hablaré de mis relaciones.

—No hace falta.

—Creo que sí. —Dejó que sus dedos se demoraran en sus hombros—. Nunca he tenido una relación seria que durara mucho.

Ella lo miró al instante.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—No. Nunca he querido. Normalmente no me acuesto con la misma mujer más de una vez.

Ella abrió la boca asombrada.

—Hay excepciones muy, muy raras, pero es una regla que tengo. No repetir.

—No me puedo creer que acabes de decir eso.

—Solo estoy siendo sincero.

—Tal vez deberías serlo un poco menos —replicó ella—. ¿Qué pasa? ¿Que le tienes fobia al compromiso?

Él se rio por lo bajo.

—Creo que más bien es porque no he conocido a nadie con quien quisiera comprometerme de verdad.

Julia enarcó ambas cejas.

—¡Madre mía! No sé ni qué decir al respecto.

—Creo que la vez que más tiempo he estado con una mujer fue hace un par de años. Duramos como seis meses.

—¿Por qué terminó?

Se encogió de hombros.

—Ella quería más y yo no tenía nada que ofrecerle.

Julia lo miró fijamente.

—¿Pero te gustaría… ofrecer más a alguien?

Lucian se detuvo a pensar seriamente en la pregunta.

—Sí.

Ella apartó la vista.

—Bueno, entonces supongo que no es tan malo como no querer. —Arrugó la nariz—. Me parece increíble que nunca hayas estado comprometido, ni nada parecido.

—No lo he estado. —Masajeó los tensos músculos de sus hombros—. ¿Cómo se llamaba tu exmarido?

Julia bajó la barbilla y respiró hondo.

—Adam.

—¿Seguís en contacto? —Subió la mano por su cuello.

—No. —Ella bebió otro sorbo. Lucian le masajeó las cervicales—. Me… me llama de vez en cuando, pero no respondo. Bueno, eso no es del todo cierto. Hoy me ha llamado, pero creo… creo que no volverá a hacerlo.

De pronto, se acordó de que la había visto ignorar una llamada y la forma tan rara como se comportó.

—¿No terminasteis bien?

—No. —Lo miró con una leve sonrisa en los labios—. Él fue mi primer novio serio. Empezamos a salir en la Universidad y nos pareció que casarnos era el siguiente paso lógico. —Se rio—. A ver, lo quería. En serio.

—¿Entonces qué pasó?

La vio pensar sus siguientes palabras.

—Que el amor no bastó para… para hacerlo feliz.

Dejó de masajearla. Se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué quieres decir, Julia?

—Al final de nuestro matrimonio no era el hombre más agradable del mundo. —Ella se echó hacia delante, así que ya no la estaba tocando—. ¡Dios! No me puedo creer que te esté contando esto.

—Por favor, no te detengas. —Aunque al mismo tiempo, casi deseaba que no siguiera, porque no sabía cómo iba a reaccionar si se enteraba de que ese hombre le había hecho daño.

Julia dejó el vaso en la mesa de café y se cerró el suéter.

—No siempre fue así. Es solo que… Adam era complicado. Creo que llegó un momento en nuestro matrimonio en que nada le hacía feliz. Criticaba absolutamente todo: lo mucho que yo trabajaba, el estado en el que estaba la casa cuando llegaba, las comidas que le preparaba…, *mi* aspecto. Daba igual lo que hiciera, nunca estaba satisfecho. Y mira que lo intenté. Con todas mis fuerzas.

Julia volvió a reírse, aunque esta vez con más ímpetu.

—Nadie puede culparme de no haberlo intentado. Simplemente no funcionó. Cada conversación terminaba en una discusión. Cada cumplido se convertía en un insulto.

Lucian se obligó a permanecer en silencio.

—Solía echar la culpa a su trabajo. Es policía y puede ser muy estresante —continuó. A Lucian no le gustó la dirección que estaba tomando todo aquello—. Y sí, su trabajo era duro, pero después de un tiempo no pude soportarlo más. Casi nunca dormíamos en la misma cama. Me sentía como si siempre…

—Como si siempre tuvieras que andarte con mucho cuidado —terminó él, recordando la expresión que ella misma le había dicho en una ocasión.

Julia asintió.

—Dejarlo fue aterrador, porque él era… era todo lo que conocía y yo siempre he tenido miedo a los cambios. Evidentemente, eso no significa que no pruebe cosas nuevas; solo que me tomo mucho tiempo para reunir el valor necesario. Me pienso mucho las cosas antes de actuar.

—¿No me digas? —bromeó él.

La vio sonreír de nuevo.

—Lo dejé hace tres años. No me quedé con él porque fuera débil, sino porque creí que el amor bastaría para resolver nuestros problemas.

—No creo que seas débil.

Otra breve sonrisa.

—A veces el amor no es suficiente. No quiero parecer amargada, pero el amor no puede solucionarlo todo. Al final del día, no sirve solo con eso. Sobre todo cuando la otra persona ha tomado un camino distinto al tuyo.

Lucian no podía estar más de acuerdo, aunque también estaba seguro de que no había querido a nadie aparte de su familia.

—¿Y sigue llamándote?

—Espero que hoy haya sido la última vez. —Tomó el vaso y le dio un buen trago—. Es como si le gustara comprobar cómo estoy. Y yo odio eso, así que nunca respondo. He llegado a cambiar mi número de teléfono, pero se las arregló para hacerse con el nuevo.

A Lucian no le gustó nada eso último.

—El caso es que sé que no quiere que volvamos. —Dejó el vaso y, por primera vez, se volvió hacia él—. Simplemente no le gusta la idea de que yo pase página, a pesar de que él ya lo ha hecho. Se ha vuelto a casar.

—Parece un gilipollas.

—Lo es.

No sabía si hacerle la siguiente pregunta.

—¿Te hizo daño?

Julia lo miró sorprendida.

—¿Te refieres a físicamente? No. Nunca me puso la mano encima. Fue más bien un maltrato emocional, de esos que no dejan huella.

—Pero sí la deja, ¿verdad? —inquirió él con voz suave—. Lo notas en la forma como alguien se comporta. En sus rasgos y las sombras de sus ojos. Deja huella.

Ella tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Tu… tu padre lo hizo?

—¿Pegarnos? De vez en cuando, pero dejó de hacerlo cuando me hice mayor o sabía que mis hermanos intervendrían.

A Julia se le demudó el rostro.

—Lo siento. No deberías haber pasado por nada semejante.

—Ni tú.

—Tienes razón. —Se mordisqueó el labio y subió un pie al sofá—. ¿Pegó a Madeline?

—Lo habría matado si le hubiera tocado un pelo.

Ella lo miró a los ojos durante un buen rato y después empezó a ponerse pálida.

—Lo estás diciendo en serio.

—Sí. —Se encontró con aquellos ojos abiertos de par en par—. Por supuesto. Es mi hermana.

Julia se soltó las solapas del suéter.

—¿Lo hiciste…?

—¿El qué? —Al ver que no respondía, se inclinó hacia delante apoyando una mano en su rodilla—. He hecho algunas cosas.

Ella inhaló bruscamente.

—¿Qué tipo de cosas, Lucian?

—Cosas que le haría a tu exmarido si alguna vez tuviera el placer de conocerlo.

—No puedes estar hablando en serio. No…

—No digas que no te conozco lo suficiente, Julia, porque sí lo hago. Eres dulce y cariñosa. Tienes la mejor risa, aunque no te ríes lo suficiente. Eres inteligente, y aunque piensas que tienes miedo, eres muy valiente. Espero que tengas claro lo último, porque si no lo fueras, no estarías aquí, lejos de todo lo que conoces.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Y te conozco lo suficiente para saber que formas parte del pequeño grupo de personas por las que haría cosas terribles si me entero de que les han hecho daño.

—¿Qué cosas?

—Cosas de las que no me siento orgulloso, pero eso no cambiaría nada. —Deslizó la mano por su muslo mientras la miraba fijamente—. Haría cualquier cosa para proteger a aquellos que me importan. Igual que mis hermanos. —Continuó subiendo la mano, ahora a su cadera—. No hay nada que no haríamos.

—Eso da… un poco de miedo.

Esperó a que ella se moviera o le apartara la mano. Al ver que no lo hacía, se inclinó más hacia ella.

—Pero no creo que tengas miedo, porque si lo tuvieras no estarías aquí sentada. —Sus rostros estaban solo a unos centímetros de distancia—. ¿O sí?

Ella cerró los ojos.

—¿Qué tipo de cosas has hecho, Lucian?

—Me aseguré de que alguien que hizo daño a una persona que me importaba no volviera a lastimar a nadie —susurró contra su boca—. No lo maté, aunque puede que eso hubiera sido lo más compasivo por mi parte.

Julia se quedó callada un momento.

—¿Eso tiene algo que ver con la ex de Gabe?

¡Mierda! Tenía muy buena memoria.

—Sí.

—¿Y ese alguien se merecía lo que le hiciste?

Ladeó la cabeza y recorrió con los labios el contorno de su mejilla.

—Se merecía eso y más.

La sintió estremecerse.

—Sois… Es cierto que tu familia vive en su propio mundo.

Bajó la mano por su costado, por debajo del suéter.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —Julia apoyó la mano en su pecho.

Lucian la empujó con suavidad hacia atrás, hasta que se quedó acostada sobre el sofá, con él encima de ella. Aquellos preciosos ojos del color del wiski se encontraron con los suyos.

—Que te quiero en este mundo…, en mi mundo. ¿Qué me dices?

Julia le agarró la parte delantera de la camiseta.

—Solo… solo por un tiempo.

Lucian sonrió con ganas un segundo antes de besarla. No se contuvo, porque si ella no le frenaba, no iba a parar. Quería eso, lo deseaba desde el preciso instante en que la vio en el bar.

La reclamó con ese beso y cuando ella empezó a temblar, supo que tenía que hacer algo *antes*. Porque si no lo hacía de inmediato y se desnudaban, no duraría mucho. No cuando estaba a punto de explotar.

Se irguió, apoyándose sobre una rodilla.

—Quítate ese suéter.

Julia se sonrojó, se sentó y se deshizo de la prenda, que se quedó arrugada debajo de ellos, pero a él no le importó.

—Me encanta la camiseta. —Trazó el encaje con el dedo. Luego deslizó las manos hacia sus pantalones y se los bajó, desnudándola—. ¿Sin bragas? Me has dejado anonadado, señorita Hughes.

—Cierra el pico —exigió ella con voz ronca.

Se rio mientras terminaba de quitarle los pantalones. La agarró del tobillo. Le besó el arco del pie y empezó a subir, recorriéndole la pierna con los labios.

—¡Dios mío! —jadeó ella cuando llegó a la rodilla.

Se detuvo para contemplar los pezones que se marcaban debajo de la camiseta de tirantes. Quería verlos. Agarró el borde de la endeble prenda y tiró hacia arriba. Ella se irguió un poco para que pudiera sacársela del todo. Por fin la tenía completamente desnuda.

Durante un momento, no fue capaz de hacer otra cosa que admirarla, memorizando cada curva y detalle de su cuerpo. Su imaginación no le había hecho justicia. ¡Jesús! Era una auténtica diosa.

Así que eso fue lo que le dijo.

Julia se echó a reír y negó con la cabeza.

—Te estoy diciendo la verdad. —Le acunó los pechos con las manos, frotando los dedos sobre los rosados pezones. Ella se estremeció a modo de respuesta—. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió ella sin vacilar.

Lucian la besó con fervor por eso. Tenía una erección tan dura, que le iban a estallar los pantalones.

—Quiero que te sientes y te acerques al borde del sofá.

Un nuevo escalofrío la recorrió. Mientras se incorporaba, su hermoso cabello cayó hacia delante. Las puntas de sus pezones asomaban entre los mechones. Tal y como él le había pedido, se sentó en el borde del sofá con las rodillas juntas.

Cuando la besó en el cuello, la sintió temblar contra él. Le puso las manos en las rodillas y continuó besando la suavidad de su piel mientras le separaba las piernas muy despacio y se arrodillaba frente a ella.

Julia lo estaba mirando con los ojos como platos, agarrándose con fuerza a los cojines que tenía a cada lado.

—Preciosa —susurró con voz áspera, contemplando la parte más íntima de su cuerpo—. ¡Dios! Eres preciosa. Nunca lo dudes.

Se inclinó y le besó la parte interior del muslo antes de continuar hasta su centro.

Entonces lo lamió.

Julia gimió y arqueó la espalda.

¡Joder! Estaba empapada, lista para él. Un ronco gruñido se le escapó de la garganta. Alzó la vista.

—¿Te gusta?

—Sí —gimió ella. Esos pequeños pezones entre su pelo era lo más erótico que había visto en su vida—. Claro.

Lucian se rio entre dientes antes de mordisquear la otra cara interna de su muslo.

—¿Qué te parece esto, señorita Hughes? Primero voy a saborearte, y luego te follaré a conciencia.

25

En el fondo de su mente, Julia era consciente de que podían estar cometiendo un gran error. Pero entre el momento en que salió de su habitación y llamó a la puerta de Lucian, se dio cuenta de que eso era lo interesante de la vida. Nadie era perfecto. La gente cometía errores.

No iba a hacer aquello pensando que conseguiría algo más que el mejor sexo de su vida. No iba a tener ninguna expectativa. De eso se trataba esa noche.

En ese momento, estaba centrada única y exclusivamente en el hombre impresionante que tenía de rodillas frente a ella, entre sus muslos. Y lo que él acababa de proponerle le supo a gloria. No sabía si podría soportarlo, pero seguro que lo iba a averiguar.

—Me parece una idea fantástica —dijo. Le costó reconocer su propia voz.

Si no estuviera desnuda, la sonrisa que él le regaló habría conseguido desintegrar su ropa.

—¿Vas a mirarme?

Contuvo el aliento.

—Voy a intentarlo.

—Será mejor que lo intentes con todas tus fuerzas.

No le dio tiempo a responder, porque un microsegundo después tenía su boca en la vulva. Su cuerpo entero se sacudió al sentir aquel beso íntimo. Cuando le oyó emitir un sonido que le hizo pensar en un hombre famélico, el calor inundó sus venas.

La forma como movía los labios y usaba la lengua, con pequeños lametones tentadores, la estaba volviendo loca. Clavó los dedos en la tela del sofá. Como siguiera así, terminaría rompiéndolo.

Movió el cuerpo descaradamente, para encontrarse con su lengua. Se vio invadida por unas sensaciones increíbles y primitivas. La tensión iba en aumento.

—Lucian —gimió, bajando la cabeza. Lo único que pudo ver fue su frente y sus dedos sujetándole los muslos separados.

Él apretó la boca alrededor de su clítoris, chupando y lamiendo hasta que fue incapaz de soportarlo más. Gritó mientras el orgasmo la recorría por completo, derritiendo sus huesos y músculos. Cuando se derrumbó contra el respaldo del sofá, intentó cerrar las piernas, pero él no se lo permitió. Continuó con sus caricias hasta que ella se arqueó hacia atrás y volvió a gemir su nombre. Entonces, y solo entonces, Lucian levantó la cabeza y le dio un beso en el interior del muslo.

—Me encantan esos sonidos que haces —reconoció, poniendo las manos en sus piernas—. ¿Pero sabes lo que más me ha gustado? Que te hayas corrido en mi boca. Me ha puesto a mil.

Julia exhaló con dificultad.

—¡Oh, Dios!

Esbozó esa media sonrisa suya y se puso de pie, deslizando las manos por sus costados hasta llegar a sus brazos. Los labios brillantes de Lucian fueron la cosa más erótica que había visto en su vida.

—Todavía no he terminado contigo.

—Espero que no.

Se inclinó y la besó. Julia pudo sentir su propio sabor en los labios y la lengua de él. Una combinación que la embriagó. Sin dejar de besarla, la agarró de los brazos y la puso de pie. Notaba la tela de su ropa frotándose contra su piel desnuda y extremadamente sensible.

—Quiero que vayamos a mi habitación, a mi cama —dijo él.

Parecía casi sorprendido.

Ella le acarició la espalda.

—Me parece perfecto.

Lucian se apartó un poco, lo suficiente para que ella pudiera verle el rostro.

—Es la primera vez que llevo a una mujer a mi dormitorio. Aquí he estado muchas veces. —La miró con intensidad—. Allí, nunca.

Julia sintió una cálida sensación en el pecho, pero intentó no hacerse demasiadas ilusiones.

—De acuerdo.

Lucian la agarró de la mano e hizo que rodeara el sofá. Al estar completamente desnuda, se sentía bastante cohibida. Jamás había ido desnuda por su casa cuando estaba casada. Sin embargo, cuando Lucian le dirigió una mirada ardiente mientras sacaba una caja de madera de la estantería, se dio cuenta de que quería que la mirara. Ese brillo de pasión la hizo sentir como la diosa que él decía que era.

Él abrió la puerta y le soltó la mano cuando ella entró al fresco interior de la habitación. Había una lámpara encendida junto a la cama enorme, pero no se fijó en nada. Solo tenía ojos para él.

Lucian la miró con los ojos entornados, abrió la caja y sacó un par de envoltorios plateados que arrojó sobre la cama. Después, dejó la caja en la cómoda.

Sin apartar la vista de ella, se quitó la camiseta manchada de carboncillo. Lo había visto con el torso desnudo antes, pero seguía pareciéndole como si fuera la primera vez. Tenía un cuerpo de infarto. Lo vio desabrocharse el botón de los vaqueros y bajarse la cremallera antes de quitárselos, junto con unos *boxers* ajustados de color azul oscuro.

Lo único que Julia pudo hacer fue mirar.

Cada centímetro de Lucian era digno de admiración. Desde el despeinado cabello rubio oscuro, hasta los altos pómulos, los labios bien formados, los pectorales definidos y el estómago cincelado. Y cuando Julia continuó bajando con la mirada, vio que el resto era igual de perfecto. Tenía esos músculos en las caderas, esas dos hendiduras que se moría por tocar. Y el vello un poco más oscuro que conducía a… ¡Dios bendito!

El placer inundó sus venas cuando contempló por primera vez lo que solo había mirado brevemente en el pasillo. Era sublime. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Lucian alargó la mano.

Con el corazón latiéndole a toda prisa, se acercó a él y puso la mano sobre la suya. Lucian la atrajo hacia él. Cuando sus cuerpos desnudos se encontraron, pecho con pecho, cadera con cadera, sin nada entre ellos, sus últimos pensamientos coherentes la abandonaron.

Lucian le rozó las caderas y los costados con las yemas de los dedos. Enredó la mano en su cabello y le echó la cabeza hacia atrás. Cuando volvió a hablar, su boca estaba sobre la de ella.

—Mucho mejor que el té, ¿verdad?

Julia se rio y le puso una mano en la nuca.

—¡Dónde va a parar!

—Te lo dije.

Entonces sus labios se movieron sobre los de ella, saboreándolos, incitándolos, lamiéndole las comisuras. La besó como nunca había hecho antes. Despacio, con paciencia, hasta que abrió la boca para él. No supo muy bien cómo, pero de pronto se encontró tumbada en la cama. Lucian siguió besándola, colocándola sobre el colchón.

En cuanto la tuvo donde quería, en el centro de la cama, se puso de rodillas y simplemente… la miró.

El corazón le latía tan rápido que tuvo miedo de sufrir un infarto.

—¿Qué… qué estás haciendo?

—Memorizándote tal y como estás ahora para poder dibujarte después —señaló él con una voz ronca y profunda que la hizo temblar.

—¿Qué?

Lucian le acarició la mandíbula y los labios con los dedos.

—Te he dibujado.

—¿Sí? —La invadió la sorpresa.

—Sí. —Reemplazó los dedos con los labios y depositó un sendero de besos en su mandíbula, bajando por la garganta.

Ella apoyó las manos en sus hombros.

—¿Puedo verlo?

—Tal vez. —Sus labios le acariciaron la clavícula—. Pero ahora se me ha ocurrido una idea mejor de cómo quiero dibujarte.

Teniendo en cuenta que estaba desnuda en su cama, no estaba segura de si le iba a gustar o no la idea, pero dejó de pensar en ello al instante, porque la boca de él continuó descendiendo hasta sus anhelantes pezones.

¡Dios! Lucian sabía perfectamente cómo usar esos labios.

Cuando su boca se cerró sobre un pezón, Julia se mordió el labio. En cuanto empezó a chupárselo, se aferró a sus hombros y arqueó la espalda. Sus dedos se dirigieron al otro pezón y, junto con su boca, se encargaron de que volviera a perderse en las sensaciones. El placer la atravesó como un caballo desbocado. Movió las caderas, frotándose contra su dura erección.

Lucian retiró la mano del pecho y deslizó la palma por su estómago. Su maravillosa boca se dirigió al otro pezón. Cuando se lo metió en la boca, introdujo un dedo en su interior.

Julia gimió y echó la cabeza hacia atrás. Su cuerpo respondió de inmediato.

—Podría perder el sentido solo con esos sonidos —dijo él, deslizando un segundo dedo.

Ella abrió los ojos casi sin aliento.

—Tú sí que me haces perder el sentido.

Él la recompensó con un brillo perverso en la mirada antes de bajar la barbilla y lamerle el pezón.

—Me tienes completamente enganchado a ti.

Ella le acarició el pecho, deteniéndose en sus tensos músculos. Volvía a sentirse en llamas.

—Podría decir lo mismo de ti.

Lucian era adictivo. En ese momento se sentía como una drogadicta, esperando la liberación que sabía que solo él podía proporcionarle, el placer que estaba creando en su interior con sus dedos y su boca. En su interior empezó a formarse una intensa vorágine. No era suficiente.

—Por favor. —Enredó la mano en los mechones cortos de su pelo.

Él apartó la boca de su pecho. Todavía tenía los dedos en su interior, que seguían entrando y saliendo.

—¿Por favor qué?

Iba a hacer que se lo pidiera, que se lo suplicara.

—Te necesito.

Lucian torció la mano para presionar la palma contra ella.

—¿Necesitas que haga qué?

Ella le clavó los dedos en el cuero cabelludo y le tiró del pelo. A Lucian se le escapó una risa ronca.

—Te necesito *dentro* de mí.

—Eso es lo que estaba esperando que dijeras.

Lucian se movió, tomó uno de los envoltorios de la cama y se puso el preservativo en tiempo récord. Cuando alineó el cuerpo contra el suyo, Julia sintió pequeñas descargas de placer esparciéndose por todas sus terminaciones nerviosas. Después lo vio sostener su peso con una mano, apoyar la otra en su cadera y empezar a penetrarla unos centímetros. Ambos se quedaron congelados. Sus respiraciones aceleradas se entremezclaron.

—Ha… ha pasado mucho tiempo —susurró ella.

—¿Sí? —La besó, invadiendo su boca con la lengua—. Puede que esto haga que parezca un puto egoísta, pero me alegra oírlo.

Julia levantó una pierna y le rodeó la cintura con ella. Un movimiento que lo obligó a hundirse en ella hasta la base de su miembro. El gruñido que Lucian soltó mientras apoyaba la frente sobre la suya casi la hizo llegar al clímax.

—Vas a matarme —gimió él.

Sentirlo tan dentro casi le robó el aliento.

—Seguro que puedes soportarlo.

—No lo sé. —Lucian le rozó la boca con los labios mientras su enorme cuerpo se estremecía—. Me gustaría hacer que dure, pero no creo que pueda contenerme tanto.

—No te contengas. —Le acunó la mejilla—. Yo tampoco quiero esperar mucho más.

Él cerró los ojos un segundo.

—Gracias a Dios.

Y entonces Lucian se puso manos a la obra.

Se apoderó de su boca mientras sacaba casi por completo su dura longitud antes de hundirse de nuevo en ella. Absorbió con un beso el grito de Julia. La fricción creada por sus embestidas, llenándola por completo, aumentó aún más el placer.

Tenía sus manos por todas partes. Ella tampoco se quedó atrás. Le clavó las uñas en el trasero y él cerró una mano sobre su pecho. El constante balanceo de sus caderas se hizo más rápido cuando Julia susurró su nombre una y otra vez, pidiéndole más.

Y eso fue precisamente lo que él le dio.

Lucian empezó a decirle con todo lujo de detalles lo bien que se sentía dentro de ella. Sus palabras ardientes la consumieron por dentro. Sus embestidas se volvieron frenéticas. Ya no seguían un ritmo. Dejaron de hablar. Solo se oían gruñidos y gemidos, el lenguaje de la carne encontrándose con la carne. Julia arqueó la espalda y levantó las caderas para encontrarse con él, para que se introdujera todo lo posible en ella.

Y de pronto se encontró al borde del precipicio, al borde de algo que sabía sería hermoso y poderoso. Lucian parecía sentir lo mismo, porque se movió ligeramente a la derecha y continuó empujando y penetrándola, creando una fricción que se volvió demasiado intensa. Sus caderas golpearon con ímpetu contra las de ella, abandonando cualquier resto de control o seducción.

La tensión se hizo cada vez más fuerte. Y entonces él metió una mano entre ellos, entre sus cuerpos unidos, y le hizo algo asombroso con el pulgar. Julia estalló, la liberación explotó en su interior. El placer la inundó de tal modo que apenas fue consciente de que él seguía embistiéndola.

—Julia…

La voz ronca de Lucian resonó contra sus labios. Dio una última estocada y se congeló, hundido profundamente en ella.

Le pareció que había pasado una eternidad antes de que ninguno de los dos se moviera. El primero fue Lucian, que levantó despacio el torso, apoyando su peso en un brazo.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Más que bien —respondió ella—. Ha sido…

—¿Increíble? ¿El mejor sexo de tu vida? —sugirió él—. ¿Nunca volverás a ser la misma? Has tocado el cielo, ¿verdad?

Julia se rio y le dio un pequeño manotazo en el brazo.

Él le agarró la mano y se la llevó a la boca.

—Ha sido alucinante. Ni siquiera tengo palabras, y eso que siempre sé qué decir. —Le besó cada uno de los nudillos y luego le bajó la mano a la cama—. Vuelvo enseguida.

Julia se mordió el interior de la mejilla mientras él se apartaba de ella. En cuanto dejó de sentir su peso y su calor, se tumbó de costado. Lo vio caminar hasta una puerta cerrada que enseguida descubrió que era el baño. Oyó el agua correr. Se llevó las rodillas al pecho. El corazón todavía le latía muy rápido y seguía teniendo la sensación de que sus huesos y músculos habían sido reemplazados por plumas y algodón.

Lucian volvió al dormitorio. Se le veía muy cómodo en su desnudez y ella no iba a quejarse. Era todo un regalo para la vista. Lamentó no saber dibujar, porque el deseo de capturar la imagen de ese cuerpo fue tan fuerte que le picaron los dedos.

Continuaron en silencio mientras él se acercaba a la cama. Levantó las sábanas y se metió dentro, tumbándose de espaldas. El nerviosismo empezó a apoderarse de ella, reemplazando el maravilloso letargo que había invadido sus sentidos. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Quedarse? ¿Irse? Lucian era un hombre que no había tenido relaciones serias, ni solía acostarse con una mujer más de una vez. Así que seguramente no quería que durmiera en su cama. Sí, irse sería lo más razonable. No debería quedarse a dormir allí.

Por alguna extraña razón eso le pareció algo mucho más íntimo que tener relaciones sexuales con él.

Aunque si pensaba eso, lo mejor que podía hacer era ir a un psicólogo, reflexionó mientras se sentaba en la cama.

—¿Dónde crees que vas?

Julia se detuvo en seco.

—A mi cuarto.

—No. Ni se te ocurra. —Lucian le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia él, presionando su pecho contra su costado.

Por lo visto no volvería a su habitación.

Al principio se puso un poco tensa. No sabía muy bien cómo procesar el hecho de que no la hubiera echado de su cama. Después, empezó a relajarse poco a poco y apoyó la mejilla contra su pecho y la mano en su estómago.

—¿Sabes qué? —dijo Lucian al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Creo que voy a necesitar un segundo asalto. —Puso una mano sobre la de ella. Julia sonrió—. Y un tercero. Quizás un combate entero.

26

Lucian miró al techo. La habitación estaba a oscuras y el cálido cuerpo acurrucado contra el suyo dormía plácidamente.

Otra vez esos malditos pasos.

Sabía que eso era precisamente lo que acababa de oír, que no era producto de su imaginación, porque estaba despierto. Estaba ahí tumbado, contemplando a Julia dormir como si fuera una especie de pervertido. Sin embargo, no podía evitarlo. Una parte de él seguía sin creerse que ella hubiera acudido a él, que hubiera confiado en él para contarle lo de su exmarido y que no hubiera salido corriendo cuando reconoció que no había hecho cosas de las que estaba especialmente orgulloso.

Aguzó el oído por si volvían a sonar los pasos, pero tras unos segundos volvió su atención a Julia. Lo cierto era que, aunque hubiera alguien arriba dando saltos como un loco, no se levantaría de la cama.

Nunca se había sentido así antes.

¡Joder! En ese momento se encontraba fuera de lugar. Con la punta de los dedos, le apartó los mechones que le caían por la mejilla.

Esa cara lo tenía fascinado. Unos ángulos que se mezclaban entre sí hasta formar una estructura perfecta. Estaba enganchado a sus suaves curvas. Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo con los dedos y con los labios. Y estaba fascinado con la bondad que veía en sus ojos y oía en sus palabras.

En su mundo, aquello era algo muy raro.

Nadie era amable o servicial sin esperar nada a cambio. Julia era ambas cosas y nunca esperaba nada.

Había amado a su marido; un hombre que estaba claro que no se la había merecido. ¡Cómo le habría gustado…!

Dejó de ir por ese camino. ¿En qué estaba pensando? De hecho, ¿qué estaba haciendo? En el fondo, sabía que lo que había pasado esa noche no era solo sexo, o una forma de calmar su obsesión por ella. No era nada de eso.

¿Y eso qué significaba?

No lo sabía. Le acarició el brazo desnudo. Ella se movió en respuesta, acurrucándose más contra él. Se puso duro al instante. Así de simple. Julia ni siquiera estaba despierta o intentaba seducirlo… Ya lo tenía hechizado.

Continuó acariciándole el costado y la cadera. Sabía que tenía que dejarla dormir. En realidad, él también debería hacer lo mismo, pero eso no fue lo que hizo.

Se puso de lado y sonrió cuando ella se puso bocabajo, murmurando algo en sueños. Le apartó el pelo, la besó en la nuca y luego bajó lamiendo y besando su columna hasta llegar a la curva de su trasero.

Supo el momento exacto en que se despertó porque se tensó un instante antes de relajarse. Se incorporó detrás de ella, colocando una rodilla a cada lado de su cuerpo.

Julia levantó una pierna y movió las caderas mientras él deslizaba la mano más abajo.

—Mmm —susurró ella—. ¿Qué haces?

—El segundo —le dijo él—. Quiero el segundo asalto.

Y su deseo se hizo realidad. Julia, todavía tumbada bocabajo, alzó el trasero y lo presionó contra él. Lucian la agarró de las caderas y la penetró una y otra vez.

Cuando terminó, con el cuerpo cubierto de sudor y el cuerpo de ella todavía temblando por el orgasmo, supo que quería más.

Necesitaba más.

Julia se recogió el pelo en un moño alto y se lo aseguró con una horquilla.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Lucian no la miró. Estaba revisando un juego de llaves que tenía en la mano.

—Sí.

Por supuesto que no se lo creyó. Desde el momento en que había aparecido en la habitación de Madeline y le había dicho que quería traer las cosas del dormitorio de su madre para su hermana, fue como si se transformara en una persona diferente delante de sus ojos.

Estaba silencioso y distante, y Lucian nunca dejaba de hablar. Y desde luego no era distante, sobre todo la noche anterior… o esa misma mañana, cuando la había vuelto a despertar por segunda vez con una mano entre las piernas y la boca en sus pechos.

Tuvieron un tercer asalto.

Y luego un cuarto.

Así que no se tomó como algo personal esa actitud inusual en él. Tampoco se permitió concentrarse únicamente en lo que había pasado entre ellos. No se arrepentía ni un ápice de lo sucedido la noche anterior. Lucian se había mostrado bastante sincero sobre quién era. No hacía falta que él le dijera que solo había sido cosa de una noche. Ella supo leer entre líneas lo que él le había dicho. No iban a empezar ningún tipo de relación.

No iban a empezar nada.

Pero eso no significaba que…, bueno, que no se preocupara por él. Que estuviera de acuerdo con lo que iba a hacer.

Al principio pensó que tenía que ver algo con Daniel, pero veinticuatro horas después de que se fuera, Lucian seguía taciturno.

A medida que transcurría la tarde, se había preguntado cómo abordar el tema, pero cuando Lucian fue a ayudarla a acostar a su hermana, fue él mismo el que sugirió que lo hicieran cuanto antes. Así que allí estaban, en una zona de la casa en la que nunca había puesto un pie, mientras Livie vigilaba a Madeline.

El ala izquierda era exactamente igual que la derecha: pasillos largos con muchas puertas cerradas y apliques de pared que parpadeaban, pero era un poco más oscura. Como si la luz del sol no pudiera penetrar por ninguna de las ventanas. Había una frialdad en el ambiente que no estaba presente en el otro lado de la casa. Como Devlin y Gabe vivían en ese ala, se imaginó que preferían mantenerla más fresca, de ahí la diferencia de temperatura. Sin embargo, mientras miraba el oscuro y estrecho pasillo por el que habían ido caminando, la parte menos lógica de su cerebro se puso a pensar en las historias de fantasmas que Lucian le había contado.

Le oyó soltar un taco mientras miraba las llaves.

Se sintió mal por él. Hurgar en las cosas de su madre tenía que ser doloroso, por muchos años que hubieran pasado. Se mordió el labio y miró por encima del hombro mientras daba golpecitos en el suelo con el pie. Lucian no tenía por qué hacer aquello. Ella no quería que lo hiciera. Pero sabía que, probablemente, él se sentía obligado a hacerlo. Para ayudar a su hermana. Por eso estaba frente al dormitorio de su madre; una habitación que no debía de abrirse mucho porque Lucian había tardado su buena media hora en encontrar dónde había guardado Livie la llave.

—La tengo. —Cuando Lucian metió la llave en la cerradura, un chasquido resonó como un trueno en la quietud del pasillo. Giró la muñeca y la puerta se abrió. El olor a vainilla les dio la bienvenida.

Lucian no se movió. Julia, sin embargo, echó un vistazo sobre la estrecha apertura, pero el interior estaba a oscuras y no vio mucho. Se humedeció los labios y le puso una mano en el brazo. Él se volvió hacia ella y cerró los ojos.

Respiró hondo. Se puso a pensar a toda velocidad cualquier excusa para que él no tuviera que hacer aquello.

—¡Tengo hambre! —exclamó.

Lucian frunció el ceño.

De acuerdo. Necesitaba desarrollarlo un poco más.

—Esta mañana no me dio tiempo a desayunar. Alguien hizo que me retrasara. Y no voy a señalar a nadie.

Lucian suavizó la expresión.

—Así que tengo hambre. ¿Crees que podrías hacerme un sándwich?

Ahora la estaba mirando como si acabara de crecerle un pezón en la frente.

—¿Me estás pidiendo que te haga un sándwich?

Julia esbozó una sonrisa y asintió.

—Un sándwich de queso a la plancha. Me encantan. Hace siglos que no como uno.

Él ladeó la cabeza.

—¿Un sándwich de queso a la plancha? —repitió.

—Sí. Me da igual el pan que uses. Prefiero el poco saludable pan de molde blanco, el de toda la vida, pero si tiene semillas de lo que sea, también me viene bien. —Notó el rubor ascendiendo por sus mejillas, pero ahora que se había puesto a hablar, le apetecía uno de verdad—. ¿Puedes hacerme uno?

Lucian la miró fijamente.

—Podría hacérmelo yo misma, pero me da miedo tocar esa cocina. Todos los electrodomésticos parecen costar un riñón. —Sonreía con tantas ganas que creyó que se le iba a desencajar la mandíbula—. Pero tengo mucha hambre. Y, créeme, no quieres comprobar cómo me pongo con el estómago vacío.

—¿Cómo te pones?

—Muy cascarrabias, hasta puntos insospechados. —Y no era mentira—. Si buscas en Google la palabra «hambre», encontrarás una foto mía. Por favor, si no como cuando tengo hambre me mareo y me siento fatal.

—¿En serio?

—Sí. —Eso no era verdad. Ni tampoco lo siguiente que dijo—: Creo que me dan bajadas de azúcar o algo parecido.

—¿Eso piensas? —Enarcó una ceja—. ¿Entonces no deberías comer algún caramelo o algo similar?

¡Mierda!

—¿Tienes caramelos? Porque eso también estaría bien. Un caramelo y un sándwich de queso a la plancha.

Lucian bajó la cabeza y apartó la mirada. Se llevó la mano a la nuca. Se quedaron en silencio. Durante unos segundos, creyó que le diría que no, pero al final soltó un suspiro.

—Cierra cuando termines.

Julia parpadeó.

—Reúnete conmigo en la cocina —continuó él— y te tendré preparado el sándwich. —Sostuvo las llaves en alto—. Y caramelos… para tus problemas de azúcar.

Cuando le pasó las llaves, se mordió la parte interna de la mejilla.

—Allí estaré.

Lucian empezó a darse la vuelta, pero se detuvo. Se quedó quieto un momento y después se acercó a ella. Sin decir nada, le acunó el rostro con las manos e inclinó la cabeza.

Julia contuvo el aliento.

Entonces la besó con suavidad y le acarició el contorno de las mejillas con los pulgares. Fue un beso diferente a todos los anteriores. Menos apasionado. Le dio la impresión de que le estaba dando las gracias.

Cuando se marchó, Julia cerró los ojos y soltó un sonoro suspiro mientras se tocaba los labios.

—¡Dios mío! —susurró.

Bajó la mano. Había llegado el momento de centrarse en lo que tenía que hacer. En su cabeza, se dio una palmadita de ánimo, abrió la puerta del todo y entró. Tocó a tientas la pared hasta que encontró el interruptor. Lo encendió y la luz inundó la habitación.

—¡Oh, vaya…!

Parecía como si alguien siguiera usándola todos los días. La bonita colcha color lavanda estaba echada hacia atrás, mostrando una montaña de almohadas y cojines. Los muebles eran de color crema. Había un sillón, una silla, un espejo de pie ovalado y dos cómodas. También vio un par de gafas en la mesita de noche junto a la cama y unos cuantos frascos de perfume y joyas encima de un tocador. A la izquierda, una puerta abierta daba a un vestidor.

A medida que atravesaba la estancia, se dio cuenta de que los muebles no tenían ni una sola mota de polvo. Si no lo hubiera sabido, habría jurado que allí dormía alguien.

Pero esa habitación estaba congelada en el tiempo, como un recuerdo.

No le extrañaba que a Lucian le costara entrar allí. Era como si su madre siguiera viva. Incluso había una bata de seda azul encima de la cama, como si su progenitora la hubiera dejado allí para ponérsela cuando volviera…

Frunció el ceño.

¿Por qué iba a dejar alguien una bata sobre la cama si no tenía intención de volver? ¡Qué raro!

Aunque también era cierto que no sabía si quien la había dejado allí era la propia madre. Tal vez lo había hecho Livie. No tenía idea, pero hubo algo ahí que la dejó con la mosca detrás de la oreja mientras tiraba las llaves en la cama y se ponía manos a la obra.

Se sintió un tanto incómoda revisando las cosas de esa mujer. Tenía la impresión de que en cualquier momento aparecería y le gritaría que qué estaba haciendo allí. Hizo caso omiso del cosquilleo que sintió en la nuca y hurgó cuidadosamente en los cajones, buscando alguna señal de los álbumes o diarios que Daniel había mencionado. No le costó mucho encontrar las perlas, que estaban en una caja de terciopelo de una de las cómodas. También encontró otro collar de perlas muy largo dentro del vestidor. Los guardó todos en una canasta de mimbre que encontró junto a la cómoda.

Los álbumes y diarios fueron otro cantar. No vio ninguno, al menos en los lugares más obvios. Todavía tenía que mirar en la pila de cajas del fondo del vestidor. Eran cajas grandes y cuadradas, del tipo que se usaban para guardar bolsos o sombreros. Había varias cajas marrones de Gucci al lado de otras tantas de color blanco.

Miró dentro de ellas, experimentando distintos niveles de envidia mientras descubría varios bolsos por los que habría dado su brazo izquierdo. Al principio no se dio cuenta, pero cuando movió las cajas de Gucci a un lado, se inclinó hacia delante y se fijó en el suelo del vestidor. Tres de los tablones de madera, de unos treinta centímetros de largo, parecían estar mal pegados. Pasó los dedos sobre ellos. Tenían un desnivel con respecto a los demás. Cuando intentó levantarlos, no se movieron. ¿Habría escondido algo debajo o solo los habían reemplazado por otros? Buscó algún utensilio para levantarlos, pero no vio nada más que perchas y dudaba que eso fuera a funcionar.

Decidió dejar de lado ese pequeño descubrimiento y continuar con otra caja. Una blanca. Allí encontró lo que estaba buscando.

—¡Bingo! —susurró.

Agarró la caja, se la llevó a la cama y se sentó a examinar su contenido.

Había ganado el premio gordo.

En el interior había tres álbumes grandes de fotos. Pero ¿por qué metería alguien unos álbumes dentro de una caja? No lo sabía. Esa familia era bastante rara. Los pasó a la canasta y también sacó un diario de cuero rojo gastado con una correa que lo cerraba. Lo acarició con los dedos. De la correa colgaba una pequeña llave. El diario no tenía candado, así que tenía que tratarse de un elemento decorativo.

Tiró de la correa y, cuando estaba a punto de abrir el diario, se quedó paralizada. Una corriente de aire frío se deslizó sobre su nuca, poniéndole la piel de gallina. Se quedó sin aliento. Se dio la vuelta, pero no vio absolutamente nada. Miró a su alrededor, medio esperando ver una aparición de la madre de Lucian. Por supuesto que eso no se produjo.

Su imaginación estaba fuera de control. Seguro que la corriente de aire frío se debía a uno de los muchos ventiladores de techo de la casa.

Volvió a mirar el diario y ató de nuevo la correa. Se levantó, lo colocó en la canasta y dejó la caja en su sitio, deseando salir de aquella habitación que le recordaba a un mausoleo. Después cogió la canasta, cerró la puerta y salió corriendo por el pasillo.

Jamás en su vida bajó tres tramos de escalera tan rápido. Por desgracia, tardó bastante más en encontrar la cocina, pues se equivocó de pasillo y terminó en el mismo sitio más de una vez. Pero sabía que se estaba acercando porque el estómago le gruñía al captar el olor a queso derretido y pan a la plancha.

¡Dios! Había tenido una idea brillante.

Se las había arreglado para que Lucian evitara una experiencia dolorosa y, al mismo tiempo, había conseguido un sándwich de queso. Y también un caramelo.

Cuando oyó la voz de Devlin desde la cocina, fue más despacio. Miró la canasta con un nudo en la garganta. Sospechaba que al mayor de los De Vincent no le iba a hacer ninguna gracia saber que Julia había estado a solas en el dormitorio de su madre.

—¿Qué estás haciendo? —le oyó preguntar.

—¿A ti qué te parece? —respondió Lucian.

—Un sándwich de queso a la plancha.

—Felicidades —replicó Lucian con sequedad—. Eres capaz de hacer reflexiones sencillas e informar sobre ellas.

Julia sonrió de oreja a oreja.

—¿Desde cuándo has empezado a comer como un niño de seis años con un resfriado?

Su sonrisa empezó a desvanecerse. ¿Pero qué…? Los adultos comían sándwiches todo el tiempo. Al menos en su mundo.

El suspiro de Lucian casi hizo temblar las paredes.

—¿Quieres algo, Dev?

—Más o menos. Ya que no tuve oportunidad de preguntarte ayer, he venido a ver cómo te fue con la comida con nuestro primo.

—Fue fenomenal. ¿Sabes? Creo que siempre hemos sido demasiados duros con el pobre Danny. Creo que deberíamos invitarle a cenar todos los…

—Está bien; olvida la pregunta —le cortó Dev.

Hubo una pausa y después Lucian volvió a hablar.

—¿De verdad te importa el estado en el que se encuentra Maddie? Porque de ser así, me habrías preguntado si *nuestra* hermana reaccionó de alguna forma a la presencia de Daniel.

¡Oh, Dios!

Julia miró a su alrededor. Estaba pegada a la pared y tenía miedo de moverse siquiera. No quería que supieran que los estaba escuchando.

—Lo siento, pero tengo otras cosas en mente además de las largas vacaciones que se tomó nuestra hermana.

—¿Largas vacaciones? —Lucian se rio con incredulidad—. Eres un imbécil.

Julia no podía estar más de acuerdo.

—Y dime —continuó Lucian—, ¿no tendrán esas otras cosas algo que ver con la investigación que la policía ha abierto sobre la muerte de nuestro padre?

Un momento. ¿Qué?

Julia apretó la canasta con más fuerza.

—Como te dije, el jefe Lyon pronto dejará de ser un problema. —A Devlin parecía aburrirle toda aquella conversación.

—Tienes una fe ciega en nuestros abogados —señaló Lucian.

Si Devlin respondió a eso, Julia no lo oyó. ¿Por qué estaba la policía investigando la muerte de su padre? ¿No se había suicidado?

¿Investigarían las autoridades un suicidio a menos que sospecharan que se trataba de otra cosa? ¿Como, por ejemplo, un homicidio? ¿Por qué…?

Devlin salió de la cocina y Julia estuvo a punto de sufrir un infarto. Cuando la vio, clavó en ella aquellos ojos del mismo color que los de Lucian, pero más fríos que una mañana de invierno.

—Buenas tardes, Julia.

Ella tragó saliva y forzó una sonrisa deslumbrante.

—Hola, Devlin. ¿Cómo… cómo estás?

—Bien. —Miró la canasta pero no se detuvo a ver lo que contenía—. ¿Y tú?

—Bien.

Devlin se despidió con una inclinación de cabeza y siguió su camino. Julia giró la cintura, viéndole desaparecer por el pasillo. Seguro que se había dado cuenta de que los había estado escuchando. Se volvió hacia las puertas de la cocina y continuó andando.

Lucian estaba junto a la cocina de gas. Apretó la mandíbula y apagó el fogón. Después sacó el sándwich de la sartén con una espátula y lo colocó en un plato.

—Hola. —Julia se acercó a la isla—. He encontrado lo que estábamos buscando.

—Estupendo. —Recogió el plato y fue hacia ella. Julia todavía tenía la canasta en la mano. Sus miradas se encontraron. Los ojos de Lucian no eran tan fríos como los de su hermano, pero sí igual de impenetrables—. Gracias por hacer esto por mí.

—No es nada y gracias por…

—Sé que no querías un sándwich. —Dejó el plato en la isla—. Sé lo que estabas intentando hacer. Así que gracias. Y lo digo en serio.

Ella abrió la boca, pero ¿qué podía decir? Además, no quería hablar de eso ni de lo que había encontrado en la habitación de su madre. Tenía preguntas. Muchas.

Sin embargo, no le dio tiempo a hacer ninguna.

Lucian se dio la vuelta y abandonó la cocina sin decir una sola palabra más, dejándola sola con una canasta llena con cosas que habían pertenecido a su madre. Miró el plato; ya no tenía apetito. Lo que era una lástima, porque el sándwich tenía una pinta estupenda.

Bajó la vista hacia la canasta y se estremeció. Pero esta vez no fue por culpa de ninguna corriente de aire frío, sino por los hermanos De Vincent.

27

Lucian estaba corriendo en la cinta, cuando *I Stand Alone*, de Godsmack, fue interrumpido por una llamada entrante de Gabe. Había perdido la noción del tiempo. Lo único que sabía era que esa era la tercera vez que oía esa canción y que llevaba en el gimnasio desde que había dejado a Julia sola en la cocina.

¡Joder! Su mente no quería desconectar. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Su hermana. Su primo. Lawrence. Dev. Julia. Estaba intentando olvidar corriendo.

Presionó el botón de detener, sacó el teléfono del soporte y se quitó los auriculares mientras la cinta daba la última vuelta.

—¿Cómo está Baton Rouge? —preguntó, bajándose de un salto de la cinta.

—¡Ah! Ha cambiado un poco —respondió Gabe. Al oír la voz de su hermano, frunció el ceño. Se le notaba un poco apagado—. ¿Cómo fue la comida de ayer? Quería llamarte, pero no tuve tiempo.

—Todo bien. No estoy seguro de si Maddie reaccionó o no, pero creo que fue positivo para ella. Lo más seguro es que le pida a Daniel que vuelva. —Fue hacia la toalla que había dejado tirada antes y la recogió del suelo. No creía que Gabe necesitara saber que Julia había sacado algunas cosas de la habitación de su madre—. Y bueno, ¿qué tal por Baton Rouge?

Gabe se rio, pero no fue un sonido feliz.

—¡Joder, Lucian…! No sé ni por dónde empezar, pero me voy a quedar por aquí unos días más.

Arrugó la frente, se secó el sudor y arrojó la toalla en el cesto de la ropa sucia. Empezó a preocuparse.

—Cuéntame qué pasa.

—Emma… tuvo un accidente de coche muy grave —informó su hermano.

—¡Mierda! —Apoyó una mano en la pared e inclinó la espalda—. Puedo estar allí en unas pocas…

—No. No vengas. Ya tienes bastante con lo de Madeline y Julia. No puedes dejarlas con Dev —le interrumpió Gabe—. Tienes que quedarte allí y

yo necesito estar aquí.

Su hermano tenía razón, pero a Lucian no le gustó cómo sonaba su voz.

—Está en coma. No creen que vaya a despertarse.

—¡Maldita sea! No sé qué decirte. —Apoyó la frente en el bíceps. Por mucho que Gabe dijera lo contrario, sabía que había estado muy enamorado de Emma—. Por eso te llamaron sus padres, para que puedas…

Para que Gabe pudiera despedirse de ella.

No fue capaz de terminar la frase.

—Por eso y… por algo más. Ni siquiera sé cómo expresarlo en palabras. ¡Joder! —Gabe gruñó y a Lucian se le pusieron los pelos de punta—. Todavía no me lo creo.

Se enderezó y se apartó de la pared. Clavó la vista en las máquinas de pesas.

—¿Qué pasa?

El clamoroso silencio que siguió a su pregunta le dijo que lo que Gabe estaba a punto de soltar sería una bomba que lo cambiaría todo.

—Tengo… Tengo un hijo —dijo Gabe con voz ronca—. Tengo un hijo.

Después de llevar a Madeline a la cama, Julia recogió el cuadro que había terminado de pintar esa noche, un poco después de la cena. Definitivamente era la cara de un niño; un niño de piel y pelo claro. Guardó la pintura en el armario, junto con el resto.

Cuando volvió al lado de Madeline, reprimió un bostezo y la arropó.

—He encontrado algunos álbumes de tu madre —anunció a la silenciosa mujer—. He pensado que mañana podríamos verlos juntas. ¿Qué te parece?

Madeline la miró.

Julia casi se cae de espaldas. Madeline la había mirado en respuesta a su pregunta. Una respuesta directa. No era gran cosa, pero sí algo que no sucedía a menudo.

—¿Te gustaría verlos? Solo son tres álbumes. Los traeré por la mañana. —Respiró hondo—. También encontré más cosas.

La mujer la miró fijamente durante unos segundos y luego volvió la cabeza y cerró los ojos.

Julia se apartó de la cama, comprobó que las puertas estuvieran cerradas y salió del dormitorio de Madeline. Richard la estaba esperando frente a su habitación con una bandeja de plata en la mano de la que emanaba un aroma a algo asado. Tomó la bandeja y le dio las gracias. Después de ponerse ropa

más cómoda, es decir, *leggins* y una camiseta, se dispuso a cenar. El pollo estaba delicioso. Cuando terminó, colocó la canasta que había traído del dormitorio de la madre de Lucian en la cama y empezó a hojear los álbumes.

Los De Vincent habían sido unos niños adorables. No pudo evitar detenerse un poco más en las fotos de Lucian. Desde pequeño había tenido esa mirada y sonrisa traviesa. Cerró un álbum y miró el reloj. Era bastante pronto.

Se mordió una uña y se frotó la rodilla. ¿Estaría Lucian en su habitación? ¿Esperaba que ella…?

No.

No iba a pensar en eso dos veces. La noche anterior había sido asombrosa. Todavía estaba un poco dolorida, porque era verdad que había pasado mucho tiempo desde su última relación sexual. Era como si le hubiera vuelto a crecer el himen.

Bajó una pierna de la cama y miró a la puerta. Tenía demasiadas preguntas en la cabeza. Quería saber a qué se habían referido Lucian y Devlin cuando habían estado hablando en la cocina, pero también… también quería asegurarse de que Lucian estaba bien.

No lo había visto desde que se marchó de la cocina. Ni siquiera sabía si estaba en casa.

Seguro que esa necesidad que sentía de consolarlo la convertía en una auténtica imbécil. Lucian no parecía el tipo de persona al que le gustara que lo consolaran, y ella tampoco tenía claro que solo quisiera verlo para comprobar que se encontraba bien.

En realidad seguía deseándolo.

Se levantó de la cama y se puso a pasear de un lado a otro. Recordó todas las cosas que habían hecho la noche anterior. La forma como la tocó, como…

Olvídate de eso.…

Alejó de su mente cualquier pensamiento sobre Lucian y se dejó caer de nuevo en la cama. Agarró el diario y lo abrió con cuidado. Entonces se dio cuenta de que los escritos iban acompañados de bocetos. Había páginas en las que su madre escribía sobre lo que había hecho ese día y otras llenas de dibujos, que iban desde rosas a retratos de personas que Julia nunca había visto. Algunas páginas tenían la fecha en la parte superior. Otras, no. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que se trataba del diario que había escrito antes de morir. También contenía varias hojas de papel dobladas en su interior. Sacó una y la abrió, sintiéndose como una especie de acosadora.

Se trataba de una hoja impresa con lo que parecían ser varios mensajes de texto o un chat. No había ningún nombre. Solo bocadillos de texto.

> Sé que ella no quiere que nos veamos más, pero me da igual.
> Te quiero y conseguiremos estar juntos. No podrán detenernos.
>
> Lo intentarán.
>
> Solo tenemos que andarnos con más cuidado.
>
> Quizá deberíamos contárselo.
> Darles la oportunidad de que lo acepten.
>
> ¿Lo dices en serio? Nos matarán. Sin dudarlo.

¿Qué narices era eso? ¿Mensajes de su madre con alguien más? ¿O mensajes de otras dos personas? No hacía falta ser forense para adivinar que ahí había un romance.

Se acordó de la nota que había encontrado en el dormitorio de Madeline, entre los viejos libros y revistas.

Teniendo en cuenta lo que sabía del padre, no le sorprendería que la madre hubiera tenido una aventura. Lawrence parecía un auténtico gilipollas.

A pesar de todo, se sintió un poco incómoda. Dobló la hoja y la volvió a colocar en el diario. Siguió hojeando hasta que llegó a una página con fecha de 9 de diciembre. La entrada estaba escrita en cursiva y la tinta azul había empezado a desvanecerse.

> *A veces creo que debería decírselo, aunque no sé de qué serviría. Lo más probable es que terminaran odiándome, que detesten a Lawrence más de lo que ya lo hacen, pero no me parece justo el trato que Madeline y Lucian están recibiendo, y lo que creen no es correcto. Yo sé la verdad. Él también. Si intenta deshacerse de ellos, como sé que hará, les mostraré todas las pruebas. Sé que mis niños sufrirán, pero no permitiré que les haga eso.*

Julia dejó de leer y cerró el diario. Se frotó los ojos y se dijo a sí misma que aquello no era de su incumbencia. Leer el diario para cerciorarse de que no contenía nada que pudiera perturbar a Madeline había sido una excusa endeble para satisfacer su curiosidad. Lo mejor era que dejara…

Se sobresaltó al oír el golpe de alguien llamando a la puerta. Se levantó, pero antes de que pudiera dar un paso, se abrió y su estómago se contrajo de la manera más agradable.

Era Lucian. Iba vestido como si acabara de hacer deporte, pero… perdiendo la camiseta por el camino y habiéndose cruzado con un minibar, ya que llevaba una botella de wiski en la mano.

—Hola —lo saludó arrastrando la palabra para estirar la mano por detrás de ella y agarrar el diario—. ¿Has terminado de… hacer ejercicio?

—Sí. —Entró con aire arrogante a la habitación—. Hace unas cinco o seis horas. Quizá más. No lo sé.

Julia arqueó las cejas y se giró mientras lo veía dirigirse a la cama. Andaba de una forma un tanto extraña.

—¿Y después? ¿Te has perdido o algo parecido?

—Es difícil que uno se pierda en su propia casa —replicó él, echando un vistazo a la habitación y bebiendo un trago de la botella.

Claro, tenían su propio gimnasio. ¡Cómo no!

—¿Y tú te has perdido? —inquirió él.

Julia dejó el diario en la canasta.

—¿Perderme dónde?

Lucian se volvió hacia ella y bajó la botella. Su mirada estaba un poco desenfocada.

—De camino a mi habitación.

—¿Qué? —Se atragantó con su propia risa.

—Deberías haber venido a verme —espetó él. Cuando se inclinó hacia delante, a Julia le llegó un fuerte olor a alcohol—. Y, en vez de eso, te encuentro aquí, haciendo… —Miró la cama—. No tengo la menor idea de lo que estabas haciendo.

—Bueno, no fui a verte porque… —Se cruzó de brazos—. Porque super leer entre líneas.

—Entonces tendrás que leer mejor.

Julia frunció el ceño.

—Porque no hay líneas. —Levantó la botella y apuntó con un dedo en su dirección—. Nunca he escrito o dicho nada que pudiera indicar que no quiero volver a verte.

Lo miró con ojos entrecerrados y luego él se sentó en el borde de la cama. Bueno, más bien se dejó caer. Julia se abalanzó sobre él a toda prisa y logró agarrar la base de la botella.

—¿Estás borracho?

Lucian soltó un bufido.

—No sé de qué estás hablando.

Ella enarcó una ceja.

—Estás como una cuba. —Tiró de la botella. Al ver que él no la soltaba, lanzó un suspiro—. ¿Has estado bebiendo toda la tarde?

—No puedo beber y correr al mismo tiempo —respondió él con los ojos en blanco. Cuando volvió a intentar quitarle la botella, Lucian se asió a ella —. De joven puede que sí. Ahora ya no.

—Es bueno saberlo. Supongo. ¿Por qué no me das esa botella?

Lucian tiró de ella con fuerza suficiente como para acercarla a él.

—¿Por qué no has venido a verme? —La miró fijamente con esos intensos ojos suyos—. ¿No querías?

Sabía que estaba borracho, pero no pudo evitar quedarse sin aliento.

—Sí quería —reconoció.

—Entonces, ¿por qué no has venido?

Julia estaba perdiendo la batalla con la botella.

—Porque no quería… No lo sé. No sé lo que estoy haciendo.

Él esbozó una sonrisa perezosa.

—Bueno, ¿sabes qué, señorita Hughes? Que yo tampoco sé lo que estoy haciendo. ¿Qué te parece si no lo sabemos juntos?

A pesar del estado de embriaguez en que se encontraba, Julia se rio.

—Anda, dame la botella. Solo durante un rato.

—Pero me gusta la botella.

—Tendré cuidado con ella.

Él apretó los labios y hundió la barbilla.

—¿Me lo prometes?

—Palabra de honor.

—De acuerdo. —La soltó.

Julia negó con la cabeza y fue a dejarla en la mesa pequeña de la cocina. Con un poco de suerte, estaría lo bastante lejos como para que se olvidara de ella.

—Vuelve. —Lucian se acostó de lado y estiró el cuello para verla—. Venga, ven.

Ella reprimió una sonrisa.

—Pero si ya estoy aquí.

—No, no lo estás. —Dejó caer la cabeza sobre su hombro—. Estás ahí lejos, protegiendo mi wiski.

Julia se rio.

—¿Te sentirías mejor si me siento a tu lado?

—Sí. —Lucian rodó sobre su espalda y levantó los brazos por encima de la cabeza. Julia no pudo evitar fijarse en todos esos músculos flexionándose —. Me sentiría mucho mejor. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —Fue hacia él.

—Porque me gustas, señorita Hughes. Me gustas mucho.

Su pequeño y estúpido corazón dio un brinco de alegría.

—Tú también me gustas…

No pudo terminar porque él se sentó y le rodeó la cintura con un brazo. Julia gritó. Lo siguiente que supo fue que estaba tumbada de espaldas, a su lado.

—¡Mierda! Incluso borracho eres rápido.

—Siempre soy rápido. —Deslizó una mano por su estómago. Al llegar al ombligo, se detuvo—. Te prefiero aquí.

El Lucian borracho era un Lucian muy… interesante.

Con el corazón latiéndole con fuerza, volvió la cabeza hacia él. La estaba mirando. De repente parecía muy joven.

—Creo que… que me gustas demasiado —confesó él antes de tomar una profunda bocanada de aire con los labios entreabiertos—. Alguien dijo una vez, no sé quién, que las palabras de un hombre borracho son los pensamientos de un hombre sobrio. ¿Qué opinas de eso?

—Creo que has bebido un montón de alcohol.

Lucian se rio por lo bajo.

—Creo que estoy siendo más sincero de lo habitual. Y dime, ¿qué estabas haciendo aquí?

Ella se puso de costado para mirarlo a la cara.

—Estaba echando un vistazo a los álbumes de fotos y al resto de las cosas que traje.

—¡Vaya, qué divertido! Ahora me alegro mucho más de haber venido. —Miró hacia el techo y se quedó callado un instante—. ¿Oíste mi conversación con Dev?

A Julia ni se le pasó por la cabeza mentir.

—Sí. —No sabía si ese era un buen momento para hacerle preguntas, pero los borrachos tendían a hablar de más—. ¿Hay algún motivo por el que estén investigando su muerte?

Él resopló y movió la cabeza de un lado a otro.

—Ninguno de nosotros cree que se suicidara.

Aquello la pilló completamente desprevenida.

—¿En serio?

—Podríamos equivocarnos, pero a Lawrence le habría encantado enterrarnos a todos. No dejó ninguna nota y tenía marcas de arañazos en el cuello. —Frunció el ceño—. ¿Quién sabe? De todos modos, me da igual. Es

horrible, ¿verdad? No era un buen hombre. Siempre lo he dicho y lo diré un millón de veces más si hace falta.

Julia no sabía qué decir. Entendía que su padre había sido una mala persona, ¿pero que no le importara saber si lo habían matado o no?

—Bueno, al final era tu padre —dijo con mucho tacto.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿No lo sabes? —preguntó con una leve sonrisa en los labios—. Llamo a Lawrence mi padre porque, al fin y al cabo, nos crio a mí y a Madeline. En ese sentido sí lo era, pero en realidad no era nuestro padre biológico.

Julia se sentó y lo miró con los ojos como platos.

—¿No era tu padre?

—No. —Volvió a reírse—. Y te aseguro que se encargaba de dejárnoslo claro a mi hermana y a mí siempre que podía. Mi madre tuvo un lío con otro.

Esa nota… ¡Oh, Dios mío! Había estado en lo cierto. Se trataba de una aventura.

—¿Lo sabe alguien más? Entiendo que Gabe y Dev, sí.

—Sí —confirmó él—. Y también Richard y Livie. Y mi amigo Troy. No lo conoces. Es inspector de policía. Es un buen tipo. En cualquier caso, nuestro padre dejó su compañía y toda su fortuna a sus herederos, es decir, Dev y Gabe.

Y entonces Lucian volvió a callarse. Simplemente se quedó ahí tumbado, mirando al techo, con las manos sobre el pecho desnudo.

Julia dobló una pierna y se acercó un poco más a él. ¡Santo Dios! No podía creerse todo aquello. Su familia era… un desastre. Como en las series de televisión. Cada vez que hablaba con Lucian, se enteraba de algo nuevo; algo que hacía que se replanteara todo lo que sabía sobre ellos, sobre él.

Sí, definitivamente Julia había tenido suerte con su familia.

—¿Por eso has bebido tanto hoy?

—¿Por Lawrence? —Se rio, pero esta vez sin alegría—. No. Ha sido por algo relacionado con Gabe que no me esperaba.

Se quedó inmóvil. Sabía que estaba en Baton Rouge.

—¿Se encuentra bien?

—Sí… No. —Cerró los ojos y exhaló con fuerza—. Pero estará bien. Acaba de recibir una noticia… terrible, Julia.

Estaba completamente atenta a sus palabras.

—¿Una noticia que le ha dado su ex, o sobre ella?

—Sobre ella. Ha tenido un accidente. Grave. No creen que sobreviva. Eso va a matarlo. Él… la amaba. Estaba muy enamorado de ella. —Lucian tomó una profunda bocanada de aire que le hinchó el pecho—. Ella… también le ha ocultado un secreto. ¡Dios! Uno enorme.

—¿Qué?

Durante unos segundos, creyó que no le respondería, pero al final lo hizo.

—Su ex tiene un hijo. Y él está casi seguro de que es el padre.

Julia se llevó la mano a la boca.

—¡Jesús! ¿Y no sabía nada?

—No. —Lucian levantó la mano, se frotó la cara y luego la apoyó en su estómago—. ¿Cómo puede alguien alejar a un hijo de su padre de ese modo? ¿Por qué?

Julia no tenía una respuesta. Estaba claro que Lucian estaba sufriendo con todo aquello. Realmente se preocupaba por sus hermanos y hermana. El hombre que lo había criado no le había enseñado lo que era el amor y la lealtad, pero su madre sí…, a menos que fuera algo innato en él.

—No lo sé —dijo en voz baja.

Y era verdad que no sabía cómo alguien podía ocultar un secreto así. Detrás de todo eso tenía que existir una razón de peso.

Tras un par de minutos en silencio, se volvió hacia Lucian y vio que su pecho subía y bajaba a un ritmo constante. ¿Se había dormido?

Sí, estaba fuera de combate. Tal cual. A pesar de todo lo que había bebido, seguía pareciendo un dios dormido. Le acarició la mandíbula y sonrió cuando él apoyó la mejilla en su palma.

A simple vista, este hombre y su familia lo tenían todo, pero Julia estaba empezando a darse cuenta de que las apariencias engañaban. Puede que los De Vincent fueran los dueños del mundo, pero eso no significaba que la vida se estuviera portando bien con ellos.

Y como nunca había sido muy lista y había muchas posibilidades de que cada vez se estuviera metiendo más en su mundo, involucrándose demasiado, le dio un beso en la frente. Después hizo otro tanto en la mejilla y luego se acurrucó a su lado, quedándose con él porque sabía que eso era lo que Lucian necesitaba.

Que la necesitaba.

28

Habían pasado dos días desde que se había presentado borracho en la habitación de Julia. La resaca había sido horrible, pero despertarse en medio de la noche, todavía medio ebrio, y encontrarse a Julia acurrucada contra él hizo que los pinchazos que sintió en la cabeza al día siguiente merecieran la pena.

Todavía no se creía que no lo hubiera echado de la cama a patadas. Y tampoco podía creerse que le hubiera contado lo de Gabe. Debería haber cerrado la boca. Ni siquiera había hablado con Dev. Era un asunto privado de Gabe, no de él, pero… estaba en la habitación de Julia y, aunque borracho, tuvo la suficiente claridad de pensamiento para saber que quería hablar con ella.

Que confiaba en ella lo suficiente como para contarle lo de su hermano y revelarle el gran secreto de la familia. Por lo que tenía entendido, ni siquiera Sabrina lo sabía. ¡Joder! Si Dev no le había informado sobre la investigación de la muerte de su padre, dudaba que le hubiera explicado muchos detalles de su familia.

En realidad estaba bastante seguro de que apenas se comunicaban entre ellos.

No como Julia y él.

A pesar de lo de Gabe y su hermana, la vida transcurría de modo casi normal en la casa. Lucian se pasaba la mayor parte del día buscando nuevas excusas para ver a Julia cuando estaba con Madeline y acaparando todo su tiempo libre. Y cuando llegaba la noche, o la sacaba de su habitación y la llevaba a la suya, o directamente invadía su dormitorio.

Desde que se habían acostado, no habían vuelto a dormir separados. Lo que era toda una novedad para él. En realidad, con Julia estaba experimentando un montón de primeras veces.

En ese momento se acordó de Elise. ¿Qué era lo que decía su bisabuela? ¿Que cuando un varón De Vincent se enamoraba lo hacía rápida, perdidamente y con locura? Un pensamiento descabellado cruzó por su

mente. Quizá se había equivocado. Puede que no fuera solo lujuria lo que sentía por Julia.

Tal vez era algo más.

¡Oh, Señor! ¿Acaso se estaba escuchando? Una mujer soportaba sus divagaciones de borracho y se preguntaba si sentía algo por ella. Debería darse un buen golpe en las pelotas para dejar de pensar sandeces.

Aunque eso no le impidió ir en su busca.

Se la encontró en su habitación, sentada en el centro de la cama con las piernas cruzadas y mirando el teléfono.

—¿No estarás intentando acosarme en las redes sociales? Porque no tengo ninguna cuenta.

Julia se rio suavemente y alzó la vista mientras dejaba el teléfono bocabajo en la cama.

—No todo lo que hago tiene que ver contigo.

Atravesó la habitación y se dejó caer a su lado.

—Si te soy sincero, me molesta un poco.

—¡Qué sorpresa!

Lucian se tumbó en la cama con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué estabas haciendo?

—En realidad nada. —Se encogió de hombros—. Solo poniéndome un poco al día.

—¿Bajarás a cenar esta noche?

—¿Contigo y con…?

—Gabe debería estar de vuelta hoy, pero llegará tarde, quizás a primera hora de la mañana. —Lo sabía por un mensaje que le había mandado su hermano ese mismo día. Aparte de eso, no estaba seguro de lo que estaba pasando.

Julia lo miró con gesto compasivo.

—Ojalá hubiera algo que pudiera hacer por él.

—Tú y yo —replicó, entrelazando los dedos con los suyos. Por ahora no quería pensar en lo de Gabe. Ya tendrían tiempo de lidiar con aquella situación que, sin duda, cambiaría sus vidas—. Entonces, ¿qué me dices?

—Lucian…

—Deja que primero te diga lo que pienso. —Se llevó la mano de ella a la boca y le besó la palma, mirándola a los ojos—. Creo que deberías bajar a cenar y pasar un rato con nosotros en lugar de encerrarte en tu habitación.

Ella no hizo ademán de retirar la mano.

—No sé si es una buena idea.

—¿Por qué no? —Le lamió el centro de la mano y se sintió bastante satisfecho cuando la oyó contener el aliento.

—Porque… —Bajó las pestañas.

Colocó las manos unidas de ambos sobre la cama.

—¿Porque qué?

—Porque no sé si es adecuado.

—Bueno, las cosas divertidas rara vez lo son.

Julia suspiró.

—¿Por qué no me sorprende tu respuesta?

Lucian se rio y luego se puso rápidamente de rodillas y la agarró de los hombros. El grito de sorpresa de Julia se convirtió en una carcajada cuando la tumbó de espaldas en la cama y se puso a horcajadas sobre ella con las rodillas a ambos lados de sus caderas.

—Ahora sí te he sorprendido, ¿eh? —La besó.

Julia se rio contra sus labios antes de apartarse.

—Sí.

Lo abrazó por el cuello.

—Creo que necesito explicarte algo. —Le acarició la mejilla y luego descendió por la garganta.

—Estoy deseando oírlo —repuso ella con sarcasmo.

Sonrió y continuó con su exploración hasta que se detuvo justo en el valle de sus senos.

—Si voy a follarme a una mujer más de una vez, no voy a esconderla. Puede que te haya parecido demasiado ordinario, pero es la verdad.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Vaya! ¿Escondes a las mujeres con las que te acuestas?

—Como sabes, no suelo acostarme con la misma mujer más de una vez…

—Sigue sonando igual de mal que la primera vez que lo dijiste.

Él se encogió de hombros y continuó bajando por su vientre.

—Pero nunca he ocultado el hecho de que he estado con ellas. Como tampoco pretendo ocultar que estoy contigo. —La miró—. Porque estoy contigo, señorita Hughes. Y voy a seguir estando.

La vio morderse el labio inferior mientras jugueteaba con el dedo con la goma de sus pantalones.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió con rotundidad. Metió la mano por debajo de sus pantalones, y luego entre sus bragas—. Y eso significa que me gusta pasar

tiempo contigo fuera de nuestros dormitorios. Y, créeme, reconozco que soy el primero en sorprenderme.

Julia empezó a ruborizarse.

—¡Vaya, Lucian!

Sonrió mientras bajaba aún más los dedos. Teniendo en cuenta la forma en la que estaba respirando, estaba dispuesto a apostar un millón de dólares a que ya estaba mojada para él.

—Quiero pasar tiempo contigo, mientras estoy con la gente que me importa.

Julia cerró los ojos; su respiración entrecortada subía y bajaba sus senos. Se inclinó para besarla mientras buscaba con el dedo índice su húmeda cavidad. Cuando la vio echar la cabeza hacia atrás, separó con suavidad sus labios vaginales. Le encantaba oírla jadear.

—Y si te niegas, voy a terminar creyendo que solo quieres acostarte conmigo, pasar un buen rato en esta cama, pero no estar juntos en ningún otro lugar.

Julia le puso la mano en la nuca.

—Bueno, visto de ese modo, vas a hacer que me sienta como una imbécil si no acepto.

—Eso es cierto. —Movió el dedo hacia delante y hacia atrás, hundiéndolo cada vez más en su interior. Ella se agarró con más fuerza a su nuca—. ¿Hay alguna razón por la que no quieras bajar a cenar?

Julia arqueó las caderas.

—¿Y… y si tu hermano no me quiere allí?

Lucian le besó la comisura de la boca.

—Yo te quiero allí.

Ella jadeó mientras seguía estimulándola con el dedo.

—Pero… siento que no…

Continuó moviendo el dedo. Adoró ese suave gemido que ella le regaló; podría vivir solo con eso el resto de su vida.

—¿Siente que no qué, señorita Hughes?

Julia estaba meciendo las caderas al unísono con su dedo, respirando con más dificultad. Cuando insertó un segundo dedo, jadeó.

—Siento… siento que no encajo.

Lucian detuvo la mano al instante. Se quedó inmóvil, mirándola fijamente. ¿De verdad sentía eso? ¡Joder! ¿Por qué se sorprendía tanto? Ella no había crecido en su mundo, no había llevado la vida que él y sus hermanos

vivían. La mayoría de las personas se habrían sentido igual. Era un idiota por no haberse dado cuenta antes.

—Lucian —imploró ella, arqueando las caderas contra su mano.

Él sacudió ligeramente la cabeza y la besó. La besó como si con sus labios pudiera disipar todas sus inseguridades.

—Encajas —le dijo. Dobló el dedo y presionó el pulgar contra su clítoris —. No vuelvas a dudarlo nunca.

Le frotó la sensible carne con movimientos circulares y ella levantó la espalda. Él volvió a ponerse de rodillas para poder mirarla mientras se corría. Colocó la otra mano sobre su garganta y notó su pulso febril contra la palma. Entonces Julia entreabrió los labios y dejó escapar un grito mientras su cuerpo se convulsionaba entre sus dedos.

¡Dios!

Era preciosa. Todo en ella era bello. Desde el rubor de sus mejillas, hasta la arruga que formaba su ceño cuando la tensión se volvía casi insoportable.

Lucian gruñó su nombre. Ojalá hubiera podido rebobinar esos últimos momentos y verlos una y otra vez.

Después de lo que le pareció una eternidad, Julia volvió a abrir los ojos. Cuando sus miradas se encontraron, todavía tenía los dedos enterrados en ella.

—Está bien —murmuró ella con una sonrisa de satisfacción—. Sí, cenaré con vosotros.

Él empezó a sonreír.

—Pero antes… —Le agarró de la muñeca para que retirara los dedos y se sentó. Luego lo obligó a tumbarse de espaldas y llevó las manos hasta su cinturón—. Antes quiero otra cosa.

Lucian enseguida entendió que se refería a él.

Y procedió a entregarse en bandeja de plata.

Fue suyo en sus manos, en su boca y de muchas formas que Julia ni siquiera conocía… y que él estaba empezando a descubrir.

Julia siguió a Lucian por la casa, con una copa en la mano y la otra firmemente agarrada a la de él, a través de un pasillo en el que no había estado nunca. Se dirigían a la sala de juegos, para unirse a Dev. Dudaba que la idea que tenía ella de una sala de juegos fuera la misma que la de los De Vincent.

En la casa de su infancia, su familia había tenido una con una televisión y un viejo y desgastado sofá que estaba para tirar. También la habían usado

para guardar todos los cachivaches que nadie necesitaba.

Lucian se detuvo en seco frente a un cuadro enorme de un campo de amapolas anaranjadas y hierba verde cubierta de rocío.

—¿De quién crees que es? ¿De Maddie o mío?

Llevaban haciendo eso toda la noche, antes de la cena, durante la misma y en ese momento, mientras andaban por el laberinto que era esa casa. Tenía que adivinar quién había pintado los cuadros que le mostraba. Por ahora iba perdiendo, aunque en su defensa tenía que alegar que ambos tenían un estilo muy parecido.

Contempló el lienzo. Volvió a sorprenderle el realismo que mostraba en los detalles. Desde la distancia, cualquiera pensaría que era una fotografía. Igual que el que había en la habitación de Madeline.

—Tu hermana.

—No. Este es mío. Apoquina.

Soltó un suspiro y procedió a pagar el precio que habían estipulado al comienzo del juego. Se puso de puntillas y lo besó.

Lucian le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo contra él.

—Estoy empezando a pensar que te estás equivocando adrede.

Julia se rio mientras intentaba no derramar el vino.

—No me importa perder, pero no lo hago a propósito. Es casi imposible diferenciar vuestros cuadros.

—Mmm. —Lucian le mordió el labio antes de retirarse. Después siguió caminando, tirando de ella—. ¡Qué lástima que hayas adivinado todos durante la cena! Estaba deseando que me besaras enfrente de Dev.

Ella resopló.

—No creo que se hubiera dado cuenta.

Él volvió la cabeza hacia ella y la miró unos segundos.

—Te aseguro que sí.

Julia arrugó la nariz.

—Sois bastante raros. Raros en un sentido que ni siquiera sé si quiero pararme a pensar.

—Más bien raros en un sentido que has pensado demasiado —bromeó él. Julia entrecerró los ojos porque, por supuesto, tenía razón—. ¿Qué tal la cena?

—Bien. —Y era cierto—. Al principio estaba un poco nerviosa, pero luego se me pasó.

La cena había ido bien, como una cena normal. Bueno, quitando el hecho de que les habían servido los platos y rellenado las copas. Le dio la sensación

de estar cenando en un restaurante elegante. Devlin se había mostrado amable. A pesar de su habitual comportamiento frío y distante, no había dudado en entablar una conversación con ella. En cuanto a Lucian, se había portado bien *casi* todo el tiempo. Había intentado meterle mano por debajo de la mesa un par de veces, o quizá cinco, pero habían tenido una cena agradable y la comida había estado deliciosa.

Y aunque seguía sintiendo que no encajaba del todo, era más bien cosa suya. Los hermanos De Vincent habían intentado que se encontrara lo más cómoda posible; era su cabeza la que no paraba de decirle que era como una mala hierba entre rosas. El hecho de que Lucian hubiera intentado tranquilizarla antes, asegurándole que encajaba en su mundo, había hecho que…, bueno…, que quisiera acurrucarse contra él y hacer un montón de tonterías.

¡Dios! ¡Cómo le habría gustado odiarlo!

—Y dime, además de aquí y en los lugares que mencionó Gabe, ¿dónde más se puede contemplar tu arte?

—Vendo muchos cuadros en galas benéficas. —Continuó llevándola por el pasillo.

—Ese es un gesto muy considerado por tu parte.

—Me reporta grandes beneficios fiscales. —Al oírla gruñir, la miró por encima del hombro y sonrió.

—¿Por qué tengo la impresión de que no es la única razón por la que lo haces, pero sí la única que quieres que la gente conozca?

—No tengo la menor idea de qué te ha llevado a pensar que tengo una naturaleza altruista.

—De hecho, me sorprende que sepas lo que eso significa —repuso ella.

Lucian se rio entre dientes.

—Si no estuviéramos a escasos metros de mi hermano, te mostraría ahora mismo lo poco altruista que soy.

Se puso completamente roja.

Él la miró con ardor.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —Volvió a atraerla contra sí y le susurró al oído—: Ya te lo enseñaré más tarde.

¡Dios! Estaba perdida.

Dieron unos pocos pasos más y se detuvieron frente a unas puertas dobles de madera.

—Antes del último incendio, aquí solía estar la cocina. —Le soltó la mano y abrió las puertas—. Hasta hace veinte años, solo fue otra habitación

inútil.

En su opinión, tenían demasiadas habitaciones sin usar.

—Me alegro de que al final hayáis venido. —Les llegó la voz de Dev desde dentro—. Empezaba a creer que me habíais abandonado.

—Jamás se nos ocurriría tal cosa. —Lucian le sostuvo las puertas abiertas.

Nada más entrar, Julia confirmó sus sospechas. Sí, la *sala de juegos* no tenía nada que ver con aquella en la que se crio. En primer lugar, la estancia tenía la mitad del tamaño de la planta de abajo de la casa de sus padres y era una zona dedicada al esparcimiento de verdad.

En el centro había un sofá modular inmenso, frente a un televisor del tamaño de un todoterreno. También vio una mesa de *hockey* de aire, una mesa de billar (de esas carísimas con superficie de pizarra), consolas de videojuegos y un bar bien surtido. ¡Dios! Era alucinante.

Dev sostenía un taco.

—¿Juegas al billar, Julia?

Ella se rio.

—No, si puedo evitar hacer el ridículo.

Él ladeó la cabeza.

—Inteligente.

Bebió un sorbo de vino, sin saber muy bien si era un cumplido o no. Lucian pasó junto a ella.

—Yo jugaré una partida.

—¿Me prometes que no harás trampas?

Lucian sonrió de oreja a oreja mientras se acercaba a la vitrina donde guardaban los tacos y se hacía con uno.

—Y dime, Dev, ¿cómo se puede hacer trampas en el billar?

Su hermano soltó un bufido.

—Si hay alguna manera, ya te encargarás de encontrarla.

Julia se rio y se sentó en uno de los taburetes altos de la barra.

—En eso llevas razón.

—Me gusta. —Devlin juntó las bolas para colocarlas—. Es lista.

Lucian se hizo el indignado.

—Se supone que tienes que estar de mi lado, señorita Hughes.

Ella alzó ambas cejas y bebió otro sorbo de vino.

—Y el hecho de que no te haya contestado es otra prueba más de que es inteligente, como bien acabo de decir. —Devlin levantó el triángulo de las bolas y miró a su hermano—. Sabe cuándo callarse, no como otros.

Y así transcurrió la siguiente hora, con Lucian intentando sacar a su hermano de quicio y Devlin manteniendo una calma serena, completamente impasible. La habilidad del mayor de los De Vincent para ignorar cada comentario de Lucian era digna de elogio.

Lo que, probablemente, explicaba por qué iba ganando la partida.

Aunque también era cierto que Lucian no estaba prestando mucha atención al juego. Cuando no estaba incordiando a su hermano estaba centrado en ella. Lo sabía porque cada vez que pasaba junto a ella le rozaba el brazo de forma casual. Y por la manera en la que siempre se acercaba hasta el taburete en el que estaba sentada cuando era el turno de Devlin o cómo mantenía el contacto visual con ella cada vez que movía el taco para hacer un tiro.

A medida que iba avanzando la noche, no le costó mucho olvidar quiénes eran. Quién era ella y qué estaba haciendo allí. Era fácil fingir que esa era su vida.

—Creo que me va a dar una paliza. —Lucian se apoyó en la barra junto a ella mientras Devlin caminaba alrededor de la mesa. Solo quedaba la bola número ocho—. Puede que luego necesite un poco de consuelo.

Julia puso los ojos en blanco.

—Creo que necesitas muchas cosas.

Una chispa de interés iluminó sus ojos.

—¿Nombras algunas? —Pero antes de que pudiera responder, le sonó el teléfono. Dejó el taco a un lado y se sacó el móvil del bolsillo—. Espera un segundo. Hola, Troy, ¿qué pasa? —Su sonrisa se desvaneció al instante—. ¿Qué? —Hubo una pausa—. ¿Me tomas el pelo?

Julia se tensó y miró a Devlin. Parecía que no estaba prestando atención.

Lucian se dio la vuelta, se acercó a la barra y tomó el mando a distancia. Después, apuntó con él hacia el enorme televisor que había en la pared, encima de la mesa de *hockey*, y este se encendió a los pocos segundos.

Fue cambiando de canal y se detuvo en uno de noticias.

—Sí, me pongo a verlo. Te llamo luego.

Julia volvió a centrar su atención en el televisor. Era un canal local. La pantalla estaba dividida en dos: en un lado estaban los periodistas sentados en el plató y en el otro se veía una calle oscura. Luces azules y rojas destellaban detrás de una mujer de color que miraba fijamente a la cámara.

Cuando Lucian subió el volumen, Dev miró el televisor.

—El accidente, en el que se ha visto implicado un único vehículo, ha ocurrido poco después de las nueve. Según me han comentado, debió de sufrir

alguna emergencia médica y perdió el control del coche. El automóvil se estrelló con lo que parece ser un poste de teléfono, que se incendió con el impacto. Los médicos creen que el señor Lyon murió al instante —informó la reportera—. Les recuerdo que se ha confirmado que el conductor era el jefe de policía J.B. Lyon, un veterano con treinta y tres años de ejercicio…

¿El jefe Lyon? Había oído ese nombre antes. Cuando Lucian y Devlin estuvieron hablando de la muerte de su padre. El hombre había abierto una investigación y Dev dijo que…

Se le heló la sangre. Se volvió hacia Lucian.

Devlin había dicho que el jefe Lyon pronto dejaría de ser un problema, pero era imposible que supiera que…

Su mirada siguió a la de Lucian mientras se acercaba a él; algo que hizo sin ser consciente de ello hasta que estuvo a su lado. Estaba mirando a su hermano, con los labios apretados y la mandíbula tensa. Su expresión le produjo un nudo en el estómago. De hecho estaba mirando a su hermano como si este ya supiera lo que le había pasado al jefe de policía.

Como si se esperara ese desenlace.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras observaba a Dev seguir caminando alrededor de la mesa de billar.

—En la esquina derecha.

Con una débil sonrisa en el rostro, Devlin se inclinó sobre la mesa y alineó el taco. Entonces disparó. La bola blanca rodó sobre el tapete, golpeó la bola ocho y la metió directamente en la tronera de la esquina derecha.

29

Lucian apagó el televisor y dejó caer el mando en la barra. Después tomó a Julia de la mano y la llevó hasta el pasillo, fuera de la sala de juegos.

Ella le apretó la mano mientras miraba detrás de ella, hacia la habitación.

—Lucian, ¿me estoy montando una película o…?

—No pasa nada —la interrumpió él. No quería que dijera en voz alta lo mismo que él estaba pensando en ese momento.

Julia se zafó de su agarre.

—Pues claro que pasa. —Bajó la voz—. El otro día os oí en la cocina. ¿Sabes lo que parece?

Sí.

—Lo sé, pero no es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que piensas tú? —exigió ella—. Porque es evidente que piensas algo, de lo contrario no me habrías sacado a toda prisa de la habitación.

—Te he traído aquí para pedirte que vayas arriba y me esperes allí. —Lo que era en parte cierto.

Julia frunció el ceño.

—¿Quieres que vaya arriba y que te espere?

—Sí, por favor.

Ella se cruzó de brazos.

—No sé qué más decirte, aparte de que, pase lo que pase, aquí estás a salvo.

—Nunca he pensado que no lo estuviera. —Lo buscó con la mirada—. Lo que quiero decir es que no estoy sugiriendo que él haya matado al jefe de policía, ni tampoco creo que esté en peligro. Solo… me pareció raro. Y mira que ya sois bastante raros en un día normal, pero esto… esto es *muy* raro.

A pesar de la gravedad del asunto, estuvo a punto de sonreír.

—Sé que somos… diferentes. —Bajó la cabeza y la besó suavemente—. ¿Me esperarás arriba? ¿Por favor? Solo será un momento. Después podemos hablar.

—¿Sobre qué? —Volvió a cruzar los brazos.

Lucian le puso una mano en la nuca y apoyó la frente en la suya.

—De nosotros.

Julia se puso tensa al instante.

—¿A qué te refieres?

¡Dios! Ni siquiera él lo sabía, pero quería hablar de su futuro juntos, de lo que iban a hacer. Era la primera vez que le pasaba aquello.

—Quiero hablar de nosotros, de lo que estamos haciendo. —Esbozó una frágil sonrisa mientras le acariciaba la mejilla—. Todo bueno. O espero que sea bueno. A menos que solo quieras estar conmigo por el sexo, entonces probablemente será malo.

Julia se apartó con las mejillas enrojecidas y lo miró con esos ojos amables que tenía, claramente sorprendida.

—Yo no… No estoy solo por el sexo. A ver, el sexo contigo es increíble, en plan ¡uf!, pero no estoy solo por…

La besó. No pudo evitarlo ni aunque hubiera querido. Y cuando ella entreabrió los labios para recibirlo, aprovechó la oportunidad para profundizar ese beso.

—Estaré contigo enseguida. ¿De acuerdo?

—Vale —susurró ella, mirando hacia la puerta—. Tengo la sensación de que me has distraído a propósito, pero está bien.

El bajó la cabeza y sonrió.

—Quiero hablar de nosotros, de verdad. No es ninguna táctica de distracción. Solo una sospechosa coincidencia.

Julia se rio y enderezó los brazos.

—Te veo en un rato.

Esperó hasta que la vio desaparecer antes de regresar a la sala de juegos. Encontró a su hermano mayor sentado al lado de la barra. Se metió detrás de ella y se detuvo justo frente a Dev.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Dev sonrió.

—Siempre tengo algo que decirte.

—Sabes a lo que me refiero. —Apoyó los antebrazos en la barra—. El jefe ha muerto.

—Sí, eso es lo que han dicho en las noticias. En un accidente de coche, ¿no? —Dev dio un trago a su bebida—. Una auténtica tragedia.

A Lucian empezó a palpitarle un músculo de la mandíbula. Tenía las mismas dudas que Julia. No quería creer que su hermano hubiera tenido algo

que ver con el accidente del jefe de policía, sobre todo porque habían hablado de un problema médico y Troy también se lo había mencionado por teléfono, pero no estaba seguro del todo.

—Tu hablas de tragedia —dijo al cabo de un rato—. Yo, de coincidencia.

—¿Qué estas sugiriendo, Lucian? ¿Que he tenido algo que ver con el problema de salud que ha sufrido y que ha hecho que se estrellara contra un poste? —Se rio y dio otro sorbo—. Sé que soy bueno, pero eso es imposible.

Nada era imposible cuando se trataba de los De Vincent. Dev lo sabía. Y también él.

—¿De verdad crees que he tenido algo que ver con eso? —preguntó su hermano segundos después.

Lucian lo miró.

—Ambos sabemos que haríamos cualquier cosa para proteger a nuestra familia.

—Ambos sabemos que tú ya lo has hecho —señaló Dev.

—Sí, y no lo escondo.

—Mmm. —Dev asintió con la cabeza y dejó el vaso sobre la barra—. Veo que mantienes una relación muy estrecha con la señorita Hughes, a pesar de que te aconsejé lo contrario.

—Y tú estás cambiando de tema para hablar de algo de lo que no hace falta hablar.

—Creo que es un cambio de tema adecuado y que es importante que lo discutamos. —Dev enarcó una ceja—. No creo que sea muy sensato por tu parte.

Lucian se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—Si tanto te molesta que me acerque a ella, ¿por qué la contrataste? ¿Por qué elegiste a una mujer que, seguramente, llamaría mi atención o la de alguien más?

—Porque sabía que mantendría la boca cerrada.

Su instinto estalló mientras miraba a su hermano.

—¿Qué cojones significa eso?

—Entiendo que estás hablando con ella, y no solo follándotela —respondió. Lucian apretó los puños—. ¿Sabías que estuvo casada?

—¿Qué tiene esto que ver con su ex?

—No hacía falta que fueras a conocerla antes de que empezara a trabajar aquí, Lucian. Realicé una extensa investigación de su pasado. —Se quedó callado un instante—. Y me enteré de algunas cosas interesantes sobre ella.

Alguien que se queda con un marido que la trata como una mierda es alguien maleable, fácil de controlar.

No podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Por eso estás con Sabrina?

Dev se rio y se encogió de hombros.

La ira bullía en su interior a fuego lento.

—¿Estás hablando en serio?

—Es la verdad. ¿Por qué te ofendes tanto? Tu chica era…

Reaccionó sin pensar y atizó un puñetazo a su hermano en la mandíbula que le echó la cabeza hacia atrás y lo tiró al suelo.

A continuación apoyó las manos en la barra y se impulsó hacia arriba para saltar sobre la encimera y aterrizar al lado de Dev, que había caído de culo. Se agachó y lo miró directamente a la cara.

—No sabes una mierda de Julia —escupió.

—¡Jesús! —gruñó Dev, frotándose la mandíbula—. ¿Pero qué coño te pasa, hombre?

Lucian miró a su hermano y fue como estar delante de un extraño. ¿Cómo podía haber contratado a Julia en base a que estuvo casada? ¿Cómo podía haber sacado una conclusión tan horrible de ella… o de cualquiera? Su hermano era un hombre frío e impasible. A veces se preguntaba si Dev no sufría un trastorno de conducta y estaba a punto de convertirse en un sociópata, ¿pero eso? Con eso había traspasado todos los límites.

Dev giró la cabeza y maldijo por lo bajo.

Lucian se enderezó y dio un paso atrás. Cuando Dev lo miró, sintió como si se congelaran sus entrañas.

—A veces tengo la sensación de que no te conozco, Dev. En serio.

Julia entró en su habitación sin poder sacarse de la cabeza la fría y casi satisfecha sonrisa de Devlin cuando oyeron la noticia de la muerte del jefe de policía. Pensaba que estaba siendo una paranoica por creer que había podido tener algo que ver con el accidente de ese hombre. Ese era el tipo de cosas que solo sucedían en las telenovelas que veía su madre.

Era una locura sospechar de Devlin, sin embargo…, esa familia, esos hermanos vivían en un mundo muy distinto al suyo.

¿Y si el hermano de Lucian estaba involucrado en la muerte del jefe de policía?

¿Y si su padre había sido asesinado?

¿Qué cambiaría eso?

La última pregunta hizo que se parara en seco, porque ya sabía la respuesta y no estaba muy segura de lo que eso decía de ella. Aquello no cambiaría nada de lo que empezaba a sentir por Lucian.

Se pasó una mano por la cabeza mientras se daba la vuelta despacio, con el pulso acelerado. No le quedaba más remedio que reconocerlo. Se estaba enamorando de Lucian y él quería que hablaran de su relación. Tenía la impresión de que se encontraban en una encrucijada importante y que todo cambiaría en cuanto hablaran.

Pero esos hermanos tenían un lado oscuro. Eran peligrosos. Tal vez no con ella, ni con aquellos que les importaban, pero eso no cambiaba lo que eran.

¿Podría aceptarlo?

¿Lo habría hecho ya?

Era algo en lo que tenía que pensar seriamente. Se quitó el brazalete que se había puesto y lo tiró sobre la cama mientras se dirigía al baño. Tenía pensado ir a la habitación de Lucian, pero primero quería…

Entrecerró los ojos y volvió a mirar la cama. Allí faltaba algo. ¡El diario! Lo había dejado en la cama antes de salir. Se acercó y se agachó para ver si estaba debajo. Nada. Tampoco estaba en la mesa y en ningún otro lugar.

—¿Pero qué…? —Se volvió con el ceño fruncido. ¿Dónde podía…?

Oyó el inconfundible sonido de unos pasos en la planta de arriba. Aquello no era producto de su imaginación ni podía tratarse de un fantasma. Y sabía dónde estaban los hermanos. No podían ser ellos.

Salió corriendo de la habitación y subió las escaleras. No tenía idea de lo que esperaba encontrarse cuando abrió la puerta del dormitorio de Madeline, pero ni en un millón de años se habría imaginado lo que vio.

En el caballete había una pintura terminada, un lienzo que no estaba allí cuando se había marchado por la tarde. Había pintado a un hombre; un hombre que se parecía al senador… o a su padre.

Y en el suelo estaban todos los dibujos que Madeline había pintado desde que le llevaron el caballete. Estaban todos colocados en orden, formando…

—¡Oh, Dios mío! —susurró cuando se dio cuenta de lo que era.

No lo había visto antes. Nadie los había relacionado. Los dibujos eran las piezas de un puzle, de una obra más grande. Había pintado la mitad de una cara un día, la otra mitad al día siguiente… Y nadie se había percatado de ello hasta que las piezas se juntaron.

Hasta que *alguien* las había juntado.

Aturdida, se acercó al caballete con cuidado de no pisar los dibujos alineados a las puertas que daban a la galería, tomó la última pieza del rompecabezas y la colocó donde suponía que estaba, en la esquina inferior izquierda.

Después se alejó unos pasos, casi incapaz de procesar lo que estaba viendo.

Era un retrato de familia. Dos chicos de pelo oscuro estaban hombro con hombro, lejos de los demás.

Niños que eran como dos gotas de agua a los de las fotos que Julia había encontrado en los álbumes de la madre de Lucian.

En el frente, había un niño y una niña rubios delante de una mujer que debía de ser su madre y un hombre que tenía que ser Lawrence.

Obviamente, los niños eran Madeline y Lucian.

Se estremeció por dentro. ¿Por qué Madeline los había pintado así? ¿Por qué en esa posición? El escalofrío que la recorrió le puso de punta el vello de los brazos.

Se volvió hacia la cama. Madeline estaba tumbada en ella, con los ojos cerrados.

—¿Has hecho tú esto?

No recibió respuesta alguna, pero se acercó al lado que tenía más cerca.

—Madeline, sé que la pintura no estaba terminada cuando me fui.

Nada.

Ahí estaba pasando algo; algo que no era normal.

—Madeline, ¿juntaste tú los dibujos? —Elevó el tono y apretó los puños —. ¡Contéstame!

Madeline abrió los ojos.

Julia jadeó sorprendida. No la estaba mirando a ella. Tenía la vista clavada en…

Una puerta crujió detrás de ella y una corriente de aire cálido le removió el pelo de los hombros. El tiempo pareció ralentizarse, a pesar de que todo se aceleró. Se volvió con el corazón en un puño.

Daniel entró en la habitación, pisando los dibujos. Los lienzos crujieron bajo sus botas. En la mano *enguantada* estaba el diario.

Se puso tensa y dio un paso atrás.

—¿Qué estás…?

Nunca terminó la pregunta. El dolor estalló en su mandíbula y un sinfín de estrellas aparecieron ante sus ojos, cegándola. Después, se sumió en la más absoluta oscuridad.

30

Lucian estaba deseando volver a golpear a Dev.

Así que salir de la sala de juegos había sido una de las mejores decisiones que había tomado desde hacía mucho tiempo. Lo único que lo tranquilizó fue saber que con cada paso se acercaba más a Julia.

Sinceramente, no la culparía si esa noche decidía hacer las maletas e irse. Aunque, si ese fuera el caso, haría algo más que dar un puñetazo a su hermano.

Primero pasó por su habitación. No estaba allí, de modo que cruzó la corta distancia que la separaba de la de ella. Cuando vio que la puerta estaba abierta, frunció el ceño.

—¿Julia? —Llamó, mirando en el interior. La puerta del baño también estaba abierta, así que, a menos que se hubiera escondido en el armario, tampoco estaba allí. Solo había un lugar en el que podía encontrarse.

La habitación de Maddie.

Esbozó una leve sonrisa mientras se daba la vuelta y subía las escaleras. La devoción que mostraba por su trabajo, por su hermana, era otra de las razones por las que…

—¡Santo cielo! —jadeó.

Se detuvo en las escaleras. No se había permitido terminar ese pensamiento, pero sabía muy bien lo que era.

Era otra de las razones por las que se había enamorado de ella.

Reanudó el ascenso sintiéndose febril. Le temblaban las rodillas, pero no pudo evitar sonreír mientras doblaba por el pasillo.

—Señorita Hughes, ¿estás aq…? —Hizo una pausa. La puerta de la habitación de Maddie estaba abierta. Miró el interior—. ¿Qué cojones?

Su hermana no estaba en la cama.

Ni sentada frente a su caballete.

Julia tampoco estaba en la habitación y había…

Rodeó la cama para contemplar los dibujos que había en el suelo. Enseguida supo de lo que se trataba, aunque no tenía sentido. Pero tampoco

tuvo tiempo para preguntarse por qué su hermana había pintado eso porque Maddie se había ido.

Igual que Julia.

En ese momento tuvo una extraña sensación. Como si ya hubiera vivido todo aquello antes. ¡Joder! Claro que lo había vivido. La noche en que su madre murió.

Se volvió frenético, parándose en seco en cuanto vio algo rojo en la colcha de color crema. ¿Gotas de *sangre*?

Se le contrajo el pecho mientras miraba las puertas que daban a la galería. Corrió hacia ellas y abrió las cortinas sin miramientos para salir.

—¡Julia! —gritó—. ¡Maddie!

¡Mierda! ¿Dónde se habrían metido? Su hermana no podía haber ido muy lejos…

Oyó un chillido agudo que terminó en un grito. Se volvió y fue hacia la barandilla con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—¿Julia?

Empezó a caminar. Luego a correr. El sonido provenía de arriba. De la azotea.

—¡No subas, Lucian! —le gritó Julia desde arriba—. Por favor…

Otro chillido agudo interrumpió sus palabras.

Ni de coña iba a hacer caso a lo que le había dicho.

Todo lo contrario, corrió más rápido. Los viejos escalones de madera temblaron bajo su peso. Llegó al tejado en cuestión de segundos y se puso a mirar como un loco a su alrededor. Con la pálida luz de la luna como única fuente de luz, apenas la vio detrás del ondulante toldo.

El alivio se apoderó de él.

—Julia, ¿qué está pasan…?

—No te acerques más —le suplicó ella, alzando las manos—. Por favor.

La preocupación estalló en su interior como una granada. Ahora la luz de la luna la iluminaba mejor y pudo ver la sangre que emanaba de su cara y el temblor de sus manos.

—Si yo fuera tú, la escucharía.

Redujo la velocidad cuando vio a Daniel salir de detrás del toldo. Apenas reconoció a su primo. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies, como si formara parte de un puto comando.

—No sé qué coño está pasando, pero si tú eres el culpable de que esté sangrando, te mataré.

—¿Ah, sí? —Daniel se movió más rápido de lo que Lucian se abría esperado. En un abrir y cerrar de ojos, estaba parado detrás de Julia con un brazo alrededor de su cintura y la mano en su garganta.

Tenía un cuchillo.

—¿Estás loco? —estalló Lucian.

Julia cerró los ojos por un instante.

—Ha sido…

—¡Cállate! —le advirtió su primo, apretando el cuchillo contra su garganta—. Una palabra más y estás muerta.

Un pánico amargo se apoderó de él. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando, ni de dónde estaba su hermana, pero en ese momento, lo único que le importaba era poner a Julia a salvo.

—Suéltala, Daniel. —Mantuvo las manos en alto—. Por favor. Sea lo que sea lo que está ocurriendo, no tiene nada que ver con ella. Déjala ir.

El cuchillo que apuntaba al cuello de Julia tembló.

—Tienes razón. No tiene nada que ver con ella. Solo estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Se suponía que no debía estar arriba. Ninguno de vosotros teníais que estar.

Lucian miró a Julia. Un movimiento en falso y todo se acabaría para ella, para ellos. Hizo acopio de todas sus fuerzas para mantener la calma.

—Daniel, tienes que contarme qué está pasando.

Su primo estaba pálido.

—Se suponía que ninguno estaría arriba. Me habría dado tiempo, pero ella estaba allí, juntando los putos dibujos.

—No fui yo. Yo no los junté —dijo Julia con una mueca de dolor—. Oí pasos. Fui arriba para ver qué era. Eso es todo.

—¿Los pasos? ¿Eras tú? —quiso saber Lucian. En ese mismo momento un rayo atravesó el cielo—. ¿Has sido tú todo este tiempo?

—Menos mal que las cámaras no funcionan, ¿verdad? Supongo que tenemos que dar las gracias a los fantasmas. —Daniel se rio, pero fue una risa forzada—. ¡Dios! Sigues sin tener la menor idea. Eres un auténtico imbécil.

Lucian cerró las manos en sendos puños.

—Entonces explícamelo. Suelta a Julia para que podamos hablar. Déjala ir y no te haré daño. Solo hablaremos.

—Sí, claro. ¿Crees que soy estúpido? Sé que siempre has pensado que lo era, pero no soy idiota. No lo soy. —Empezó a alejar a Julia del toldo—. Voy a arreglar esto. Me voy a encargar de esto, tal y como llevo haciéndolo durante diez put…

Un sonido parecido a una botella descorchándose resonó en el tejado.

Daniel retrocedió bruscamente al mismo tiempo que Julia gritaba. La sangre le salpicó la cara. Lucian también gritó. Entonces Daniel se desplomó y el cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico. Julia se tambaleó hacia delante, derrumbándose sobre sus rodillas.

No miró hacia atrás. Corrió hacia ella y se arrodilló para tomar el rostro ensangrentado entre sus manos mientras el pánico se hundía en su corazón como zarcillos helados.

—¿Estás bien? Julia, nena, dime algo.

—Estoy bien. —Tomó una trémula bocanada de aire y alzó la barbilla. Tenía los ojos abiertos de par en par—. La sangre… ¡Oh, Dios mío! —Empezó a alejarse para mirar detrás de ella.

—No mires. —Lucian la detuvo. Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo contra su pecho. Daniel estaba tumbado de espaldas. Le faltaba la mitad de la cabeza. Se centró en Julia. Le limpió la sangre y los trozos de carne de la mejilla. Estaba temblando—. ¡Dios! Creí… creí que iba a perderte…, que ya te había perdido.

Julia estaba temblando descontrolada. Miró hacia atrás y vio a Dev en la entrada a la azotea, con una pistola en la mano.

—No te imaginas el tiempo que llevo queriendo hacer esto. —Dev bajó el arma—. Por suerte, oí vuestros gritos.

Lucian se atragantó con su propia carcajada. Había pegado a su hermano, pero Dev acababa de salvar la vida a Julia y… matado a su primo.

Su cabeza iba a toda velocidad.

De pronto, Julia se separó de él y se agarró a su camisa.

—Lucian, tu hermana…

Dev gritó una advertencia que acabó en un gruñido. Un segundo después, sus rodillas se doblaron y cayó hacia delante. El arma se le escapó de las manos y se quedó completamente inmóvil.

Detrás de él estaba Maddie. De pie, con el camisón blanco que Julia le había puesto para acostarla. Parecía un espectro.

—No te imaginas el tiempo que *yo* llevo queriendo hacer *esto*.

31

Lucian se puso de pie lentamente.

—¿Maddie? ¿Qué… qué has hecho?

—Sobrevivirá. Por ahora. —Su hermana se arrodilló y dejó caer al suelo lo que fuera que había usado para noquear a Dev. Después tomó el arma—. ¿Está muerto? ¿Daniel ha muerto?

Cuando Lucian no respondió, ella empezó a gritar.

—¡Moveos! ¡Apartaos de él!

Echó la mano hacia atrás y sintió a Julia agarrársela. La ayudó a levantarse, y juntos se alejaron de su primo.

—¡No! —chilló Maddie, llorando mientras se acercaba a él—. Daniel, cariño.

Lucian estaba consternado. Sumido en la conmoción más absoluta.

—Maddie, estás andando… Hablas… No lo…

—Sí, no lo entiendes. Ya lo sé. Lo siento. En serio. —Tomó la mano sin vida de Daniel y se la llevó a los labios para besarla—. No quería que vieras nada de esto. Se suponía que no tenías que verlo. Que esto no acabaría así.

Lucian se quedó atónito.

—¿De qué estás hablando, Maddie? ¿Qué no tenía que acabar así? ¿Qué está pasando?

Su hermana se enderezó y echó la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Tendría que haber previsto que Daniel se las arreglaría para que lo mataran. Si tan solo… Si hubiera conseguido controlarse, como le obligué a hacer durante *años*, esto habría funcionado, pero no. Desde el instante en que se presentó aquí, supe que lo echaría todo a perder.

—¿Has… has estado con él todo este tiempo? —preguntó él, perplejo.

—Sí —respondió ella, bajando la cabeza. El viento ondeaba sus largos mechones rubios, azotándole el rostro—. Todo iba bien. Por fin estábamos juntos. Éramos felices pero… nos quedamos sin dinero. Y tuvimos que encontrar una solución.

Cuando las palabras de su hermana empezaron a cobrar sentido, la conmoción se transformó en aversión.

—¿A qué te refieres?

Julia le tocó la espalda con las manos.

—Estaban juntos. Estaban…

—¡Estábamos enamorados! —gritó Maddie—. Sé que lo más seguro es que a todos os hubiera parecido mal, pero me da igual. ¡Nos amábamos! Y lo único que queríamos era estar juntos.

A Lucian se le revolvió el estómago.

—Solo eso. —Maddie negó con la cabeza—. Pero ya sabes cómo es Daniel. A veces es tan… tan débil. Lo único que tenía que hacer era confiar en que yo me ocuparía de esto y que enseguida volveríamos a estar juntos. Así de simple. Pero míralo ahora.

No le hacía falta mirar a Daniel.

—¡Dios, Maddie! ¿Qué has hecho?

—¡No ha sido culpa mía! —gritó su hermana—. La cagó. Supe que echaría todo a perder en cuanto lo vi aparecer por aquí. Que solo era cuestión de tiempo que metiera la pata, así que tuve que encontrar una solución para arreglar las cosas. Todavía estamos a tiempo de arreglarlas.

Al darse cuenta de que su hermana había estado con su primo, estado de verdad, y vivido con él todos esos años, se puso enfermo.

—Dime. Cuéntamelo todo.

Maddie miró a Dev y soltó un profundo suspiro.

—Volví porque necesitábamos dinero y sabía cómo podíamos conseguirlo, no solo Daniel y yo, también tú, Lucian. Sabía lo que tenía que hacer, pero… no sería fácil, así que tuve que…

—¿Tuviste que estar desaparecida diez años? ¿Dejar que me muriera de la preocupación, sin saber qué había podido pasarte? ¿Te haces una idea de…? —Se detuvo. No quería perder los nervios—. ¿Entonces volviste y fingiste estar enferma? —Aflojó y cerró los puños contra los costados—. ¡Jesús, Maddie…! Esto es una locura.

—Por favor, déjame que te lo explique y lo entenderás. ¿De acuerdo? ¿Por favor? —suplicó su hermana.

Era imposible que entendiera nada de aquello, pero asintió con la cabeza. Tenía que intentar mantener la mente abierta. Comprender por qué su hermana había llegado a tal extremo. Y también averiguar por qué no había visto venir todo aquello, cuando sus hermanos…

Cuando sus hermanos siempre habían sospechado del regreso de Maddie.

—No quería irme tantos años, pero no me quedó más remedio. Solo quería estar con Daniel, aunque tuviera que separarme de ti.

—¿Porque no habría aceptado vuestra relación?

—Porque seguramente lo habrías matado si te enterabas —dijo ella. Y estaba en lo cierto—. Pero lo hice porque… —Apretó los labios y pasó por encima de Daniel. Sin dejar de apuntarlos con la pistola, caminó por la azotea hasta llegar a la urna de plata en la que Dev siempre colocaba flores frescas y la miró durante un momento—. Quería a mamá. Lo sabes, ¿verdad?

Una nueva y horrible sensación se apoderó de él.

—Pero se enteró de lo mío con Daniel —explicó Maddie en voz baja—. Tenía impresiones de algunos de nuestros mensajes y chats. Y nos sorprendió juntos.

—¡Oh, Dios, no! —susurró Julia, abrazándole la cintura.

—Estábamos aquí cuando me dijo que lo sabía y que estaba mal. Yo también sabía que no era una relación correcta. No soy tonta, pero eso no cambiaba lo que sentía por él. —Se sorbió la nariz. Se enderezó y se limpió las lágrimas de los ojos—. Me prohibió ver a Daniel. Me dijo que si no la obedecía, se lo diría a su hermano y… no sé lo que pasó. Nos estábamos gritando. Solo quería que parara, que se callara, pero ella continuó y simplemente sucedió.

—No. —A Lucian se le rompió el corazón—. No, Maddie.

Su hermana miró al cielo.

—La empujé y… mamá perdió el equilibrio. Fue un accidente, Lucian. Yo no quería… Simplemente sucedió.

En su interior, todo se detuvo. ¿Su madre no se había suicidado? ¿Fue Maddie? ¿Todo ese tiempo había sido *ella*?

Cuando empezó a balancearse, Julia lo abrazó con más fuerza. Sus pies ya no le sostenían. Su mundo se estaba resquebrajando.

—Tuve que irme —continuó Maddie—, así que fui a ver a Daniel. Le conté lo que había pasado y me llevó a la casa del lago de su padre. La casa a la que nunca iba nadie. Me… me quedé allí con él. No tenía intención de volver. Nadie sabría la verdad. Iba a mantenerme alejada, pero nos gastamos toda la herencia que le dejó su padre y… necesitábamos dinero para sobrevivir, así que vine a casa. Tenía que… Tenía que velar por nuestro futuro.

Lucian estaba entumecido. Si Julia no le hubiera mantenido erguido, se habría caído de rodillas.

—Tenía un plan, porque sabía la verdad. *Yo* sabía la verdad. Volvería a casa, fingiría estar enferma y eso me permitiría encontrar el diario de nuestra madre.

—¿Por eso Daniel nos pidió hurgar en sus cosas?

—Ahí fue cuando el plan cambió. —Se pasó la mano por el pelo—. Se suponía que Daniel no estaría aquí…, no en ese momento. Necesitaba tiempo para entrar en su habitación y hacerme con el diario porque ahí había una llave que necesitaba para acceder a los documentos.

—¿Qué documentos? —inquirió Lucian, recordando vagamente haber visto una llave colgada del diario que Julia había encontrado.

—La evidencia —intervino Julia.

¿De qué narices estaban hablando?

Maddie asintió.

—La evidencia. Las pruebas de ADN que mamá nos hizo cuando éramos pequeños. Ella lo sabía. Me lo dijo, Lucian. Me contó la verdad y luego me pidió que no se lo dijera a nadie. Y yo le hice caso. Guardé el secreto, ¡pero al final ella lo arruinó todo!

Se le encogió el estómago.

—¿Qué pruebas?

Maddie se sobresaltó cuando un rayo cayó cerca.

—Mamá sabía que nosotros, que tú y yo, éramos los verdaderos herederos. Nosotros éramos los únicos hijos biológicos de Lawrence.

—Estás equivocada. —Lucian negó con la cabeza. Tenía un nudo en las entrañas—. Es imposible…

—Es verdad, Lucian. Devlin y Gabe no son sus hijos. Somos nosotros. Mamá me lo dijo. Me contó que nos había hecho las pruebas a todos. Los resultados están guardados en una caja fuerte.

—En el vestidor —susurró Julia—. ¡Dios mío! Está debajo de los tablones.

Maddie asintió.

—Has estado leyendo el diario de mi madre, ¿verdad? No te culpo. Me gustas, Julia. Eres muy dulce, pero ojalá me lo hubieras traído directamente. Quizá nada de esto habría pasado y habrías podido volver a casa.

Lucian se puso rígido.

—Eres mi hermana. —Estiró la mano detrás de él y apretó la cadera de Julia. La parapetó a su espalda, interponiéndose entre la chica que ya no conocía y la mujer de la que se había enamorado—. Pero no dejaré que hagas daño a Julia.

—No tienes elección —espetó con una áspera carcajada—. No podemos dejar testigos.

Sin apartar los ojos de Maddie ni del arma que sostenía con su pálida mano, continuó alejando a Julia de la vista de su hermana. Tenía que mantenerla entretenida, que siguiera hablando, mientras pensaba en una solución.

—¿Por qué no te limitaste a volver a casa y contarnos la verdad? Si Lawrence era nuestro padre biológico, ¿por qué no lo dijiste? ¿Por qué pasar por todo esto?

—¿Qué habría cambiado eso? Dev se habría asegurado de que la verdad nunca saliera a la luz. Y si nuestro padre siguiera con vida, ya se habría encargado él de destruir la evidencia. Siempre prefirió a Dev y a Gabe. A nosotros nunca nos quiso. Era imprescindible que desapareciera antes de que encontrara las pruebas.

¿También tenía algo que ver con la muerte de Lawrence?

De pronto, notó que Julia se ponía tensa detrás de él. Un movimiento en el rabillo del ojo captó su atención.

Gabe.

Había vuelto a casa y se iba acercando poco a poco por la azotea, hasta el lugar en el que se encontraba.

—¿Y los dibujos? —preguntó, para que Maddie siguiera centrada solo en él.

Su hermana se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo quería que alguien viera la verdad. Solo eso.

Lucian negó con la cabeza. ¡Dios! No conocía a la persona que tenía delante de él. Era un fantasma…, el fantasma retorcido de su hermana.

Gabe se acercó un poco más.

—¿Entonces mataste a Lawrence? —Ya sabía la respuesta. Ahora todo tenía sentido. Si su padre hubiera seguido con vida, habría dado igual quiénes eran los verdaderos herederos. Con él muerto y las pruebas que demostraban que Lucian y Maddie eran sus hijos biológicos, podían impugnar su testamento.

El plan de Maddie era una locura.

Pero no solo fue ese plan lo que le hizo darse cuenta de que nunca la había conocido realmente. Fue la relación con su primo. El hecho de que, de forma accidental o no, había matado a su madre.

Maddie soltó una risa ronca.

—Eso era lo que teníamos pensado hacer. Y esa iba a ser la única vez que se suponía que Daniel entraría en casa. Lo mataríamos y entonces… entonces demostraría que éramos sus hijos. Por eso volví como lo hice. Necesitaba que nadie sospechara de mí.

Habría logrado engañarlo. Pero no a sus hermanos.

—Pero no lo matamos. —Volvió a reírse y se secó el nuevo reguero de lágrimas que le caían por la cara.

—No te creo.

—No tienes por qué creerme, Lucian, pero te juro que no fuimos nosotros. Hay un asesino en esta casa, y no soy yo. O al menos no la única. Por desgracia, voy a tener que matar de nuevo. —Apuntó el arma con más confianza—. Podemos arreglar esto, pero ella tiene que morir. También Dev.

A Lucian se le paró el corazón.

—Podemos solucionarlo juntos. —Maddie tomó una profunda bocanada de aire—. Podemos arreglarlo. Tal y como solíamos hacer. ¿Te acuerdas? Cuando éramos…

Todo sucedió muy rápido.

Le habría dado tiempo a advertir a su hermana. Podía haber detenido a Gabe y las cosas habrían terminado de otra forma. Pero continuó atrayendo la atención de Maddie.

Y una pequeña parte de él murió en ese momento.

Gabe se lanzó hacia delante y cargó contra Maddie con el hombro. El arma se disparó, pero nadie resultó herido. La bala salió volando hacia el cielo. Su hermano y Maddie cayeron hacia un lado, hacia el borde del tejado.

Lucian saltó hacia delante y corrió hacia ellos mientras veía cómo empezaban a caerse. Llegó a su lado justo cuando otro rayo iluminó el cielo. Solo tuvo una fracción de segundo para actuar, pero fue más que suficiente para no mentirse a sí mismo y fingir que no estaba eligiendo entre su melliza y su hermano.

Agarró a Gabe por el brazo y tiró de él hacia atrás mientras su hermana caía gritando. Un grito que se perdió con el estruendo de un trueno y terminó apagándose contra la tierra firme.

32

Maddie no había mentido.

Lucian encontró la caja fuerte debajo de los tablones del vestidor. La abrió con la llave que colgaba del diario y en su interior halló las pruebas de paternidad.

Los documentos demostraban que Maddie y él eran hijos biológicos de Lawrence. Gabe y Dev, no.

A todos ellos les supuso una gran conmoción.

En realidad todo lo que había sucedido les dejó consternados, a pesar de que sus hermanos nunca habían confiado en su hermana. Debería haberlos escuchado.

Durante las últimas veinticuatro horas se había sentido como en una neblina.

En cuanto Dev recuperó la consciencia, Gabe y él bajaron a hacerse cargo de la situación mientras Lucian llevaba a Julia a su habitación para curarle las heridas y asegurarse de que estaba bien.

Salvo por unos pocos moretones y unas cuantas imágenes que jamás borraría de su memoria, Julia no tenía nada grave.

Mientras estaba con ella, uno de sus hermanos llamó a Richard. A pesar de las horas, el hombre se presentó allí al instante e hizo lo que tenía que hacer.

Sus hermanos, también.

Con la ayuda de Richard, borraron cualquier evidencia del regreso de su hermana y limpiaron toda la casa. En cuanto a la casa del lago donde Maddie se había escondido todos esos años…, bueno, ya no había casa del lago.

Luego llamaron a Troy y reescribieron lo que había sucedido esa noche. La historia oficial fue en parte cierta, en parte no. Daniel había irrumpido en la casa y había amenazado a Julia y a Lucian. Dev los había salvado, pero no antes de que su primo reconociera tener problemas financieros. La policía fue a verlos y los interrogaron a todos. Julia, que habían presentado a Troy como novia de Lucian, respaldó sus palabras.

Más de una persona, Troy incluido, especularon abiertamente sobre la posibilidad de que Daniel hubiera estado involucrado en la sospechosa muerte de Lawrence. Ninguno de ellos les llevó la contraria. Lucian sabía que cuando se pusieran a investigar a Daniel, se darían cuenta de que los problemas económicos eran reales, pero no encontrarían nada relacionado con Maddie.

Para el mundo, su hermana seguía desaparecida. Nadie se enteraría de la verdad. Esa sería la carga que llevarían de por vida los hermanos De Vincent.

Además, tampoco terminaba de creerse que Maddie no hubiera tenido nada que ver con la muerte de su padre. No cuando había demostrado ser una mentirosa y una asesina dispuesta a volver a matar.

Cuando la policía se fue, el sol ya se veía perfectamente en el cielo y por fin se quedó a solas con Julia. Se vio incapaz de hablar con ella de nada de lo sucedido y ella pareció darse cuenta. A pesar de la terrible experiencia por la que acababa de pasar, ella le ofreció consuelo con su cuerpo, y él lo aceptó haciéndole el amor despacio y a conciencia. Se había quedado con ella hasta que se durmió en sus brazos y supo que tenía que dejarla para ocuparse de una última cosa con sus hermanos.

La cubrió con la colcha, la besó en la mejilla, se apartó de la cama y se puso unos vaqueros. Estaba exhausto, pero tomó los documentos y bajó las escaleras.

Cuando entró en el despacho, Dev y Gabe estaban en silencio. Ninguno alzó la vista mientras cruzaba la habitación. Se agachó y encendió la chimenea de gas. Las llamas cobraron vida.

—¿Tienes frío? —preguntó Gabe.

No respondió. Se limitó a abrir la carpeta y sacó los papeles.

—Estas son las pruebas de paternidad. Voy a deshacerme de ellas.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Dev.

Cierto. Lo sabía.

—Estos papeles no cambian nada. Lawrence no era mi padre. —Empezó a arrojar las pruebas al fuego—. Nunca lo será.

Dev lo agarró del brazo para detenerlo. Sus miradas se encontraron.

—Podrías tenerlo *todo*.

—No lo quiero. —Y lo decía en serio—. No quiero nada de él. Jamás lo quise. Esto no ha cambiado nada.

Dev lo miró fijamente durante un rato. Después lo agarró de la nuca con la otra mano y presionó su frente contra la de él.

—Ojalá me hubiera equivocado con Maddie. Jamás quise que mis sospechas fueran ciertas —susurró.

A Lucian se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé.

Dev se quedó así unos instantes y luego se hizo a un lado. Lucian tomó una profunda bocanada de aire, que no le ayudó mucho, y tiró el resto de los papeles a las llamas.

Los tres se quedaron viendo cómo las pruebas se convertían en cenizas.

Con la sensación de que el peso que llevaba sobre los hombros era más abrumador que en muchos años, fue hacia el sofá y se desplomó en él. Le dieron un vaso de wiski y se bebió la mitad de un solo trago.

Descubrir lo que su hermana había hecho, lo que había estado haciendo, había cambiado todo lo que Lucian sabía y había creído. ¿Su madre? ¿Su puto padre?

¿Por qué? ¿Por qué Lawrence lo había tratado de esa forma? ¿Por qué había hecho lo mismo con Maddie? Tal vez, si se hubiera comportado como un auténtico padre para ellos, su hermana no habría terminado de esa forma.

Y ahora jamás tendrían las respuestas.

Nunca sabría si Lawrence conocía la verdad. Y de ser así, jamás entendería por qué los había tratado a Maddie y a él de esa forma.

¡Joder! Costaba mucho aceptarlo. Ni siquiera sabía cómo hacerlo.

—No puedo creerme que ese desgraciado se paseara por nuestra casa sin nosotros saberlo —comentó Gabe, rompiendo el silencio—. ¡Jesús!

¿Los pasos? ¿La sombra que Julia había visto mientras se duchaba? Habían sido Maddie y él. Si ese cabrón no hubiera sido ya pasto para los cocodrilos, se habría asegurado de que lo fuera.

—Lo siento —continuó Gabe—. No quise empujarla tan al borde del tejado.

—Lo sé. —Cerró los ojos—. Podía haberos agarrado a ambos. Solo te agarré a ti. Esa es la verdad.

—No te culpes de ese modo —le ordenó Dev—. Y Gabe, hiciste lo que tenías que hacer. Todos lo hicimos.

Cierto.

Como habían hecho antes.

Como habían hecho siempre.

Pero eso no lo hacía más fácil.

—Puede que sea verdad —dijo después de un rato.

—¿El qué? —Gabe se volvió hacia él.

Lucian esbozó una sonrisa irónica.

—La maldición, toda esa mierda. Solo hace falta mirarnos. Mirad lo que ha pasado con casi todas las mujeres de nuestra familia, con las mujeres que conocemos. Esta casa…, este puto apellido, las envenena.

Gabe se puso rígido.

—Lucian…

—¿Puedes decirme que no te lo crees? ¿Después de todo? —Apretó el vaso—. ¿Después de lo que te ha pasado…, de lo que ha pasado con Emma y con *tu hijo*?

Su hermano apartó la mirada.

—Nuestra hermana mató a nuestra madre y se escondió durante diez años. Luego se presentó aquí, fingiendo que no podía hablar ni andar. ¿Vas a decirme que eso es normal?

—No, no es normal. —Dev se sentó en el sillón que había frente a ellos —. Como tampoco lo es formar parte de una familia que la gente cree que está maldita.

Lucian soltó un resoplido.

Volvieron a quedarse en silencio hasta que Gabe preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé. —Forzó una sonrisa mientras clavaba la vista en el vaso—. Pregúntame dentro de cinco años.

—¿Qué vas a hacer con Julia?

—Si es lo bastante listo, la meterá en el primer avión que la saque de aquí —comentó Dev, contemplando las llamas—. Ya no la necesitamos.

—No te he preguntado a ti —espetó Gabe con una dureza que Lucian no le había oído antes—. Te preocupas por ella. Sé que te importa.

Había un montón de probabilidades de que el cristal se rompiera en su mano. Lo cierto era que todavía necesitaba a Julia. La necesitaba más que nunca y por supuesto que se preocupaba por ella. Mucho.

Estaba enamorado de ella.

Y sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

33

Julia rodó sobre su costado e hizo una mueca al sentir una punzada en las costillas. Era un dolor intenso, pero por suerte, no se había roto ninguna.

Había tenido suerte en muchas cosas.

Con los ojos todavía cerrados y el corazón angustiado por los eventos de la noche anterior, estiró la mano en busca de Lucian, pero no encontró nada. Frunció el ceño y abrió los ojos. Aunque la luz del día apenas penetraba por las pesadas cortinas, pudo ver un rayo de sol extendiéndose por el suelo de madera y los pies de la cama.

Se sujetó la colcha contra el pecho y, con cuidado de no mover demasiado sus sensibles costillas, miró alrededor de la habitación de Lucian. Cuando lo vio, contuvo el aliento.

Lucian estaba sentado en la silla que había frente a la cama, con la mitad del cuerpo sumido en las sombras. Estaba con las piernas abiertas, encorvado en el asiento, con un codo descansando en el apoyabrazos y dos dedos doblados sobre los labios.

Estaba tan quieto que cualquiera podría haberlo confundido con una estatua.

Enroscó los dedos en el borde de la colcha y empezó a preocuparse seriamente.

—¿Lucian? —Se sentía estúpida por preguntar, pero tenía que hacerlo—. ¿Estás… estás bien?

Él no le respondió durante un buen rato. La inquietud creció como una enredadera en la boca de su estómago, extendiéndose por sus venas y amenazándola con asfixiarla.

—Lo estaré —respondió él con tono inexpresivo—. Con el tiempo.

Julia se humedeció los labios e hizo otro gesto de dolor cuando se tocó el corte que tenía en el labio inferior.

—Ha sido una estupidez preguntarte eso. Lo sé, pero…

—No es ninguna estupidez. —Hizo una pausa—. ¿Has dormido bien?

—Sí. Eso creo. —Con todo lo que había pasado, había estado agotada y se había sumido en uno de esos sueños profundos en el que uno ni siquiera sabe si ha soñado—. ¿He dormido mucho?

—Has dormido todo el tiempo que necesitabas.

Volvió a sentir un nudo en la garganta. Se arrastró a los pies de la cama, sin soltar la colcha. Lucian había visto cada centímetro de su cuerpo desnudo, pero en ese momento, sin saber muy bien por qué, se sintió vulnerable. Había algo en su voz que… no sonaba como siempre.

Lo último que recordaba era a él abrazándola mientras se dormía.

—¿Has dormido algo?

—En realidad, nada.

Puso los pies en el suelo, pero se detuvo. Le habría gustado que dijera algo más, cualquier cosa. En vez de eso, se quedó allí sentado, observándola en la penumbra. Se le contrajo el estómago.

Ni siquiera podía imaginarse el mal trago que estaba pasando, lo que estaba sintiendo. Puede que sus hermanos hubieran sospechado de Madeline, pero Lucian siempre había defendido a su melliza. A Julia también la había engañado, pero para él tenía que ser mil veces peor.

No solo había descubierto que su hermana era una mentirosa, también se había enterado de que había matado a su madre. Y, por si fuera poco, después de pasarse toda la vida pensando que el hombre que los había criado no era su padre, y que por eso les había mostrado tanto odio, al final eso tampoco era verdad.

No tenía la menor idea de cómo Lucian iba a poder superar todo aquello. Ahora nunca sabría por qué su padre se había comportado de ese modo con él y con Madeline. Nadie sabía dónde había ido a parar el diario de su madre. Se había perdido, junto con los fantasmas del pasado.

Y encima había tenido que ver morir a su hermana.

Era consciente de que le iba a costar recuperarse. Que durante un tiempo no estaría bien, pero no pasaba nada, porque ella estaría a su lado, apoyándolo.

—Dime, Lucian. —Buscó su mirada entre las sombras—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Hubo un silencio prolongado y después él dijo:

—Me alegra que me preguntes eso, porque en realidad hay algo que sí puedes hacer por mí.

—Lo que sea —repuso ella de inmediato.

Y ahí fue cuando Lucian por fin se movió. Se levantó. Julia miró hacia arriba, esperando que él se acercara, pero no lo hizo. En su lugar, se dirigió hacia una mesa pequeña que había pegada a la pared, junto a la puerta que conducía a su sala de estar. Lo vio agarrar algo, una carpeta. Luego fue hacia ella y se la ofreció.

Julia la miró.

—¿Qué es?

—Tu futuro —respondió él.

¿Su futuro? Confundida, tomó la carpeta. Tan pronto como la tuvo en sus manos, Lucian se dio la vuelta y caminó hacia las puertas de la galería. Julia dejó la carpeta en la cama y la abrió.

—No entiendo…

Las palabras se fueron desvaneciendo en el aire, muriendo en el silencio que se había instalado entre ellos. Vio lo que contenía. Dos cheques. Uno era la prima que Lucian le prometió. Jamás había visto tantos ceros seguidos en su vida. El otro, su remuneración, pero era mucho más de lo que habían estipulado cuando la contrataron.

Con el corazón a toda velocidad, retiró ambos cheques y contuvo el aliento. También había un billete de avión en primera clase de vuelta a Harrisburg, programado para la mañana siguiente.

Parpadeó y negó con la cabeza. Un gesto de lo más tonto, porque aquello no iba a desaparecer. Seguía ahí, y aunque su cerebro le gritaba, diciéndole lo que significaba, su corazón no quería escucharlo, ni creerlo.

Lentamente, alzó la vista hacia él.

—¿Qué es todo esto?

—Lo sabes perfectamente.

Se estremeció ante la frialdad de su tono. Cerró la carpeta, la asió con una mano y se puso de pie.

—Sí, sé lo que es. No soy tonta. Lo que no entiendo es por qué.

Lucian bajó la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—También lo sabes, Julia.

Le costó respirar. Se estremeció por dentro con tal intensidad que tuvo la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, a pesar de que se había quedado inmóvil.

—¿Quieres que me vaya? ¿Que vuelva a casa y…?

—Te ofrecimos una bonificación —la cortó él con voz neutra, dándole la espalda—. Por las molestias…

—¿Y para que mantuviera la boca cerrada?

Vio cómo se le tensaban los músculos de la espalda.

—Yo no he dicho eso. Sé que no le contarás a nadie lo que has visto, lo que ha pasado aquí. Eres una buena persona.

Clavó las uñas en la carpeta mientras sentía una opresión cada vez mayor en el pecho.

—Soy una buena persona, pero me estás pagando para…

—No quiero que lo veas de ese modo —dijo con ese mismo maldito tono plano. Sin emoción alguna—. Pero si quieres hacerlo, es decisión tuya.

—¿Decisión mía? ¿Me estás tomando el pelo? Nada de esto es decisión mía. Eres tú el que está tomando las decisiones por mí.

Lucian dejó caer la mano.

Julia se obligó a respirar hondo, despacio, aunque en realidad quería gritar.

—Sé que has pasado por mucho, Lucian. Que necesitas tiempo para lidiar con esto, pero no creo que alejarme de tu lado…

—No te estoy alejando, Julia. —Lo vio apretar los puños—. Estoy terminando con lo nuestro.

Abrió la boca, pero fue incapaz de emitir sonido alguno durante lo que le pareció una eternidad. Se le rompió el corazón, partiéndose como una ramita seca…

—Yo…

—Richard y Livie ya han hecho tus maletas y las han subido al coche —la interrumpió—. Puedes tomarte el tiempo que necesites para prepararte. Cuando estés lista, Richard te llevará a uno de los hoteles que hay cerca del aeropuerto para que pases la noche allí.

Julia se tambaleó hacia atrás sin apartar la vista de él. Un nudo amargo y doloroso se le formó en la garganta. Las palabras salieron de su boca sin que pudiera detenerlas, pero en el momento en que las dijo, supo que eran ciertas.

—Te quiero, Lucian. Me he enamorado de ti.

Él se puso rígido y se irguió un poco, pero no dijo nada.

Ni una sola palabra.

Las lágrimas le nublaban la vista. Apartó la mirada y se fijó en la cama en la que habían hecho el amor unas horas antes. Sentía como si hubiera pasado toda una vida desde entonces. Y él lo estaba terminando.

La ira invadió su corazón como un alambre de púas desgarrándole el pecho.

—¿Ni siquiera vas a mirarme a la cara?

Nada.

Ninguna respuesta.

Estalló de furia, como un volcán en erupción.

—¡Mírame! —gritó—. ¡Mírame y dime que quieres que me vaya!

Después de unos segundos de silencio, Lucian se volvió lentamente y sus increíbles ojos azul verdosos se encontraron con los de ella.

—Necesito que tomes el dinero y te vayas.

—No lo dices en serio.

Él apretó la mandíbula.

—No encajas en este mundo, Julia.

Retrocedió como si acabara de recibir una bofetada. Se llevó la mano a la boca. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le temblaban los labios contra la palma mientras la ira y el dolor la desgarraban. Quería descargar su rabia contra él, pero sabía que si se quedaba un segundo más, se derrumbaría. Que los gritos darían paso a más lágrimas.

Lucian acababa de romperle el corazón. Fragmentado en tantos pedazos que, seguramente, jamás se recuperaría del todo, pero no iba a permitir que también destruyera su orgullo. No iba a quedarse allí y rogarle después de lo que le había dicho.

Así que hizo lo que le había pedido.

Se marchó.

Lucian no tenía la menor idea de cuánto tiempo había pasado desde que Julia abandonó la habitación. No se había movido, pero sabía que llevaba un buen rato. No podía borrar la expresión de sufrimiento que había visto en su rostro, como si la hubiera traicionado. Si cerraba los ojos, estaba ahí, en la oscuridad. Si los abría, veía su cara pálida y las heridas. Veía las lágrimas en sus ojos.

A pesar del irregular latido de su corazón, todavía podía oír en su cabeza el dolor y la ira que había transmitido su voz. Había querido que se enfadara con él. Porque así le resultaría más fácil. ¿El dolor, sin embargo? Le desgarró por dentro.

Decirle que se fuera no era lo que él *quería*.

Pero no había tenido otra opción.

Sabía que había hecho lo correcto. No había sido una decisión impulsada por el wiski, aunque seguramente se había bebido su peso en esa mierda. Aunque su lado más lógico no creía en maldiciones, al final eso no importaba. Él no era bueno para Julia. Ni él, ni su familia. La maldición podía ser real o una tontería, pero él y su familia le arruinarían la vida.

Todos ellos tenían las manos manchadas de sangre.

Y precisamente porque estaba enamorado de ella y la quería, sabía que Julia se merecía algo mejor que el desastre que era su familia y su legado.

Sus fragmentos y pedazos rotos ahora eran como dardos envenenados.

Igual que su padre. ¡Joder! No podía creer que ese hombre fuera su padre de verdad. Sintió la bilis subiéndole por la garganta.

De pronto, se encontró en la habitación de Julia. No recordaba cómo había llegado hasta allí, pero ahí estaba. La cama estaba hecha, pero todas las cosas de ella que habían dado vida a esa habitación habían desaparecido.

Sería otra habitación que cerrarían y olvidarían. Otro espacio vacío, donde el amor debería haber crecido, pero que al final se había vuelto estéril o retorcido.

Cerró los ojos y se tambaleó hacia atrás, chocando con la pared con la espalda desnuda. Presionó las palmas contra los ojos. Le ardía la garganta. Le ardía todo.

A pesar de que se había tapado los ojos, seguía viendo a Julia. La oía, sentía su calidez y dulzura. Daba igual el tiempo que pasara, nunca podría deshacerse de su recuerdo.

Ni siquiera lo intentaría.

—¡Joder! —gruñó antes de bajar los brazos.

Echó la cabeza hacia atrás y miró a su alrededor. Algo en la cabecera de la cama le llamó la atención. Fue hacia los cojines apilados y recogió el trozo de papel con una maldición. Se derrumbó.

Era el cheque.

La bonificación que le había prometido a cambio de que aceptara quedarse.

Una cantidad de dinero suficiente para asegurarle un futuro más que confortable.

Julia lo había roto.

34

Todo iba mal.

Julia estaba sentada en el asiento trasero del coche que conducía Richard, con los ojos ocultos tras las gafas de sol oscuras. Los árboles y edificios que desfilaban detrás del cristal de la ventanilla no eran más que un borrón.

Se sentía… entumecida. Como si le hubieran anestesiado tanto el cuerpo como el alma. Ni siquiera recordaba haberse vestido ni dónde se había encontrado con Richard. No había perdido el tiempo. Lo único que había querido fue salir de allí, marcharse antes de derrumbarse. Sí, recordaba vagamente haberse despedido de Livie. La mujer le había dicho algo, pero Julia apenas la había oído.

Lo único que oía en su cabeza era la voz de Lucian diciéndole que se fuera.

Abrumada por el dolor y la ira, había roto el cheque y lo había dejado encima de la cama. Seguro que terminaría arrepintiéndose, pero no podía aceptar su dinero. Tenía la sensación de que era dinero sucio, que al principio lo habían usado como excusa para que se quedara allí, y ahora la estaban despidiendo con él.

¡Qué mal todo!

Un destello de dolor volvió a atravesarla. Respiró hondo y miró por la ventana, sin enfocar realmente nada.

«No encajas en este mundo».

Jamás cinco palabras le habían hecho tanto daño.

Quería a Lucian. Aunque pareciera una locura, se había enamorado de él. Cuando se dio cuenta de ese hecho, se asustó. Sabía que era arriesgado. Sus vidas no se parecían en nada y ella había tenido que enfrentarse a su miedo a no encajar allí, pero había confiado en él, había confiado en que Lucian nunca la haría sentir como una impostora en su mundo. Daba igual la gente que la despreciara o la hiciera parecer tonta con un vestido caro. Mientras él estuviera a su lado, le habría dado exactamente igual.

Cerró los ojos para calmar el ardor de las lágrimas que se agolpaban en ellos. La conmoción empezaba a desaparecer y la realidad de lo que había pasado tomaba el control.

Llevaba dentro de ese coche media hora. Estaban a mitad de camino al aeropuerto y todavía no había asimilado del todo lo que le había sucedido en las últimas veinticuatro horas de su vida.

Y sabía que Lucian tampoco.

Esas malditas lágrimas escaparon, corriendo libremente por sus mejillas. ¿Cómo se suponía que tenía que seguir adelante después de eso? ¿Como si nada hubiera pasado? ¿Cómo lo haría Lucian?

Un temblor la recorrió por completo. Se estaba yendo. Estaba haciendo lo que él le había pedido, pero dejarlo le parecía un error. No porque le doliera (un sufrimiento que apenas estaba comenzando), sino porque sentía que se había rendido.

Aunque hubiera sido él quien se lo hubiera pedido, era ella la que se había rendido, la que le había dado el control al ceder.

¿Había hecho lo correcto?

—Señorita Hughes, ¿me permite decirle algo?

La voz de Richard la sacó de su ensimismamiento. Apartó la vista de la ventanilla y miró al frente. Era la primera vez que le hablaba en todo el viaje, o al menos la primera vez que lo había oído.

Se aclaró la garganta.

—Por supuesto.

—No sé si Lucian se lo ha dicho alguna vez, pero cuando era pequeño era el cabeza de turco. —La miró a través del espejo retrovisor—. Para sus hermanos y para su hermana, sobre todo para ella. Siempre se interponía entre Lawrence y Madeline. Luchaba por ella con uñas y dientes.

Se limpió las lágrimas de la cara y dejó escapar un tembloroso suspiro.

—Él… —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Sí, me comentó algo parecido.

—¿Le dijo también que sus hermanos también lucharon por él? Porque no le mintió. Ellos también lo hacían a menudo, pero no… no con la ferocidad de Lucian. No sabe todo lo que hizo por su familia. Aunque se lo imagine, no llegaría ni a la mitad.

Julia colocó las manos en el regazo y dobló los dedos sobre las palmas. Sabía e intuía algunas de las cosas que había hecho por sus hermanos, algunas bastante aterradoras, pero las había aceptado porque a Lucian lo había movido

la lealtad y sobreprotección. Unos sentimientos que ella también mostraba por su familia. ¿Había más?

Con Lucian y los hermanos De Vincent siempre había más.

En su interior empezó a crecer una poderosa emoción. Abrió y cerró las manos.

Richard volvió a mirarla por el espejo retrovisor.

—Lucian nunca ha tenido a nadie que luchara por él como él lo hace por los demás.

Julia tomó una profunda bocanada de aire.

—Tengo que preguntárselo. ¿Va a luchar por él, Julia?

Lucian se detuvo frente a la puerta cerrada. Jamás había entrado en esa habitación. Ni de niño, ni menos aún de adulto. Pero ahora estaba delante del dormitorio de su padre. Su madre nunca había dormido allí.

No sabía por qué estaba allí. Solo que después de salir de la habitación de Julia sus pasos lo habían llevado hasta ese lugar. Puso la mano en el pomo de la puerta. No estaba cerrada con llave. La abrió y una corriente de aire frío le dio la bienvenida.

Tenía una decoración espartana, algo que no tenía nada que ver con la muerte de su padre. Nadie se había puesto a guardar sus cosas todavía. Su padre, su padre real, nunca había visto la necesidad de tener objetos frívolos e intrascendentes. Siempre había sido un tacaño a la hora de ofrecer atención y cariño.

Fue hacia la cama; la única en toda la casa que no había sido diseñada por Gabe. Estaba hecha, con las almohadas y cojines colocados en el cabecero. A la derecha había una cómoda. Un televisor ensamblado a la pared y una silla. Eso era todo.

Era una habitación que carecía de vida.

Al igual que su padre.

Si Lawrence hubiera sido un buen padre, tal vez Maddie no habría actuado de ese modo. Si hubiera demostrado un poco de preocupación por ellos, no habría terminado de esa forma.

Se estaba muriendo por dentro.

Había perdido a su hermana. Y también a Julia.

Una rabia intensa brotó por cada poro de su piel. Sin pensárselo dos veces, agarró la colcha y la arrancó, llevándose consigo también las sábanas. Arrojó todo al suelo.

Luego se dio la vuelta y se acercó al televisor. Cogió la pantalla y tiró con todas sus fuerzas. Los músculos de sus brazos y espalda se tensaron, pero los pernos estaban bien fijados. Sin embargo, la furia puede ser muy poderosa y al final estos cedieron y empezaron a volar trozos de yeso.

Lucian estrelló el televisor contra el suelo. Con los dientes apretados, vio cómo la pantalla se agrietaba hasta terminar hecha añicos.

La silla fue lo siguiente. La lanzó contra la pared, pero el boquete que formó no hizo nada, absolutamente nada, para calmar su rabia, así que se dirigió a la cómoda.

Alcanzó una caja de madera y la tiró al suelo. Los anillos y puros rodaron por el suelo. Un reloj aterrizó sobre el colchón. No era el que su padre siempre llevaba, sino uno distinto que su madre le regaló unas Navidades. El cabrón de su padre nunca se lo puso. Diez años después, todavía llevaba la etiqueta.

Se volvió hacia la cómoda, hacia los libros y perfumes pulcramente ordenados. Con un movimiento del brazo los barrió de la encimera. El sonido de cristales rotos tampoco lo sosegó.

Cuando derribó el tocador, un embriagador aroma a pino impregnó la habitación. Los cajones se volcaron, esparciendo su contenido. Retrocedió temblando y respirando con dificultad. Quería hacer trizas aquella habitación, destruir cualquier rastro de su padre.

—Lucian.

Cada músculo de su cuerpo se tensó. Cerró los ojos. ¡Mierda! Ahora estaba oyendo la voz de Julia. ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza? Después de todo lo que había pasado, tenía sentido.

—Lucian. —La voz de Julia volvió a llamarle—. *Por favor*.

Se le erizó la piel. Con las manos a los costados, apretó los puños. Después, con suma lentitud, se dio la vuelta.

Julia estaba en el umbral de la puerta, con el cabello ondulado suelto, enmarcándole el rostro pálido y magullado. Era ella de verdad. Su Julia de carne y hueso.

Respiró hondo. No debería estar allí. ¡Dios! Tenía que permanecer lo más alejada de él. ¿No le había dicho que se fuera?

La vio entrar en el dormitorio y tragar saliva ostensiblemente. Cuando él se puso rígido, se detuvo en seco.

—¿Qué estás haciendo?

—Redecorando la habitación —respondió él con voz ronca—. ¿Te gusta el nuevo diseño?

Julia hizo un gesto de dolor mientras sus preciosos y cálidos ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Oh, Lucian!

—No. —La interrumpió, levantando una mano—. Te he dicho que te fueras. ¿Qué haces aquí?

Esperaba que ella se estremeciera, que su bello rostro empalideciera más de lo que ya estaba, pero no fue así. Alzó un poco la barbilla y cuadró los hombros como la había visto hacer cientos de veces, normalmente justo antes de ponerlo en su lugar.

—Estoy aquí… —dijo—. Estoy aquí porque te amo.

Fue él quien se estremeció. Dio un paso atrás.

—No…

—No. —La voz de Julia sonó como un trueno en medio de una tormenta de verano—. Vas a callarte y escucharme.

Lucian parpadeó. La sorpresa lo dejó sin palabras.

—No puedo imaginar por lo que estás pasando ni lo que estás sintiendo. Las últimas veinticuatro horas han cambiado tu vida por completo, han cambiado todo lo que creías saber, pero no han cambiado lo que eres. Sigues siendo el mismo hombre.

Lucian dejó escapar una risa ronca.

—Sé muy bien quién soy.

—No lo creo. —Julia dio otro paso hacia él—. Al contrario, creo que no tienes idea.

Apretó la mandíbula y apartó la mirada.

—Ni siquiera sabes la mitad de las cosas que he hecho…

—Sé lo suficiente para tener claro que eres el hombre que amo. —Aquellas palabras se le clavaron en el pecho como un cuchillo—. Sé que eres un hombre tremendamente leal y protector. Que eres generoso y tienes un talento increíble. Que eres inteligente y divertido. Sé que soy incapaz de enfadarme contigo, ni cuando me cabreas. Sé que…

—¿Sabes lo malo que soy para ti? —preguntó con tono duro.

Ella negó con la cabeza.

—No lo eres.

—Cariño, no lo entiendes. Esta casa, esta puta familia, te destruirá y pudrirá por dentro tal y como ha hecho con todos los demás.

—Eso no es cierto. Lo sé —insistió ella— porque no te ha destruido. No estás podrido por dentro.

¡Dios! Aquello le partió el corazón. Necesitaba creer esas palabras. Deseaba con tanta fuerza que fueran ciertas…

Julia se detuvo a un metro de él, junto a la colcha y el montón de sábanas.

—Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras. Decirme que me vaya, pero no lo voy a hacer.

El aire se le atascó en la garganta.

La vio apretar los puños.

—Acepto lo que eres. Sé que estás roto. Sé que tu familia es un desastre, pero puedo lidiar con todo eso, con la realidad, *contigo*.

Se quedó inmóvil. ¡Joder! Ni siquiera estaba seguro de si estaba respirando. Sus palabras habían logrado atravesar la neblina de la ira y el dolor.

—Te quiero —continuó ella, mirándolo a los ojos—. Y precisamente porque te amo, no voy a renunciar a ti, a lo nuestro. Voy a luchar por ti, Lucian. Así que vete acostumbrándote a esto. Soy tuya y tú eres mío.

Se derrumbó por completo.

No supo cuál fue el detonante. Quizá fue todo en su conjunto. O el hecho de que ella hubiera vuelto, de que estuviera ahí mismo, delante de él, luchando por él…, por ellos. Nadie había hecho eso por él en toda su vida.

De todos modos, daba igual cuál fuera la razón.

Julia era suya.

Y él de ella.

Acortó la distancia que los separaba. Le acunó las mejillas con las manos y acercó los labios a los de ella.

—¡Dios, Julia! Lo siento. Te quiero. Lo siento tanto… No sé en qué estaba pensando. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo aquí.

—No pasa nada. —Julia se agarró a sus hombros—. Te quiero, Lucian. Por eso he vuelto y por eso me voy a quedar a tu lado. Ya encontraremos una solución juntos.

—No te merezco, pero joder, te quiero.

Apretó su boca contra la de ella. Intentó ser suave, ir despacio. Intentó contenerse, pero estaba roto por dentro.

Todas las palabras que nunca había pronunciado salieron en tropel. Le dijo cómo se había sentido cuando entró en esa habitación, lo devastado que estaba por su hermana. Le confesó el miedo que tenía a destrozarle la vida si seguía con ella. E hizo todo eso entre besos, desabrochándole el botón de los pantalones y abriéndole la cremallera. Le dijo cómo había muerto por dentro cuando le pidió que se fuera, mientras le bajaba los pantalones negros

elásticos que llevaba y las bragas y la ayudaba a deshacerse de ellos. Le dijo una y mil veces que la amaba, mientras la tumbaba en el suelo de la habitación de su padre, le separaba los muslos y se hundía profundamente en ella, como si intentara fundirse en su cuerpo.

Entraron en una espiral de frenesí. Julia le rodeó la cintura con las piernas, enredó una mano en su pelo y se sujetó con la otra a su brazo. Se agarró a él mientras Lucian embestía contra ella. Recibió sus embestidas susurrándole lo mucho que le amaba y perdonándolo. Un perdón que él no merecía, pero que intentaría ganárselo el resto de su vida.

Sí, eso sería lo que haría. Ganarse a Julia. Honrarla. Adorarla por ser la luz que iluminaba su camino. Nada volvería a interponerse entre ellos, ni su familia, ni él mismo.

Eran uno solo.

Para siempre.

Cuando ella gritó y empezó a temblar, apoyó la mano al lado de su cabeza. Sintió los espasmos de su cuerpo, apretándose en torno a su miembro. El clímax ascendió por su columna y perdió toda noción de sí mismo. Estaba cubierto de sudor. Los sonidos de sus cuerpos haciendo el amor llenaron la habitación. Sus bocas se encontraron en un violento beso que le llevó a probar las lágrimas de Julia. No, las lágrimas de ambos, porque seguro que él también había llorado.

Sintió que había encontrado la redención.

Se corrió como nunca, pronunciando el nombre de Julia en un áspero susurro. Se derrumbó sobre ella. Intentó no aplastarla con su peso, pero no pudo, aunque al final se dio cuenta de que ella estaba bien, que como le había dicho antes, podía lidiar con él, y eso era lo que estaba haciendo.

Jadeó y apoyó la sudorosa frente en la de ella. La sintió estremecerse contra él, respirando entrecortadamente. Durante unos minutos, ninguno de los dos pudo hablar. Se limitaron a abrazarse, con sus cuerpos todavía unidos, y dejaron que el latido de sus corazones se calmara.

Fue Julia quien rompió el silencio.

—Creo que hemos roto algunos tablones.

Él se rio roncamente, salió de ella y se tumbó de costado, con medio cuerpo sobre Julia.

—¿Te he hecho daño?

—No —murmuró—. Pero no creo que pueda moverme en un buen rato.

—Ni yo. —Recorrió su cuerpo con la mirada. Desde la blusa arrugada, su mitad inferior desnuda y sus muslos brillantes—. Señorita Hughes —

murmuró, mirándola a los ojos—, estás hecha un desastre.

Un precioso rubor tiñó sus mejillas.

—Eres de lo que no hay.

—Cierto. —Se puso serio y le acarició la mejilla—. Lo siento. Nunca debí pedirte que te fueras, ni decirte esas cosas. Encajas en este mundo. Tu lugar está aquí, a mi lado.

—No sigas. Ya lo sé. No pasa nada. —Lo agarró de la mandíbula—. No tienes que disculparte por nada. Vas a estar bien…

—Vamos a estar bien. —Volvió a apoyar la frente en la suya. Tenían que levantarse del suelo e ir a un lugar que no estuviera lleno de malos recuerdos.

De repente se le ocurrió una idea y supo al instante que eso era lo que quería.

—Nos vamos a mudar.

Ella frunció el ceño y lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Vamos a mudarnos. Buscaremos una casa, tal vez en la ciudad. Creo que te gustará. —Asintió. Nunca había estado tan de acuerdo con algo—. No nos vamos a quedar aquí.

—¿No deberías preguntarme primero si quiero irme a vivir contigo? —preguntó ella, claramente divertida.

—Volviste. Ahora te toca aguantarme. —Le besó la punta de la nariz—. En serio, no quiero quedarme aquí. Se acabó. No tiene por qué ser ya mismo. Nos tomaremos nuestro tiempo para encontrar la casa perfecta, pero no vamos a vivir aquí.

Ella deslizó la mano sobre su pecho.

—Me parece una idea brillante.

Lo era.

—¡Que le den a esta casa!

Julia lo miró sonriendo.

—¡Que le den!

—Sí —murmuró él, buscando su mirada.

La sonrisa de Julia se hizo más amplia.

—Además de por lo obvio, me gustaría vivir en algún sitio donde no tenga que preocuparme de algún espíritu vengativo que quiera tirarme por las escaleras o que la casa se incendie misteriosamente mientras estoy durmiendo. Así que estoy completamente de acuerdo con esto.

—Nos aseguraremos de que nuestra próxima casa no esté encantada.

Julia se rio y lo abrazó con fuerza. Fue una risa que ahuyentó parte de la oscuridad que había invadido su alma y su corazón. Solo fue una risa, pero empezó a sentirse más ligero, más esperanzado.

Hundió las manos en su cabello y la besó, intentando poner en ese beso todo lo que sentía por ella. Julia tenía razón.

Lo superaría. Se pondría bien.

Y serían felices.

Mientras estuvieran juntos, conseguirían todo lo que se propusieran.

35

Dos meses después.

Lucian se despertó antes que Julia, como de costumbre. Bueno, excepto el fin de semana que ella se fue a casa de sus padres para decirles que se iba a quedar en Luisiana, con *él*.

Y como cada mañana, se apoyó sobre un codo y la miró. Todavía le costaba creerse que estuviera allí, que esa fuera ahora su vida, que se había enamorado de alguien que también lo amaba.

Lo cierto es que nunca había esperado algo así, alguien como Julia.

Y, seguramente, esa era la razón por la que todas las mañanas, cuando se despertaba, se dedicaba a contemplarla un rato, como si necesitara asegurarse de que ella era real y que estaba allí.

Los dos últimos meses habían sido gloriosos.

Y también un infierno.

Apenas había empezado a asimilar lo sucedido. La traición de Maddie y su muerte eran demasiado recientes. A veces hablaba de ello con Julia, pero no mucho. Sus hermanos, sin embargo, jamás sacaban el tema a colación. Ni tampoco la muerte de su padre o la verdad sobre sus hijos legítimos. Nadie lo comentaba porque, ¿qué podían decir?

Además, Gabe tenía sus propios problemas con los que lidiar. Y no tenía que estar siendo un camino de rosas, si tenía en cuenta los gritos que había oído la noche anterior y el sospechoso y extraño silencio que siguió a un portazo.

En cuanto a Dev…

Era imposible saber lo que estaba pasando por la cabeza de su hermano. Se había vuelto más retraído y estoico que antes. Y mira que era difícil.

Su hermano mayor estaba cambiando.

Y no para bien.

Pero en ese momento no quería pensar en nada de eso. Porque hoy iba a ser un gran día. Ambos tenían que darse prisa en salir de la cama y arreglarse, pero antes…

Una suave luz se filtraba a través de los postigos, derramándose sobre la cama. Julia estaba tumbada medio bocabajo, medio de costado, con una mano debajo de la almohada y la otra doblada sobre sus pechos desnudos. Recorrió con la mirada los pezones rosados, el estómago y el precioso contorno de su trasero. Trazó el mismo sendero que habían hecho sus ojos con la mano, sonriendo cuando la oyó murmurar algo en sueños. Al acariciarle los pechos, ella arqueó la espalda de forma inconsciente.

Le besó la suave piel del hombro y luego bajó con la mano desde su seno hacia el estómago, hundiéndola entre sus piernas mientras depositaba un reguero de húmedos besos por su columna.

Julia separó los muslos y gimió contra la almohada. Momento que Lucian aprovechó para introducirle un dedo.

—Buenos días —murmuró ella, estirando los dedos por el colchón.

Frotó la palma contra el punto que sabía que la volvía loca.

—Buenos días. —Levantó la cabeza y le mordisqueó la piel sensible del cuello.

Julia se movió ligeramente, frotando las caderas contra él.

—¿Tienes algo para mí?

Lucian sonrió contra su piel.

—Siempre —respondió antes de poner una mano en su cadera.

Un segundo después se hundía en su calidez, disfrutando de los gemidos y sonidos de ella que tanto le gustaban. Mecieron los cuerpos al unísono. Se tomó su tiempo, llevándola al límite una y otra vez, hasta que no pudo contenerse más. Julia alcanzó el clímax antes que él, gritando mientras movía las nalgas contra su erección. Sus temblores y la forma como sus paredes vaginales se contrajeron contra su miembro lo dejaron al borde del orgasmo, hasta que decidió perderse en ella con un abandono del que jamás quería salir.

Cuando volvió a la realidad, Julia había rodado sobre su espalda y tenía un brazo sobre su cuello. Alzó la cabeza para besarlo en la mejilla y luego en la boca.

—Eres mi despertador favorito.

Lucian se rio y se tumbó al lado de ella.

—Soy tu todo favorito.

—Cierto. —Julia volvió a moverse para quedar de cara a él—. ¿Qué hora es?

—Casi la hora de arrodillarme frente a ti en la ducha y asegurarme de que pases el resto del día pensando en el talento que tengo con la lengua.

Ella se rio por lo bajo.

—¡Qué tonto eres!

—Seguro que dentro de diez minutos no dices eso. —Le retiró el pelo de la cara—. Ahora en serio, tenemos que ponernos en marcha. Tenemos que estar en la ciudad a las once en punto.

—Y también tenemos que ir al aeropuerto —le recordó ella—. El vuelo de mis padres llega a las tres.

—Allí estaremos.

Julia lo miró y sonrió.

—Espero que estés listo. Mis padres están deseando conocerte.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Van a adorarme.

—¿Porque eres irresistible?

—Bueno, sí, pero esa no es la única razón. —Le besó el puente de la nariz —. Me adorarán porque amo a su hija con locura.

Como era de esperar, salieron tarde de casa, aunque Julia no se quejó en absoluto (el buen rato que había pasado en la ducha bien había merecido la pena), y fueron a la ciudad para reunirse con un amigo de Lucian que trabajaba en el sector inmobiliario.

Cuando lo vio moverse con el coche como pez en el agua por las calles menos transitadas del distrito Garden, sintió un hormigueo en su interior. A pesar de los meses y las incontables horas que había pasado con él, todavía tenía ese efecto en ella. A veces notaba cómo su pecho se hinchaba de orgullo, como si tuviera un globo por corazón.

Lucian tenía toda su atención puesta en la carretera, pero aquello no impidió que la agarrara de la mano y le acariciara la palma con el pulgar. No había dicho nada desde que salieron de la mansión De Vincent, pero ella sabía perfectamente en lo que estaba pensando.

Durante las semanas que pasaron desde la fatídica noche de la azotea, había aprendido a reconocer las veces en que se quedaba atrapado en el pasado, abrumado por las cosas que no podía cambiar. Al principio le sucedía varias veces al día. Ahora solía sumirse en esos momentos desgarradores cada dos días más o menos. Ella sufría por él y por todas esas preguntas que jamás obtendrían respuesta.

Pero Lucian lo estaba superando y ella le estaba ayudando y seguiría a su lado para siempre. Y hoy darían un paso muy importante en ese proceso de recuperación.

Cuando le apretó la mano, Lucian la miró y esbozó una media sonrisa.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada. —Llevó la mano de Lucian hasta su regazo y la sujetó con fuerza. Estaba deseando que conociera a sus padres. Él no parecía nervioso, pero ella sí lo estaba porque…, bueno, porque así era ella. Seguía poniéndose nerviosa por las cosas más tontas. Como, por ejemplo, por los currículos que estaba enviando para retomar su profesión como enfermera y las entrevistas que tendría.

Lucian la había apoyado en su decisión de volver al trabajo, incluso se había ofrecido a concertarle alguna entrevista con algunas clínicas y hospitales. El apellido De Vincent le abriría muchas puertas, pero le hizo prometer que no se inmiscuiría en ese asunto. Necesitaba encontrar un empleo por sus propios méritos.

Aunque estaba disfrutando mucho de esas vacaciones.

No habían pasado todos los días en la mansión. Habían viajado y Lucian la había llevado a lugares en los que jamás hubiera soñado estar.

A veces no podía creerse que esa fuera su vida ahora, que ella fuera esa persona.

—Ya hemos llegado. —Lucian redujo la velocidad y luego aparcó entre dos columnas de piedra. Ya les habían abierto una verja para recibirlos.

Todavía tenían un par de horas por delante antes de recoger a sus padres en el aeropuerto. Pero antes, tenían que ocuparse de algo muy importante.

Julia se moría de ganas de ver su nueva casa.

Lucian ya había estado en varias ocasiones para comprobar su estado y asegurarse de que era lo *bastante buena* para que ella la viera. Él por fin había dado el visto bueno y ahí estaban, en el histórico y precioso distrito de Garden.

Los adoquines del camino de entrada conducían a una de las casas más bonitas que había visto en su vida. En el momento en que el coche se detuvo del todo, salió por la puerta.

Observó la verja de hierro forjado, el jardín y las relucientes columnas blancas con los ojos como platos. La casa, construida antes de la Guerra de Secesión, no era tan grande ni tan imponente como la mansión De Vincent, pero desde fuera parecía ofrecer mucho espacio y se quedó prendada de los frondosos helechos que colgaban de la galería de la segunda planta.

Lucian la alcanzó cuando se detuvo en el porche y se colocó detrás de ella. El agente inmobiliario abrió la puerta para darles la bienvenida. Julia miró hacia atrás.

—Me encanta.

Él se rio.

—Pero si todavía no la has visto por dentro.

—No me importa. Me encanta. —Se detuvo y miró al agente inmobiliario —. Siempre que no esté encantada.

—Bueno… —Lucian se cruzó de brazos—, estamos en Nueva Orleans. Aquí uno nunca puede estar seguro del todo.

—No me digas eso.

Él la besó en la mejilla.

—¿Qué tal si entramos antes de que tomes una decisión? Si no te gusta siempre podemos encontrar otra casa.

Julia había tomado una decisión nada más ver la fachada, pero decidió no decir nada y se apoyó contra el torso de Lucian. En ese momento ni siquiera estaba pensando en la casa o en lo que le había pasado a la familia De Vincent. Podían mudarse allí o quedarse en la mansión. Vivir en Luisiana o irse a otro estado. Todo eso le daba igual.

Mientras cerró los ojos y respiró hondo, aspirando la dulce fragancia de las flores que crecían en el jardín, se dio cuenta de que se había equivocado.

Después de su divorcio había creído que el amor no era suficiente, pero ahora sabía que con la persona adecuada, y definitivamente Lucian de Vincent era el hombre adecuado para ella, el amor podía con *todo*.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Kevan Lyon por apoyar siempre cualquier idea que se me ocurre y ayudarme en todas las etapas del proceso de creación de una novela. No puedo agradecerle a Taryn Fager lo suficiente por hacer que mis libros lleguen a tantos países y lectores. Gracias a ti, tengo una estantería entera llena de libros en muchos idiomas diferentes. Gracias también a mi editora, Tessa Woodward, que aceptó dar vida a los hermanos De Vincent, y al maravilloso equipo de HarperCollins/Avon Books.

Un enorme gracias a Stephanie Brown por ayudarme a seguir el buen camino y hacerme reír. Sin Sarah Maas, Laura Kaye, Andrea Joan, Stacey Morgan, Lesa Rodrigues, Sophie Jordan, Cora Carmack, Jay Crownover y muchas otras amigas increíbles, seguro que habría perdido la cabeza hace tiempo. GRACIAS.

Nada de esto sería posible sin ti, querido lector. Gracias a ti, puedo escribir otra novela y seguir creando nuevos mundos. Gracias.

JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.